NOA HERNÁNDEZ
&
VIRGINIA RUIZ RUIZ



Todo aquello que soñamos ser

NOA HERNÁNDEZ
&
VIRGINIA RUIZ RUIZ



Todo aquello que soñamos ser

Primera edición digital: septiembre 2026
Título original: Todo aquello que soñamos ser
© Noa Hernández, 2026
© Virginia Ruiz Ruiz, 2026
© Editorial Romantic Ediciones, 2026
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Marta de Diego y Natalia Ruiz Ruiz

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Agradecimientos

Mas, ¿por qué se fatiga el pensamiento
en indagar el mal de esa partida?
¿Ignoro yo quizá que es como el viento
la dicha que arrullara nuestra vida?
Lo pasado será de hoy más un cuento
que se escuchó veloz…
¡Y correré en este vivir incierto
cual brisa solitaria del desierto! …

Rosalía de Castro

Prólogo
Gala

Llovía. Recuerdo que llovía. Mientras dejaba atrás Piccadilly Circus, mi mente solo podía repetir sus palabras como un eco: «Si soy todo lo que no quieres que sea, entonces será mejor que te vayas». Así que me fui. Dejé atrás todo aquello en lo que creía, en lo que había soñado ser. Le di la espalda a la persona que me tendió la mano y me enseñó la magia de las letras. Mi compañero, mi confidente, mi mejor amigo.

Llovía tanto que ya no distinguía si el borrón frente a mí se debía al aguacero o a mis propias lágrimas. Quería huir no solo de esta plaza, ni siquiera de este país, sino del mundo entero. Si hubiera sido capaz, habría huido de mi cuerpo. Nada tendría sentido sin lo que dejaba atrás. ¿Quién era sin el tecleo constante o el rasgar de un bolígrafo en el papel? ¿Dónde quedaban las lluvias de ideas, el éxtasis de conectar las tramas o la pasión de escribir un beso? En la actualidad, cuando pienso en ello, sangro tinta. Escribo y escribo con el único objetivo de dejar de pensar en él, pero no puedo. Escribo, pero nada tiene sentido, como si me hubiera olvidado de hablar. Como si él se hubiera llevado todas las palabras.

No mires atrás. Me convencí, al igual que Orfeo, de que si quería salir ilesa de todo esto no debía mirar atrás. Ignoré que, en realidad, el objetivo de Orfeo era recuperar a su amada, cuando yo lo único que hacía era alejarme. ¿Por mí, por él? ¿Por mi propio orgullo? Mi madre solía decir que me pesaba demasiado, que nunca sabía equilibrarlo. Yo opinaba que a veces hay que tomar la iniciativa y luchar por lo que quieres. Porque si luchas por ello y descubres que no lo consigues, que no te pertenece, ¿acaso puedes decir que lo hizo alguna vez?

Llovía tanto que llegué a pensar que el agua borraría todos estos años a su lado, pero fui demasiado ingenua. A veces el tiempo no cura las heridas, solo las sume en un profundo letargo. Dos años después, la misma herida supuraría, abriéndose la cicatriz como el cráter de un volcán; todos los sentimientos resurgiendo, lava

incandescente quemándome hasta ser solo hueso. Debajo de la piel, de los músculos…, allí fue donde ese día de lluvia pretendí enterrar, sin éxito alguno, lo que soñamos ser.

Capítulo 1
Kyle

Dicen que todos y cada uno de nosotros hemos venido a este mundo por una razón. Hay personas cuyo propósito es crear, otras cuyo cometido se limita al disfrute y existen algunas que aún no lo han encontrado.

Hace un tiempo llegué a pensar que yo nací para ser escritor. He pasado la mayor parte de mi vida escribiendo. Me apasiona contar historias, viajar a otros mundos y jugar con las palabras como si fueran mías. Pienso que el arte no solo entiende de colores: las letras también pueden clavarse en lo más profundo. La cuestión es que llevo sin hacer lo que más me llena desde hace dos años. Podría relatar un sinfín de razones por las que he llegado a este punto, como que trabajar en el restaurante de mis padres se ha convertido en mi prioridad desde que terminé la carrera de Literatura Inglesa o que al final he descubierto que sencillamente no es lo mío. Pero no estaría siendo del todo sincero, ¿verdad? Uno no siempre es sincero consigo mismo. Y es que existe un motivo mayor por el que dejé de escribir, un motivo que tiene nombre y apellidos.

Nunca he llegado a experimentar lo que supone el vacío hasta que dejé de rellenar páginas en blanco. Ya no tenía más palabras que decir, ni siquiera letras con las que poder formarlas. Mi vida dejó de estar emborronada de tinta y, aunque lo inmaculado a veces parece brillar más, lo único que ha conseguido ha sido alejarme de todas esas estrellas que susurran promesas y cumplen deseos. Puede que ahora tenga los pies en la tierra, pero yo mismo me he arrebatado la posibilidad de tocar las nubes. Y, aunque lo primero brinda seguridad, a veces también está bien probar a volar.

Quizá por esa necesidad de volver a sentir, tomé mi primera decisión precipitada. Siempre me he considerado una persona meticulosa, alguien capaz de razonar con el cerebro e ignorar al órgano que late. No obstante, fue a este último al que escuché en cuanto, sin siquiera pensarlo, me apunté a un retiro para escritores.

Llevaba un tiempo siendo acribillado por el mismo anuncio en cualquier red social a la que entraba. «Retiro para escritores —decía —. Nuevas fechas disponibles». La verdad es que lo ignoré durante un tiempo. No es que no me llamara la atención ni que prefiriera hacer lo que más me gusta en la seguridad de mi hogar. De hecho, escribir nunca me ha resultado una actividad solitaria. Pasé del tema de la misma forma en que llevo tiempo ignorando ese cosquilleo que siento en los dedos cada vez que me topo con un teclado o me hago con un simple bolígrafo. Pero hubo un día que lo cambió todo. Un día que decidí leer el anuncio al completo. La información iba mucho más allá: «Retiro para escritores: un concurso literario diferente». Al parecer, quienes se animaran a pasar cinco semanas aislados en una casa en medio de la nada participaban automáticamente en un concurso literario cuya novela ganadora tendría la suerte de ser publicada en un futuro próximo.

¿Fue el premio o que el cosquilleo se hizo tan insoportable que acabó ganando la batalla? ¿Fue el rendirme a la escritura como lo único por lo que existo? ¿O fue el mundo recordándome que, al igual que él decidió darme la oportunidad y mecerme entre sus brazos, yo estoy obligado a hacer algo para compensarlo? Quién sabe cuál fue la razón, ¿verdad? Qué importa, a estas alturas. Sea como sea, está claro que, a diferencia de lo que ya creía perdido, sigo dispuesto a descubrir cómo se siente tocar una nube. Así es como, contra todo pronóstico, acabé apuntándome en un acto de valentía.

…

Aprieto los labios para reprimir cualquier atisbo de sonrisa. Los dedos me tiemblan y mi corazón parece querer batir el récord de latidos por minuto. No es felicidad lo que siento, al menos no en su totalidad. El nerviosismo se ha apoderado de mí proclamándose dueño de cada poro de mi piel, cada parte que me forma.

El bullicio de la estación de Paddington tampoco ayuda en absoluto. Los transeúntes caminan de un lado para otro, el chirrido de las vías del tren resulta ensordecedor y las manillas del gran reloj que decora el lugar se mueven más rápido de lo que recuerdo. Me pregunto si todos y cada uno de los que estamos aquí nos sentimos igual de perdidos o si, por el contrario, soy el único que no sabe

dónde meterse. Resulta curioso cómo las personas van en busca del vagón correcto en un sitio en el que las posibilidades son infinitas. ¿Quién les dice que ese tren les llevará a su destino? Es más, ¿cómo reconocen cuál es el camino correcto? ¿Acaso saben que lo es? ¿Lo han adivinado de alguna manera que desconozco?

Me obligo a dejar de pensar para dirigirme hacia mi andén correspondiente. Cuando me instalo en el asiento justo al lado de la ventana, suelto todo el aire retenido hasta ahora. Saco mis auriculares del bolsillo y me los coloco a la par que «There Is a Light That Never Goes Out» de *The Smiths* comienza a sonar. Según el billete, el viaje no durará más de hora y media, por lo que llegaré sobre las diez de la mañana.

La casa donde el retiro se llevará a cabo se encuentra en Bibury, un pueblo pequeño de unos seiscientos habitantes considerado uno de los más bonitos de la zona. En realidad, creo que la editorial que ha montado todo esto lo ha hecho con una meticulosidad admirable. Ha alquilado una casa solo para nosotros, nos ha asignado a una persona que se encargará de nuestro bienestar y, por lo que parece en un principio, no tiene pinta de que vaya a faltarnos de nada. Lo único que espero es que esto no se convierta en el inicio de una de estas películas de terror en las que todo parece perfecto y, de repente, solo hace falta que caiga la noche para que desaparezca la primera víctima. De ser así, espero no ser el afortunado.

Clavo mis pupilas en el paisaje que se deja ver a través de la ventana. Mis ojos oscuros se embriagan del azul del cielo y el verde veraniego de los árboles. Hace un calor inaguantable en Londres, pero al menos no está lloviendo como de costumbre. Mi madre suele detestar los días soleados, defiende la importancia del agua con uñas y dientes y a veces me da la sensación de que en cualquier momento va a ponerse a bailar la danza de la lluvia para vivir en una tormenta continua.

Pensar en mi madre me recuerda que tengo que escribir un mensaje en el grupo familiar en cuanto llegue. Aún puedo sentir la culpabilidad que sentí en cuanto, tanto a ella como a mi padre, les mencioné todo esto del retiro. Soy consciente de que solo estaré fuera de casa cinco semanas y que mi ausencia en el restaurante no

supondrá ningún problema. Mis hermanos, sobre todo el mayor, se encargarán de que así sea. Sin embargo, el nudo que se instaló en mi garganta en aquel momento y que aún no ha cesado no opina lo mismo. Es como si hubiera algo dentro de mí que se siente culpable por perseguir mis sueños. Que, si no me centro en mis responsabilidades y vivo una vida centrada en lo que debo, podría llegar a convertirme en una persona detestable.

Me acabo durmiendo con la cabeza apoyada en el cristal a mitad de trayecto. Por suerte, despierto cinco minutos antes de llegar a la estación de Kemble. Debido a las altas temperaturas, no considero la opción de ir caminando, por lo que opto por coger un taxi. Poco tiempo después, le tiendo un billete al conductor y me bajo para sentir los cálidos rayos de sol de Bibury chocando contra mi piel. Comienzo a andar hacia la dirección que se nos indicó. La casa no debería estar muy lejos, teniendo en cuenta que el pueblo no es demasiado grande.

Trago saliva en el momento en que me la encuentro de frente. La piedra grisácea y la madera conforman la vivienda con armonía. Cuenta con varias ventanas estratégicamente colocadas las cuales dan al inmenso jardín que la rodea. Si tuviera que utilizar tan solo una palabra para describir lo que están viendo mis ojos en este momento sería «impresionante». He de admitir que permanezco quieto durante algunos instantes. Es cierto que las fotos muestran con detalle la belleza del lugar, pero nunca imaginé que este fuese a ser incluso mejor en persona.

Unas voces a lo lejos me sacan del trance, por lo que descubro que no soy el primero en llegar. Diviso a unas seis personas reunidas justo al lado de la puerta principal. Me fijo en ellas a medida que avanzo. Todos somos bastante diferentes entre nosotros: dos de los presentes aparentan mucha más edad que la mayoría, mientras que uno parece sacado de preescolar. A su vez, dos chicas completamente dispares conversan ante la atenta mirada de un tercero.

La primera en percatarse de mi presencia es una de ellas, la cual me dedica una sonrisa casi tan deslumbrante como el cobrizo de su

cabello. Es bastante guapa y parece simpática, por lo que no dudo en imitar su gesto.

—¡Cada vez somos más! —Ensancha su sonrisa acercándose a mí —. Me llamo Candy, encantada.

Ese nombre le queda como anillo al dedo.

—Igualmente, yo Kyle —contesto alzando mi tono de voz para que los demás también puedan escucharlo—. ¿Cómo es que aún no habéis entrado? —Señalo la casa con la cabeza.

Candy se encoge de hombros en respuesta.

—Todavía no ha venido nadie encargado.

—¿En serio? —pregunto con incredulidad—. ¿Y lleváis mucho tiempo esperando?

—Unos veinte minutos, más o menos —explica—. Seguramente sea un retraso sin importancia. Quizá haya tráfico.

—Supongo.

No digo nada más. Vuelvo a centrar mi atención en lo que me rodea con los labios ligeramente curvados. Me fascina que todos los que estamos aquí vayamos a volver a casa con una nueva creación en nuestras manos. Probablemente cada uno escriba a su manera, con un sinfín de ideas deseando salir a la luz y unos resultados que aún no puedo ni llegar a imaginar.

La ilusión se instala en mi pecho en forma de calor y el cosquilleo de mis dedos se intensifica. Aún no tengo muy claro sobre qué voy a escribir. Ni siquiera le he dado vueltas al asunto pues, de haberlo hecho, es probable que ese arrebato de valentía no hubiera tenido nada que hacer contra todos los miedos que me acechan cuando me permito pensar en el tema. Prefiero creer que, en cuanto ponga un pie en la casa y me enfrente a mi primera hoja en blanco después de tanto tiempo, la magia no haya desaparecido. No las tengo todas conmigo, pero…

Sacudo la cabeza. *No, Kyle. No pienses. Actúa.*

—Y, bueno… ¿cuál sido la razón por la que te has animado a apuntarte a esto? —Candy vuelve a romper el silencio, cosa que le agradezco enormemente. Su sonrisa no se desvanece ni un segundo.

—Supongo que por lo mismo que los demás.

—Es obvio, ¿no? Tiene sentido que todos tengamos un punto en común.

—¿Entonces? —Enarco una ceja.

—Me refiero a la verdadera razón por la que estás aquí. Ya sabes, esa por la que escribes más allá de un premio.

La pelirroja me mira esperando una respuesta ingeniosa. Y no la culpo, la verdad. ¿Cómo podría hacerlo? Los artistas ansiamos más de todo lo que ya nos brinda este mundo. Buscamos magia en una realidad donde cuesta creer en ella porque nadie ha podido demostrar su existencia todavía. Así es como nos vemos obligados a crearla nosotros mismos, a inventárnosla a base de arte.

—Me gusta… —Lo medito, claro que lo medito. Pero cuando lo pienso mi cabeza me da vueltas. Se vuelve incontrolable. Me marea. Tengo tantas razones por las que estoy aquí que no sabría ni por dónde empezar—. Me gusta plasmar en papel todo aquello que puedo visualizar en mi mente.

Es como si pudiera convertir lo irreal en algo tangible.

—A mí también —admite con ilusión. Le brillan tanto los ojos que me acabo preguntando si los míos consiguen transmitir lo mismo—. ¿Te gustaría ganar?

Me encojo de hombros.

—Es tentador, pero no mi prioridad.

De repente, el más pequeño del grupo se une a nosotros con una confianza abrumadora. Se parece tanto a mi hermano pequeño que poco más y pego un respingo. Tiene el mismo cabello rizado, alborotado y oscuro. Sus ojos son igual de grandes, igual de expresivos. Lo miro y parece que he regresado a casa. O que no me he llegado a marchar.

—Escuchadme. —Llama nuestra atención moviendo los brazos rápidamente—. ¿Y si todo esto del retiro es una trampa para acabar con nosotros? Hace tiempo vi una película parecida y no me sorprendería que vayamos muriendo uno a uno en extrañas circunstancias.

Solo con eso ya sé que vamos a llevarnos bien, sobre todo porque es justo lo que yo he pensado de camino.

—Soy Tom, por cierto.

—Tienes una imaginación abrumadora, chavalín —le aseguro. *Igual que la mía*

Su rostro se contrae.

—¿Cómo que chavalín? ¡Si tengo dieciocho años!

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Tranquilo, fiera, solo estaba bromeando.

—¿Cuántos tienes tú?

—Veinticuatro.

—Solo nos llevamos seis años.

—Los suficientes como para verme con el derecho de llamarte chavalín.

El pequeño Tom se cruza de brazos fingiendo indignación mientras que Candy nos observa con expresión divertida. En numerosas ocasiones peco de introvertido, el mundo me abruma de tal manera que no soy capaz de prestarle atención a lo que me rodea. Sin embargo, en cuanto me siento cómodo no me resulta difícil abrirme al resto. Así es como me siento ahora mismo, me es sencillo relacionarme con ellos. Al menos, con estos dos.

—¡Eh, mirad! ¡Alguien nuevo! —exclama Candy con alegría.

No podría describir con palabras el sentimiento que se instala en mi ser en cuanto me giro para descubrir de quién se trata. Todo parece caer sobre su propio peso. La persona que me hizo dejar de escribir se dirige hacia el lugar en el que planeo volver a recuperar la magia. Lo hace con paso firme, un pie detrás de otro. Parece acercarse a cámara lenta, pero esa es solo una ilusión. De hecho, todo ocurre con tanta rapidez que apenas tengo tiempo para procesarlo. No sé cómo ha llegado hasta aquí y desconozco el motivo por el que se ha inscrito en este retiro. La realidad es que no me apetece descubrirlo.

Mi corazón vuelve a latir con fuerza, mucho más rápido de lo que lo hacía en la estación. Desvío la mirada para encontrar una vía de escape, una alternativa que me ayude a evitar lo inevitable. Pero es inútil. Mi expresión se endurece automáticamente y todo atisbo de sonrisa se borra de mi rostro.

Por el contrario, ella luce despreocupada. Su corta cabellera azabache y su tez tostada por el sol no han cambiado en absoluto.

Me pregunto si seguirá oliendo igual de bien, también si su lengua seguirá siendo tan afilada como antaño. Está igual, prácticamente igual. Pero, incluso a una distancia considerable, es evidente que no es la misma. El tiempo ha pasado por ella, los años no han perdonado. Ambos hemos crecido, no sé por qué me sorprendo. Sigue sin percatarse de mi presencia, aún está demasiado lejos. Sin embargo, no tarda en hacerlo. En cuanto el oscuro de su mirada se clava en mis pupilas puedo divisar cómo frunce ligeramente el ceño.

Date la vuelta. Date la vuelta, date la vuelta. Por favor, no me hagas esto y date la vuelta.

Como es imposible que escuche mis pensamientos, la chica continúa su camino con decisión. En el mismo instante en el que el espacio entre nosotros se reduce y sus ojos ahondan aún más profundo en los míos, se me olvida completamente ese periodo de mi vida en el que ella pasó a ser tan solo un recuerdo. No sé cómo he llegado a pensar que podría escapar de Gala Hughes, porque nunca seré capaz de hacerlo.

Capítulo 2
Gala

Siempre he tenido grandes expectativas para el verano. El verano es la época de correr hasta que no puedas más, de dormirte bajo el sol, de helados que te dejan las manos pegajosas. Incluso en Reino Unido, con sus nubes grises y su característico frío durante todo el año, el verano es sinónimo de libertad.

Quizá es porque llevo dos veranos sin pisar el país que tanto me ofrecía antaño. Quizá es porque eso me hace recordar a la única persona que siempre creyó en mí. Quizá, precisamente por ese motivo, he decidido volver. Por ese motivo y, claro está, el concurso.

«Escritores, esta es vuestra oportunidad», se leía en letras grandes nada más entrar a la página de la editorial Blissbridge. No hizo falta mucho más para conquistarme.

> ***Retiro para escritores: un concurso literario diferente***
>
> *¿Quieres disfrutar de una aventura sin precedentes? ¿Estás deseando publicar tu libro? ¡Esta es tu oportunidad! Disponemos de nuevas fechas para nuestro retiro de escritores anual, ¡pero con sorpresa incluida! En esta ocasión, ocho personas serán seleccionadas para pasar cinco semanas en el acogedor Bibury, donde no solo podrán escribir rodeados de naturaleza, sino también conseguir publicar con nuestra editorial. Al final del retiro, los autores deberán entregar un borrador de su obra, de entre las cuales seleccionaremos una ganadora.*
>
> *¿Quieres saber más? Consulta las bases…*

Publicar. Una novela. Con Blissbridge. Una de las mayores editoriales del país. ¡Era el mayor sueño de mi vida! Por eso no dudé ni un segundo en inscribirme y —todavía no sé muy bien cómo ni

por qué— me escogieron. A mí, de entre todas las personas del mundo, me escogieron a *mí*. Yo, que tenía un currículum literario prácticamente nulo y que había enviado un relato de dos páginas bastante pobre.

Ese es el cúmulo de circunstancias que me han traído hasta aquí: el coche de un desconocido que huele fatal y que, aún encima, se ha perdido.

—Estoy seguro de que era por aquí —repite por millonésima vez, cuando ya estoy a punto de tirarme de los pelos.

—Déjalo, Brad, para donde puedas.

«Prefiero apañármelas con Google Maps», las palabras se me quedan en la punta de la lengua, deseosas de salir.

—Bart —me corrige.

Apenas murmuro un «hum» sin mucho ánimo como respuesta. Bart detiene el coche en mitad de la nada.

—¿Seguro que no quieres que te acerque? —insiste él.

Voy a tardar más en coche que andando.

Lo cual, pasadas dos horas, compruebo que es mentira. Tengo una raya de cobertura y me estoy quedando sin batería. No hay ni una sola persona en diez kilómetros a la redonda. Aún encima, arrastrar la maleta por el medio del campo no es nada agradable. Aunque mi madre provenga de un pueblecito, me he criado casi toda mi vida en Madrid; soy una chica de ciudad, no hay ninguna duda.

Un coche pasa a mi lado y me pita. Me giro con el puño alzado, dispuesta a cantarle las cuarenta, cuando me percato de que se trata de una chica más o menos de mi edad que me mira por encima de sus gafas de sol.

—¿Te has perdido?

—No —es mi primera respuesta—. Bueno, en realidad sí. Un poco.

—¿Un poco? —Arquea las cejas—. ¿Adónde vas?

—Bibury.

La desconocida entrecierra los ojos.

—¿No irás por casualidad al retiro de escritores?

No me lo puedo creer. Mi salvación.

—Sí, justo —respondo alegre—. ¿Tú también?

—Sube, que te llevo —contesta en su lugar, lo que me tomo como un «sí».

Una vez en el coche, veo las cosas con perspectiva. Lo que antes eran hectáreas infinitas de campo ahora son un magnífico paisaje con el que deleitarse. Me acomodo en el asiento del copiloto con las energías renovadas.

—Soy Naisha, por cierto —se presenta la chica.

La observo con detenimiento. Quizá es incluso más joven que yo, aunque solo un par de años. Los rayos de sol que se cuelan por la ventanilla caen sobre su piel morena, iluminando sus suaves facciones. Tiene el cabello recogido en una coleta que parece hecha a toda prisa, al igual que su atuendo. Un par de *leggings* y una sudadera corta, como quien sale a correr.

—¿Y tú eres…? —dice ella pasados unos minutos.

Sacudo la cabeza para centrarme. Es guapa, pero perderme en su rostro como si estuviera esculpido por los dioses es de idiotas. Yo no soy una idiota. Además, no he venido aquí para ligar, es lo último que necesito. Si pretendo terminar un manuscrito después de años necesito concentración absoluta.

—Ejem. —Carraspeo, aclarando mis pensamientos—. Gala, perdona. ¿También eres escritora?

—Oh, sí, escribo unas listas de la compra que te mueres. Tomates, lechuga… No veas. Shakespeare está a puntito de levantarse de su tumba.

Suelto una carcajada. Esta chica me cae bien, punto para ella.

Naisha conduce en silencio hasta Bibury, que es exactamente como me esperaba: un pueblecito británico adorable en el que el Tesco más cercano se encuentra a media hora. Sí, lo he mirado. Naisha recorre el pueblo y me voy fijando en las casas de piedra y el verde de los árboles. Al final de la carretera principal gira a la izquierda y se mete por un sendero más estrecho. Ya empiezo a distinguir el tejado de la casa donde tendrá lugar el retiro. «Un lugar de ensueño», prometía el anuncio. Y, sin ninguna duda, lo es.

—Si quieres puedes ir bajando mientras yo aparco —propone Naisha—. Tus compañeros deben de estar esperando en el jardín.

«¿Tus compañeros…?», quiero preguntar. Sin embargo, me puede la emoción y me apeo del coche a gran velocidad. Mi maleta prácticamente vuela mientras me encamino hacia el jardín. Tan solo reduzco la velocidad al escuchar una voz cantarina.

—¡Eh, mirad! ¡Alguien nuevo!

Distingo un grupo de gente charlando, una de las chicas con un llamativo cabello pelirrojo. A medida que me acerco, la persona que se encuentra al lado de la susodicha se da la vuelta y mi corazón se salta un latido. Está demasiado lejos, no puede ser él… Mis ojos me engañan. Llevo tanto tiempo sin verlo que tengo alucinaciones. Eso es.

Camino decidida, más fingiendo que con verdadera fortaleza, hasta que mis peores temores se confirman. Se ha cortado el pelo. Ese es el primer pensamiento que cruza mi mente. Se ha cortado el pelo y sus mechones de color castaño claro ya no le cubren los ojos, lo que le da un aspecto más… adulto. Y eso me aterra. Me fijo en cada pequeño detalle a pesar de la distancia: su mandíbula ligeramente más marcada, sus labios entreabriéndose con asombro, sus ojos almendrados… Finjo que toda esta situación no me inquieta y me abro paso por el jardín con dignidad.

Quiero morirme aquí mismo.

—¡Me parece que eres la última! —exclama la pelirroja, entusiasmada.

Pero solo tengo ojos para él. Kyle Walker. La persona en la que más confiaba y la persona que dejó de confiar en mí. Trago saliva y elevo la cabeza, muy digna.

—Aún queda una chica… —empiezo a decir, refiriéndome a Naisha.

Nada más pronunciar esas palabras, la susodicha aparece con una libreta en la mano y un bolso minúsculo colgando de su hombro.

—Lamento muchísimo el retraso —se disculpa Naisha mientras se recoloca las gafas de sol—. ¡Bienvenidos al retiro de escritores de Blissbridge! Solo por confirmar, necesito vuestra identificación y demás. —Señala la casa tras ella—. Vamos pasando y rellenáis la ficha en el recibidor.

Solo entonces reparo en que en ningún momento admitió que viniera específicamente al retiro de escritores para *escribir*. Naisha echa a andar en dirección a la entrada, seguida muy de cerca por la pelirroja y un niño que parece recién salido del colegio. Detrás de ellos, un señor de bigote y aspecto poco amigable y una señora más mayor de pelo canoso les siguen el ritmo. Una chica de mi edad teclea algo en su móvil antes de imitar a los demás, mientras que un muchacho de tez oscura le da una última calada a su cigarro.

Al final, solo quedamos Kyle y yo. Porque siempre ha sido así, porque en algún momento estábamos destinados a encontrarnos. Kyle y Gala. Gala y Kyle. Dos astros errantes que siempre supieron que iban a colisionar. Si creímos que la explosión sucedió hace años, no podíamos estar más equivocados.

¿Debería hablar? ¿Hacerme la interesante? No, no tiene ningún sentido. Él me leerá con la facilidad que antaño, sabrá que mi vida está construida con la misma firmeza que un castillo de naipes. ¿Intento rememorar viejos tiempos? ¿Hacer algún chiste? No, huirá en cuanto abra la boca. «¿Por qué no pruebas con algo más sencillo?», me incito a mí misma. Lo que sucede es que nada es sencillo con Kyle.

—Hola —me atrevo a decir.

El chico abre los ojos con sorpresa. No se esperaba que fuera a dirigirle la palabra, puede que yo tampoco esperase hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta cómo me marché la última vez que nos vimos.

—Hola.

Hace dos largos años que no lo veo. Todavía lo sigo en Instagram, claro, así que aprovecho para cotillear de vez en cuando. No hay muchas novedades: continúa trabajando en el restaurante de sus padres, continúa yendo a las mismas cafeterías a las que iba conmigo, continúa saliendo de vez en cuando con su grupo de amigos del barrio. Parece que no ha cambiado nada y, a la vez, que ha cambiado demasiado. No reconozco a la persona que tengo frente a mí.

—Así que sigues escribiendo, ¿eh? —suelto para romper el hielo.

—Me imagino que tú sí —responde mordaz. No se me pasa por alto cómo esquiva mi pregunta, así que entrecierro los ojos. Tiene el ceño fruncido, tanto como lo tenía aquel día. Me estremezco—. Deberíamos pasar.

Este no es Kyle Walker. No es él, me lo han cambiado. *Yo* lo he cambiado. Me muerdo el labio apenas una décima de segundo.

—Sí, deberíamos. —Su tono es seco, a medio camino entre la educación británica y querer mandarme a la mierda.

No quiere nada de mí, capto la indirecta. Kyle es el primero en romper el contacto visual y unirse al resto de nuestros compañeros. Suspiro, derrotada. Esta no era la idea que tenía en mente para un retiro en medio del campo. *Gala Hughes, espabila. Eres más que esto*. Alzo la barbilla con superioridad —puro teatro, estoy a una actuación más de un Goya— y decido que nadie, ni siquiera Kyle Walker, va a estropearme esta experiencia.

Cuando entramos en la casa, Naisha les está enseñando las instalaciones. Se trata de una construcción de piedra de dos plantas, muy iluminada gracias a los grandes ventanales del salón. La disposición del mobiliario le da un toque de casita de cuento. Los sofás rodean la chimenea que, a su vez, se encuentra enmarcada en una pared provista de cuadros campestres. Hay varias estanterías repletas de libros y una enorme mesa de comedor con un centro floral. Huele a limpio, incluso diría que a recién estrenado, y me encanta.

—Según el formulario que rellenasteis, hay una persona vegetariana y una intolerante a la lactosa, ¿me equivoco? —Naisha se ha colocado las gafas sobre la cabeza para leer sus notas—. No os preocupéis, enseguida os traeré la compra. —Su voz denota cierto retintín—. Una vez a la semana me tendréis aquí con víveres o para informaros de cualquier novedad. ¿Alguna petición especial?

La chica pegada al móvil le comenta algo a lo que no le presto demasiada atención. Mis ojos vagan por la escalinata de madera. Ya me estoy imaginando cómo serán las habitaciones cuando la voz de Naisha me trae de vuelta a la realidad.

—Si eso es todo, ¿os parece si rellenamos la ficha? Es solo un trámite.

Hago lo que nos pide intentando poner la mayor distancia entre Kyle y yo. Naisha recoge los papeles y nos indica que subamos al piso superior. Las habitaciones son prácticamente idénticas, por lo que nos las enseña muy por encima y nos permite que las repartamos por nuestra cuenta.

—Os dejo instalándoos —dice cuando ya tiene un pie en la escalera—. Dentro de una hora o así volveré con la compra.

Varios de los presentes se ponen a charlar o directamente a adjudicarse dormitorios. Dejo mi maleta a un lado para que no estorbe y corro escaleras abajo.

—¡Naisha!

La chica se detiene bajo el umbral de la puerta.

—¿Necesitas que compre algo?

—No, no. —Aunque quizá sí—. O sea, yo soy la vegetariana.

Me observa de hito en hito.

—Enhorabuena.

—¿Qué? —replico—. Gracias, supongo. Bueno, que lo que quería decir es que no sabía que eras la organizadora de todo esto. Pensaba que eras una escritora más.

Naisha chasquea la lengua.

—En realidad soy la becaria. Cobro poco y tengo que venir a comprobar que no os habéis matado una vez a la semana. Mi trabajo soñado —ironiza.

Contengo una risa. En definitiva, me cae bien esta chica.

—¿Me matas si te digo que te fijes bien en las etiquetas de la comida? A veces pone que es vegetariano y no lo es.

—Pues sí, te mato —contesta—. Nos vemos en una hora.

Al menos tengo la impresión de que le he caído bien. A la persona que está en el piso de arriba, mi antiguo mejor amigo, sé que no.

Capítulo 3
Kyle

Según mis cálculos, tardaría aproximadamente unas veintisiete horas en volver a Londres andando. Eso si consigo hacerlo sin realizar ninguna parada o descanso durante el trayecto, claro. Algunos pensarían que es una locura. Es decir, ¿quién en su sano juicio querría caminar ininterrumpidamente durante tanto tiempo? Pues yo, por supuesto. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Me muerdo las uñas con nerviosismo en cuanto me siento en una de las dos camas situadas una al lado de la otra en la primera habitación a la que he entrado. Sigo dándole vueltas a mi plan de huida a la par que los demás se ponen de acuerdo a la hora de escoger la suya. ¿A quién voy a engañar? Realmente no tiene mucho sentido que abandone ahora. Da lo mismo aquí, en Londres o en cualquier lugar del mundo: Gala va a estar presente de una forma u otra. Siempre lo ha estado.

Lo más fácil sería permanecer ajeno a su presencia, centrarme en mi futura novela y disfrutar del retiro sin complicaciones. Lo difícil, sin embargo, será fingir que soy capaz de hacerlo.

—¡Eh, chavalín! —exclamo al divisar a Tom tras el umbral de la puerta—. ¿Por qué no compartes habitación conmigo? He escogido la que me parece que tiene mejores vistas.

El chiquillo sopesa mi oferta con una expresión indescifrable. Cruzo los dedos con disimulo para que, por lo menos, asienta con la cabeza. Además de caerme bien y parecerse a mi hermano menor, me estaría haciendo un favor enorme.

—Está bien. —Se encoge de hombros para adentrarse en el lugar y dejar su maleta a los pies de la cama—. Aunque, ya que vamos a compartir esta experiencia juntos, te agradecería que dejaras de llamarme chavalín.

—¿Prefieres que te llame Tommy? —Alzo una ceja con diversión.

—Puestos a elegir, preferiría ser atropellado.

Suelto una carcajada que no puedo evitar.

—Creo que me decanto por Tommy, es un apodo brillante.

—Muy creativo por tu parte —ironiza—. No me extraña que seas escritor.

—Oh, vamos. No te enfades. —Le sonrío—. Si quieres puedes elegir la cama que prefieras, es lo justo.

Tom se encoge de hombros en respuesta.

—Me quedo con esta. —Señala la que se encuentra justo al lado de la puerta—. Así, si entra algún animal salvaje por la ventana podré salir corriendo mientras se ceban contigo.

—Para ser tan pequeño tienes una mente bastante retorcida.

Tras una risita de lo más perturbadora por su parte, me dispongo a deshacer la maleta para instalarme lo antes posible. Ordeno la ropa que he traído en el gran armario de madera que decora la habitación y dejo mi ordenador portátil encima de la cama. He traído lo justo y necesario, por lo que no tardo mucho tiempo en ordenarlo todo.

Cuando acabo, me permito a mí mismo deleitarme con el paisaje que puede verse a través de la ventana. Bibury rezuma tranquilidad. No son solo los rayos del sol que se cuelan por la ventana como si estuvieran destinados a ello, ni siquiera los pájaros que parecen formar una orquesta sinfónica ahí fuera. Es una sensación similar a estar en casa, a saber que no hay otro sitio igual. Que podría estar en cualquier parte, pero que aquí es donde debo quedarme. No me extraña que hayan elegido este lugar para promover la creatividad de unas mentes dispuestas a darlo todo por la literatura. Resulta curioso que, a pesar de la calma a mi alrededor, en mi interior la tormenta no sea capaz de mermar.

Un portazo proveniente del piso de abajo me saca del trance. Bajo las escaleras con rapidez para encontrarme con una Naisha exhausta sujetando varias bolsas de plástico del supermercado. Me acerco a ella sin dudarlo y me hago con unas cuantas para ayudarla.

—No me pagan lo suficiente… —murmura, no sé si pretendiendo que la escuche o no.

Ambos nos dirigimos a la cocina para dejar las bolsas sobre la encimera. La madera y las luces cálidas, tanto provenientes de fuera

como las interiores, decoran el lugar que sigue en sintonía con las demás instalaciones de la casa.

—Dejad que os ayude.

Se me revuelve el estómago en cuanto Gala se acerca a nosotros y se dispone a guardar la comida. Puede que en otra vida haya sido el mismísimo demonio y ahora este sea mi castigo. Intento no mirarla demasiado, pero se me hace imposible. *Está preciosa, joder.* No ha cambiado en absoluto. Su olor sigue siendo el mismo, tal y como imaginaba. Dulce, pero no demasiado. Ácido, pero no tanto como sus palabras. Tengo que contenerme para no cerrar los ojos y aspirar con fuerza. Toda ella me transporta a un pasado al que no debería querer volver. De hecho, no quiero. Me niego.

Deberían darme un premio por haber conseguido ordenar la compra sin interactuar ni una sola vez. Gala no ha roto el pacto de silencio que hemos hecho sin necesidad de palabras. Quizá ella tampoco quiera alterar las leyes del universo. O quizá es que se me nota demasiado en la cara lo poco que me apetece estar a su lado.

—Bien —dice Naisha a la par que se frota las manos—. Ya está todo, ¿verdad?

—Ajá —contestamos al unísono.

—Muchas gracias a los dos. Volveré la semana que viene para comprobar que todo sigue en orden. Ah, y aquí os dejo mi número de teléfono por si alguno me necesita. —Saca un trozo de papel de su bolsillo y nos lo tiende.

—Seguramente no nos haga falta —le aseguro, aunque no las tengo todas conmigo.

Gala me mira de reojo. Es un gesto tan disimulado que juraría haberlo imaginado.

—Yo no prometo nada —apunta ella —. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Si nos mantenemos alejados el uno del otro, entonces no tiene por qué pasar nada.

—Espero que no sea necesario. —Suspira ella—. De todas formas, estaría bien que tampoco seáis unos muermos. No estáis aquí solo para escribir. Esto es un concurso, al fin y al cabo, y la gente quiere saber todo lo que ocurre entre estas cuatro paredes. Usad vuestras

redes porque la editorial también lo hará. Así conseguiréis más visibilidad, lo que se traduce en más futuros lectores. Vendeos, sed espontáneos y, sobre todo, no os tiréis de los pelos si no es estrictamente necesario. Deseadle suerte a los demás y ojalá que este lugar os inspire para escribir una buena historia y *bla bla bla*… Lo típico.

Naisha se marcha sin que podamos decir nada más. Es evidente lo poco que le apetece estar aquí, ya sea por el sueldo escaso del que ya se ha quejado unas cuantas veces o por tener que encargarse de un grupo de personas a las que ni siquiera conoce. Ojalá no se hubiera ido tan pronto. Es decir, ojalá no se hubiera ido dejándonos a Gala y a mí a solas. ¿Es que no hay nadie más en esta casa? Esto tiene que ser una broma. Parece que el destino se ha puesto en mi contra incluso antes de empezar. Estoy a punto de girar sobre mis talones y regresar a la parte de arriba cuando la chica se atreve a hablar:

—Kyle.

Ahí está, lo tenía que decir. Es extraño volver a escuchar mi nombre en sus labios. Es como si el tiempo se hubiera congelado de repente, como si no hubieran pasado los años. Se me eriza el vello y se me quiebra el corazón una vez más. Porque su voz, esa voz que ahora suena más grave, incluso más íntima, lleva llamándome por mi nombre incluso antes de que aprendiera a escribirlo correctamente. Aprieto la mandíbula antes de contestar. Me rechinan tanto los dientes que temo perder las muelas.

—¿Qué? —grazno.

—Te veo… —Sacude la cabeza. Está nerviosa, casi tanto como yo —. Te veo bien.

—Lo estoy.

—Me alegro.

Desvío la mirada hacia las escaleras. Siento una presión en el pecho que me impide respirar con normalidad. Gala no aparta sus ojos de mí. Me observa como quien observa a un extraño. Yo la miro como quien se mira a sí mismo al espejo y no se reconoce.

—¿Y tu familia?

—Bien también.

—Genial… —Juega con sus dedos a medida que continúa hablando—. ¿Qué has estado haciendo durante este tiempo? Parece que has seguido escribiendo… ¿te ha ido bien?

Me ha ido como el culo, gracias por preguntar.

—¿Qué más te da, Gala?

—Solo preguntaba.

—No te interesa.

—¡Por supuesto que lo hace! Mira, sé que hace mucho que perdimos el contacto, pero ahora estamos aquí. Y si nos vamos a tirar más de un mes encerrados en esta casa, será mejor que empecemos a tolerarnos otra vez. No te estoy pidiendo tanto.

Gala y su superioridad moral. Estoy a punto de replicar, de explicarle que no quiero tener nada que ver con ella y que solo bastará con ignorarnos para que las cosas no se tuerzan, pero es en ese momento cuando diviso una cabellera pelirroja acercándose a nosotros. Candy vuelve a sonreír. Sonríe, sonríe y sonríe. No me quiero ni imaginar lo mucho que le deben de doler las mejillas. Si pudiera, me pondría de rodillas ante ella para agradecerle su oportuna aparición, pero soy consciente de que no sería lo más apropiado. No me conoce de nada.

—Dios, esta casa es perfecta. Es justo donde imagino que viven los duendes. O las hadas. O cualquier ser mitológico, en realidad. —Ensancha su sonrisa, lo que me hace volver a apiadarme de sus músculos faciales—. ¿De qué hablabais, por cierto? ¿He interrumpido algo?

Me pregunto si dejaría de sonreír justo después de escuchar una respuesta sincera. Pero su sonrisa es demasiado bonita y nuestra historia demasiado trágica. Será mejor mantenerla en secreto. Cuanto menos sepan sobre nosotros y nuestro pasado, mejor.

—Acabamos de ayudar a Naisha a ordenar la compra. Se ha ido hace nada y nos ha dicho que deberíamos empezar a usar nuestras redes sociales para darnos a conocer —contesto. Es una verdad a medias, lo cual no me convierte en un mentiroso. No del todo—. Y sí, este lugar es fantástico. Justo lo que necesitamos. ¿Ya te has instalado o necesitas que te eche una mano?

Juraría escuchar un carraspeo por parte de Gala. Opto por ignorarlo.

—¡Oh! ¡Gracias! No hace falta, pero eres muy amable. Ya nos hemos apañado nosotras. —Señala a la otra chica con la cabeza. Su cara de pocos amigos lo dice todo—. Somos compañeras de habitación. O compis de cuarto, como prefieras llamarlo. ¿No es genial? ¡Estoy superentusiasmada! ¡Necesito empezar a escribir ya!

Me reiría si no fuera porque me niego a bajar la guardia. Creo que no hay personas en esta casa que se parezcan menos. Es más, me atrevería a decir que no existen en el mundo personas más dispares que ellas. Son como el día y la noche, la luna y el sol. Si Gala ha cambiado tan poco como en el exterior, apuesto a que convivir con Candy no ha sido precisamente idea suya. Ha sido una chica solitaria durante toda su vida. Su paz siempre ha estado por encima de cualquier otra cosa, y Candy no parece la típica a la que se le gasta la energía tan rápido. Les deseo suerte, más a una que a otra.

—Y apuesto a que vosotros también —prosigue, en vista de que ninguno ha dicho nada al respecto. Que Gala esté tan cerca me pone los pelos de punta y me nubla la mente de tal manera que da la sensación de que no me conectan ni dos neuronas. Esto no debería ser así. Nunca debería haber sido así. No después de tantos años, al menos—. ¿Verdad?

Gala se limita a asentir con la cabeza.

—¿Ya sabes lo que vas a escribir? —pregunto con interés, a lo que ella asiente. No me apetece hablar de mí mismo. Puede que lo haga, siempre y cuando estemos Candy y yo a solas.

—Un poemario —responde orgullosa.

Si dijera que me sorprende estaría mintiendo. Con ese vestido de flores y esa luz en su mirada, lo que me extrañaría sería que escribiera novelas de terror. Un poco pretencioso pensar eso por mi parte, pero mi intuición no me falla. Gala se muerde el labio mientras la escucha hablar con atención, cualquiera diría que se está aguantando una risa irónica.

—*Guau*, pues qué interesante. Te pega. —Le sonrío, justo como ella no para de hacer. Ignoro que Gala sigue conteniendo la risa—. No es que me suela guiar por los estereotipos, pero…

Candy le quita importancia con un gesto.

—Suelen decírmelo bastante, no te preocupes. ¿Y tú? No, espera, déjame adivinar. Mm… Si nos basamos en los estereotipos, diría que escribes ciencia ficción o algo así. ¡Oh, no! ¡Ya sé! ¡Romántica! No, no… Un segundo… ¡Novela histórica! ¡Autobiografías!

Trago saliva y, aunque sé que merece una contestación genuina por mi parte, no puedo dársela estando Gala presente. No quiero serle sincero, me niego a remover el pasado. Pero la escritura estuvo ahí, está y estará. Nunca he dejado de hacer lo mismo, siempre he seguido un camino. Sin desvíos, con mi mano entrelazada junto a otra. Aprovecho que la chica ha mencionado más de un género para soltar una carcajada fingida. Porque no ha acertado con ninguno, porque la fantasía siempre ha sido mi billete de ida y no hay otro destino que prefiera más que el que forma parte de otro mundo.

—No, no y no. —Candy chasquea la lengua—. Pero no ibas muy desencaminada. De todas formas, me estoy descubriendo a mí mismo en otros estilos. Últimamente me interesa mucho la novela policiaca, aunque también me he planteado probar con la histórica, así que punto para ti.

Ahora sí que soy un mentiroso de manual. *Enhorabuena, Kyle, disfruta de tu nueva nariz gigante.*

Noto cómo Gala frunce el ceño sin disimulo. Todo su cuerpo se tensa y, mientras me observa de nuevo como si fuera un completo desconocido para ella, me apunto un tanto por haberla descolocado. Candy no tarda mucho en dejarnos continuar con esta guerra de miradas sin precedentes para irse a preguntarle a los demás acerca de sus proyectos. Ni siquiera puedo prestar atención a lo último que nos dice. Ojalá lo hubiera hecho, quizá así podría haberle suplicado que se quedara con nosotros. Conmigo. No creo que pueda seguir enfrentándome a esto solo.

—¿Has dejado de escribir fantasía? —inquiere sin preámbulos.

Sin duda no puedo enfrentarme a esto solo.

—¿Qué más da?

Gala chasquea la lengua.

—Me resulta extraño, eso es todo.

—¿Por qué? —Alzo una ceja.

—Porque es tu pasión, o al menos lo era —se corrige—. Es como si no te conociera —musita, dando a entender que no quería decirlo en voz alta.

—Es que no me conoces —suelto.

El corazón me da un vuelco al decirlo. El rencor habla por mí y deja cicatrices allí por donde pasa. Para mi sorpresa, Gala alza el mentón con dignidad y me encara como solo ella sabe hacerlo.

—No te recordaba tan imbécil, Kyle Walker.

Dejo escapar una risa irónica y le sonrío de la misma manera.

—Métete en tus asuntos, Gala Hughes.

—Tranquilo, no pienso molestarte más.

Gala se da la vuelta para alejarse de mí, dejándome con la palabra en la boca. Me masajeo las sienes con tal de calmarme. Sí, soy un imbécil. Así me siento y así lo reconozco. Pero esto es lo mejor para ambos, ¿verdad? Sí. Sí que lo es. No podemos retroceder en el tiempo y hacer como si nada. Quien no conoce su historia está condenado a repetirla. El desastre sería inevitable, mucho peor que el que ya nos destrozó en el pasado. Ya fuimos capaces de arrasar con todo a nuestro paso reduciendo a cenizas lo bueno que habíamos construido. No quiero ni imaginar lo que podría pasar si volvemos a hacerlo. La calma fingida sería tan solo una guerra encubierta. Y ya basta de tanta sangre.

Capítulo 4
Gala

Razones por las que nunca jamás en mi vida debería haber venido a este retiro de escritores:

Número 1. Tengo a una compañera de habitación que parece sacada de Mr. Wonderful.

Número 2. Todavía no tengo ni idea de qué escribir.

Número 3. Kyle Walker, el niño sonriente al que solía querer y admirar, me odia.

Así que sí, son muchas las razones por las que no debería estar aquí. También son muchas otras por las que debo y quiero quedarme. Esta es una oportunidad única en la vida y, con suerte, conseguiré publicar mi libro. Es todo lo que siempre he soñado y ni siquiera enfrentarme a los demonios del pasado me hará renunciar. Por frío que sea Kyle ahora —cuando antes era cálido como el verano—, prefiero ahogarme en un mar helado que darle la espalda a mi sueño una vez más.

Con pesar, me tumbo boca arriba sobre mi cama, rezando porque Candy no regrese todavía de su expedición por la casa. Parece encantada de conocerse; parlotea con todos, lanza sonrisas aquí y allá, menea su cabellera como si se tratase de un anuncio de champú. Es una pesadilla.

Trasteo con el móvil y acabo entrando en el perfil de Instagram de la editorial Blissbridge. Su última publicación es una imagen de la casa donde me encuentro ahora mismo con el siguiente pie de foto: «Ocho personas comienzan su aventura en el #RetiroBlissbridge. ¿Cuál de ellas verá su libro publicado?» Suspiro. Ahora, además de todo lo que tengo encima, somos un pseudo-*reality show*.

No quiero mostrar la incomodidad que en el fondo me genera. Nunca he sido una persona de redes sociales. Para lo único que me han servido, o al menos antes, era para mantener el contacto con Kyle. Ver cómo era su día a día en Londres, compararlo con el mío en Madrid y desear que fuera ya verano para reunirnos de nuevo… Sacudo la cabeza. Por desgracia, las redes forman parte del trato, ya

lo dijo Naisha. La calidad del manuscrito es un factor importante, pero hoy en día saber ganarte al público marca la diferencia en cuanto a ejemplares vendidos.

¿Qué llama la atención sobre mí? Ja, respuesta fácil: nada. Me devano los sesos pensando en una historia original que subir a Instagram. Saco foto tras foto al paisaje verde que se vislumbra a través de la ventana, pero por muchos filtros cutres que le ponga, no se parece en nada a las típicas fotos impecables de las *influencers*. *¿Hasta qué punto estoy dispuesta a renunciar a mi intimidad y obligarme a hacer algo que ni me gusta para conseguir mi sueño?* Lo tengo claro: estoy dispuesta a jugármelo todo, ya no tengo nada que perder. Subo la estúpida historia de la ventana y pongo el mismo *hashtag* que la editorial.

Aprovecho para avisar a mis padres de que el retiro no es una farsa para asesinarme y que sigo viva, muy a mi pesar en estos momentos, para después salir de la habitación. No puedo esconderme del mundo —de Kyle— esperando a que desaparezca de un momento a otro. «Gala Hughes, eres más fuerte que esto —me digo—. Vete a por todas y que le den por culo, no te merece».

Me asomo al jardín, pasando por el salón desierto de camino, donde distingo por un lado a Candy y al bigotudo conversando y por otro a la supuesta *influencer* que lleva pegada al móvil desde que llegamos —«esa sí que debe de subir buenas fotos», pienso— grabando un vídeo. Parece que a Kyle se lo ha tragado la tierra. Eso o ha ido a instalarse. Ojalá fuera lo primero.

Doy media vuelta y regreso al salón, donde acaba de entrar la mujer mayor. Se pone a observar las estanterías con interés, así que, intentando hacerme la fuerte, me acerco y la saludo.

—Soy Maude, encantada —se presenta ella.

Hago un pequeño gesto con la cabeza.

—Gala.

Si fuera Candy, seguro que diría algo más. ¿Debo hacerlo? *Uf, cómo odio socializar*. Cuando Kyle y yo todavía éramos amigos todo parecía más sencillo. Íbamos en *pack* a todos lados; él era el de las sonrisas amables y yo la que decía lo que otros no se atrevían. Él suavizaba mi carácter y yo sacaba su lado más aventurero. *Él*. Un

amargor se cuela entre mis huesos y me veo obligada a pensar en otra cosa. En lo que sea.

—¿Qué tipo de novelas escribe usted? —le pregunto.

—De romance.

—¿Ah, sí? ¿Lleva mucho tiempo escribiendo?

Maude señala el sofá para que nos acomodemos.

—Digamos que he escrito toda mi vida, pero no literatura —explica—. Mi marido murió hace seis años.

—Oh, lo siento mucho.

¿Qué debo decir en casos así? Recuerdo las palabras de mi madre, las mismas que lleva entonando desde que tengo uso de razón: «Se te va la fuerza por la boca, eres demasiado brusca». Empiezo a juguetear con mis dedos, nerviosa.

—No te preocupes, corazón. —Me dedica una sonrisa tierna—. Siempre he leído muchas novelas de romance, las de época son mis favoritas. Me he dedicado a escribir toda la vida, aunque de una manera diferente. Artículos, crónicas… Trabajaba para un pequeño periódico de Norwich. Cuando Edmund murió me volqué en los foros *online* y descubrí a mucha gente que compartía mis mismos gustos. Incluso me animé a publicar alguna cosilla que escribía.

Me inclino un poco más hacia ella, sumamente interesada con su historia.

—He escrito varios relatos, pero en cuanto vi el anuncio del retiro supe que era mi momento. Quiero intentar escribir una novela entera, de principio a fin.

Esbozo una sonrisa sincera.

—Seguro que lo consigue, Maude.

—¿Y tú, niña? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Por casualidad. Yo no tengo una historia épica que contar, mi vida se basa en saltar de un lado a otro, cambiar de rumbo, probar suerte. Quizá ni me merezco estar aquí. Me encojo de hombros.

—Venga ya, seguro que hay algo —insiste ella—. ¿Cómo empezaste a escribir?

Con él. Pero no puedo admitirlo en voz alta.

—Ya sabe, de pequeña. Lo típico. No es nada del otro mundo, en serio.

Hace una mueca que deja claro que no se cree nada, pero agradezco que no replique.

—¿Te puedo ser sincera? —dice en su lugar—. Estoy un poco nerviosa. Os veo a todos tan jóvenes, con tanto que aportar…

—¡Tonterías! —me apresuro a contestar—. No hay edad para escribir.

Chasquea la lengua. Las canas que se salen de su coleta no hacen más que acentuar su edad. Varias arrugas adornan su rostro, pero no por eso es menos bello. Unos ojos grises, brillantes como dos piedras preciosas, iluminan su cara.

—¿Le puedo ser sincera? —pregunto yo ahora.

—Por supuesto. Y ya basta de tanto «usted», tutéame.

Asiento, complacida con esta aliada que estoy haciendo.

—Yo también estoy asustada. No tengo ideas para escribir. Llevo… meses… años, en realidad, sin hacerlo.

—Entonces has hecho bien en venir aquí. Un cambio de aires te sentará de lujo.

Si Maude supiera que llevo cambiando de aires desde que tengo uso de razón y no me ha servido de nada.

…

Todos vamos como pollos sin cabeza. Se trata de un entorno nuevo con gente desconocida. ¿Y si hay un asesino en serie entre nosotros? Incluso a mí, que llevo años de un lado para otro, me cuesta acostumbrarme. La tensión se palpa en el ambiente, no solo con Kyle. Todavía tenemos que dar con el sitio adecuado, ese rincón de escritura donde surgirá la magia. Aún nos falta conocernos en profundidad, saber qué podemos hacer y qué no, hasta dónde llega la confianza.

Mi solución es encerrarme en mi cuarto, rezar siete Ave Marías —los de Bisbal— para que no regrese Candy y observar la página en blanco del Word durante horas. Siendo sincera, no esperaba llegar y triunfar. Tenía claro que hacía falta mucho más que eso para recuperar la inspiración. Sin embargo, es inevitable sentirme decepcionada conmigo misma. He estado dos años sin escribir más que un par de líneas, unas dos o tres páginas como muchísimo. Si vengo aquí es para acabar con mi bloqueo de una vez por todas,

pero ni los pajaritos piando ni el olor envolvente de la tierra parecen surtir efecto. Sigo igual de estancada que en mi casa.

Unos golpes en la puerta me sacan del ensimismamiento. Me sobresalto y tiro el móvil sobre la cama como si estuviese viendo algo prohibido. En realidad, eran Tik Toks de gatitos. Maude se asoma por la puerta con su dulce sonrisa.

—¿Tienes hambre?

No me había dado cuenta hasta ahora, pero me ruge el estómago, así que asiento. Mientras me encamino con Maude a la planta baja, esta me pone al día de lo sucedido durante mi reclusión. Al parecer, ya se ha formado un grupito de amigos entre los que están Candy, ese otro niño al que todavía le están saliendo los dientes de leche y Kyle. El resto —Maude, la *influencer* Rebecca, el bigotudo Frank, el pobre de Dennis, al que le han puesto nombre de octogenario, y yo— hemos decidido ir un poco por libre.

—Dennis ha traído un táper de lasaña para todos, así que nuestra primera cena pinta bien.

Se me hace la boca agua de solo pensarlo. Lo que no me gusta tanto es la idea de compartir mesa con todos ellos. Cuando piensas en un retiro, te imaginas un remanso de paz, un oasis de calma alejado de la vida urbana. Y lo es. Puedo imaginarme en esta misma casa, completamente sola, disfrutando del paisaje con un *iced tea* y rellenando páginas y páginas de mi novela sin cesar. He ahí el problema: tener que lidiar con siete desconocidos de golpe. Digo siete porque, aunque me cueste admitirlo, a estas alturas Kyle también es un completo desconocido para mí

Cuando llegamos, ya se han instalado alrededor de la amplia mesa del comedor. Dennis está sirviendo la lasaña y es entonces cuando reparo en lo más básico: la carne de dicho alimento. Justo en ese preciso instante, como para reírse de mí, me suenan las tripas con un ruido ensordecedor. Varios de los comensales se vuelven en mi dirección.

—¡Sentaos! —indica Dennis—. Hay de sobra para todos. Me pasé la tarde de ayer cocinando.

Esbozo una sonrisa tensa mientras veo que Maude ocupa uno de los asientos. El único que queda libre, cómo no, es el de al lado de

Kyle. Él se fija en mí durante unos segundos que se me hacen eternos. Luego, con lentitud, me enseña un bol de ensalada. Noto un tirón en el estómago, pero esta vez no es debido al hambre. Todavía estoy de pie cuando señala un plato. Se me cae el mundo encima al ver el tofu marinado justo como lo hacía su padre para mí en el restaurante.

—Sé que es pobre, pero ha sido algo de última hora —explica Kyle.

Ya no sé si tengo hambre o se me ha cerrado el estómago por la oleada de recuerdos que me ha invadido.

—Gracias —musito cohibida.

Me siento junto a él y trato por todos los medios de borrar su imagen de mi cabeza. Él siendo un crío que volvía siempre con las rodillas raspadas a casa; él llorando de la risa porque me había resbalando en el suelo fregado; él guiñándome un ojo mientras pasaba a mi lado cuando servía las mesas del restaurante; él soltándome las palabras más hirientes que me ha dicho nadie jamás.

No, Kyle Walker, en realidad, no ha cambiado. En el fondo sigue siendo ese chico atento y amable de antaño. Incluso odiándome, se ha acordado de mí. Eso dice mucho de la persona que es él y de la que soy yo. Las lágrimas se arremolinan en mis ojos y parpadeo rápidamente para que se vayan.

—¡Un brindis! —Candy se pone en pie y alza su copa de vino—. ¡Que todos escribamos nuestra mejor novela!

Maude me sirve la bebida e imito el gesto de la pelirroja a regañadientes. No se me pasa por alto cómo Kyle no hace chocar nuestras copas.

—Que todos escribamos nuestra mejor novela —repito en voz baja.

Doy un gran trago al vino —que sabe a rayos y centellas, pero con algo habrá que combatir esta tortura— y miro de reojo a Kyle. Ahora que vuelvo a estar con él después de dos años, sé que mi deseo no es escribir mi mejor novela. Mi deseo es recuperarlo.

Capítulo 5
Kyle

Una sonrisa transmite más que cualquier frase. Soy escritor, sí, pero ni con esas soy capaz de expresar con palabras lo que significa esa mueca, por mucho que la repita a lo largo del día. Es un gesto bonito, también sincero. Y hace que me coma la cabeza cada vez que intento plasmarla en papel.

Cuando echo la vista atrás, a un pasado tan lejano que temo que llegue un punto en el que se desdibuje en mi cabeza, recuerdo todos esos momentos en los que Gala conseguía hacerme sonreír sin siquiera pretenderlo. Era como si una fuerza poderosa incidiera sobre mí. Conseguía hacerlo parecer tan fácil que en ocasiones llegaba a asustarme. Menuda lástima que ahora no pueda regalarle más que una expresión vacía e inerte. Una expresión que, si bien sigue pareciendo una sonrisa como tal, no es algo que sienta en realidad. Vaya mentiroso estoy hecho, ¿eh?

—¿Quieres que rellene tu vaso? —Dirijo mi mirada hacia Candy, la cual está sujetando la segunda botella de vino de la noche. Asiento.

Me pregunto en qué estaría pensando Naisha al comprarnos alcohol. ¿Qué somos? ¿Adolescentes? ¿O tal vez un experimento social? Se supone que esto es un retiro, no una fiesta. Pero aquí estoy, hipócrita como yo solo, pidiendo más y más alcohol. Puede que mi capacidad de concentración se ahogue con él. Lo cierto es que me da igual. A estas alturas, lo único que necesito es dejar de pensar. Tomo un trago largo de mi bebida, casi vaciando el vaso de una sentada, mientras me siento en la esquina de uno de los sofás junto a los demás. La pelirroja se sitúa a mi lado izquierdo, consiguiendo que pueda evitar a Gala.

—Una vez estuve en un campamento y jugamos a un juego muy chulo que nos ayudó a conocernos un poquito mejor. ¿Qué os parece si os explico las reglas y lo probamos? Así nos podemos presentar uno a uno —sugiere Candy—. Apuesto a que no todos hemos tenido la ocasión de hacerlo antes.

—¿Y si nos hacemos una foto primero? Tengo que ir empezando a subir contenido a mis redes, que mis seguidores están esperando —responde Rebecca.

Gala casi vomita al escucharla. Yo me pregunto en qué momento he empezado a fijarme en ella.

—Ni de coña —musita la chica, aunque yo la oigo perfectamente. Incluso a distancia, su voz se me clava en las entrañas.

—Podríamos esperar a mañana, para que al menos haya buena luz —propone Dennis.

—¿En serio me vais a hacer esperar por una foto? Una. Maldita. Foto. No me lo puedo creer. —Rebecca se levanta decidida, como si ya no tuviera nada que hacer aquí. O con nosotros—. Buenas noches… supongo. En fin, yo me largo.

No la conozco mucho, pero he de confesar que su reacción no me sorprende. Sé que gracias a su gran número de seguidores en redes escribió una autobiografía hace un año. Obtuvo el éxito que esperaba, cómo no, y ahora quiere añadir un par de ceros más a su cuenta millonaria de banco escribiendo un libro de autoayuda. Tengo la sensación que es de esa clase de personas que nunca tiene suficiente. Algunos lo llamarían ambición, yo lo llamo inconformismo.

—Empezaré yo, entonces —anuncia Candy, en vista de que nadie más se anima. Arruga una servilleta de papel mientras sonríe—. El juego consiste en que, quien tenga esta servilleta en la mano, deberá contar cosas sobre su proyecto. O sobre lo que quiera, en realidad. La iremos pasando uno a uno para que nadie se quede sin darse a conocer. ¿Bien?

El numerito de Rebecca no le afecta a la hora de volver a relatar lo mismo que llevo escuchando desde que llegué. A medida que habla, pienso que me alegro de compartir esta experiencia —y esta casa, sobre todo esta casa— con alguien como ella. Tan risueña, tan… viva. Sí, esa es la palabra. Candy está tan viva que me recuerda a una versión de mí a la que añoro cada mañana al despertar y cada noche antes de echarme a dormir. La chica es como un fantasma del pasado, una forma maquiavélica que el universo ha utilizado para echarme en cara lo mucho que he cambiado. He pasado de ser sol a agujero negro, y eso no se supera

nunca. No cuando sueño con volver a brillar aun sabiendo que es difícil, casi imposible, prender una llama que ya no echa ni humo.

Le pego otro sorbo al vino. Y otro. Y otro. Repiqueteo los dedos contra el vaso mientras el mareo se incrementa por momentos. Ya he dejado de prestar atención a mi alrededor. Ni siquiera sé quién se presenta después de Candy. Me sumerjo en mis propios pensamientos e, intentando nadar con tal de no ahogarme en ellos, centro mi atención en un punto fijo cercano a Gala. Demasiado cerca, diría yo. Pero ¿qué más da? El alcohol ya es excusa suficiente.

Es un carraspeo lo que consigue sacarme del trance.

—No os lo toméis a mal, más bien como una crítica constructiva. —La voz grave del señor que parece tener un gato persa bajo la nariz no tiene pinta de traer nada bueno. No cuando empieza a acariciarse ese bigote que tiene y nos mira a todos y cada uno de nosotros con un deje de superioridad que incluso consigue que Candy frunza el ceño—. Es imposible que la gente joven pueda escribir novelas en condiciones. No hay más que veros, se nota que sois demasiado inmaduros para esto. ¿Qué vais a escribir con menos de cuarenta años? ¡Si apenas habéis vivido!

Pues yo me siento un octogenario, para qué mentirnos.

Nuestras caras son un cuadro ahora mismo. Que tiemble Van Gogh. Y Goya. Y Monet. Que tiemblen todos los artistas que nos preceden. Nos quedamos boquiabiertos. Literalmente. Esto parece un concurso para ver quién tiene la boca más grande.

Gala es la primera en darse por vencida y cerrarla. Solo la abre de nuevo para decir:

—Oh, estupendo. ¿Y tú eres…?

Su tono irónico me sigue poniendo los pelos de punta.

—El gran Frank Bernard —responde el hombre al tiempo que hincha el pecho. El alcohol me hace imaginarlo como si fuera un gallo de corral. Le falta la cresta, eso sí. Menos mal que el bigote lo contrarresta.

A la que un día fue mi mejor amiga se le escapa una risa.

—No te lo tomes a mal, pero a partir de ahora pienso llamarte *Bernie*. No es por nada, más bien una crítica constructiva, pero tu nombre real no suena tan guay. —Chasquea la lengua. El hombre se

une al concurso de bocas abiertas—. Entonces dime, *Bernie,* ¿qué es lo que te ha llevado a pensar eso?

—No hay más que veros, niña. Me apuesto la mano a que ni siquiera conocéis *El Quijote*.

Observo la escena como si se tratara de una película. Siempre he admirado la valentía de Gala. Nunca se calla nada, es impresionante. Quizá por eso nuestra amistad nunca llegó a funcionar. Hay veces en las que pensar antes de hablar resulta crucial para salvar una relación, y eso para ella es imposible. He llegado a preguntarme si ha pensado alguna vez. Si lo hizo cuando todo se fue al traste.

—¿Derecha o izquierda? —Sonríe ella.

—¿Disculpa?

—Acabas de perder la mano, así que te estoy dando a elegir. A veces puedo ser compasiva. Si me pillas en un buen momento, claro —concreta—. Es tu día de suerte. ¡Enhorabuena!

Juraría que Frank ha empezado a maldecir por lo bajo. Aunque procura que no se le note, es bastante evidente.

—¿Qué sueles escribir? Venga, sorpréndeme. Haz que Cervantes se revuelva en su tumba.

El mundo se detiene en cuanto Gala me mira durante un instante antes de contestar. Es tan efímero que nadie además de mí se da cuenta.

—Un poco de todo —responde. Su seguridad es la de siempre—. A veces me da por la fantasía y otras me inclino por el romance.

Ahí es cuando a Frank le cambia la cara.

—*¡Ja!* El romance es un género de segunda.

Hasta Candy tiene que morderse la lengua. Nos miramos los unos a los otros, estupefactos. Menuda manera de terminar el día. Nos quedan cinco semanas maravillosas.

—¿Me permites una última crítica constructiva? —En otra ocasión, y hace muchos años, habría cogido a Gala del brazo y me la habría llevado de aquí con tal de tranquilizarla. En esta, sin embargo, ni tengo esa confianza con ella ni quiero que deje de hablar—. Eres demasiado rancio para tu edad. Un poquito retrógrado también. Menudo cóctel, *Bernie*.

Estoy a punto de escupir el vino mientras Tom se queda lívido. Los demás, cansados de la situación o demasiado borrachos como para seguir manteniéndose en pie, siguen los pasos de Rebecca y abandonan el salón para subir hasta sus habitaciones. Los únicos que quedamos a pie de guerra somos Candy, Tom, los protagonistas de la discusión y yo.

—En realidad, soy bastante moderno. —*Lo que me faltaba por escuchar*—. Por eso escribo novela erótica. Me gusta innovar, explorar.

Vale, no. Esto *sí* que es lo que me faltaba por escuchar.

—¿No va eso un tanto ligado al romance? —me atrevo a intervenir, pero rápido me arrepiento. Creo que esta noche va a haber un asesinato. Que nadie se extrañe si las huellas del gran Frank se me quedan marcadas en el cuello antes de morir asfixiado.

—El amor son chiquilladas, chaval. El sexo es arte puro. Y yo solo escribo arte, no cualquier pastelada de esas que os interesan a los jóvenes. Demasiado empalagoso.

El silencio que nos envuelve a continuación es ensordecedor. Ya es difícil dejar a un grupo de escritores sin palabras. Por suerte, Candy tiene de sobra y no permite que nos quedemos callados más de lo necesario.

—¡Qué interesante! —exclama, algo exagerada, con tal de calmar las aguas—. ¡Es maravilloso que cada uno tenga sus gustos! Qué ganas de aprender más sobre vosotros. Tom, ¿tú qué opinas? ¿Verdad que es una pasada?

El chico la mira como si se hubiera vuelto loca, pero la que de verdad le dedica una mirada horrorizada es Gala. Si antes iba a vomitar con el comentario de Rebecca, ahora está a punto de echar hasta la bilis. Se nota que está intentando morderse la lengua, lo sé porque una de sus mejillas se hunde más que la otra. Debería dejar de centrarme en ella, ¿verdad? Venga, voy a intentarlo. Ya no voy a observarla más. Lo tengo terminantemente prohibido.

No te lo crees ni tú.

Candy bosteza, ni siquiera me he dado cuenta de que había dejado de hablar.

—Ya va siendo hora de que me vaya a dormir. —Se estira, todavía engrandeciendo sus movimientos—. Gala, ¿te vienes?

No la mires. No la mires. No la mires.

Prohibido. No. Ahí no, Kyle.

La miro. Gala niega con la cabeza mientras se levanta del sofá.

—No me esperes despierta, voy a servirme más vino.

Así que Candy sube a su habitación, pero no lo hace sola. Tom la sigue para dirigirse a la nuestra. Él ni siquiera me pregunta como ha hecho la chica, pues asume que voy a quedarme un poco más. O puede que lo haya hecho y yo esté tan metido en mi mundo que no me he dado cuenta. La marcha de ambos acaba convirtiéndose en un efecto dominó. Frank, que ya no tiene con quién meterse desde que Gala se ha escondido en la cocina, sube las escaleras de dos en dos como el gigante que piensa que es. ¿Será esta una invitación para que yo me vaya también? Teniendo en cuenta que tengo más vino que sangre en el cuerpo, sería lo más sensato. El problema es que tengo más vino que sangre en el cuerpo, así que es imposible que actúe con sensatez. Quiero quedarme. Decido quedarme.

La consecuencia es que Gala se sienta frente a mí y volvemos a estar solos. Cara a cara. Sus ojos oscuros ahondan en los míos y por un momento temo que pueda escudriñar mi alma. Deja de hacerlo para beber de su vaso sin parar, un sorbo detrás de otro, y ahora soy yo quien se fija en el movimiento de su garganta al tragar. Sube y baja, sube y baja. Es hipnótico. Diría que hechizante, incluso. Menudo poeta estoy hecho cuando me emborracho.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —dice por fin.

Me encojo de hombros, restándole importancia a cómo mi corazón se salta un latido.

—Se han ido a dormir.

Cosa que debería plantearme ahora que el salón parece más pequeño que antes.

Ella asiente lentamente, procesando la información. No sé si es la situación, el alcohol o mi propio nerviosismo, pero la habitación parece haberse empequeñecido y el calor que siento por todo el cuerpo me resulta abrasador.

—¿Un traguito? —me ofrece.

No voy a negarme. Agarro la botella de vino que me tiende sin decir nada. Sí me fijo en el *tic* de mi dedo gordo, ese que consigue que se mueva involuntariamente como si tuviera vida propia. Genial, ahora mi dedo quiere salir huyendo. Debe de ser una señal para que yo también lo haga. O que lo desee, para variar.

Vuelvo a escoger el camino contrario.

Agarro la botella de vino que me ofrece sin decir nada. No sé hasta qué punto es buena idea ahogar mis miedos como si no tuvieran la capacidad de salir a flote. La tensión puede palparse en el ambiente. Ninguno rompe este silencio ensordecedor. Miento, nuestros ojos sí que lo hacen, hablando sin necesidad de palabras. Los míos le aseguran que no ha cambiado en absoluto, fijándose hasta en ese lunar que tiene tan cerca del labio. Qué bonitos me parecen sus labios. *Parecían*, quiero decir. Qué bonitos me parecían sus labios. Una pena que de ellos saliera la gota que colmó nuestro vaso.

—Recuerdo que no solías beber —apunta despreocupada. O estar frente a mí no le afecta en absoluto o sabe fingir de puta madre.

—Y yo no recuerdo haberte pedido opinión al respecto —suelto, mi lengua más afilada que nunca.

—Ni yo te la he dado. Solo estaba comentando…

La interrumpo antes de que pueda continuar.

—Me da igual.

Ella chasquea la lengua.

—Qué maduro por tu parte, Kyle.

Hasta mi saliva sabe a alcohol al tragar.

—No es lo que pretendo.

En sus ojos se esconde la misma ira que nos destrozó hace años. La reconozco porque brilla casi tanto como las estrellas. O más. De hecho, brilla más. Acaba de destronar a la Osa Mayor y solo ha necesitado mirarme a la cara.

—Veo que sigues anclado al pasado —continúa.

Y yo veo que sigues teniendo menos tacto que un robot.

—Mucha importancia le estás dando. No te lo tomes a lo personal, pero el pasado, pasado está.

Primer dardo directo al pecho. Ella lo esquiva con precisión.

—¿Es que se te ha olvidado…?

—Conseguí enterrarlo, sí.

Mentiroso

—Y… —Ojalá supiera descifrar la expresión de Gala en estos momentos. En ese pasado lo habría hecho sin problemas, estoy seguro—. ¿Llegaste a enterrarme a mí con todo lo demás?

Esa pregunta no es un dardo, pero a mí se me ha clavado en el alma. Tomo una gran bocanada de aire para prepararme acerca de lo que estoy a punto de soltar sin miramientos. Mañana querré culpar al vino. Desearé culpar al vino. El problema es que el único responsable soy yo y mi incapacidad a la hora de controlar mi rencor.

—Fuiste la más fácil de sepultar.

Me arrepiento al instante. Joder, ¿qué he hecho? Mi dedo gordo empieza a moverse con más ansia en cuanto su rostro se contrae en una mueca que rezuma dolor. ¿Le he abierto una herida que no tenía? ¿He pisoteado una cicatriz? Joder, ¡joder! ¿Qué narices me pasa? ¿Qué es esto en lo que me he convertido? No me reconozco, pero no es eso lo que más me duele. Gala tampoco lo hace.

Cuando se cruza de brazos, pegándoselos al pecho como un escudo que la protege de mí, solo quiero acercarme a ella y darle un abrazo. Sonreír, esta vez de verdad, y suplicarle que vuelva a mi vida una, dos y mil veces. Las que hagan falta. Pero el rencor pesa más. El rencor es una roca que ni mis lágrimas han conseguido erosionar.

¡Claro que nunca dejé de pensar en ella! ¿Cómo podría alguien olvidar a Gala Hughes? Si es el recuerdo más bonito al que poder atenerse. Esos siete minutos antes de morir, ese cántico el instante después de nacer. Los primeros meses tuve que detenerme a mí mismo con tal de no ir a buscarla a España y pedirle un perdón que me pertenecía más que a ella. Después caí en un agujero negro y me convertí en esta oscuridad que soy ahora. En este sol muerto que ya no es ni estrella. Perdí a Gala y me perdí a mí mismo. Fue rápido, pero no indoloro. Y ahora estoy vacío.

—Entonces ¿por qué no te creo? —objeta con la voz entrecortada.

Mi corazón quiere algo que mi cabeza niega. Prima el cerebro porque no quiere oír más quejas.

—Porque no eres capaz de ver más allá de tus propias narices.

Igual que tú. Por eso estáis donde estáis.

—¿Sabes qué, Walker?

—Sorpréndeme —replico arrastrando cada sílaba.

Se relame los labios. Es su forma de esparcir el veneno que contiene en la lengua. Sé que lo que va a decir a continuación no va a ser dulce. De hecho, es amargo como el café:

—Menos mal que te conocí en esa época porque, de haberlo hecho en esta, jamás habríamos sido amigos. No eres más que un imbécil.

Subimos de nivel. Esto es una bala en toda regla. Y me atraviesa. Me atraviesa y acaba conmigo.

—Siempre lo fui, Hughes —confieso. No es cierto, pero qué más da—. Lo que pasa es que nunca supiste verlo.

Capítulo 6
Gala

Creo que en total debo de haber dormido unas tres horas. No he parado de dar vueltas en la cama, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera mi antiguo mejor amigo. He soñado que me perseguía un dragón escupefuego con la cabeza de, efectivamente, Kyle. Así que sí, ha sido una noche interesante.

Para cuando me levanto, Candy ya está en pie. Ha abierto las cortinas florales —que se mecen suavemente al compás del viento como en una película— de par en par, dejando que los rayos de sol se cuelen por la ventana. «Seguro que, aunque quisiera sacar una foto para subir a Instagram ahora, me saldría fea», pienso con sorna. Me revuelvo entre las sábanas, todavía adormilada. Mi peluche de pingüino que me acompaña siempre se ha debido de caer por la noche. *Soy una madre horrible*. Escucho varias voces lejanas en el piso abajo, pero no distingo a quiénes pertenecen.

Lo primero que hago es alcanzar el móvil, que descansa sobre la mesilla. Me gustaría decir que tengo un millón de mensajes, que mis cientos de amigos me echan de menos y todas esas cosas. Sin embargo, sé que nada de eso va a ocurrir. Kyle no solo era mi mejor amigo, sino prácticamente mi único amigo. Cuando nuestra relación se fue a pique, me encerré mucho más en mí misma, si cabe. Hice que las pocas personas con las que me llevaba de la carrera se fueran alejando hasta quedarme sola.

Es muy diferente tener conocidos que amigos. Sí, me puedo relacionar más o menos con la gente y no tengo problema para charlar sobre cosas banales de vez en cuando. No obstante, no consigo que mis relaciones vayan más allá. Quizá es que estoy rota. Quizá es que este mundo es demasiado grande y yo demasiado pequeña. En cualquier caso, tengo la sensación de que me lo he buscado, la vida me está mandando un mensaje: «Desiste».

Tengo un mensaje de mi madre preguntándome si como bien, porque siempre que vengo a Reino Unido me suelta una sarta de comentarios sobre lo horrible que es la comida aquí. Coincido con

ella, aunque no se lo diré a papá por eso de que él es cocinero. En cuanto le respondo, me asalta con otro mensaje: «Pórtate bien y no te dejes llevar. Esta es una gran oportunidad para orientar tu vida, así que no la desperdicies». *Gracias, mamá. Como siempre, muy alentador*.

También tengo una notificación de mi padre que pone: «Hola qué tal has empezado a escribir», sin puntos, ni comas ni nada. El último que tengo es de mi primo, que me pregunta cómo me va todo, porque se está esforzando en retomar nuestra relación después de varios años en los que apenas hablábamos. Respondo uno a uno, tomándome mi tiempo para posponer bajar a la cocina todo lo que puedo.

Cuando por fin me animo a desayunar, espero que Kyle ya no esté. Es bastante madrugador, por lo que tengo suerte. Me topo con Rebecca, que parece estar tomando un batido de frutas y compartiéndolo con sus seguidores. El renacuajo la acompaña con un bol rebosante de cereales de chocolate.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto, saltándome los formalismos.

—Mm, del cajón de ahí —responde Tom con la boca llena.

Rebecca me observa de soslayo mientras consigo los ingredientes para mi desayuno. Tom me indica que hay café hecho, pero prefiero hacerme un té. «Lo siento, mamá, te he fallado», pienso mientras le echo leche al té que acompañará a mis cereales.

—Interesante combinación —comenta la *influencer*.

—Gracias —respondo, a sabiendas de que no es un cumplido.

La mujer abandona la habitación sin decir nada más. Con solo ese gesto queda muy clara su impresión sobre mí.

—Lo de la autobiografía se lo tiene bastante creído —musita Tom.

Me siento a su lado en la barra de la cocina y remuevo los cereales con desgana. *¿Debería subirlos también a Instagram o ya es pasarse? ¿Cuánto contenido es suficiente y cuánto es demasiado poco?* Me obligo a mí misma a limitarme a desayunar. Primero necesito fuerzas, luego ya me comeré la cabeza.

—¿La conocías de antes? —indago.

—Claro, es muy famosa.

Lo dice como si fuera la cosa más obvia del mundo. Hago una mueca de desconcierto.

—Rebecca Johnson, ¿en serio? —Me mira anonadado—. Aunque para fama la de su hermana: Aria Johnson. Tiene tropecientos millones de seguidores en Tik Tok. Está en todos lados. ¿No has visto las marquesinas del bus?

Me encojo de hombros.

—Ni idea, la verdad. Es que he llegado hace poco a Reino Unido.

—Anda, ¿no eres de aquí?

—Sí y no. —Le doy un sorbo al té antes de proseguir—. Mi madre es española y mi padre británico.

—¡Hala, qué guay!

No sé si lo definiría como «guay», pero su emoción es casi contagiosa. Le dedico una débil sonrisa.

—Por cierto, ¿dónde están todos? —cambio de tema.

—Escribiendo, supongo. Es para lo que hemos venido.

—Ajá…

Sé que el único propósito de venir aquí es ese: escribir. Y, sin embargo, cada vez que pienso en ello se me forma un nudo en la garganta. El documento en blanco, las palabras desapareciendo de mi mente, los sentimientos arremolinándose en mi pecho… Hubo un tiempo en el que escribir era sinónimo de paz; ahora ni siquiera soy capaz de teclear una palabra sin que me invada la angustia.

¿Por qué?

¿Por qué no puedo ser quien era antes? ¿Por qué Kyle me ha marcado de por vida?

—¿Tú de qué vas a escribir? —pregunta Tom justo en el momento en el que Candy se nos une.

—¡Buenos días! ¿Habéis visto el sol que hace? Así da gusto.

Es asquerosamente agradable. La odio.

—Oye, Gala, ¿te ha molestado que abra las cortinas? Hacía tan buen día que pensé que sería una buena forma de despertarse. Ya sabes, como en las películas de sobremesa en las que una chica de ciudad se despierta en la campiña inglesa.

—Que va, no hay problema —mascullo—. Me he sentido como Blancanieves.

—¡Me alegro!

Pues yo no me alegro de que no pilles la ironía.

—¿Os venís fuera a escribir? —propone entonces Candy, que rebusca algo en la nevera—. Nos hemos puesto en la mesa del porche. Os prometo que es una inspiración enorme.

—¡Me apunto! —exclama Tom.

Candy se hace con un yogur y una cuchara y me mira expectante. Muy muy en el fondo sé que quiero ir porque Kyle estará ahí. Noto un cosquilleo en mi cuerpo, esa necesidad imperiosa de estar cerca de él. Mi parte racional me dice que no lo haga. Kyle me ha dejado muy claro que me odia y no quiere tener nada que ver conmigo. Eso despierta una furia desconocida en mí y tal vez es lo que hace que mi lengua se mueva antes de que mi cerebro procese la respuesta.

—Vale. En cuanto termine esto voy.

—¡Genial! —A Candy se le ilumina el rostro y casi me da pena.

La chica abandona la estancia con tal alegría que le falta dar saltitos. Tom y yo terminamos de desayunar mientras él me cuenta su vida. Sin pretenderlo, me entero de que su padre es profesor en la Universidad de Cambridge y tiene muchas expectativas puestas en él, cosa que lo inquieta. Además, siempre ha querido tener un hermano mayor, una especie de mentor, pero en su lugar tiene dos hermanas pequeñas fruto del segundo matrimonio de su padre.

—Y he venido aquí porque adoro escribir, pero nunca me centro. Creo que me sentará bien estar en medio de la nada —explica.

—¿De qué vas a escribir? —repito la pregunta que él me hizo antes.

—Un *thriller*.

Su sonrisa se ensancha. No lo tomaba por un escritor de ese tipo de novelas, pero nosotros más que nadie deberíamos no juzgar un libro por su portada.

—Bueno, ¿estás lista? —pregunta cuando da por finalizado su desayuno.

—Voy a subir a lavarme los dientes, vete yendo.

—Nos vemos ahora.

Le doy un último sorbo a mi té y coloco las tazas en el lavavajillas. He de reconocer que tardo más tiempo del necesario en lavarme los

dientes, ya que intento retrasar el momento todo lo posible. Me quedo frente al espejo, analizando a esa persona a la que casi no reconozco. Tengo el pelo corto, sobre los hombros, el cual ni siquiera me he peinado por pereza. El flequillo apunta en todas direcciones y los mechones se enredan en las puntas. Aprieto los labios. Todo mi cuerpo se tensa y las arrugas se instalan en mi frente. Vivo constantemente a la espera de una amenaza que nunca llega.

«Fuiste la más fácil de sepultar», esas fueron las palabras de Kyle. Como si fuera un papel que alguien tira a la basura, como si no valiera nada… Eso fui para él. Si hay algo que duele más que eso es el hecho de que no puedo culparlo. Yo hice que todo se fuera a pique por mi egoísmo.

«Espabila, Gala —me digo—. No vas a estar así por un tío». Me lavo la cara y me recojo el pelo en una diminuta coleta. Cambio el pijama por unos pantalones cortos de deporte y una sudadera fina y me dispongo a enfrentarme de una vez por todas a la situación. En el porche están Candy, Kyle, Tom y Dennis. Por suerte, queda un hueco libre al lado de este último, así que me apresuro a sentarme ahí. Excepto él, todos están con los ordenadores. Saco el mío de la funda y espero a que se encienda, lo que le cuesta bastante porque es viejo. Aún encima, hace un ruido de mil demonios.

Mis ojos vuelan irremediablemente a los de Kyle. Su rostro es un muro inquebrantable, no deja pasar ninguna emoción. El corazón se me encoge al recordar su expresión alegre, sumada a esa risa cantarina que tanto le cuesta mostrar ahora. Tomo aire y me vuelvo a concentrar en mi ordenador. *Ya está, desde ahora se acabó Kyle*.

—Tu ordenador sigue pareciendo que va a estallar.

Hasta que dice eso y me vengo abajo. La mirada de Candy viaja del chico a mí. Noto la boca seca y no puedo articular las palabras. Qué frase más tonta ha soltado y, sin embargo, cuánto daño me ha hecho. No soy capaz de responder.

—¿Os conocíais? —inquiere Tom, quien levanta la vista de su pantalla.

Kyle carraspea con incomodidad. En sus ojos leo el arrepentimiento, pero también algo diferente. Algo que me aterra: el pasado. La frase le ha salido como por inercia, un comentario más

de los que podríamos dirigirnos cualquier verano. Un «siempre se te sale un mechón de pelo de la coleta» o «todavía duermes con el peluche de pingüino».

—Es que ayer la escuché encendiendo el ordenador —resuelve Kyle, pasándose la mano por el cabello, nervioso—. Me llamó la atención y bromeamos sobre que parecía que iba a estallar.

No quiere que nadie sepa que nos conocemos, se avergüenza de lo que un día fuimos. De mí. Se me revuelve el estómago. Le sostengo la mirada. Quiero gritarle todo lo que me pasa por la cabeza: «¿De qué tienes miedo? Cuéntales nuestra historia, diles que me odias». La tensión es tan palpable en el ambiente que Candy interviene.

—¡Lo importante es que el ordenador funcione! —Ante la falta de respuesta, prueba con otro tema de conversación. Es insaciable—: ¿Por qué no hacemos una cosa? Hablemos un poco más de nuestros proyectos. De qué van, si están empezados, si los estamos planeando… Así nos podemos ayudar los unos a los otros. Al final, anoche apenas descubrimos nada nuevo.

La única razón por la que nadie pone pegas —y creedme, sé que las tienen— es porque quieren huir de esta absurda tensión entre Kyle y yo. Lo peor es que yo misma acepto a hablar del tema cuando ni siquiera tengo un proyecto entre manos.

Capítulo 7
Kyle

Lo que duelen los recuerdos y lo poderosos que pueden llegar a ser solo lo saben aquellos que viven aferrados a algo que ya pasó. La nostalgia se materializa en el centro de mi pecho al escuchar un sonido tan insignificante como lo es el que emana del ordenador portátil de Gala. Se me llena la boca de decir que estoy huyendo de esa época, que he conseguido superarla, pero nada más lejos de la realidad. Soy tan necio que me creo capaz de controlar tanto lo que me rodea como lo que forma parte de mí. Hasta que, de repente y sin esperarlo, como un huracán que a lo lejos aún parece brisa, la realidad me golpea con fuerza. Y el mío tiene nombre, apellidos y se encuentra encogida sobre sí misma mientras su mirada no deja de posarse sobre la mía.

Me pregunto qué se le estará pasando por la cabeza, qué es eso que acaba de molestarle tanto para dedicarme semejante expresión. Antes solo me bastaba estar a su lado para saberlo. La conocía incluso más que a mí mismo, pero ahora lo único que puedo hacer es imaginarlo. Creo que no ha dormido bien. La delatan sus ojeras y esa cara de pocos amigos. También creo que está haciendo un esfuerzo por estar aquí. A una parte de mí, esa que es valiente y ansía comerse el mundo, le gustaría preguntarle cualquier cosa. Un «¿por qué lo hiciste?» o un «¿qué sientes cuando me ves? ¿Es que no te carcome la culpa?». Suena ridículo, ¿verdad? Eso es lo que me repite la otra parte, esa que prefiere que me trague la tierra antes que volver a dirigirme a ella. Ya sea para aclarar mis dudas o buscar paz.

—¿Qué os parece si empiezo yo? —Candy sonríe y yo la envidio. Qué fácil hace que parezca ser feliz—. Bueno, ya sabéis que estoy escribiendo un poemario. ¡Y me están saliendo las palabras como churros! No puedo parar, es como si estuviera poseída. Es justo lo que necesitaba para llevar adelante mi proyecto.

Envidia. Envidia. Envidia. La misma que veo en las pupilas de Gala.

—¿Sobre qué van tus poemas? —pregunta Dennis, con el que aún no he hablado mucho.

Candy finge que se lo piensa, pero es evidente que tiene la respuesta bastante clara.

—Sobre muchas cosas, en realidad. —Cuando su sonrisa se ensancha se le forman dos hoyuelos bastante monos en sus mejillas —. Ya llevo varios escritos, ¡es una locura!

—Déjame adivinar —prosigue Gala, que parece haberse animado a participar en la conversación—. La mayoría van sobre el amor.

A Candy se le ilumina la cara.

—¡Bingo! ¿Cómo lo has adivinado? Se nota que ya estamos empezando a conocernos, compi de habitación. —Hace el amago de darle un codazo, pero su brazo se queda colgado en el aire. Gala rueda los ojos y chista por lo bajo.

—Será eso —concluye.

Se nota a leguas que Candy no es santo de su devoción, cosa que no entiendo. A ver, sí, son bastante dispares, no hay más que verlas. Pero la pelirroja está haciendo un esfuerzo por llevarse bien con todos y no le veo ningún problema a eso. La cuestión es que no parece darse cuenta de que a Gala le falta arrancarse los oídos de cuajo con tal de no tener que escucharla. Es injusto, por lo que continúo antes de que se le ocurra decir algo más al respecto:

—Qué interesante, Candy —la animo—. Seguro que son muy bonitos.

No sé cómo consigue que su boca se curve todavía más, pero lo hace. Pobres mejillas las suyas.

—¡Muchísimas gracias! —Pega un saltito sobre la silla situada justo a mi lado—. He nacido para esto, lo sé. Si algún día quieres leer alguno, estaré encantada de prestarte mi ordenador. A todos, en realidad. Me ayudaría mucho saber vuestra opinión.

Imito su expresión risueña y asiento.

—Me encantaría.

Ahí es cuando escucho otro bufido, uno mucho más evidente. Gala me reta con la mirada de nuevo. No se cansa, joder. Y a mí me destroza tenerla tan cerca. No puedo respirar sin sentir su presencia, sin oler ese aroma que me persigue hasta por las noches. Me cuesta

relacionarme con los demás porque solo puedo pensar en ella. En ella, en ella y en ella. Candy sabe que ha nacido para escribir, al igual que yo estaba convencido de lo mismo incluso antes de venir aquí. Ahora temo que solo he nacido por y para Gala. Que no tengo nada más, que no valgo para otra cosa. Ni para servir en el restaurante de mis padres ni para ser el hijo ejemplar. Solo para Gala. Gala, Gala y Gala. Creo que me estoy volviendo loco. Mis hermanos me confirmarían que me estoy volviendo loco.

—Yo acabo de terminar el segundo capítulo de mi novela —comenta Dennis mientras a mí solo me apetece volver a casa y olvidarme de este estúpido sueño que ya no tiene ningún sentido—. Es una distopía donde un grupo de personas se ve obligado a participar en unos juegos mortales donde tienen que matarse los unos a los otros. No hay premio, solo gana el único que queda vivo. Creo que voy a llamarlo *Hambrientos: El Juego.*

—¿Ese libro no existe ya? —pregunta el parvulito.

—¿A qué te refieres?

—A que le hicieron hasta una película, tío.

El rostro de Dennis palidece en respuesta. Se queda unos segundos en trance, pero no tarda en volver al mundo real. Hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Bah, hoy en día ya está todo inventado. Es tan fácil coincidir en algunas cosas…

—Sí, igual de fácil que te denuncien por plagio —replica Tom.

Dennis se torna aún más pálido.

—No creo que sea para tanto —afirma, más para sí mismo que para los demás.

—Bueno, tú verás.

Dejo de prestarles atención cuando siento un pequeño toque en mi hombro. El dedo índice de Candy repiquetea contra la tela de mi camiseta para llamarme la atención. Giro la cabeza hacia ella y sonrío. Es fácil replicar su gesto cuando la estás mirando. Su alegría es tan contagiosa que ya deberían estar investigando una vacuna. O mejor que no. Me gusta que sea capaz de transmitirla con tanta facilidad.

—¿Cómo vas con tu novela? ¿Policiaca, verdad?

Solo dos preguntas bastan para que Gala me juzgue en la distancia. Menudo dilema. ¡Vaya marrón! Si ni siquiera he empezado a escribir, por el amor de Dios. ¡Y tampoco estoy familiarizado con el género! ¿Quién me manda a mí a mentir? ¿Qué se supone que tengo que decir? Encima todos me están mirando a pesar de que el posible delito de plagio de Dennis es mucho más interesante que mi respuesta.

—Estupendamente —miento otra vez. Al final va a ser cierto que el hombre es el único animal capaz de tropezarse con la misma piedra—. Las palabras me salen como churros.

Candy suelta una risita al escucharme repetir su expresión.

—¿Y de qué trata? —inquiere. Gala es incapaz de disimular su creciente sonrisa. Creo que sabe que me he metido en un berenjenal y lo está disfrutando de lo lindo. A partir de ahora Candy se proclama como su nueva mejor amiga—. No nos dejes con las ganas, venga. Queremos saber más.

Bien, Kyle. Piensa. No es tan difícil. Tú puedes, campeón.

Pero la realidad es que no puedo. No se me ocurre nada. ¿Acaso merezco estar aquí?

—Eso —secunda Dennis—. A ver si no soy el único con ideas poco originales.

Tom se siente aludido y frunce el ceño.

—¡Oye! ¡No me refería a eso!

—Pues a ver si medimos mejor las palabras, don Perfecto.

Es evidente que a Candy le da igual lo que está ocurriendo a su alrededor porque sigue centrada en mí. Gala más de lo mismo.

—¡Vamos! —me anima a contestar—. No sabes la curiosidad que me da.

Me acaricio la nuca en señal de nerviosismo. Siempre lo hago cuando la situación se me empieza a escapar de las manos. Gala se centra en el movimiento de mi brazo porque sabe perfectamente lo que eso significa. Bien. Genial. Acabo de delatarme yo solito. Estas son las consecuencias de permitir que una persona sepa más de ti que tú mismo.

—¿Y bien…? —insiste Candy.

¿Cómo de mal quedaría si me levanto y me voy? No peor que admitir que les he mentido a todos, ¿verdad? ¿O sí? Joder. Haga lo que haga, es imposible salir de esta encrucijada. ¿Mentir o huir? *Uf, cualquiera es tentadora.* Pero no. Yo no soy así. No puedo seguir escondiéndome. No esta vez, al menos. Así que escojo la única opción correcta, siendo también la más aterradora.

—En realidad… —Sacudo la cabeza. *Puedes con esto. Ánimo. No es para tanto.* Sí que lo es, pero bueno. Ya es demasiado tarde para echarse atrás—. No me va estupendamente —suelto. La mochila sobre mis hombros deja de tener tanto peso. A veces da gusto ser sincero—. Ni siquiera me va bien. No sé por dónde empezar y estoy tan bloqueado que me da miedo no ser capaz de escribir nada nunca más.

Juro que se lo estoy diciendo a Candy. A Candy y solo a Candy. Pero no sé a quién pretendo engañar si por el rabillo del ojo solo puedo centrarme en Gala. Mientras los demás pensarán que esto es algo que me ocurre aquí y ahora, ella sabrá que me pasa desde hace mucho más. Desde hace dos años para ser exactos, justo cuando la eché de mi vida. Siento algo dentro de mí que crece por momentos. Es rígido y me triplica en peso. Creo que lo llaman *verdad.*

—Si me apunté al retiro es porque llevo mucho tiempo sin poder escribir. Estoy sumido en una especie de bloqueo que no me deja en paz. Es horrible.

La expresión de Gala se endurece en el mismo instante en que el mundo a mi alrededor desaparece. Ya no le hablo a Candy, sino a ella. Nunca he dejado de hablarle a ella. Le susurro todo eso que queda suspendido en el aire como motas de polvo que vuelan hacia ninguna parte. No sé si leo culpa en sus iris, pero yo la llevo escrita en los míos. Y duele. Duele mucho. Duele tanto que mi corazón se desangra en tinta y llora por todas esas palabras emborronadas que dejaron de pertenecerme a mí para corresponderle a Gala.

—Me daba vergüenza admitirlo en voz alta, por eso os he engañado antes. No pretendía…

Candy me interrumpe en esta ocasión.

—Podrás.

—¿Cómo dices? —inquiero.

—Que podrás hacerlo, Kyle. ¿Qué es eso de nunca más? Eres escritor, eso no se pierde nunca. Da igual que te tires años, ¡incluso siglos! Sin escribir. Tú sigues siéndolo. Además, para eso estás aquí. Para eso estamos *todos* aquí.

Pestañeo varias veces para disipar las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Asiento lentamente, no solo porque entiendo lo que me quiere decir, sino porque le agradezco que lo haga.

—Siento haberte empujado a sincerarte, pero también me alegro de que lo hayas hecho. Guardarte las cosas dentro no es… —Sacude la cabeza. Le cambia la expresión durante una milésima de segundo, pero luego vuelve a sonreír—. No es la mejor opción, ¿vale? Así que, si necesitas ayuda en cualquier momento o ves que todo esto te sobrepasa, no dudes en contar conmigo. Si de algo estoy segura es de que dos mentes trabajan mejor que una.

No me da tiempo a reaccionar cuando Gala se levanta de un salto y se mete en la casa sin mirar atrás. No soy un hombre que se deje llevar por impulsos, pero en esta ocasión soy incapaz de sucumbir a esa parte primitiva que reside en mí. Voy tras ella. Así, sin anestesia. Ya le contestaré a Candy después. Y, con respecto a los demás… Bueno, ¿qué más da? No me importa lo que puedan llegar a opinar de mí. Ahora solo me importa lo que me ha importado siempre desde que tengo uso de razón.

Al entrar no la encuentro por ninguna parte. Ni por la cocina ni por la entrada, tampoco en el salón. Subo las escaleras de dos en dos en cuanto presupongo que está en su habitación. No me lo pienso antes de abrir la puerta sin permiso. Puestos a sucumbir…

—¿Qué coño haces? —pregunta exaltada. No sé si se refiere a que acabo de irrumpir en su santuario o a lo que he admitido ahí fuera.

—Eso mismo debería preguntarte yo —suelto sin pensar—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué…?

—Ni se te ocurra terminar esa frase.

Suspiro, claro que suspiro. Reconozco que ayer me comporté como un auténtico idiota. Y no solo eso, sino que admití serlo con todas las letras de la palabra. Lo sorprendente es que todavía quiera mirarme a la cara porque yo no pude hacer lo mismo en su día.

—¿Por qué te has ido de repente? —continúo a pesar de sus advertencias.

Como tiene los mechones delanteros de su pelo escondidos detrás de las orejas, sé que toda ella acaba de enrojecer. No es vergüenza, sino rabia.

—No finjas que te interesa, Kyle. Sé de primera mano que no lo hace.

Ya no me importan las consecuencias porque doy un paso en su dirección. Sus músculos se tensan y ese muro entre nosotros se hace más grande. Da igual que un día nos dé por escalarlo, ninguno sería capaz de llegar a la cima ni en esta ni en cualquier otra vida.

Me cruzo de brazos e intento transmitir una falsa seguridad. Ahora empiezo a preguntarme por qué he ido tras ella sin pensarlo dos veces. Por qué mi enfado ha pasado a un segundo plano.

—¿Tengo pinta de estar fingiendo?

—¿Tengo pinta de querer hablar contigo?

Pero tendrá cara.

—Te he hecho una pregunta —insisto.

—Y yo he decidido no contestarla.

Sigue siendo tan cabezota como ella sola, pero yo puedo serlo aún más.

—Bueno, pues yo decido volver a hacértela. —Doy otro paso hacia ella—. ¿Por qué te has ido del porche, Gala?

Gruñe y alza el mentón para intentar quedar por encima.

—¿Por qué me atosigas, Kyle?

Touché.

—¿Prefieres que responda por ti? —le sugiero, el aroma de su perfume dándome una bofetada cuando inspiro hondo.

—Adelante, inténtalo. Te deseo suerte, la vas a necesitar.

Vuelvo a coger aire porque, además de que soy un ser humano y no puedo aguantar la respiración sin desmayarme, quiero que su olor me marque la otra mejilla.

—Estás aterrada.

—¿Cómo dices?

—Te ha acojonado escuchar la verdad.

Suelta una risa incrédula por la nariz.

—Y con eso te refieres a…

—A que dejé de escribir justo después de dejar de ser amigos. A que no pude seguir haciéndolo sin ti.

Una nube opaca se cierne sobre nosotros, sobre todo cuando sus ojos me reconocen que estoy en lo cierto y mi mandíbula se tensa casi tanto como el ambiente. Si he dejado de mentir ahí fuera es porque no voy a seguir haciéndolo. Ni a ella ni a mí. Ambos merecemos una dosis de realidad.

—Pero me niego a que pienses que no lo intenté. Porque lo hice, Dios, vaya si lo intenté. Cada día cogía una libreta y lo intentaba. Me caía y me levantaba. Hasta que dejé de sentir motivación por andar. ¿Para qué avanzar por algo inútil? ¿Para qué ahogarme en páginas en blanco?

Si ya ni siquiera me interesaba expresarme. Si ya no tenía nada que expresar.

Nada que no tuviese que ver contigo.

Gala cierra los ojos, tan dolida que ya no quiere ni mirarme.

—Cállate, Kyle, por favor.

No es la reacción que esperaba, pero me consuela que sea la real. Me deja ver un poco a través del muro, aunque este siga igual de imponente.

—Lo siento, pero…

No me deja continuar.

—¿Qué te crees, que no soy consciente del año que te hice? —escupe, lo que me insta a dar un paso atrás—. ¿Piensas que soy estúpida, que no sé de lo que soy capaz? ¡Joder! ¡Si hasta deseé que tu dolor fuera el mío! ¡Deseé sufrir yo sola!

Y entonces desconecto. Ni sus gritos ni sus lágrimas incipientes consiguen sacarme de mi cabeza. Y pienso. Pienso mucho. Nos imagino felices en un mundo paralelo donde jamás ocurrió el desastre. Uno en el que seguimos siendo nosotros dos. Gala y Kyle. Kyle y Gala. Uno en el que las almas gemelas existen y ella sigue siendo la mía.

—¿Acaso sabes cuánto me afectabas? *—¿Cuánto me sigues afectando aunque no quiera?*

—Siempre supiste que aquello podría pasar. Cuando empezamos…

—Sabes que creía en nosotros por encima de todo —la corto—. Creía en ti.

Ella se limita a negar con la cabeza.

—Y te equivocaste conmigo.

—Gala…

—Y con nosotros.

—Gala…

—Estábamos destinados al fracaso, ¿no? —prosigue. Sus palabras duelen tanto como antes. Joder, si duelen—. A convertirnos en esto que somos ahora. A dejar de escribir.

Mi corazón se salta un latido.

—¿Lo dejaste tú también?

No dice nada. Nada. Absolutamente nada.

—Gala, contéstame.

Y creo que jamás he estado preparado para escuchar lo que confiesa a continuación:

—Nunca dejé de hacerlo. Tú y yo no somos lo mismo.

Capítulo 8
Gala

Mentirosa. No hay otra palabra para definirme. Soy una auténtica mentirosa e inmadura. ¿Cómo que «nunca dejé de hacerlo»? ¿Se puede ser más patética? Creo que, en el fondo, Kyle sabe que no es verdad. Tiene que saberlo, él siempre ha sabido leerme. Cuando tenía un mal día él era el primero en darse cuenta. Notaba cuando contenía las lágrimas y me daba el espacio necesario para desahogarme. Sabía cuando esbozaba una sonrisa sincera y una falsa. Lo conocía todo de mí, como yo de él. Pero ¿y si…? Una sensación ácida me revuelve el estómago. Ha pasado tanto tiempo que quizá ya no consiga leerme como antes. Quizá mi mentira se ha convertido en una verdad para él, una hiriente y ponzoñosa.

Veo cómo Kyle regresa al porche, llena de impotencia. Me considero una persona valiente, pero no cuando se trata de él, mi talón de Aquiles. Si así fuera, habríamos solucionado esto hace mucho tiempo. Aquel día habría vuelto sobre mis pasos y me habría comportado como la adulta que soy o, al menos, finjo ser. Habría luchado por nuestra amistad.

Suelto un suspiro antes de asomarme a la ventana. Se escucha la risa de Candy, tan dulce como su nombre, y el teclear de Tom. Me imagino a Kyle con ellos —con *ella*— y se me revuelve todo por dentro. Me doy la vuelta y observo mi cama deshecha. Debe de ser una metáfora de cómo me va en la vida. Gala Hughes, 24 años: soltera, desempleada, escritora que no escribe y amante del té. Suena apasionante, ¿verdad? Una lucecita se ilumina en mi cerebro y decido llamar a la otra persona que hasta hace no tanto estaba tan perdida como yo. Me muerdo las uñas de manera inconsciente hasta que contesta.

—¡Hombre! Si sigues viva.

Resoplo. Mi primo siendo mi primo.

—Podría decir lo mismo de ti, gabacho —replico, a lo que bufa como respuesta—. Has estado desaparecido mil años, no te hagas el digno ahora. Oye, ¿estás ocupado?

—Estoy en el trabajo, guiri salta balcones —me sigue la broma—. Pero no te preocupes, va siendo hora de tomar un café. ¿Qué pasa? ¿Es por lo del retiro?

La historia con mi primo es peculiar. Nos llevamos seis años, lo que, de niños, era una diferencia abismal. Él es el mayor y siempre hemos estado en etapas diferentes de la vida. Nunca fuimos los mejores amigos, pero jugábamos juntos cuando coincidíamos en el pueblo. Él vivía allí permanentemente, mientras que mi madre y yo residíamos en Madrid, así que solo nos veíamos para celebrar reuniones familiares cada cierto tiempo. Cuando él acabó la carrera, yo aún ni la había empezado, y teníamos prioridades muy distintas. Básicamente, las mías eran recorrerme todas las discotecas de Madrid y las suyas construir su futuro con su pareja. Tras el fallecimiento de esta, se mudó a París y no retomamos la relación hasta hace unos meses. Sé que lo pasó bastante mal y se aisló del mundo, yo me iba enterando de cosas sueltas porque su madre hablaba con la mía muy preocupada. Sin embargo, unos años después, nos pidió perdón a toda la familia e insistió en recuperar las relaciones que creía perdidas. Ahora que no somos tan niños nos entendemos bastante mejor y puedo decir que agradezco contar con él. Creo que es la única persona, además de mis padres, en la que puedo confiar. Mi único amigo.

Me tiro sobre el colchón y trato de ordenar mis pensamientos. ¿Es por lo del retiro? Sí. No. No sé. Es por la escritura que no fluye como antaño, por lo apagada que he estado estos últimos meses, por el reencuentro con mi ex mejor amigo… Son tantas cosas y todas parten de un mismo punto: Kyle Walker. El principio y el final de mi historia. Así pues, empiezo por ahí.

—¿Te acuerdas de Kyle?

—Mm…

—Ese que vino una vez al pueblo en verano. Debíamos de tener quince o dieciséis años.

—¡Ah, sí! —exclama—. Vaya veranito me disteis, todo el rato pidiéndome que os llevara en coche a Madrid.

—Oh, perdone, su Majestad, que tuvo que mover el culo dos veces, ¡dos!

—Bueno, que sí, me acuerdo de Kyle —me insta a seguir.

—¿Y te acuerdas de nuestra gran discusión?

—Me suena que mi madre me comentó algo, pero muy por encima —contesta.

Por aquel entonces, hace dos años, todavía estaba en modo ermitaño. Ni nosotros sabíamos nada de su vida ni probablemente él de la nuestra. «Ojalá hubieras estado ahí —pienso con cierto amargor—. Necesitaba un apoyo más que nunca». Sé que él también estaba sufriendo, así que lo más seguro es que no hubiéramos podido cuidarnos el uno al otro como merecíamos.

—Bueno, la cuestión es que discutimos —resumo.

«Nos dijimos de todo, fuimos lo más hirientes que podíamos ser», quiero añadir, aunque prefiero guardármelo para mí.

—No volvimos a hablar en dos años —prosigo. Tengo que tomar aire para mi última frase—. Hasta ahora, porque nos hemos encontrado en el retiro.

—Vaya.

—¿Esa es tu respuesta? Ahora es cuando me tienes que dar un consejo que lo solucione todo.

Escucho su risa al otro lado de la línea, lo que solo consigue aumentar mi exasperación.

—Primita, no funciona así. Si hubiera un consejo mágico para arreglar la vida, créeme que lo habría usado hace tiempo.

—¿Y cómo funciona entonces? ¿Cómo te las apañaste tú?

—Fluye.

—¿Qué mierda de consejo es ese? —Gruño para remarcar mi enfado. Quizá lo de apoyarme en él no ha sido tan buena idea—. Suenas a gurú espiritual. Los franceses te han comido la cabeza. No, me corrijo: tener novia te ha dejado tonto perdido.

—Veo que sigues tan *hater* del amor como siempre —Ríe—. De hecho, Taylor Swift tiene una canción que…

—¡Gabriel! No me interesa Taylor Swift, me interesa encontrar una solución a mis problemas.

—¿Que vienen siendo…?

En efecto, este tío es imbécil, no sé ni por qué le he llamado.

—¿Cómo lidio con Kyle? No puedo ni mirarle a la cara.

—Yo qué sé, pues mírale el culo.

Poca gente consigue dejarme sin respuesta, pero desde luego que Gabriel Rodríguez es una de ellas. Estoy a punto de colgar y renegar de todos mis lazos de sangre cuando vuelve a hablar:

—Gala, en serio. —Su voz adquiere un matiz de seriedad—. Sé que parece una tontería, pero hazme caso. Déjate llevar y la vida encauzará tu camino. Si el mundo os ha puesto juntos en el retiro es por algo. Tal vez sea la ocasión perfecta para retomar vuestra amistad o lo que surja…

—Eres la persona más insufrible del planeta.

—Gracias.

Unos golpes en la puerta me devuelven a la realidad. ¿Y si es él? El corazón me martillea en el pecho.

—Te tengo que dejar. Piénsate un consejo de verdad y me lo dices. Por ejemplo, cómo enterrar un cadáver.

—¿El de Kyle o…?

Cuelgo sin darle una respuesta y me giro hacia la puerta

—Adelante.

Para mi desgracia, no es Kyle quien aparece, sino Candy. Trae mi portátil en la mano y esboza una sonrisa un poco tirante, lo que me pone en alerta.

—He llamado porque te escuché hablando y no quería molestar, espero que…

—Está bien —la corto—. Gracias por el ordenador.

Se lo arrebato de las manos y lo coloco sobre la mesilla. Candy no añade nada más —curioso, porque siempre tiene algo que decir— y se dirige a su maleta. De ella saca un ladrón y me lo enseña como prueba de que no ha venido hasta aquí con intención de espiarme o algo parecido.

—Con tantos que somos tenemos que cargar muchos ordenadores. —Se ríe en bajito a pesar de que no tiene ninguna gracia—. Oye, eh… ¿estás bien?

—Ajá.

—Ya…

Candy se dispone a abandonar el dormitorio, pero se detiene en el umbral.

—Ya sé que no nos conocemos mucho y eso…, pero puedes desahogarte conmigo si lo necesitas. Ser compañeras de habitación une mucho. —Esta vez su sonrisa es más sincera—. Podemos hacer fiestas de pijama y ver películas ñoñas y…

—Estoy bien, gracias —replico tajante.

—Vale, sí, perdón.

Al fin me deja sola con mis pensamientos. No sé por qué insisto tanto en aislarme si en cuanto todos se van el ruido de mi cabeza se hace ensordecedor.

…

Este retiro debería llamarse «A ver cuánto tiempo puede pasar Gala sin escribir cuando se supone que ha venido aquí a hacerlo *challenge*». Aunque solo han pasado dos días, siento que las horas se desvanecen, llevándose consigo mis posibilidades de empezar a escribir una novela. Cuanto más tarde, peor será. Todos tienen algo por pequeño que sea. Rebecca está escribiendo un libro de autoayuda —mejor no comento—, Dennis continúa con su novela para nada plagiada, Maude tiene ya tres capítulos… Mi contador de palabras está a cero. De hecho, si pudiera estar a menos uno seguro que lo estaría.

Le he dado muchas vueltas a la temática de mi inexistente novela. En un principio quise escribir ciencia ficción, pero hay que documentarse tanto que se me quitaron las ganas. Luego opté por la fantasía, pero soy escritora brújula y de solo pensar en todo el *worldbuilding* que tendría que hacer me mareo. Normalmente Kyle me ayudaba con todo ese tema. Crear un mundo desde cero era mucho más sencillo cuando trabajábamos juntos, pues lo que no se le ocurría a uno se le ocurría al otro.

Soy la única que no tiene ni idea de qué hacer. Los demás ya venían con algo: una idea general, la escaleta o incluso varios capítulos. Yo parto de la nada absoluta, así que tengo que buscar algo rápido de escribir, una historia que no me suponga demasiada complicación. «Fluye», recuerdo el estúpido consejo de Gabriel. ¿Qué pasa cuando tratas de fluir y no surge nada?

Mientras el resto escriben me dedico a cualquier otra cosa. Me encierro en mi habitación, salgo a correr o me sumerjo en las

profundidades de *Archive of Our Own* leyendo *fanfics*. Es como si estuviera en España, solo que rodeada de casi desconocidos. A mamá le desespera y honestamente no la culpo. Tras terminar la carrera me metí a un máster por no quedarme estancada, lo que compaginaba con dar clases particulares de inglés. En el último año mi madre ha insistido todos y cada uno de los días en me forme para ser profesora, pero no es lo que de verdad quiero. He aguantado comentarios desde «eres una inmadura que no sabe lo que quiere» hasta «podrías aspirar a más». Sabe que mi única pasión es la escritura, pero no puedo vivir de ello. En especial, cuando le di la espalda a la razón por la que escribía.

Estoy volviendo de mi carrera matutina por la arboleda cercana cuando tropiezo con una piedra y caigo de bruces contra el suelo. Me quito los cascos, en los que suena «HOME;RUN» de Seventeen a todo volumen. Maldigo entre dientes antes de volver a ponerme en pie. Un hilo de sangre me resbala por la pierna, aunque no tiene mala pinta ni me duele demasiado. Menos mal que ha sido justo frente al jardín de la casa.

Lo primero que hago es dirigirme al baño en busca de agua oxigenada, tiritas o cualquier cosa que me pueda servir. No encuentro nada ni en el baño de abajo ni en el de arriba. Subo la pierna al lavabo y le echo agua como puedo, provocando una estampa bastante curiosa. La rodilla no para de sangrar, parece una auténtica matanza. Aún encima, la puerta está abierta de par en par, dando pie a que un Kyle muy oportuno pase en ese momento. Lleva su mirada de mi rostro a la pierna contorsionada, perplejo.

—¿Qué ocurre?

Una vez se le pasa el estupor, entra y me agarra del brazo con preocupación. En cuanto repara en la sangre se vuelve completamente pálido. Y entonces lo recuerdo, es como un resorte. Cuando conoces a una persona tanto empiezas a guardar conocimientos sobre sus hábitos, gustos o preocupaciones. Sabes lo que le gusta desayunar cada mañana, su sabor de helado favorito o el hecho de que le da pavor la sangre. Los recuerdos de Kyle mareado cuando me sangraba la nariz de pequeña me inundan.

Nunca lo había olvidado, solo había quedado relegado a un rincón polvoriento de mi mente.

—Nada, estoy bien, vete —respondo mientras lo intento empujar a duras penas.

Por una vez no pretendo ser soberbia, sino que sé la angustia que le provoca la situación. Me froto con más ansia la pierna, pero el rojo sigue saliendo a borbotones.

—No es nada —repito—. Ahora mismo se me pasa.

—Creo que me estoy mareando.

—No jodas.

Kyle coloca una mano en la pared para estabilizarse, cada vez más lívido. Trato de estirarme para llegar a él sin resultado alguno. En su lugar, me resbalo y me estampo contra el suelo, lo que hace que ya no solo me sangre una rodilla, sino las dos. Kyle se agacha para ayudarme a ponerme en pie. Sin embargo, su buen gesto se ve truncado, ya que de repente él mismo se cae a mi lado.

—No te desmayes, por favor. —Lo sujeto por los hombros—. Mírame. No te desmayes, Kyle.

—Estoy bien.

Contengo la respiración unos instantes. Cuando me aseguro de que no se va a desmayar suelto todo el aire. Entonces una risa se me escapa de los labios, como si siempre hubiera estado destinada a ello. A esa le siguen otra y otra hasta que las carcajadas se vuelven incontrolables. Kyle empieza con una simple sonrisa, intentando esquivar mi mirada pero dándose por vencido segundos después. Su risa se entremezcla con la mía y es como si viajáramos en el tiempo. Solo somos él y yo, nosotros contra el mundo.

Solo que no es verdad. Esto no ha sido más que una burbuja que de un modo u otro tenía que explotar. La razón tiene nombre y apellidos: Rebecca Johnson.

—¿Qué se supone que es esto?

Kyle y yo intercambiamos una mirada y seguimos riendo. Rebecca frunce tanto el ceño que se le va a formar una uniceja y esa idea provoca que mi risa se intensifique.

—Lo que hay que ver —musita antes de dar media vuelta.

Estoy a punto de contarle lo de la uniceja a Kyle cuando recuerdo que ya no es mi amigo. De hecho, me lo ha dejado muy claro desde que pusimos un pie en esta casa. Carraspeo para llamar su atención.

—Debería darme una ducha. Estoy sudada de correr y tal.

—Claro, sí. Mejor te dejo a solas. —Se ruboriza ligeramente.

En otro momento habría respondido de forma divertida. «Pues sí, no acostumbro a ducharme con mi mejor amigo», diría. Sería una tontería, nada más allá de un chiste. Pero Kyle y yo ya no somos esas personas por mucho que me cueste aceptarlo.

—Gracias por, eh…, la ayuda —comento.

Kyle hace un gesto con la cabeza y sale del baño sin mediar palabra. Si creía que podíamos volver al pasado estaba muy equivocada.

Capítulo 9
Kyle

Me he reído delante de Gala. Repito: me he reído delante de Gala. ¡Me he reído delante de Gala! Y ella lo ha hecho conmigo, que es aún peor. *Mayday. ¡Mayday!* Estamos ante un código rojo en toda regla. ¿Cuánto hacía que no escuchaba sus carcajadas? ¿Años o siglos? Bueno, pues ahora solo han pasado unas pocas horas desde la última vez. No me lo puedo creer, esto es un hito histórico. Es por eso por lo que la evito durante todo el día. ¿Qué? Nunca dije que mis acciones fueran coherentes. ¿Cómo voy a mirarla a la cara después de que pareciera que hemos retrocedido en el tiempo? ¿Estamos locos? Eso sería lanzarme al abismo sin mirar, correr hacia aquello de lo que llevo huyendo tanto tiempo. Sería volver a sentirme como lo hice antaño. Esa atracción, esa fuerza gravitatoria inexplicable que me atrapa y jura acabar conmigo. No puedo volver a caer en la trampa. No si quiero salir ileso en esta ocasión.

Por eso me encierro en mi habitación como si fuera una cueva y yo un neandertal al que le aterra el exterior. Decido centrarme en mi novela. Sí, *centrarme*. Como si pudiera. Me he puesto los cascos, sumergiéndome en la música de los ochenta, mientras tecleo letras sin sentido que no pueden formar ni una palabra en condiciones. Autores como Brandon Sanderson escriben una media de 3000 palabras al día en unas ocho horas, ¿por qué no voy a hacerlo yo también? En mi defensa diré que ya he dedicado diez minutos de mi día en preguntarle a mis padres cómo les va en el restaurante y, aunque no cuente como escribir, a mandarles *memes* a mis hermanos para recordarles que aún sigo vivo aunque esté perdido en medio de la nada. Figurada y literalmente hablando. Así que ahora solo me quedan siete horas y cincuenta y nueve minutos para alcanzar el récord de uno de mis referentes.

Hoy acabo estampando el ordenador contra la pared.

Cae la tarde y decido que no puedo más. Ya he escuchado las mismas canciones mil veces seguidas y aporreado el teclado sin éxito. También me he metido en redes sociales después de que mis

queridísimos hermanos me dejaran en visto solo para sentir más presión a la hora de publicar mi proceso. ¿Qué se supone que debo compartir? ¿La nada o el estrés que tengo en el cuerpo? ¿Les gustará a los pocos seguidores que tengo cómo se me mueve el dedo gordo como si tuviera vida propia? Quizá así consigo sumar más y llegar a los tres dígitos.

Bajo al salón para ver si así dejo de agobiarme tanto. Rodearme de gente me vendrá bien, lo sé en cuanto bajo las escaleras y la primera persona con la que me topo es Candy. Está sentada en uno de los sofás sin nadie a su alrededor. Sonríe al percatarse de mi presencia, libreta y boli en mano, y yo imito su gesto. Me resulta fascinante cómo una persona es capaz de brillar tanto. De hecho, creo que la lámpara la mira con envidia. No dudo en sentarme a su lado y subir la tapa de mi portátil con la esperanza de que su mera presencia pueda ayudar a mi pobre y nula inspiración.

—Te veo a tope, ¿eh? —comenta despreocupada, aún con la atención puesta en su poesía.

Si tuviese la suficiente confianza con ella le habría contestado con un irónico «ojalá». Pero no la tengo, y una parte de mí quiere impresionarla. No sé por qué, pero no me gustaría que piense que estoy amargado o algo por el estilo. Aunque lo esté, Candy no tiene que saberlo.

—Se podría decir que sí —contesto en su lugar.

—¡Qué bien! Sabía que lo conseguirías. Este sitio es mágico. A ver, déjame echarle un vistazo. —Sin darme tiempo a rechistar, agarra el ordenador por la base y se lo coloca encima de las piernas. La luz blanca le ilumina el rostro cubierto de pecas—. ¿Capítulo 1? —pregunta, confusa. Hasta sacude la cabeza—. ¿Esto es lo que has escrito?

Se me sube el calor a las mejillas.

—Ajá.

Soy un semáforo en rojo.

—Oh, bueno… —Suelta una risita nerviosa. Por cómo empieza a jugar con sus dedos, sé que piensa que ha metido la pata hasta el fondo—. Por algo se empieza, ¿no? Sin epígrafes no habría obra.

Después me devuelve el portátil.

—¿Vas a seguir en la línea de lo policiaco o tienes alguna otra idea en mente? —inquiere a continuación, negándose a que nos quedemos en silencio—. Quizá puedes darle una vuelta y experimentar con otros géneros.

Con la fantasía, por ejemplo. Sería como volver a casa.

Me encojo de hombros y procuro no sacudir la cabeza ante ese pensamiento.

—No sé, no creo que… En fin.

—Cuéntame. —Ensancha su sonrisa y me posa una mano sobre el hombro. Su tacto es dulce, diría que incluso sanador. En otra vida tuvo que ser un hada—. Puedes confiar en mí. Prometo no juzgarte y, si está en mi mano, también ayudarte.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. *No puedes ayudarme. No con lo que necesito que lo hagas.* Bajo mi mirada al suelo y me muerdo el interior de la mejilla. ¿Sería capaz de curar un corazón roto?

—Cada uno tiene su proceso —prosigue a pesar de que no he respondido todavía—. No te preocupes si no has podido empezar aún. Lo acabarás haciendo, lo sé. Y si no, ¿qué más da? El premio no lo es todo. Quizá aquí no escribes nada, pero puede que aprendas lecciones más valiosas. Como conocerte a ti mismo, por ejemplo.

Dios me libre de ahondar tanto en mi interior.

Me quedo observándola embelesado. Puede que no solo lo haya sido en otra vida, porque ahora mismo me parece un hada capaz de acabar con el sufrimiento del mundo. Puede que en esta también lo sea y sepa esconder muy bien sus alas. Aún no la conozco lo suficiente, pero algo me dice que Candy guarda cosas maravillosas en su interior. Cosas que merece la pena descubrir.

—¿Sabes qué fue lo primero que escribí?

Ella niega con la cabeza, aunque eso no quita que empiece a mirarme con atención.

—Un poema —confieso—. Uno un tanto ilegible, si te soy sincero. Tampoco se le puede pedir más a un niño de cinco años.

—¿Sobre qué iba?

—Sobre mi peluche favorito.

Pensar en él me produce un pinchazo en el corazón.

—Qué monada —responde al tiempo que me dedica un puchero —. Deberías hacer eso.

—¿El qué?

—Pensar en cosas que te gustan para escribir.

No quiero hacerle daño, así que me niego a admitirle que no creo que eso me vaya a ser de ayuda. Quiero decir, ¿qué se supone que me gusta? Vale, sí, me interesa bastante todo el tema este del universo y cómo las estrellas forman constelaciones a las que me quedaría la vida observando. También disfruto de la música antigua y de la comida china. Pero nada de eso me parece lo suficientemente trascendental. Así que me encojo de hombros una vez más.

—No sé.

Veo cómo los engranajes de su cabeza funcionan a toda velocidad.

—No sabes… —repite para sí misma—. ¡Sin problema! Es difícil enumerarlas todas, así que lo entiendo. No te preocupes. También se me ha ocurrido que puedes escribir sobre tu propia vida. Muchos escritores se basan en sus propias experiencias para crear historias. No tiene que ser una autobiografía como la de Rebecca, pero sí un punto de partida al que aferrarte.

Vale, sí. Esa opción es bastante inteligente. Veamos… Podría escribir sobre mi jornada en el trabajo de mis padres, pero entonces acabaría destripando mis traumas uno a uno. Plasmaría en papel que me da pánico no serles de ayuda y que se olviden de mi existencia. O aún peor: que me recuerden como alguien incapaz de hacer algo de provecho. Podría escribir sobre Gala, pero eso sería cavar mi propia tumba. De todas las cosas que me gustan, ella era la que más. Y de todas las experiencias que he vivido, ella ha sido la que más me ha marcado. El problema es que es bastante evidente lo pésima que es esa idea.

—¿Y si no tengo nada que contar?

—Entonces te diré que eso es imposible. —No puedo evitar romper el contacto visual. Si sigue ahondando en mí, se va a topar

de bruces con un vacío que ni ella sería capaz de solucionar—. Háblame de ti.

—¿Perdón?

—¿Es que ahora no entiendes el inglés? —bromea, soltando una risita a la par—. Vamos, inténtalo. Cuéntame lo primero que se te venga a la cabeza, igual que lo has hecho al hablarme de tu primer poema. Seguro que hay algo con lo que podamos empezar a trabajar.

Vuelvo a pensar en Gala, joder. ¿Por qué no puedo parar de pensar en ella? Es lo primero y único que encuentro si ahondo en mi interior. Gala y esa capacidad para hacer míos sus logros. Gala y esa necesidad imperiosa de hacerme disfrutar de la vida sin remordimiento alguno. Gala y su coraje. Gala y ese brillo en sus ojos que junto con el mío hacían explotar puros fuegos artificiales.

Sacudo la cabeza. No puedo hablar sobre ello con Candy. Ni con nadie, en realidad.

—Veamos… —Finjo que pienso, dándome toquecitos en la barbilla —. Nací en Londres, trabajo en el restaurante de mis padres desde que terminé la carrera y soy el mediano de tres hermanos.

Y ahora que estoy separado de ellos temo que vayan a dejar de quererme porque no soy suficiente.

—¡Eso es fascinante, Kyle!

—¿Qué? ¿Lo es?

Como si tuviera que corroborarlo, Candy asiente rápidamente con la cabeza.

—Podrías inspirarte en tus hermanos para escribir una novela como *Mujercitas*. —Hace una pausa—. ¡No me mires con esa cara! Te lo estoy diciendo en serio. Es más, apuesto a que triunfarías sin duda.

—¿Pretendes que plagie una historia al estilo de Dennis? —Enarco una ceja—. Te he subestimado.

—¡No! Siempre he pensado que tener hermanos es un privilegio. Podrías basarte en ellos para crear personajes.

No puedo evitar sonreír porque sé exactamente lo que está haciendo. Candy no busca ser mi mentora, ni siquiera tiene como objetivo darme lecciones de nada. Solo quiere hacerme saber que,

en el caso de que lo necesite, cuento con su apoyo. Es posible que se me note en la cara que necesitaba un respiro. Ella me lo está dando a base de intentar conocerme un poco más.

—¿Eres hija única? —le cambio de tema, no quiero seguir hablando de mí.

—Sí, pero no pasa nada. —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia—. También tiene sus ventajas.

—Y que lo digas. No puedes ni imaginarte lo que es compartir habitación con un chaval tres años mayor que tú cuyo único propósito en la vida es entrometerse en la tuya. Aunque, pensándolo mejor, incluso lo prefiero antes que al pequeño.

—¿Muy travieso?

—Es el mismísimo demonio.

Una sensación agridulce me invade el pecho. Recuerdo el visto que me han clavado esta mañana y pienso que debería volver a hablarles para que no se olviden de mí. Sé que me desearon suerte en esta nueva aventura y que me pidieron, en más de una ocasión, que dejara de comerme tanto la cabeza. Me conocen de tal manera que es aterrador. Así que no puedo evitar sentirme culpable por haberles dejado a cargo de todo el trabajo en el restaurante. Pero lo he hecho, al fin y al cabo, y no sé si podré perdonármelo algún día. No si sigo así.

—También soy de Londres, por cierto. Vivo con mi madre y mi conejo Pumpkin a las afueras —me cuenta—. Ya te enseñaré fotos de él. ¡Tengo millones! No le gusta que se las haga, pero es tan mono…

Asiento para hacerle saber que la estoy escuchando. Parece satisfecha con su vida, todo lo contrario a mí.

—¿Tú lo haces?

—¿El qué? —pregunta.

—Basarte en tus experiencias para crear. ¿Es por ello que escribes poemas sobre el amor?

A pesar de que está sonriendo, algo en su mirada me dice que no siente lo mismo que lo que expresa la curvatura de sus labios. Se enreda un mechón de pelo rizado en el dedo y comienza a juguetear con él.

—En realidad, no. Suelo inclinarme más por escribir sobre aquello que me gustaría vivir.

—¿Nunca te has enamorado?

—¿De una persona? —Niega con la cabeza—. Pero eso no significa que no lo haya hecho de otras cosas. Por ejemplo, de los rayos de sol que se cuelan por mi ventana cada vez que descorro las cortinas o de los abrazos de mi madre. Creo que el amor puede encontrarse en muchos sitios, ¿sabes? Lo importante es prestar atención.

Sus palabras retumban en mi cabeza como una melodía agradable. La luz tenue de la sala me hace sentir en paz, tranquilo. Puede que tenga razón y sí que sirva estar aquí. Quizá el destino haya querido decidir por mí y me haya puesto justo donde tengo que estar.

—¿Y tú? Si tienes alguna anécdota que compartir conmigo puede que te sorprenda escribiendo un poema sobre ella.

¿Yo? ¿He llegado a sentir el revoloteo de las mariposas en mi estómago? ¿Ha llegado mi corazón a latir única y exclusivamente por alguien? No lo sé. O quizá es que no quiero responder. Hace mucho que mi cerebro tomó las riendas. Tanto que he llegado al punto de desconocer a ese órgano que late justo en mitad de mi pecho. Sin embargo, y como si de una señal se tratase, Gala aparece en escena con una lentitud digna de película.

Su expresión es indescifrable. Nos observa a Candy y a mí como si estuviera analizando la situación. De repente, deja de caminar y se queda quieta justo enfrente de nosotros. Diviso una botella de agua en su mano izquierda, por lo que deduzco que ha bajado a rellenarla.

—¡Gala! —Candy exclama su nombre—. Otra que ha estado desaparecida durante todo el día. ¿Qué os pasa con encerraros en las habitaciones? ¿Acaso las aves pueden volar cuando están enjauladas? ¡Con la imaginación pasa lo mismo! Entre cuatro paredes es imposible que florezca.

La morena no contesta. Permanece en el lugar sin mover ni un solo músculo. No nos hemos visto desde esta mañana y la tensión es palpable. Puede que incluso Candy lo note, pues vuelve a jugar

con sus dedos. Ya lo ha repetido en varias ocasiones, así que supongo que hace eso cuando se pone nerviosa.

—Hay hueco para uno más —la invita—. Estábamos manteniendo una conversación de lo más interesante.

—¿Ah, sí?

Gala reacciona por fin y se sienta justo al lado de la pelirroja, alejada de mí. Puedo asegurar por su cara que no está nada convencida de lo que acaba de hacer. Pero ¿quién le dice que no a Candy? Tiene una capacidad de persuasión increíble. Ese debe de ser su otro poder.

—Acababa de preguntarle a Kyle si había llegado a enamorarse alguna vez.

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¿En qué momento estoy a punto de contestar a una pregunta propia de revista del corazón justo delante de la persona que lo sabía todo sobre mí? Mi vida es un chiste, eso sin duda.

—¿Lo has hecho? —Candy insiste y a mí me falta tirarme por la ventana. Lástima que estemos en la planta baja.

—Creo que no.

Ninguna comenta nada al respecto. Están esperando a que continúe hablando, por lo que me obligo a hacerlo.

—He llegado a salir con varias chicas a lo largo de mi vida, pero nunca he sentido más allá de una simple atracción.

Mentiroso.

Mentiroso. Mentiroso. Mentiroso.

—¿Cómo lo sabes?

Porque lo he sentido, solo que no con ellas.

—Simplemente lo sé.

—¿Y tú, Gala? Espero que no pienses que soy una entrometida, simplemente me da curiosidad. ¿Para qué estamos aquí si no es para conocernos?

—Para escribir, ¿quizás? —responde ella, tan simpática como siempre.

Candy agacha la cabeza. Es el primer gesto triste que hace en lo que llevamos aquí, lo que pone a mi ex mejor amiga en alerta. No tiene pinta de ser la típica que se calla cuando siempre tiene algo

que decir. Esto es nuevo para nosotros. Luego empieza a morderse las uñas. Parece que quiere devorarse la mano entera, porque lo hace con un ansia que se transmite con la misma facilidad que sus sonrisas. No pasa mucho tiempo hasta que Gala vuelve a hablar.

—No, ¿contenta? Estoy tan enamorada de mi libertad que creo que el resto de las emociones que pueda sentir por otra persona no tendrían cabida para mí.

Me muerdo el labio inferior procurando sustituir el inentendible dolor emocional que me provoca su confesión por uno meramente físico. Siempre he sabido que Gala es un alma libre, de esas que migran a lugares exóticos y no tienen tiempo para los demás. Ella se alzaría en vuelo y yo la admiraría desde abajo. Triste pero orgulloso. Nunca me gustaron las medias tintas.

—Ya tienes a tu Jo, Kyle. —Candy sonríe de nuevo, pero esta vez su expresión rezuma algo muy distinto. Melancolía, quizás. No sabría decirlo—. La idea de *Mujercitas* no era tan mala al fin y al cabo.

Entonces eso me convierte inevitablemente en Laurie.

Capítulo 10
Gala

Que si he estado enamorada, dice. ¿Cómo se le ocurren semejantes preguntas? No he venido a este retiro para conocer a nadie, sino para escribir. Esto no es un programa del corazón, ni siquiera aunque ese mismo órgano me lata con fuerza al abandonar la estancia. Y ahí está Candy: radiante como el sol, despampanante con su pelo anaranjado, mostrando una sonrisa de anuncio, llevándose genial con todos. Y, por encima de todo, escribiendo. ¿Cómo es capaz de hacerlo todo? Me pone de los nervios.

Tomo una de las libretas que metí en la maleta y empiezo a escribir. No le busco el sentido, solo escribo lo primero que se me pasa por la mente. Hacía demasiado tiempo que no me dejaba llevar así, casi había olvidado la adrenalina de escribir sin ningún objetivo en mente. No tiene que ser perfecto, ni siquiera debe tener sentido. Lo importante es desgarrarme uniendo palabra tras palabra, impregnar el papel de los sentimientos que me acechan para que, con suerte, estos abandonen mi cerebro.

Suelto todo el aire y leo con detenimiento lo que he puesto.

> *Estoy tan cansada de todo. Harta. Soy demasiado pequeña. Me oculto tras cada nuevo callejón, sin pensar en ningún momento qué rumbo tomará mi vida. Serpenteo entre una ciudad abarrotada de gente con prisa. Todos caminan o corren o conducen y yo no sé qué hacer. Por qué estoy aquí, qué camino tengo que seguir. Soy como la niebla: todos me perciben, pero nadie puede abrazarme ni besarme ni arroparme antes de dormir.*

Vaya auténtica mierda. No me puedo creer que acabe de escribir eso. Frustrada, lanzo la libreta sobre la cama y salgo de la habitación. Me estoy ahogando en esta casa que, si bien es de lo más espaciosa, parece una cárcel. Kyle. Kyle. Kyle. ¿Él pensará lo

mismo? Sus palabras me pesan como piedras en los bolsillos y yo me hundo sin remedio. *Cada día cogía una libreta y lo intentaba. Me caía y me levantaba. Hasta que dejé de sentir motivación por andar*.

Me va a estallar la cabeza. Bajo las escaleras de dos en dos y echo a correr nada más abrir la puerta principal. «Eres como una chispa en un secarral, en el momento en el que te prendes, el fuego lo consume todo», suele decir mi madre. ¿Qué le voy a hacer? Saqué el dramatismo de la familia de mi padre, por lo que no sé hacer las cosas si no es a lo grande. Por eso, cuando me marché aquel día, cuando dejé a Kyle atrás, lo hice para siempre.

Así que corro. Corro y corro en dirección al pueblo, a donde sea que me lleve lejos de aquí.

—¡Gala! —escucho que me llaman, pero no miro atrás.

Las lágrimas acuden a mis ojos y, por una vez, no me esfuerzo en contenerlas. Ruedan libremente por mis mejillas, fundiéndose con el ligero viento que golpea mi rostro. Dejo atrás el río, las casas de ensueño, la carretera principal, los lugareños que me analizan con el ceño fruncido… Corro con las rodillas todavía doliéndome y una presión en el pecho que nunca termina de irse.

Tan solo me detengo cuando me doy cuenta de que me he perdido. Caigo rendida sobre la hierba y me lleva varios minutos recobrar el aliento. El pelo se me pega a la frente y ya no distingo qué es sudor y qué lágrimas. Me rodea un verde intenso conformado por árboles elevados y una infinidad de campo. No tengo ni la más remota idea de dónde me he metido.

—¿Se puede ser más estúpida? —mascullo para mí misma.

Ni siquiera me he traído el móvil, por lo que puedo irme olvidando de usar Google Maps o llamar a alguien. Y sé que no debería estar pensando en eso, pero lo hago. *Estoy tan enamorada de mi libertad que creo que el resto de las emociones que pueda sentir por otra persona no tendrían cabida para mí*. ¿Cómo se me ocurrió soltar eso? «Piensa las cosas antes de hablar», me dice la vocecilla de mi madre en mi cabeza. Y, maldita sea, cómo odio esa voz. La expresión de Kyle fue… fue… Aprieto la mandíbula de la rabia que me causa el solo pensarlo.

—Olvídate de él, idiota —me digo en alto—. Déjalo ir, no es nadie. ¡No es nadie! ¡No va a impedirte escribir! ¡No va impedir que te enamo…! —Respiro agitada—. No… No, nada de eso.

—¿Te has perdido?

Casi me da un ataque al corazón. Me llevo la mano al pecho, sobresaltada, para toparme con una cara familiar. Entrecierro los ojos, tratando de ubicar su rostro.

—¿Brad?

Él chasquea la lengua.

—Es Bart.

—¡Bart! —exclamo como si me hubiese topado con un millón de libras—. ¡Cuánto me alegro de verte!

Me levanto y me paso una mano por la frente para intentar secarme el sudor y tener un aspecto presentable. Más o menos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Esta es la granja de mis abuelos. —Señala a sus espaldas—. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

—Bueno, se suponía que hasta aquí era donde tenías que traerme en coche, pero se ve que no tienes ni idea de dónde viven tus abuelos.

—¡Era la primera vez que venía solo en coche! —se defiende.

—Da igual, te perdono.

—¿Cómo que me…?

—Pasado pisado —lo cual no suena tan increíble en inglés como lo hace en español, así que Bart forma una mueca—. ¿Sabes cómo volver a Bibury desde aquí?

—Vamos, te llevo en coche.

No sé si sentirme feliz o preocupada, viendo cómo se terciaron las cosas la última vez que intentó llevarme al pueblo. En cualquier caso, a caballo regalado no le mires el diente, ¿no? Bart me guía hacia su vehículo, el cual sigue oliendo igual de mal. «No pasa nada, lo importante es tener cómo volver», me digo. Me abrocho el cinturón, lista para marcharnos.

—Oye, ¿tú eres una de esas escritoras que está de retiro en Bibury? —indaga él mientras mete la llave en el contacto.

Soy un poco reticente a contarle mi vida. A él y a cualquiera, la verdad. Murmuro un escueto «sí» y espero que capte que no me apetece hablar del tema.

—No me digas. —Silba—. Conozco a una famosa.

—Bueno…

—¿Te harías una foto conmigo?

—No. ¿Arrancas?

—Vale, vale.

Por suerte, Bart conduce en silencio y en esta ocasión no tiene problema para encontrar el camino. Además, la casa no tiene pérdida, pues el desvío está casi al final de la carretera principal. Antes de que aparque ya estoy desabrochándome el cinturón.

—Muchas gracias, Bart. Te debo una.

Se le ilumina el rostro.

—¿Quieres que tomemos algo en el bar de…?

—¿Cuántos años tienes, quince? —exagero.

—Diecinueve, pero soy bajito.

—Gracias por traerme, en serio. —Su cara de cordero degollado me hace resoplar—. Cuando termine todo esto te invito a una caña, ¿vale? —Se le ilumina la mirada, pero no me quedo mucho más tiempo para que no se imagine cosas que no son—. Nos vemos.

Me apeo del coche como alma que lleva el diablo. Para mi sorpresa, Kyle está en la entrada caminando de un lado a otro, con Candy detrás de él y una Maude de gesto preocupado. Kyle está al teléfono, sin parar de acariciarse la nuca, y muy pocas veces lo he visto así de alterado. Me planto delante de ellos sin saber qué expresión poner. Espero que todo esto no sea por mí.

—¡Gala, estás bien! —grita Candy al reparar en mí.

Oh, mierda, es por mí. Corre a mi encuentro y me abraza como si llevara siglos sin verme. Le doy un par de palmaditas en la espalda y finjo que no me enternece. Porque lo hace, cosa que no admitiré en alto. ¿Realmente han estado tan preocupados por que me fuera? ¿De verdad les importo tanto? Detrás de ella, Kyle me observa con atención.

—No te preocupes, Naisha, está todo bien ya. Nos vemos el sábado —dice antes de colgar la llamada—. ¿A dónde ibas corriendo

así? ¿Dónde te habías metido? ¡¿Estás mal de la cabeza?!

—Kyle… —le previene Candy.

Maude es la última en acercarse a nosotros. Su mirada va desde el chico a mí, pensativa. No dice nada, pero creo que con solo fijarse en nosotros lo ha entendido todo. *Todo*. Es como si viera a través de mí, como si vislumbrara ese día lluvioso con la misma claridad con la que yo lo recuerdo todas las noches. Por un momento, creo que llega a comprender lo que ni siquiera yo entiendo, ese sentimiento que ruge en mi pecho al ver a Kyle.

—No la defiendas, Candy —le espeta él—. No puede simplemente echar a correr y dejarnos aquí muertos de preocupación solo porque…

No lo pienso dos veces. Mis piernas se mueven solas y, para cuando me quiero dar cuenta, mis brazos ya lo han rodeado. «Abrázame como antes —quiero gritar—. Hasta que se me olvide todo el dolor. Solo tú sabes hacerlo». Kyle se tensa y no corresponde a mi gesto, lo que termina de romperme por dentro. Si creía que su preocupación por mí iba más allá de la pura educación, se ve que no. Seremos un eterno tira y afloja; siempre demasiado cerca pero demasiado lejos. Me separo y carraspeo.

—Lo siento mucho por preocuparos, no era mi intención. Tan solo necesitaba aclarar mis ideas.

Candy me frota el brazo de manera tranquilizadora.

—No pasa nada, pero avísanos la próxima vez, ¿vale?

Asiento, aunque lo dudo mucho. Mis ojos no abandonan los de Kyle en ningún momento.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —pide él.

Un cosquilleo recorre mi cuerpo, pero lo atribuyo a que el aire me ha erizado el vello. Trago saliva antes de responder.

—Claro.

Candy y Maude nos dedican una última mirada. No se me pasa por alto la expresión de Maude. Es la de una persona que ya ha vivido mucho, alguien que sabe perfectamente lo que me está pasando porque tal vez lo haya vivido en sus propias carnes. Una vez se marchan, Kyle vuelve a hablar.

—¿Qué creías que hacías?

Elevo la barbilla con orgullo.

—Nada de tu incumbencia.

—¡Lo es cuando mi mejor amiga sale corriendo de la casa sin decir nada!

El silencio se instala entre nosotros. Lo ha dicho, esas dos palabras que lo significan todo: «mejor amiga». Contengo el aliento, incapaz de pensar con claridad. Tira y afloja. Eternamente cerca, trágicamente lejos. Creo que él también se ha percatado, porque se echa un poco hacia atrás y su rostro se ensombrece. Se me hace un nudo en la garganta.

—Fui a tu cuarto y vi la libreta —prosigue cambiando de tema—. Sé que no debería haberla leído, pero estaba abierta y pensé que quizá tenía algo que ver con tu huida.

—No deberías haberla leído, punto.

—Gala…

—¿Querías distancia? —Doy varios pasos atrás—. ¿Querías alejarte de mí? Esto es lo que querías, ¿no? Ahora no me vengas con que estás preocupado por mí. Me odias. —Se me quiebra la voz—. Y hace mucho tiempo que dejé de ser tu mejor amiga.

La distancia entre los dos se hace cada vez más amplia en cuanto echo a andar.

Capítulo 11
Kyle

Soy como la niebla: todos me perciben, pero nadie puede abrazarme ni besarme ni arroparme antes de dormir. Las palabras de Gala se me clavan una a una como puñales. Los trazos fuertes y seguros de sus letras escritas a mano ahondan en mi piel de manera insoportable. Si supiera que de niebla tiene poco… Porque Gala es puro fuego. Quema, arde e ilumina las pupilas de aquel que se atreve a mirar. Podría reducirte a cenizas con tan solo chasquear los dedos, pero lo que no sabe es que yo me tiré gran parte de mi vida arriesgándome a ello con tal de sentir el calor de su llama. Y, aunque ahora estoy convencido de que he aprendido la lección y ya no me acerco ni un mínimo a los incendios, he de confesar que echo de menos esa sensación que te abrasa y enciende por dentro.

Me meto las manos en los bolsillos del pantalón mientras la observo marchar. Porque iría tras ella, pero no soy imbécil. Mi corazón no me lo perdonaría si vuelvo a permitir que lo marque con quemaduras de tercer grado que aún duelen y dudo que dejen de hacerlo algún día. Aún así, opto por seguir sus pasos. Comienzo a caminar en dirección a las escaleras cuando alguien me tira del brazo. Es un gesto suave a la par que firme.

—¿Todo bien…? —pregunta Candy. No es solo su voz la que denota preocupación, sino también esos ojos azules que me escudriñan como si el mar me quisiera para él y sus profundidades.

Procuro mantener la compostura y me yergo.

—Sí, sí —respondo con rapidez. Sueno demasiado alterado para mi propio bien, así que respiro hondo y me obligo a relajar los hombros—. Es que ya estoy mayor para estos sustos y…

Y esa es la excusa menos creíble que he soltado nunca. Al menos, Candy parece no darse cuenta de que estoy a punto de sufrir un infarto y se ríe. Le ofrezco mi alma a todos los dioses que puedan estar ahí arriba con tal de que siga ajena a todo esto que estoy sintiendo. No quiero que nadie se entere.

—¿Necesitas que te prepare una tila? —me ofrece con retintín. Su sonrisa traviesa la delata—. También puedo decirle a Naisha que la próxima vez nos encierre con llave para que ninguno de nosotros sea capaz de salir de aquí hasta que ella misma lo decida. Lo que prefieras.

—Vale. —Alzo las manos, derrotado. A mí también se me escapa la risa—. Es bastante probable que haya dramatizado un poquito…

—¿Solo un poquito?

Me rindo.

—Bastante.

—Eso está mucho mejor. —Me da una palmadita en el hombro—. Piensa que Bibury es un pueblo pequeño, así que es imposible que nos perdamos si decidimos dar una vuelta por ahí. Tampoco tiene pinta de ser muy peligroso. La próxima vez, si alguno de nosotros sale a dar un paseo, intenta no preocuparte tanto, ¿vale?

Mi cabeza se mueve de arriba a abajo con lentitud. Lo hago distraído, casi como si fuera un robot. Agradezco su preocupación y, en el fondo, me encantaría confesarle que no se me ha ido la olla por lo que ella piensa. Sé que Gala tiene un sentido de la orientación excepcional, sobre todo cuando se trata de huir lejos de mí. Me preocupaba que hubiera optado por abandonar el retiro solo para dejar de verme el careto de amargado que llevo día tras día, que se hubiera ido para siempre. *Otra vez.* A veces me da la sensación de que el universo nos separó porque, cuanto más lejos está Gala de mí, más cerca está de encontrarse a sí misma. Y soy un egoísta de manual por haber deseado su vuelta con tanto fervor.

Candy y yo nos despedimos poco después. Ella se mete en su cuarto y yo en el mío. El pequeño Tom no está por ninguna parte, lo cual agradezco. Así puedo hundirme en mi miseria yo solito. Me tumbo en la cama y, aunque hace un calor insoportable, me tapo con las sábanas hasta la coronilla. Esta era mi manera de refugiarme del mundo cuando era pequeño, como si un simple trozo de tela pudiera protegerme de esos miedos que no están fuera, sino dentro de mí. Suena ridículo, pero consigue darme una falsa sensación de paz. Cierro los ojos y respiro hondo. No me importa que el aire se haya vuelto pesado, solo quiero descansar.

Entonces me suena el teléfono.

Juro que no voy a cogerlo, que tardo demasiado en salir de mi escondite. Es solo cuando leo el nombre que aparece en pantalla que asumo que no puedo dejar pasar esta oportunidad de oro. Es Kevin, mi hermano mayor. *¡Todavía se acuerda de mi existencia!*

—Joder, Kyle. Tardas un poco más y cuelgo. —Su voz suena más grave que la mía.

—¿Kevin? —inquiero. Ni siquiera sé por qué lo pregunto si es evidente. Solo quiero cerciorarme de que esto es real. No estoy acostumbrado a que me presten atención en casa. Mucho menos él, que siempre está ocupado entre unas cosas y otras y apenas tenemos tiempo para vernos como antes.

—No, la abuela —se mofa—. ¡Pues claro que soy yo! ¿Quién voy a ser? —Estoy a punto de responder, pero se me adelanta—. Llamaba para ver qué tal te van las cosas. El otro día no pudimos responderte a los mensajes porque estábamos hasta arriba de trabajo. Que también te digo, para esos *memes* tan malos, podrías habértelos ahorrado.

No consigue hacerme reír porque solo puedo centrarme en una de las cosas que ha dicho: tienen muchísimo trabajo. Siento una punzada en el corazón. Creo que se llama culpabilidad.

—Mierda, Kevin…

—A ver, no te lo tomes a mal, pero es que tu humor… ¿Qué eres? ¿Un cuñado en la cena de Navidad?

Más bien un pobre desgraciado que ha dejado a su familia para irse a escribir a una casa en mitad del campo y, ¡sorpresa! No está escribiendo en absoluto.

—¿Cómo que estáis hasta arriba? —le pregunto, ignorando completamente sus comentarios de hermano mayor frustrado porque no es igual de gracioso que yo—. Ya sabía que estamos en temporada alta, pero…

Pero llevaba tanto tiempo intentando ignorar lo culpable que eso me hace sentir que he acabado obviándolo.

—¿Me prometes que no te vas a desmayar si te digo que tenemos más clientes que el año pasado por estas fechas?

Ya tengo la vista nublada.

—Ay, no…

Soy el peor hijo del mundo. Y el peor hermano. Y el peor amigo. Y el peor ex amigo. Y el peor escritor. Y el peor… ¡Soy lo peor! ¿En qué momento se me ocurrió que sería buena idea hacer esto? ¿Y en qué momento pensé en dejar a mi familia a su suerte? Seguro que ahora me odian. Si no mis padres, mis hermanos. Ninguno tendría que estar trabajando en verano. Ellos sí habían hecho planes mucho más interesantes e importantes que los míos.

—Kyle. —Creo que Kevin acaba de decir mi nombre por quinta vez, pero no estoy seguro—. Kyle, ¿sigues ahí? Dime que no te has desmayado de verdad.

—Yo… —balbuceo—. ¿Necesitáis que vuelva? Puedo hacerlo. Solo tengo que comprar los billetes y…

—Y una mierda —replica—. Llevas tres días fuera, campeón. ¡No es para tanto! Sabía que no tendría que haberte dicho nada. Estamos bien. Sin parar, pero bien. ¿Qué se te está pasando por la cabeza, eh? ¿Que no nos están dando propinas en tu ausencia? ¿Que la cocina se ha roto y ahora tenemos que servir los platos crudos?

—Pues sí.

Juraría poder sentir su suspiro en la mejilla más próxima al teléfono.

—Qué poco te fías de nosotros… —murmura—. ¿Te quedas tranquilo si te digo que está todo perfecto y que no nos hace falta tu ayuda?

Auch. Dardo directo a ese huequito de mi corazón que necesita validación constante y pensar que no es tan prescindible como parece.

—Bueno…

—Porque lo está —añade—. Kayden y yo lo estamos llevando de maravilla. Poco más y podríamos protagonizar el *live action* de *Ratatouille.*

—Os pega el papel de rata, sí.

—Serás… —se queja, pero luego no puede evitar reírse. Yo tampoco, para qué engañarnos—. En fin, ¿cómo estás tú? Que eres experto en escabullirte y no contestar a mis preguntas, así que hoy

no me la cuelas. ¿Es bonita la casa donde te hospedas? ¿O resulta que el retiro era solo una tapadera y ahora estás metido en una secta?

Ruedo los ojos a pesar de que no puede verme.

—Es… acogedora, supongo.

Si no fuera por un detallito de nada que duerme en la habitación de al lado.

—¿La secta o la casa?

—Ambas —contesto, siguiéndole el rollo.

—Ya veo… Justo lo que necesitabas, ¿no? No sé nada de escribir, pero supongo que el silencio siempre ayuda a concentrarse mejor. ¿Has escrito algo ya?

Sí, mi testamento por si Gala me mata una noche de estas.

—No puedo decírtelo —miento, más que nada porque solo llevo dos palabras. Puro talento—. Nos advirtieron sobre el plagio y los peligros de hablar sobre nuestros proyectos.

—¿Y también tenéis que rendirle culto a Shakespeare y honrarle con sacrificios para que no os quite la inspiración?

Pero será sádico.

—Eso solo una vez por semana.

No se ríe en esta ocasión, cosa que me inquieta. Escucho una voz a lo lejos que se dirige a él y creo que es mi otro hermano. Lo echo tanto de menos que estoy a punto de pedirle a Kevin que me lo pase. El problema es que no me da tiempo a hacerlo antes de que me suelte:

—Oye, acaban de llegar más clientes y no puedo seguir hablando. Ya te llamaré otro día. Disfruta, ¿vale? Y escribe mucho, ¡a ver si nos haces millonarios a todos!

No sabía que estaba conteniendo la respiración hasta que vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesita de noche y suelto todo el aire de golpe. Kevin siempre ha sido mi referente. De pequeño no me interesaban lo más mínimo los superhéroes con capa que salían en la tele porque yo ya tenía al mío en casa. Era listo, fuerte y valiente. Todo lo contrario a mí. Solo nos llevamos tres años, pero ahora que somos adultos me sigue pareciendo que está a años luz de lo que yo seré jamás. Y no tiene nada que ver con la edad, sino con la

persona. Porque luego nació Kayden y demostró que él también podía ser listo, fuerte y valiente aun siendo el pequeño de la familia.

El único que desentonaba y desentona a día de hoy sigo siendo yo.

Kevin es el favorito de mi madre y Kayden el de mi padre. No es que lo vayan pregonando por ahí, pero es bastante evidente. Mientras que el mayor es un prodigio de las ciencias, el pequeño podría convertirse en una estrella del deporte de un momento a otro. Y yo, como el mediano, no tengo mucho que ofrecerle al mundo. Pensé que serían las letras, pero ya veo que no. Por eso empecé a entregarme en cuerpo y alma al restaurante. Aunque no tuviese nada destacable que aportar a una familia tan especial, por lo menos podría serles de ayuda y no un estorbo con patas. Así sería *visto* entre tanto gigante. Así dejaría de ser el hijo olvidado, el que es gris porque no sabe si es capaz de ser blanco o negro, y pasaría a ser uno más de los Walker. No el escritor, pero sí el ayudante.

Lo gracioso de todo esto es que mi familia nunca me ha pedido ser nada más allá de ese escritor que un día parecía tener un futuro brillante. A veces pienso que todo está en mi cabeza, que no necesito ser el sol para que los planetas se den cuenta de mi existencia. Pero entonces llegó Gala, con esos ojos que no dejaban de mirarme y esos labios que pronunciaban mi nombre como una balada que podría confundirse con poema. Creo que empecé a existir gracias a ella. Porque si no te ven, no existes. Y por eso dejé de hacerlo en cuanto nuestros caminos tomaron rumbos distintos.

…

No sé en qué momento me he quedado dormido, pero tiene pinta de que lo he hecho más de la cuenta. Ya no se cuela luz por la ventana y es la luna la que se proclama protagonista en una noche que no ha hecho más que empezar. Creo que son más de las diez. Genial. Otro día perdido en la oficina. A este paso me van a dar un premio por ser el mejor procrastinador del retiro.

Me ruge tanto el estómago que podría montar una orquesta sinfónica, así que, mientras me froto los ojos para desperezarme y me voy levantando de la cama, decido que ya va siendo hora de abandonar mi cueva e ir hasta la cocina. Quiero devorar la nevera

entera, incluido el material con el que está hecha. Se me hace la boca agua al imaginarme comiendo una pizza entera. Con su queso derretido, su masa crujiente…

—¡Dios, colega! —Tom es la primera persona con la que me topo al bajar las escaleras. Lo he hecho tan rápido que podría haberme dejado los dientes en uno de los escalones, pero no podía esperar más—. Tienes que ver esto. ¡Lo que te estás perdiendo!

El bebé de la casa es la segunda persona que me toma la muñeca durante el día de hoy. Me guía hasta el salón, ahí donde se me quita el hambre de golpe. Tengo que pestañear un par de veces para llegar a creerme lo que estoy viendo. De hecho, también me froto los ojos. Cuando vuelvo a abrirlos, sigo sin dar crédito. ¿Alguien puede decirme qué está haciendo Gala subida a la mesa, sujetando una botella de vino a medio acabar y borracha a más no poder? ¿Quién ha sido el listo que la ha dejado beberse cerca de un litro?

—Mira, niñata. —Le bailan las letras hasta el punto de que las vocales y las consonantes se están marcando una coreografía digna de concurso. Luego señala a Rebecca con el dedo—. Como me vuelvas a hacer una foto te juro que…

Acaba tambaleándose, por lo que no puede terminar la frase. Gracias al cielo.

—¿Y que la gente se pierda el espectáculo que te estás montando? —replica la otra chica—. ¡La de seguidores que voy a ganar después de esto!

A Gala se le ensombrece la expresión.

—¡La madre que te parió! ¡Atrévete a subirlo a tus redes sociales y…!

Otra vez, su amenaza se queda en saco roto.

Debería hacer algo, ¿verdad? Cualquier cosa. *Pero ella te odia, ya te lo ha dejado bastante claro. Hace tiempo que dejaste de tener el derecho a inmiscuirte en su vida.* Aprieto la mandíbula ante ese último pensamiento. Mi cabeza puede llegar a ser mi peor enemiga, pero reconozco que también está intentando prevenirme. Gala tiene mucho temperamento, sobre todo cuando la ira se le va de las manos. Hace tiempo que no la veía de esta forma, tan fuera de sí. Me muerdo el labio con fuerza, frustrado, mientras continúo

observando cómo sigue peleándose con la *influencer* sin poder hacer una mierda al respecto.

—Casi se bebe la botella entera —me informa Candy, justo a mi lado—. No nos ha dejado probarla y, cuando le hemos dicho que debería relajarse, ha decidido beber más rápido. Luego se ha puesto a bailotear encima de la mesa y el resto ya es historia.

Trago saliva y niego con la cabeza. Si permito que vea lo mucho que me está afectando esto, me habré cavado mi propia tumba. Solo pregunto:

—¿Y a nadie se le ha ocurrido quitársela?

—A mí me ha pegado un bufido cuando lo he intentado —confiesa Dennis—. Casi me muerde la mano. Está endemoniada.

—Va a matarnos a todos —se lamenta Tom, con un deje de diversión que no me hace ninguna gracia ahora mismo.

Creo que esto es culpa mía. En realidad, no lo creo, lo sé. Sigo mordiéndome el labio hasta el punto de que la boca me empieza a saber a hierro. Mi corazón se acelera y no puedo evitar darle toques al suelo con el pie. Gala sigue en sus trece y yo me siento un maldito imbécil. Esto ha sido fruto de la conversación que hemos tenido antes. O de las otras muchas que han surgido a lo largo de estos días. Hemos removido el pasado de tal manera que se ha acabado viendo obligada a ahogarlo en una botella de vino de supermercado. Como si eso pudiera borrar el rastro de lo que vivimos.

Ocurre cuando la escucho gritar una vez más. Mis piernas empiezan a moverse solas sin prestar atención a las advertencias de mi cerebro. Dejo de ser racional cuando se trata de ella y me da miedo que eso no haya cambiado todavía. Pero ¿a quién le importa a estas alturas? Solo quiero que dejen de mirarla como si se le hubiera ido la cabeza, que dejen de comentar cosas sobre ella como si tuvieran el más mínimo derecho. No la conocen una mierda. No como yo.

—Gala.

Podría haber dicho cualquier otra cosa, pero es su nombre el que se me escapa. La chica se tambalea al escuchar mi voz y, a pesar de no estar en su mejor momento, consigue evitar hacer contacto

visual conmigo. La que sí me observa es Rebecca, que ahora tiene los brazos apoyados en las caderas y ha tenido la decencia de mantener la boca cerrada. Porque si vuelve a decir algo más, si se le ocurre sacarle otra foto, esta vez seré yo el que le deje las cosas bien claras.

—Baja de ahí —añado.

—En tus sueños me das órdenes.

Enarco una ceja. Pues sí, solo en mis mejores sueños podría domar a un alma tan libre como ella. Pero no es eso lo que quiero hacer, solo busco ayudarla. Me acerco y descubro que se le ha corrido todo el rímel. Espero que el culpable haya sido el sudor y no las lágrimas. Sigue sin mirarme, pero no necesito ahondar en sus pupilas para ser consciente de lo rota que está.

—He dicho que bajes de ahí.

—Y yo he dicho… —intenta replicar, pero la interrumpo antes de que lo consiga.

—Voy a contar hasta tres, ¿vale?

Ella suelta un bufido.

—¿Qué eres? ¿Mi padre?

Tengo que morderme la lengua.

—Uno…

—Piérdete, Kyle.

Solo espero que no me obligue a llegar al tres.

—Dos…

—Eres un muermo. Vete de aquí.

Por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es.

—Tres…

El mundo entero contiene el aliento. No pensaba tener que llegar a esto, joder. Ni siquiera estoy preparado para lo que voy a hacer. Tengo que mantener la mente fría, en blanco. Ser listo, fuerte y valiente. Por ella. Porque sé que hoy quería huir de mí, pero mañana querrá hacerlo de todo. Y, por mucho que me pese tenerla cerca, quiero que aproveche esta oportunidad porque Gala sí que ha nacido para las letras.

La cojo por la cintura sin preguntar ni pedir permiso y me la cargo en el hombro como si su contacto no me estuviera quemando por

dentro. ¿Fuego? Ni hablar. Gala es ahora una bomba a punto de estallar.

—¡Kyle! —chilla mientras patalea y me da golpes en la espalda. Menos mal que está ebria y apenas tiene fuerzas. De lo contrario, mañana me despertaría lleno de cardenales—. ¡Kyle, suéltame! ¡No pienso repetirlo más! ¡Suéltame! ¡Ahora!

Solo escucho *bla, bla, bla.*

—No haberme hecho llegar hasta tres.

Los demás nos miran boquiabiertos. Solo les falta un bol de palomitas dulces, pues el asiento en primera fila ya lo tienen. Me niego a arriesgarme a que Rebecca se digne a decir algo más, sobre todo porque intuyo que tiene intención de hacerlo. Parece que no le ha bastado con lo de antes. No miro atrás al subir por las escaleras una a una. No estoy nada en forma y Gala no ayuda al continuar meneándose como un gusano. Casi se me cae en más de una ocasión, cosa que no puedo permitirme. Jamás he respirado tan a gusto como cuando llegamos hasta su habitación y cierro la puerta tras de mí. En cuanto la dejo en el suelo, recibo un empujón por su parte del que no pienso quejarme.

—¿Qué coño ha sido eso? —me pregunta sin rodeos.

Bonita fue a hablar.

—Eso debería preguntarte yo a ti, ¿no crees?

Estaba claro que no me iba a contestar. En su lugar, Gala se tira a la cama de un salto y se pone a gruñir como si fuera un lobo hambriento. No es comida lo que quiere, sino sangre. La mía.

—Ah, así que ahora me impones la ley del silencio. —Me cruzo de brazos, quedándome plantado en el sitio. Ya he traspasado todos los límites y, por el bien de los dos, no pienso volver a hacerlo—. ¿Qué habría ocurrido si yo no hubiera llegado? ¿Eh, Gala? ¿Me puedes explicar por qué te has puesto así?

—¿Me puedes explicar por qué no te callas? —inquiere, frustrada. En vista de cómo cierra los ojos y se agarra el estómago, no está en su mejor momento.

Así que me trago los reproches y opto por cambiar de táctica.

—¿Estás mareada? —le pregunto, preocupado. No lo finjo. De hecho, ojalá lo estuviera fingiendo. Pero mi corazón acelerado y mi

boca seca son claros ejemplos de que mi inquietud es verdadera—. ¿Te encuentras muy mal?

—¿Tú qué crees? Estoy en una puta noria.

—Entonces voy a traerte un vaso de agua. —Agarro el pomo de la puerta sin girarlo—. También deberías comer un poco. Puedo prepararte algo rápido.

Es la primera vez que me mira desde el incidente del salón. Su mirada me escudriña como si supiera dónde ahondar para acabar con todos mis muros. Me tiemblan las piernas tanto como a ella le tiembla el labio. Nos quedamos así más tiempo del que admitiría en un juicio. Creo que acabo de volver a existir.

—No hagas eso —me suplica.

—¿El qué? —murmuro.

—Fingir que te importo. Me haces daño.

—Gala, no…

—No soporto que estés aquí.

Se me instala un nudo en la garganta.

—¿En tu cuarto?

Ella niega con la cabeza.

—Aquí —susurra—. No puedo ni verte.

No puedo ni verte. No puedo ni verte. No puedo ni verte.

Pensaba que ya no podría destrozarme más. Estaba muy equivocado.

—Lo sé.

—Lo sabes… —Gala sopesa mis palabras. Las mastica durante unos instantes que parecen una eternidad—. Ah, claro. Tú te sientes igual, ¿no? Porque me odias.

Trago saliva. ¿Es el rencor lo mismo que el odio? Porque rencor le tengo, joder, y mucho. Pero no la odio. Jamás podría hacerlo. A una persona a la que odias no la ves en todas partes aun cuando no está. En las hojas de otoño, en el título de tu canción favorita… Incluso en las margaritas, vivas o marchitas. Me leía un libro y ahí estaba ella, entre sus páginas desgastadas y ese olor sempiterno que podría hacerlo pasar por nuevo. A una persona a la que odias no la ves en todas partes y deseas que vuelva. Aunque eso no se lo digo, claro. Es más fácil dejar que la duda se quede en el aire antes

que confesarle que ya ni siquiera es rencor, sino el hecho de que la sigo queriendo.

Capítulo 12
Gala

Las resacas son una cosa maravillosa. Con maravillosa me refiero a la más grandísima mierda de este planeta, por supuesto. Lo peor no es que te duela la cabeza o sientas que te vas a morir. No. Lo peor es recordar lo que has hecho la noche anterior. Y lo que yo he hecho —el tremendo ridículo delante de todos— es para darme una torta. O dos. Por suerte no me duele demasiado la cabeza. Quizá el mundo ha creído conveniente permitirme un poco de paz, pues ya tengo suficiente con enfrentarme a mis compañeros después de la escenita.

La luminosidad del móvil me ciega en cuanto lo enciendo. Tardo varios segundos en asimilar que tengo… ¿cientos de notificaciones en Instagram? ¿Cincuenta mensajes? ¿Diez llamadas? Me froto los ojos tratando de procesar la información. No puede ser. Ni siquiera he subido más de tres historias —todas fingiendo que escribo cuando no llevo ni una frase— como para que mis seguidores hayan subido como la espuma. Sin embargo, lo que me llama la atención son los mensajes. Mi madre, mi padre y mi primo. Mi madre, tan agradable como siempre, me dedica un: «¿Es que te has vuelto loca? No te crie para que fueras así, Gala Rodríguez. Ya veo lo mucho que te dedicas a esa pasión de la que tanto hablas…». *Oh, no.* Cuando se salta el apellido de mi padre es que la he cagado de lo lindo. Intento ignorar lo mucho que me duele su comentario. Llevo años diciéndole que la escritura es un trabajo de verdad, pero su única respuesta es que no me dará de comer. Cada conversación desemboca en lo mismo:

—¡Podrías aspirar a más! —Mi madre, potente como un trueno.

—¿Y si no quiero aspirar a más? —Siempre soy yo la que tiene lágrimas en los ojos—. ¿Y si quiero ser una muerta de hambre?

—No seas estúpida.

—¿Por qué lo soy? ¿Por qué saber lo que quieres en la vida es ser estúpida?

—¡No se puede vivir de fantasías!

—¡Me da igual! —Suele ser la parte en la que rompo en llanto—. Trabajaré donde sea, me da igual mientras pueda escribir.

—Con esa cabecita que tienes cuando te centras… —Ahí es cuando niega—. ¿Cómo vas a desaprovechar todo tu potencial de esta forma?

Conozco muy bien todas sus respuestas, por desgracia. Tanto que me imagino la cara que ha puesto al escribir ese mensaje. Cejas prácticamente juntas, labios fruncidos, expresión de completa desolación. Deshonra es mi segundo nombre. Suspiro y me trago todos esos sentimientos una vez más.

Mi padre, bendito sea, solo me pregunta si estoy bien. Además, tengo llamadas de los tres. Gabriel, en concreto, me ha llamado cinco de las diez veces. *Mierda. ¿Qué he hecho?* Decido devolverle la llamada a mi primo porque, seamos honestos, es el que me da menos miedo. Debe de estar trabajando, por lo que quizá no me atienda, pero vale la pena inten…

—¿Gala? —Tarda exactamente dos segundos en responder. ¿No debería estar ocupadísimo ahora que es el director supremo o algo así? La verdad es que no me he enterado muy bien de su puesto, pero desde luego es importante—. Me pillas en la pausa para el café, aunque mejor, así podemos hablar de…

—Pero ¿cuántas pausas para el café haces al día?

—¿Y tú cuántas pausas para beberte una botella de vino haces? Porque, que yo sepa, has ido al retiro a escribir, no de botellón.

—Ugh…

Parece que mi pequeño festejo de anoche ha llegado hasta París. Rebecca no ha dudado ni un segundo en subir las fotos que me sacó, la muy…

Y de repente me acuerdo de él. Kyle. Se me revuelven las entrañas. Joder, Kyle. Las mejillas se me encienden al rememorar cómo me alzó en brazos, su piel rozándose con la mía, y me dijo que me odiaba. *¿Me dijo que me odiaba?* Sacudo la cabeza. *No, yo le dije que lo odiaba*. Él tan solo me miró con esos ojos tan grandes y tan suyos y emitió un débil suspiro. «No entiendes nada, Gala», fueron sus palabras exactas. Se marchó y justo cuando pensé que

me había dejado sola por completo, regresó con un vaso de agua y una aspirina.

—¿Qué es lo que no entiendo, Kyle? Dímelo —rogué—. Dímelo, porque te juro que ardo en deseos de saberlo.

Dio varios pasos hasta quedar frente a mí, casi nariz con nariz. Respiraba agitado, con los labios entreabiertos y las cejas prácticamente juntas.

—… y me ha dicho que cómo se te ocurre hacer eso. ¿Qué quieres que le diga yo? ¡No soy tu guardaespaldas! Pero, claro, no le cogías el teléfono y estaba preocupadísima —oigo a Gabriel como si estuviera muy lejos.

Cierro los ojos y veo a Kyle tan próximo a mí que distingo las grietas de sus labios resecos. Veo las motas ámbar en sus ojos castaños, el aleteo de sus pestañas. Cuento los lunares diminutos que se dibujan en su mandíbula como una constelación.

—Dímelo, Kyle Walker —le pedí. No, le exigí—. Dímelo y acabemos con esto de una vez por todas.

Movió ligeramente la cabeza y varios mechones le cayeron sobre la frente. Inhaló y exhaló, manteniendo la tensión. Alcé una mano y la coloqué sobre su hombro, justo donde yo había estado minutos antes. Se le erizó la piel, lo supieron mis yemas al recorrer la distancia hasta su cuello.

—… como si no fuera bastante. ¿Te puedes creer que me ha llamado Mateo? Al parecer, todo el pueblo sabe ya lo del numerito —continúa Gabriel, aunque no proceso ni una sola de sus palabras.

Kyle no contestó, al menos, no con palabras. Su mano se posó sobre la mía y, tras una descarga eléctrica, me forzó a apartarla. Me quedé completamente hueca por dentro, apenas más que una cáscara de nuez. Al final, todo se reducía a eso.

—Sí, Gala, también te odio.

Sí lo dijo. Sí me odia. Ni todo el alcohol del mundo podría borrar el efecto que esas palabras produjeron en mí. ¿Qué esperaba acaso, si fui yo quien lo inició?

—… se ha hecho Instagram solo para verlo. ¡Mi santa madre! Ni siquiera lo entiende. Quería enviarle una foto a su amiga Puri y la ha

subido a historias. Y dirás: «no es para tanto». ¡Es una foto de los callos que le han salido en los pies!

Parpadeo, consciente de la luz que se cuela por la ventana. Consciente de las palabras de mi primo. Consciente de lo que me espera una vez me reúna con los demás en el piso de abajo.

—¿O sea que todo el pueblo lo sabe? —replico.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Francamente no.

—Tu numerito se ha hecho viral. Viral, *viral*.

Me paso una mano por el rostro. ¡Estupendo! ¿No quería la editorial que nos hiciéramos famosos? *De nada, supongo*. Me fuerzo a levantarme de la cama y pongo el altavoz para seguir hablando con Gabriel.

—Eso me pasa por seguir tu estúpido consejo de fluir —me lamento.

—¡Sí, hombre!

—Mira, necesito desesperadamente otro consejo. Uno bueno, a poder ser.

Bufa, pero parece pensárselo con detenimiento. Mientras, me arreglo un poco, porque ya que la lie parda anoche, al menos hoy llevaré un aspecto presentable.

—¿Todo esto es por Kyle? —inquiere al cabo de un rato.

—Eso no es un consejo.

—Gala…

—¡Yo qué sé! —exclamo exasperada—. Sí, no, puede. ¿Qué más da? —Me froto el puente de la nariz—. ¿Debería desapuntarme del retiro?

—¡No! Ni de broma. Si has llegado tan lejos no te puedes echar atrás.

—¿Y qué hago?

El silencio que sucede a mi pregunta es tan pesado como el plomo. Estoy a punto de decirle que se olvide, que ya lo solucionaré de alguna manera. O, que si no lo soluciono, me hundiré más en la mierda yo solita, sin arrastrar a nadie conmigo.

—Tú espera un poco más, ¿vale? —suelta de golpe. Me detengo en el acto—. No puedo decir nada, pero espera. No estás tan sola

como crees.

—¿Qué…?

—Y, Gala, la próxima vez que vayas a cometer una locura no te bebas una botella de vino o, yo qué sé, te cuelgues de un árbol. Llámame, ¿quieres? A la hora que sea, no importa. No busques consuelo en chorradas como esa, porque no lo vas a encontrar. Apóyate en los demás. El simple hecho de saber que hay una persona dispuesta a escucharte ayuda.

—Eso es… —Cojo aire—. Eso es un gran consejo, en verdad. Gracias, creo que necesitaba escucharlo.

—No las des, solo recuerda lo que te he dicho. Espero tus llamadas. A la hora que sea, no lo olvides.

No estoy tan vacía como creía, todavía hay algo en mí capaz de sentir. Se me empañan los ojos de lágrimas y, más que una chispa en un secarral, me vuelvo el aguacero que le devuelve la vida a un terreno árido. Me despido de Gabriel motivada. Salir corriendo de la casa fue un error, al igual que emborracharme con el vino, pero se acabó. Esto es un punto y aparte en mi paso por el retiro. ¿Que Kyle me odia? ¡Que me odie! Yo lo detesto más, o eso me obligo a creer. No lo necesito.

La motivación me dura hasta que bajo las escaleras y me enfrento a la realidad. Candy me recibe con una de sus sonrisas en la cocina. Me tiende un vaso de agua.

—Toma, dormilona. ¿Cómo lo llevas?

Mi primer instinto es gruñir hastiada. De hecho, estoy a punto de soltar un «¿a ti qué te importa?» cuando mi cabeza decide rememorar otra de las perlitas de anoche. La mano de Candy tirando de mí, su voz dulce como la miel.

—¿Por qué no me das la botella, Gala? Creo que ya has bebido suficiente.

—¡No! *¡No, estoy de puta madre!* —añadí en español, para su mayor desconcierto—. *¡Piérdete, Blancanieves, no te necesito!*

Contrajo el rostro. Nunca había visto a Candy tan apagada. Incluso el naranja de su cabello parecía haber perdido color.

—No te entiendo, pero solo quiero ayudarte. —Me cogió del brazo, aunque me zafé como si su tacto quemara—. Gala…

Trato de bloquear el recuerdo. Si me esfuerzo lo suficiente tal vez consiga enterrarlo en lo más profundo de mi memoria, como hago con todas mis cagadas. Una tras otra. La Candy actual no me mira tan apagada como anoche, pero distingo un tinte de preocupación en su cara.

Quiso ayudarme y la aparté como hago con todo el mundo. Podría haber mirado hacia otro lado, incluso compartir las imágenes del suceso como hizo Rebecca, pero no lo hizo. Candy no es así. Intento regalarle mi mejor sonrisa, creo que se la debo. Sin embargo, parece que la chica tiene otros planes.

—Oye, Gala, quería decirte una cosa antes de que…

—¡Buenos días! —una voz se hace eco por toda la casa—. ¡Ya podéis estar todos despiertos y formando filas!

Reconozco a quién pertenece esa voz antes de que se asome por la puerta de la estancia: Naisha. Sin embargo, hoy no es sábado, el día en el que se supondría que vendría para comprobar que no nos hemos matado y eso. Frunzo el ceño.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Me apunta con el dedo y cara de pocos amigos.

—Tú, bonita, tú eres la razón.

No jodas. *¿De verdad me he vuelto tan viral?*

—Vamos a tener unas palabritas. —Se vuelve hacia la pelirroja—. Candy, ¿les puedes decir al resto que me esperen en el jardín trasero?

La susodicha asiente. Naisha me indica que la siga hacia la entrada de la casa. Compruebo que no hay nadie en la planta baja o, si lo hay, no hace acto de presencia. Una vez fuera, me recibe un ligero viento. Naisha se cruza de brazos y me observa. Si no fuera porque tiene cara de pocos amigos, diría que está guapísima. Bueno, para qué engañarnos, así también está guapísima. *Pero no tan guapa como Kyle anoche, con el ámbar de sus ojos y los lunares como estrellas*. Entierro esos pensamientos también. A estas alturas, hay todo un cementerio de emociones dentro de mí.

—¿Qué te piensas que es esto? —espeta al fin, a lo que yo arqueo las cejas—. El retiro, Gala. —Expulsa todo el aire por la nariz de forma sonora—. Esto no son unas vacaciones pagadas. Has venido

aquí a *trabajar*. *Yo* he venido a trabajar y no puedo permitirme que unos niñatos me hagan quedar mal—. Naisha coge el móvil del bolsillo de sus *shorts*, por lo que deduzco que me va a enseñar las consecuencias de mi numerito. Parece que sí me he hecho tan viral —. Primero me llama Kyle a punto de infartar porque has desaparecido, ¿y ahora esto?

Me enseña su teléfono, donde veo una historia de Instagram de un usuario llamado @*beckyjohnson*. Rebecca, o Belcebú, como yo prefiero llamarla. Se me cae el mundo a los pies al ver las imágenes en cuestión. Es incluso más patético de lo que recordaba, ni siquiera me reconozco. Lo ha visto todo mi pueblo. Mi padre y mi madre. Joder, mi madre. Si su mensaje ha sido así, no quiero imaginarme hablar por teléfono. Casi puedo oír su voz: «No sé qué vida te espera, Gala, eres incapaz de sentar la cabeza». Se me estruja el corazón y vuelve ese aguacero que amenaza con destruir mis cimientos. Tal vez debería permitirle salir, inundarlo todo para que las plantas nazcan y me convierta en una nueva yo, una versión mejorada.

—Lo siento —murmuro con un hilo de voz. Es lo único que puedo decir—. Si queréis echarme, lo entenderé.

—¿Echarte? Ni de coña. Somos *trending topic* desde hace horas. El *hashtag* del retiro está que arde y nos han subido los seguidores en todas las redes sociales.

Entreabro los labios. Pensaba que todo esto era para echarme la bronca.

—No te equivoques —continúa Naisha—. Lo que hiciste fue un gran error y espero que no se repita, pero… —Toma aire—. Pero funcionó. Incluso la mala publicidad es publicidad. Eso sí, no todo es bueno. Nos han llovido las críticas y por muy cómica que sea la situación no nos podemos permitir que empañe la imagen de la editorial. ¿Entendido?

Asiento cohibida. Naisha parece relajarse entonces. Se guarda el móvil en el bolsillo y me mira a los ojos, todavía con la sombra de la seriedad en su rostro.

—Me caes bien, Gala. —Algo dentro de mí ruge de emoción y recuerdo el consejo de mi primo. Tengo que apoyarme en los demás,

quizá Naisha sea una buena forma de hacerlo. Al menos, es una de las pocas personas de este lugar que parece soportarme—. No hagas que me arrepienta de confiar en ti. Será mejor que volvamos con los demás.

Nos dirigimos a la parte trasera de la casa, donde mis compañeros aguardan con aparente nerviosismo. Percibo la mirada curiosa de Kyle. Le dedico apenas unos segundos, pues de no ser así me flaquearían las piernas. Me siento al lado de Maude, quien sonríe levemente. Espero que mis actos de anoche no hayan empañado lo que empezaba a construirse entre nosotras.

—Vamos al grano —anuncia Naisha colocándose frente a todos nosotros—. Creo que a ninguno de vosotros se os ha pasado por alto nuestro pequeño momento de fama.

Frank suelta un bufido.

—Ya se ve para lo que vienen algunos… —comenta por lo bajo.

Naisha lo ignora.

—Necesitamos limpiar nuestra imagen. Me importa bastante poco si os lleváis bien o mal, pero de cara al público sois los mejores amigos del mundo, ¿me entendéis? A partir de ahora, debéis estar más activos en redes. Mínimo una historia al día y dos publicaciones por semana. Subid fotos del proceso de escritura, del grupo cenando…, como si queréis subir una foto en el váter, pero compartid vuestras vidas. —Resoplo. Una cosa es intentar no asesinar a nadie, quizá apoyarme en Naisha o Maude, pero ¿fingir llevarme bien con Frank? ¿Compartir fotos con él? Esto promete—. Gala, sobre todo tú. Queremos que caigáis bien a la gente, que conecten con vosotros. Al fin y al cabo, eso es parte de ser escritor.

—¿Desde cuándo? —protesto.

—Alguien tiene que comprar tus libros además de tu familia, bonita —replica Rebecca—. Por cierto, de nada por hacerte famosa.

Me pongo en pie con las manos apoyadas sobre la mesa.

—Para empezar, yo no pedí ser famosa. Es más, dudo que lo sea. Mañana todo el mundo se habrá olvidado de mi nombre.

Una vocecita dentro de mí grita que eso es mentira. Que todos mis errores se van a quedar grabados a fuego en la historia de la

humanidad. Si mi hombre prevalece, no será como escritora, sino como un fracaso.

—Mira, Gala, me pagan una mierda —contesta Naisha—. No voy a discutir más de lo necesario. Si quieres hacerlo, hazlo. Si no, te vas del retiro. Tienes que ser consciente de lo difícil que es hacerse un hueco en el mercado editorial si no te conoce nadie.

Por el tono con el que lo dice, percibo que hay cierto resquemor.

—¿Es obligatorio para todos? —interviene entonces Kyle.

—Sí.

Kyle se limita a asentir. Él nunca ha sido mucho de subir contenido a redes sociales, al igual que yo. Es más, tampoco solíamos hacernos muchas fotos juntos por la simple razón de que cuando estábamos en compañía del otro nos olvidábamos del móvil.

—En cualquier caso, lo importante sigue siendo escribir. ¿Cómo vais? —pregunta Naisha.

Rebecca es la primera en decir que va estupendamente bien. Pongo los ojos en blanco y me escurro en la silla, tratando de hacerme invisible. Al fin y al cabo, no tenemos por qué decir nada si no queremos, ¿no? Me cruzo de brazos y esquivo la mirada de Naisha. Menos mal que Rebecca y Candy hablan por todos nosotros.

—Me alegra ver que avanzáis —dice al cabo de un rato—. Si no necesitáis nada más, yo volveré el sábado.

Frank la pilla por banda antes de que se vaya para preguntarle sobre la posibilidad de tener una habitación individual, porque al parecer no lleva bien lo de compartir habitación con Dennis. «Ronca como un rinoceronte —sus palabras, no las mías— y se acuesta a las cinco de la mañana. Yo necesito un horario de sueño equilibrado para alcanzar la perfección en mis novelas». Dennis se pone en pie, malhumorado, y empieza a gritar que es Frank el que ronca como un animal. ¡Y una noche entró a la habitación y estaba cascándosela!

—¿Podemos hablar?

Joder, ahora que se ponía interesante la cosa… El corazón se me acelera al reparar en Kyle. No me salen las palabras, por lo que solo asiento.

—Vamos a mi habitación mejor —propone.

Pasamos por delante de Naisha —quien nos recuerda que nos verá en unos días y que no cometamos muchas locuras— y el bigotudo. Cuando llegamos a su dormitorio me pongo nerviosa al ver que cierra la puerta. Esto debe de ser algo serio. Me quedo quieta en mitad de la estancia, incómoda.

—No te odio —soy la primera en romper el silencio.

Kyle abre los ojos de par en par. No sé muy bien qué pretendía decirme, pero sé que no se esperaba eso. Ni siquiera yo lo hacía. Se abre la presa y suelto toda el agua, inundando el desierto que habita en mí.

—Creo que sería imposible odiarte. No solo porque antes fueras mi mejor amigo, sino por cómo eres. Incluso después de todo, ayer decidiste cuidarme. Antepusiste mi bienestar a tu enfado. Eres mejor persona que yo, Kyle Walker. Por eso déjame decirte esto hoy: no te odio.

—Gala… —Espero escuchar las mismas palabras de sus labios. Tal vez un «volvamos a empezar», aunque sé que es inútil—. Creo que el mundo es más sencillo si fingimos odiarnos.

¿Significa eso que no me odias? He sido demasiado sincera hoy, ya no me queda ni una pizca de honestidad, por eso no digo lo que pienso. Kyle me mira como si fuera un agujero negro y me derrumbo. Está aquí porque le he arrastrado yo, pero de no ser así estaría en cualquier otro lugar del firmamento. Kyle es su propia galaxia, demasiado brillante para acercarse a mí.

Herida en orgullo, hago lo que mejor se me da.

—Tienes el mismo miedo que hace dos años, que hace cinco, que hace veinticuatro —escupo.

—No tengo miedo —replica al instante, pero creo distinguir una grieta en su convicción.

Dímelo, Kyle. *Dime que no me odias*.

—Siempre lo has tenido —gruño—. Tú y yo sabemos lo que habría pasado si no te hubieras dejado llevar por el miedo.

Dímelo. Una vez más, Kyle permanece en silencio. Sus músculos se tensan. Mi respiración acelerada es el único sonido que reina en la estancia.

—¿Qué habría pasado, Kyle? —insisto.

No dice nada. Cobarde.
—¿Qué habría pasado?
Dímelo. Kyle se da media vuelta y sale de la habitación.
Cobarde él.
Cobarde yo.

Capítulo 13
Kyle

La palabra «quizás» corre por mis venas desde que tengo uso de razón. Siento que me define esa cobardía que no se atreve a lanzarse al vacío porque todo le parece demasiado y nada le resulta suficiente. Es mucho mejor sentirse seguro. Quedarse ahí, en esa zona cómoda a la que ya conoces tanto como a la palma de tu mano, en vez de jugársela y descubrir mundos nuevos, vivir vidas nuevas. Pero ¿y si no son lo que busco? ¿Y si no me hacen feliz? Luego recuerdo que ni siquiera lo soy bajo la protección de mis muros y, durante unos instantes en los que me creo otro, me planteo la posibilidad de arriesgar. El problema es que eso es lo único que hago: pensar. No pienso para después existir, sino para imaginarme existiendo. Como si hubiera un mundo paralelo en el que lo hago sin miedo.

Nunca me he dejado llevar por la corriente. No hay río capaz de arrastrarme por sus aguas. Pude hacerlo en el pasado, pero ahogarme no estaba entre mis planes. Prefería quedarme en tierra viendo cómo los demás, cómo *Gala*, disfrutaban de un caudal que los mecía mientras eran llevados hacia un destino prometedor. Hubo una vez en la que mi amiga me ofreció su mano con la promesa de que jamás me dejaría hundirme. Llegaría a ese mundo nuevo con ella, viviría esa vida nueva con ella. Así que estuve a punto de tomarla y hacer mío su coraje. Rocé sus dedos y entrelacé el meñique con el suyo jurando lo mismo. Pero no me atreví. Un paso hacia atrás, después otro. Fui un cobarde desde el principio hasta el final.

—Quizás… —dejo escapar, a ver si el viento se lleva la palabra bien lejos y me la arrebata para siempre.

Quizás habría saltado. Quizás habría nadado, hasta buceado. Quizás me habría quedado quieto, en mitad de la nada, o quizás habría echado a volar. Quizás habría seguido siendo yo mismo aun creyéndome otro o quizás habría cambiado para no volver a reconocerme frente a mi propio reflejo.

Quizás habría dejado que me rompiera el corazón.

O quizás me lo habría recompuesto.

¿En qué momento me siento más a salvo cuando finjo odiarla que admitiendo quererla? ¿Qué es lo que ha cambiado dentro de mí para que mi zona de confort se haya convertido en esto? Me paso las manos por el pelo, frustrado, mientras bajo las escaleras sin haber conseguido quitarme el peso de encima. Es más, creo que ha aumentado. Si no me vuelvo loco en este retiro, es que estoy más cuerdo de lo que pensaba. También cabe la posibilidad de que ya se me hubiera ido la olla mucho antes. En realidad da igual. Pase lo que pase, voy a necesitar mil años de terapia para recuperarme.

—Kyle, Kyle, Kyle… —Tom mueve las cejas de manera sugerente en cuanto me ve llegar al salón. No hay nadie además de nosotros dos. Tiene la respiración acelerada, como si acabara de correr una maratón—. ¿Qué hay, tío?

—Hola, pequeñín.

No se molesta en ocultar lo poco que le gusta que le llame así y frunce los labios. Es adorable.

—¿Estás bien? —añado—. Tienes las mejillas coloradas y la frente empapada de sudor. ¿Tienes fiebre o algo?

Casi se le escapa una risa.

—Sí, es que… ¿No hace mucho calor por aquí? —pregunta al tiempo que se abanica con la mano—. Hoy tienen que haber subido las temperaturas. ¡Seguro que ahí fuera hace más de cuarenta grados! Aunque también creo que me he puesto enfermo, ¿eh? Me he contagiado de… —Su sonrisa maliciosa no augura nada bueno—. Una cepa bastante potente del virus del chisme.

—El virus del chisme… —repito.

La madre que lo parió.

Ya está, se cancela lo adorable. Se supone que es a Kayden a quien se parece, no a Kevin y a su afán por enterarse de las vidas de los demás como si fuera un periodista del corazón. Entrecierro los ojos buscando en su expresión qué es lo que sabe exactamente. Tardo demasiado en darme cuenta porque, aparte de cobarde, soy también un poco lento. Esa manera de sonrojarse, ese cansancio repentino… Se me disparan los latidos por segundo.

Este nos ha escuchado.

—¿Cuánto? —inquiero.

—¿Cómo?

—Que cuánto has oído. O visto.

Su mueca se transforma en una mucho más pícara y a mí se me cae el mundo a los pies. Lo que me faltaba. ¿Es que no existe la intimidad en esta casa?

—¿Sabías que Candy habla hasta por los codos?

—¿A qué viene esa…?

—Y ayer me contó que le encanta leer libros de romance en los que los protagonistas se llevan fatal antes de enamorarse perdidamente el uno del otro. Pasan de *odiarse…* —pronuncia con retintín—. A amarse. ¿No es una locura?

Me quiero morir.

—Y de las grandes —le concedo. Vaya audacia tengo—. Pero no es eso lo que te he preguntado, chavalín.

Él asiente.

—Ya. Lo que pasa es que no quiero ir al grano tan rápido, no vaya a ser que te pienses que soy un cotilla o algo por el estilo. —Se muerde el interior de la mejilla, pensando en cómo proseguir para hacerme creer que una persona que asegura haberse contagiado de chisme no es cotilla en absoluto—. La cuestión es que no me ha dado tiempo a oírlo todo, pero casi. No os he visto, tranquilo, tampoco es que me haya hecho falta, habéis dejado poco a la imaginación. Y he llegado a la conclusión de que…

Por favor, no lo digas. No lo digas. No lo digas. No. Lo. Digas.

—Gala y tú estáis liados.

Pues ya está. Ya lo ha dicho.

Ojalá fuera actor, porque entonces habría soltado la mejor de mis carcajadas y no una tos nerviosa después de atragantarme con mi saliva en el intento. Hay un momento, entre espasmo y espasmo, que deseo quedarme sin aire para no tener que volver a escuchar esa frase nunca más. Lo que pasa es que el mundo me odia casi tanto como mis pulmones y ambos me quieren vivito y coleando. ¿Para qué? Para sufrir. No encuentro otra razón.

—Sí, hombre —me obligo a decir antes de que el chico llame a una ambulancia. Ya se estaba levantando del sillón para hacerme primeros auxilios, pero se relaja en cuanto hablo y ve que sigo siendo capaz de respirar—. Esa imaginación tuya… ¿Te acuerdas de que el primer día pensabas que nos iban a asesinar a todos? Pues eso tiene más sentido que lo que acabas de soltar.

De hecho, ya podría alguien cometer ese crimen conmigo.

—Todavía no he atisbado instintos homicidas en ninguno de vosotros —replica—. Bueno, puede que tu querida Gala… —Sacude la cabeza—. *Nah*. Creo que Rebecca o Frank tienen más papeletas. A ella solo le cuesta canalizar su ira, ¿no es así?

Menos mal que descubro que es una trampa antes de contestar.

—Tom… —le advierto.

—Pero lo que sí he visto es cómo os vais a hablar a solas de vez en cuando. O cómo te acojonaste vivo cuando se escapó de la casa. O cómo la cuidaste anoche después de que…

El chico sigue insistiendo, pero mis oídos ya han empezado a pitar y no escuchan ni una palabra más. A mi dedo pulgar parece encantarle la melodía estridente y empieza a moverse como a él le gusta. *Pum. Pum. Pum*. La ansiedad toca a mi puerta. No pienso abrirle, pero seguro que se le ocurre una manera de entrar. Siempre lo hace.

—Dios me perdone por ser amable y relacionarme con mis compañeros. —Bufo.

—Pero ella no es solo una compañera, ¿no? —insinúa—. Me ha parecido escuchar que la conoces de antes o algo así, aunque no estoy seguro. ¿Es que os habéis peleado? ¿Ha pasado algo que…? —Sacude la cabeza—. Puedo ayudarte, si lo necesitas.

Joder, es tan astuto que me da hasta rabia. ¿Quién ha diseñado las paredes de esta casa que parecen papel de fumar? Ni siquiera hemos hablado tan alto. Podría levantarme e irme, decirle que se meta en sus asuntos y que nunca más se le ocurra escuchar conversaciones ajenas como si tuviera el derecho a ello. Pero entonces me percato del brillo en su mirada y ya no solo me recuerda a mis hermanos. También me recuerda a mí. Quiere que seamos amigos, y lo quiere de verdad. No nos llevamos tanto tiempo

como le hago creer, pero sí el suficiente como para que piense que relacionarse conmigo lo hace parecer más adulto. Más especial, incluso. Igual que me pasaba a mí con Kevin. No lo está haciendo con maldad, solo quiere conocerme más. Y, con dieciocho años, ¿qué puedo esperar? Es normal que un tema así le interese. A mí también me habría interesado.

Pero no puedo darle el gusto de serle sincero. Si lo hago, estaré admitiendo aquello de lo que llevo huyendo toda la vida.

—La conozco de vista —le regalo una confesión a medias. Porque omitir la verdad no es igual que mentir… ¿no?—. Hemos coincidido en algunas ocasiones porque vivía por temporadas en mi ciudad, pero nada más. Y no, no ha pasado nada por lo que debas preocuparte. Pero gracias, de verdad.

Tom chasquea la lengua, todavía incrédulo.

—Es que sonaba tan enfadada contigo… —murmura. Parece que no quiere que sus palabras me hagan daño a pesar de lo evidente—. Dijo que eres un cobarde, pero a mí no me lo pareces. —Ya no queda ni rastro del Tom cotilla, sino de ese Tom que solo quiere ser mi amigo—. Si estás aquí es imposible que lo seas. Quiero decir, ¿quién en su sano juicio se metería en una casa en medio de la nada con unos cuantos desconocidos? Podrían…

—¿Asesinarnos en cualquier momento?

—¡Exacto!

Ambos reímos al unísono.

—Kyle… —prosigue al calmarnos—. Siento si he sonado muy mal, no pretendía… Es que eres mi compañero de cuarto y me caes muy bien. Yo no me he liado con nadie todavía y no soy quién para darte consejos, pero si os gustáis…

Pero si os gustáis… Repito la frase en mi cabeza. Una y otra vez. Una y otra vez. La analizo tanto sintáctica como morfológicamente. La traduzco en mil idiomas, incluso en esos que no he llegado a aprender. Y, aún así, soy incapaz de ignorar cuán equivocada está. Quizás, si la hubiera formulado de otra forma…

Quizás.

Quizás.

Quizás.

Quizás habría estado en lo cierto.

—A Gala no le gusto —se me escapa. Pasan un par de segundos antes de que añada—: y a mí ella tampoco.

Espero no tener que hacerme una rinoplastia tras eso último. Tom continúa descontento con mis respuestas. *Pues sí que sé mentir mal.*

—Mira, desconozco qué es lo que has escuchado antes, pero te prometo que nada es lo que parece. —Iré buscándome a un buen cirujano—. Gala ni siquiera es mi tipo, así que no entiendo cómo iba a gustarme. —Suelto una risita nerviosa. Ahora solo me falta ser de madera y ya tenemos al personaje al completo. ¿Dónde estará mi Pepito Grillo para taparme esta bocaza que tengo?—. A mí me atraen otro tipo de chicas.

Voy a cagarla. Ya está. Como la cagué hace unos años y como la llevo cagando desde que puse un pie en esta casa. El problema es que no me queda otra que escurrir el bulto. Ya no me vale con intentar sonar convincente, ahora debo desviar su atención hacia otra parte. Una que me hace sentir más imbécil que nunca. Y una que me va a traer problemas, estoy seguro.

—¿Como cuáles?

A ver cómo salgo de esta.

—Pues como… —*¿Como quién, Kyle? Venga, bonito, piensa. Mete la pata hasta el fondo—.* ¡Como Candy!

A Tom se le desencaja la mandíbula. A mí se me cae la cara de vergüenza.

—Porque Candy es…

—Yo soy…

Si es que me lo merezco. Su cascada pelirroja me nubla la vista hasta el punto de prever un desmayo inminente. El mundo me la está devolviendo. Es el karma, burlándose de mí y confirmando su existencia. Señoras y señores, jamás se os ocurra mentir. No sé dónde meterme, sobre todo porque ahora tengo dos pares de ojos pendientes de lo que voy a decir a continuación y quedaría bastante raro que me fuera corriendo de repente como si me estuviera persiguiendo un león hambriento.

—Tú eres… —balbuceo.

—¡Una gran escritora! —termina Tom por mí. Creo que voy a ponerme a llorar de alivio. Candy nos dedica una mueca confusa a ambos—. Kyle piensa que tienes potencial para convertirte en la mejor poetisa de todos los tiempos.

A la chica se le iluminan las pupilas al instante. Tiene al sol encerrado en su mirada.

—¿¡En serio!? —chilla—. ¡Pero si aún no has leído nada mío!

La cosa empeora por momentos. Trago saliva para ganar unos segundos de ventaja. Mis dos compañeros me observan a la espera de que conteste. Me niego a seguir mintiendo, pero ¿qué me queda?

—Lo he… —Carraspeo—. Lo he supuesto.

Pues me queda hacer el ridículo.

La cara de Tom es de auténtica desaprobación. Sé que he conseguido desviar su atención porque no deja de mirarnos a Candy y a mí como si entendiera por qué es ella la que me gusta. Me pega un codazo disimulado cuando la chica, por primera vez desde que llegamos aquí, se queda sin palabras y sigue con la esperanza de que añada algo más al respecto. El problema es que no lo hago. Estoy demasiado abrumado, con la mente hecha un batiburrillo de pensamientos sin sentido y el corazón desbocado cuya taquicardia tiene nombre y apellidos y acaba de llamarme cobarde con más razón que un santo. Solo hace falta verme.

—Es por cómo hablas de tu pasión —continúa Tom por mí. Al final sí que va a ser verdad que quiere ayudarme—. Alguien con tanto entusiasmo debe de ser bueno en lo que hace, ¿no? —Candy asiente lentamente con las mejillas arreboladas—. Por cierto, hay mucha gente que sube sus poemas a redes sociales para que los demás los lean y probar suerte. ¿Tú lo haces? Así Kyle puede seguirte y corroborar lo que va diciendo por ahí.

Otra vez esa tos nerviosa. ¿Acaba de pedirle a Candy que me dé su Instagram? Cupido se tiene que estar revolviendo de envidia desde ahí arriba. Tom parece tener las flechas aún más afiladas y está dispuesto a usarlas. En otra época se habría tomado las licencias de convertirse en mi celestino, pero en esta sabe que un solo *like* basta para empezar una historia de amor.

—¡Oh, claro, qué tonta! —exclama, saliendo del trance—. Pues no, nunca se me había ocurrido. Pero después de la charla que nos ha dado Naisha creo que debería empezar a subir más cosas aparte de las fotos que le hago a traición a mi conejo. Mi usuario es *@CandyCane*. —Sonríe—. No prometo convertirme en vuestra nueva *influencer* favorita, pero podemos seguirnos entre nosotros para que a la gente les sea más fácil encontrarnos. ¿Cuál es el vuestro?

Mientras Tom se hace con el teléfono de la chica para buscar su cuenta —¿acabo de leer que se hace llamar *@SweetTomato*?— mi vista se queda clavada en un punto fijo demasiado cercano a las escaleras como para tener el valor de admitirlo en voz alta. Me imagino a Gala bajándolas una a una con tal de venir hasta aquí y disculparse. Me diría que nunca he sido un cobarde y que para ella siempre seré la persona más valiente sobre la faz de la tierra. Sentiría su mirada, esos ojos marrones que bien podrían saber a chocolate u oler a café recién hecho, suavizarse nada más conectar con la mía y recordar, en tan solo un pestañeo, que hubo una época en la que nos habría sido impensable tratarnos tan mal. Escondería un mechón de pelo detrás de su oreja y le suplicaría que me perdonase a mí también con voz melosa. Luego le prometería hasta la luna, incluso volver a brillar como lo hacía antaño y dejar de ser ese ente oscuro en el que parezco haberme convertido. Desearía volver a reconocerme en sus pupilas, pero ¿cómo voy a hacerlo si no lo hago ni en un espejo?

—¿Kyle? —La voz de Candy me hace reaccionar y su teléfono frente a mis narices me ilumina hasta la arruga que se me ha formado en la frente—. ¿Te parece bien que nos sigamos, entonces? Si no, no pasa nada. Ya me he dado cuenta de que no te ha llamado mucho la idea de usar tus redes.

Sacudo la cabeza. Si no espabilo, Tom solo va a tener que sumar dos más dos para comprender que nunca ha dejado de estar en lo cierto.

—Claro, dame. —Escribo mi usuario en su pantalla, que es mucho más aburrido que el de ellos, y le devuelvo el aparato después de darle al botón azul oscuro. Después saco mi móvil del bolsillo y hago lo mismo con el perfil de ella—. No hay mucho que ver. Ni una

publicación, en realidad. Como a Naisha le dé por investigarme me va a querer matar.

Candy se ve obligada a aguantarse la risa en cuanto se percata de que no miento. Mi foto de perfil es ese muñecajo predeterminado que no tiene ni facciones y, si no fuera porque me sigue mi familia y unos cuantos conocidos más, tendría que comprar *bots* para que no me echen del retiro a patadas.

—¡*Buah*, tío! ¡Acabas de dar en el clavo! Esa chica sí que tiene pinta de película de terror cuando se enfada. No pienso dejar que le haga nada a mi nuevo mejor amigo y compañero de habitación. —Me guiña un ojo. No descubro cuáles son sus intenciones hasta que no me da otro codazo, esta vez más fuerte, consiguiendo que mi brazo y el de Candy se rocen—. Así que tengo la solución perfecta: vas a subir tu primera foto.

Estoy a punto de replicar, pero la tercera en discordia se me adelanta:

—¡Qué buenísima idea!

—Venga, posad—. Tom es tan rápido que me quita el teléfono en un abrir y cerrar de ojos. Lo maldigo con la mirada y me maldigo a mí mismo por haber dejado mi cuenta abierta—. Que con lo guapos que sois seguro que os hacéis virales en cuestión de segundos.

Ni. De. Coña.

—Chicos, no creo que…

Pero Candy ya se ha colocado a mi lado con la sonrisa más radiante que le he visto nunca y Tom no tarda ni un segundo en capturar el momento y publicarlo como si fuera el dueño de mi Instagram. Cuando se acerca para enseñárnosla, me susurra al oído:

—Ya me lo agradecerás.

…

Sigo sin poder escribir al mediodía. Tampoco lo hago por la tarde, ni siquiera lo consigo al caer la noche. Solo trazo garabatos en una libreta y espero a que el tiempo pase. He apagado el teléfono móvil desde la emboscada que me han tendido esta mañana. No quiero tener nada que ver aunque sepa que a Candy y a Tom les ha hecho mucha ilusión. Tanta, que hasta la chica ha resubido la foto que nos hemos hecho juntos a su propia cuenta. Al tener más seguidores,

temo que así sea más fácil que los fanáticos de la editorial la hagan tan viral como al vídeo de Gala borracha.

Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza mientras continúo deslizando el lápiz por el papel como si un par de dibujos sin sentido tuvieran algo que decir. Podría jurar que estoy tan ensimismado en la hoja en blanco que no me percato de su presencia, pero entonces estaría mintiendo y hoy ya he cubierto ese cupo. Es mi corazón el que se da cuenta primero. Mis latidos, hasta ahora pausados, se desbocan de tal manera que parecen decir su nombre en código morse. Gala no me mira, así como yo tampoco la miro a ella. Se limita a sentarse a mi lado en silencio como si el cielo en calma pudiera contagiarnos la misma sensación a pesar de estar juntos en un mismo espacio. Es la segunda vez que la veo en todo el día.

—Vas a seguir evitando decírmelo, ¿verdad?

Y ahí está otra vez.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir con esto? —le pregunto.

—¿Y tú?

—Mira, Gala. No estoy de humor, así que, si me disculpas…

Hago el amago de levantarme y salir del porche lo antes posible. Estoy cansado de esto.

—Yo tampoco estaba de humor esta mañana para recibir la noticia de que tú y yo solo nos conocemos de vista, pero no siempre podemos huir de las cosas cuando no nos apetece enfrentarnos a ellas.

Golpe bajo. Tan bajo que no soy consciente de que eso significa que nos ha escuchado antes y… *Hostia puta.*

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Y no es que me parezca bien que me niegues frente a los demás, pero hay una cosa que me parece aún peor, y es que obvies el hecho de que para mí sí que fuiste importante. No sé en qué momento has dejado de ser el Kyle que conozco para ser… —Me señala de arriba a abajo, disgustada—. Esto. ¿Por qué has permitido que te ocurra algo así?

Porque el Kyle que conoces no soportaba tu pérdida. Y este tampoco, pero al menos sabe fingir que lo ha superado.

—¿Y para mí no lo fuiste o cómo va la cosa? —suelto, mis ojos fijos en ella—. Porque es tan fácil para ti, Gala. Tan pero que *tan* puto fácil, que todavía no te das cuenta del sacrificio que hice al dejarte ir.

Escucho cómo se rompe algo dentro de ella. Respira hondo, pero no le sirve de nada.

—Lo dices como si yo hubiera necesitado que lo hicieras. ¡Como si te lo hubiera pedido! Menuda cara tienes, Walker.

—Ah, ¿sí? ¿Es que tú querías otra cosa distinta? Vaya por Dios, qué ciego fui —contraataco. No sé hacer otra cosa. Un día le curo las heridas y al otro les echo limón por encima—. Es eso, ¿no? Fue mi culpa por no captar las señales. ¿Por qué no contestas tú a tu pregunta, entonces? Tanto que detestas mi cobardía… Cuéntame, ¿qué habría pasado, Gala? Si no hubieras sido cobarde tú también, porque aquello fue cosa de dos. *Dímelo* —le pido en tan solo un susurro.

No sabría decir el momento exacto en el que ambos nos levantamos de los asientos del porche y nos colocamos uno frente al otro. Es fuego lo que emana de nosotros, una tormenta eléctrica que se niega a dejar a nadie indiferente. No hay palabras que describan lo que siento al tenerla tan cerca una vez más. Es como si el cielo se partiera en dos, como si las estrellas hubieran cambiado de color. Gala traga saliva, lo veo en la forma en que su cuello sube y baja. Es un movimiento tan sutil, tan lento, que no debería dejarme con la boca seca. Pero lo hace. Porque estoy enfadado con ella, pero esa parte de mí que me traiciona y que es tan primitiva como las cuevas se imagina besando cada parte de su cuerpo que también reacciona a la ausencia de espacio entre nosotros. Gala tampoco debería fiarse de sus ojos porque van por libre y me miran los labios.

—Dímelo —repito.

Su olor me está volviendo loco.

—Tú primero.

Su tozudez ya lo consiguió hace mucho.

—Dí-me-lo —le ordeno.

Y creo que está a punto de hacerlo, pero el universo tiene otros planes. Siempre tiene otros malditos planes. La escuchamos llegar a

lo lejos, lo suficientemente pronto como para separarnos y ser conscientes de que no quedaba ni un milímetro capaz de protegernos el uno del otro. La voz de Candy nos sobresalta a ambos:

—¡Kyle! ¡Kyle, Kyle! —chilla, moviendo las manos con rapidez—. ¡Tom tenía razón! La gente nos adora, ¡mira! —No doy crédito cuando me enseña la foto que publicamos esta mañana. Abro los ojos de par en par al leer algunos de los comentarios—. Dicen que hacemos buena pareja. —Suelta una risita nerviosa—. Es de locos, ¿no os parece?

Capítulo 14
Gala

«Yo apuesto por ellos en el #RetiroBlissbridge».

«¿Pareja a la vista?».

«Queda instaurado el *shippeo* #Kandy».

«Más que un retiro de escritores parece un Gran Hermano cutre. Estoy *dentrísimo*».

Esos han sido algunos de los comentarios de la publicación de Kyle. Sí, de Kyle. Ese que apenas comparte nada en redes sociales ha decidido que su primer *post* esté dedicado a la pelirroja. Cero rencor por mi parte, ¿eh? Estoy muy tranquila. *Ja, no te lo crees ni tú*. Y para más inri, Candy ha compartido la imagen en su cuenta, la cual, por supuesto, me he metido a cotillear. No la he seguido todavía y no sé si debería. Indago a través de la cantidad ingente de comentarios mientras me muerdo las uñas. La mayoría de ellos dicen que les gusta la pareja que hacen Kyle y Candy, cosa que me pone de los nervios.

Pero no debería, ¿no?

Kyle era mi mejor amigo, nada más. Siempre fue eso. Si hubiera querido que fuera más allá, habría dado el paso.

Además, lo escuché perfectamente: le confesó a Tom que su prototipo de chica es Candy. Nunca lo fue durante nuestra amistad, siempre me decía que le gustaban las morenas, pero todos cambiamos, supongo.

Así pues, el miércoles por la mañana, tras volver de mi sesión de *running* matutina y después de la ducha pertinente, me dispongo a unirme a los demás en el porche. Según salgo del baño, sin embargo, algo capto la atención. No algo, *alguien*. Una voz estridente que reconozco muy bien y… ¿unos sollozos? La puerta de la habitación de Rebecca está entreabierta y a través de ella se cuela el llanto de la *influencer*.

—¡Estoy aquí por mis propios méritos! —Debe de estar hablando por teléfono, porque aguarda en respuesta de otra persona. No

debería cotillear, pero ¡venga ya! Creo que me lo merezco por que subiera mis fotos borracha—. Eso es lo que tú quieres, Aria.

Aria… ¿de qué me suena ese nombre? Intento hacer memoria, aunque soy pésima para los nombres. Me acerco un poco más a la puerta, apenas unos centímetros, y veo a Rebecca tirada sobre la cama. Si bien podría haber pensado en un principio que eran lágrimas de cocodrilo, su aspecto me indica todo lo contrario. Sigue con el pijama y tiene el cabello revuelto. En su rostro todavía no hay ni una gota de maquillaje, pero, de haberla, se le habría corrido con el torrente de lágrimas que emanan sus ojos.

—Ser mi hermana no te da derecho a organizar mi vida. —Su hermana, ¡claro! Tom me dijo que ambas eran *influencers*—. ¡Si me da la gana de escribir un libro lo escribiré! —Otra respuesta que no alcanzo a escuchar. Contengo la respiración—. ¡No te necesito!

Oigo unos pasos subiendo por las escaleras, así que me resguardo en mi habitación a toda prisa. Cuento sesenta segundos y me vuelvo a asomar, pero descubro que la habitación de Rebecca tiene la puerta cerrada. El corazón me late con fuerza, consciente de lo mal que está lo que acabo de hacer. No obstante, una pequeña parte de mí se alegra por haber visto a la *influencer* en esa tesitura: siendo humana. Una persona capaz de sufrir y llorar como yo, alguien que tal vez también está en este retiro huyendo de sus problemas.

Todavía dándole vueltas al asunto, me encamino a la planta baja para instalarme junto al grupo habitual. Candy se anima al verme —lo cual sigo sin entender, porque no le he dado ni un solo motivo para caerle bien—, Tom sonríe y Maude palmea el asiento a su lado. Suspiro. Tal vez esto no es tan difícil. Sin duda, puedo hacer como que estas personas me caen lo suficientemente bien como para subir una foto con ellas. Hoy no están ni Kyle ni Dennis por ninguna parte. Mejor.

—¡Justo a tiempo, Gala! —exclama la pelirroja—. Estábamos diciendo que estaría bien hacer una excursión para ver la zona. Puede ser muy inspirador, ¿no crees?

¿Para qué? ¿Para hacerte más fotos con Kyle y que se crean que sois pareja? Me muerdo la lengua. «Controla la chispa —me digo—.

No hagas un incendio de todo esto». Antes de contestar, inspiro hondo. Maude me regala una sonrisa alentadora y se me revuelven las tripas al pensar en defraudarla. Me conoce de escasos días y, hasta el momento, solo le he dado excusas para no querer verme ni en pintura. Debería detestarme, todos deberían hacerlo, pero sigue siendo amable conmigo. Y Candy, pese a todo, también.

—Seguro que sí —termino respondiendo.

Enciendo mi ordenador y espero una eternidad hasta que arranca, haciendo ese ruido infernal que deben de escuchar todos los habitantes de Bibury. No puedo evitar pensar en el comentario que hizo Kyle hace unos días. Una tontería como «sigue pareciendo que va a estallar» es suficiente para hacer temblar mis cimientos. ¿Cómo se atreve a decirle a Tom que solo nos conocemos de vista después de eso?

No soy capaz de enfrentarme a mi Word en blanco. Buceo entre las carpetas del ordenador y mis ojos se detienen en una que hacía mucho tiempo que no abría. Noto un nudo en la garganta. El simple hecho de cliquear en ella parece un delito. Trago saliva antes de pinchar en la carpeta que reza: «Proyecto Cinco Reinos». Miro a ambos lados para asegurarme de que nadie se está fijando en mí. Por el contrario, Candy sigue parloteando sobre la excursión con Maude y Tom.

El corazón me va a mil según leo la primera página del documento.

La profecía de los cinco reinos

Gala Hughes

Kyle Walker

Tomo aire para leer el prólogo. Hace exactamente dos años que no leo estas palabras que tanto daño causaron en su momento.

Prólogo

Allá donde no se distinguen montaña y mar, donde el canto de los pájaros es la melodía que acompaña a los viajeros, donde una vez la magia fue testigo de guerras y pasiones…, allá existen cinco reinos.

Cierro el ordenador con tanta fuerza que temo haberlo roto. El corazón me palpita tan fuerte que lo noto en los oídos.

—¿Gala? —me llama Candy, preocupada.

Me aclaro la garganta.

—Perdona, mi proyecto me tenía absorta.

Su mirada se ilumina y sé lo que va a decir antes de que lo haga. Debería haber puesto cualquier otra excusa.

—¿Ya has empezado? —Asiento—. ¡Cuéntanos!

—Déjame adivinar: es una distopía en la que están divididos por facciones y la protagonista es divergente —bromea Tom, lo que consigue que me relaje e incluso suelte una risita.

—Bueno, no soy muy dada a compartir mis cosas —pongo de excusa.

En ese momento Kyle sale al porche con un vaso de zumo en una mano y el portátil en la otra. Nuestros ojos se buscan, es inevitable. Si supiera de física, desarrollaría una teoría que explicase por qué las miradas de Gala y Kyle están destinadas a encontrarse para toda la eternidad. Es como si estuviera escrito en las estrellas.

—En fin, por ser vosotros os lo contaré —añado mientras él toma asiento. *La chispa…* Pero algo en mí se prende. Llámalo rencor o cobardía, podría ser cualquiera de ambas—. Es una novela de fantasía situada en un mundo mágico con cinco reinos.

Kyle se inclina hacia mí, muy interesado. Sabe lo que estoy haciendo y, por ahora, no hay resquicio de ira en su mirada, sino más bien sorpresa.

—La trama gira en torno a la magia, que les ha sido arrebatada y, según una profecía, solo una persona será capaz de recuperarla.

Durante unos segundos todo es quietud. Temo haber hablado demasiado o que les haya parecido una tontería. Recuerdo lo mucho que me costaba crear el *worldbuilding* de una historia y lo bueno que era Kyle en ello. Podía llenar páginas y páginas enteras detallando la forma de vestir de los habitantes de un reino o incluso un plato típico que ni siquiera saldría en la novela. Así es él, lo hace todo con esmero. Por eso sé que la mirada que me dedica a continuación, esa teñida de pena, me ruega que pare. Candy es la primera en romper el silencio.

—¡Guau! Eso es una auténtica pasada.

—Además, ahora la fantasía está en auge —comenta Tom.

—¿Y cómo se te ocurrió esa maravillosa idea? —interviene Kyle, más curioso que enfadado.

Me muerdo el labio durante unos breves instantes. «No permitas que te haga sentir pequeña», me recuerdo. Alzo la barbilla. *La puta chispa, Gala…*

—Simplemente se me ocurrió. Puedo ser muy ingeniosa, ¿sabes? —replico.

—Ya veo. —Se apoya en el respaldo de la silla y se cruza de brazos—. ¿No te ayudó nadie? ¿En serio?

—No.

—Increíble. ¿Ni siquiera en el *worldbuilding*? Mira que es difícil construir un mundo de la nada.

No va a parar hasta hundirme y no lo pienso permitir. No mientras mi cabeza me repita constantemente «Creo que el mundo es más sencillo si fingimos odiarnos». ¿Y si me he cansado de fingir? Tengo un punto a mi favor: sé que Kyle no admitirá que esa obra es suya. La enterró en el pasado junto con mi amistad.

—*Nope*. De hecho, no me ha costado nada lo del *worldbuilding*. ¿Qué tal tu obra policiaca, por cierto?

Se masca la tensión. Tom alterna la mirada entre Kyle y yo, mientras que Candy se enreda un rizo en el dedo, inquieta.

—Genial, creo que la voy a hacer sobre un asesinato en un pueblo de la campiña inglesa.

—Basado en hechos reales… —musita Tom por lo bajini.

—¡Buenísima idea! —irrumpe Candy, dando una palmada para llamar nuestra atención. Si bien sus palabras indican una cosa, su expresión intranquila demuestra todo lo contrario. Sé lo que pretende: reconducir la conversación—. ¿Por qué no nos hacemos una foto trabajando en nuestras novelas?

Chasqueo la lengua. Lo que me faltaba.

—Creo que deberíamos dejarnos de tanta fotito y dedicarnos a lo que nos toca: escribir. —No hago más que soltar veneno por la boca, joder. Me voy a poner cinta americana en los labios, a ver si me callo de una vez—. Como a algunos nos gusta tanto posar…

Si no fuera ridículo, me daría cabezazos contra la mesa. Tom abre los ojos, sumamente interesado. Por su parte, Kyle frunce el ceño. En cuanto sume dos más dos comprenderá que mis palabras se refieren a la parejita de moda en las redes: Candy y Kyle. En un primer momento hubiera pensado que lo peor sería recibir esa mirada acusatoria por parte de Maude. O el hecho de que una becaria de Blissbridge haya tenido que venir a echarme la bronca como si fuera una cría. O incluso ver la expresión dolida de Kyle, consciente de que he fingido que esa novela que tanto nos costó escribir es solo mía.

Pero no. Por muy humillantes o desalentadoras que sean esas cosas, lo peor de todo es el rostro compungido de Candy, quien garabatea en su cuaderno con desánimo. Mierda, la he cagado. Otra vez. Entreabro los labios para arreglarlo, justo cuando Rebecca hace acto de presencia.

—¡Volvemos a ser tendencia!

Me masajeo las sienes. Dadme paciencia, que no fuerza, porque creo que la mato. El recuerdo fugaz de su conversación atraviesa mi mente. Sus lágrimas, su dolor… parecían genuinos.

—¡Mira! —Rebecca le pone el móvil a Candy a centímetros de la cara. La chica tarda unos segundos en reaccionar—. ¡Kandy! ¿No es una monada?

Candy vacila sin dar con las palabras exactas. Se me encoge el corazón. Parece que tenemos algo en común: nuestra aversión por la *influencer* y lo poco que nos gusta ser el centro de atención. Por otro lado, Kyle suspira mientras Tom le zarandea del brazo con gran emoción.

—¡Tío, sois famosos! ¡La pareja del año! ¡Mis padres!

—No, yo… no… —Kyle se pasa una mano por el cabello, agobiado.

—No son más que tonterías —se atreve a decir Candy, quien tiene la cara más roja que un tomate. Cualquiera diría que… *No, no puede ser*. ¿Le gusta Kyle?—. A la gente le encanta hablar sobre la vida de los demás. ¡Lo importante es que les hemos caído bien! Seguro que estarán muy interesados en leer nuestras obras.

—Exacto —coincide el chico.

Entrecierro los ojos. Si tuviera un angelito en el hombro me diría: «Gala, no lo hagas, es mala idea». La cuestión es que no lo tengo.

—No les hagáis caso, solo son habladurías tontas. —Elevo las cejas de forma inquisitiva—. Porque lo son, ¿no? —Ambos asienten —. ¿Sabéis qué? Candy tenía razón, deberíamos hacer más planes juntos.

—¿Ah, sí? —murmura ella, descolocada.

—¡Claro! Perdóname, estaba un poco agobiada antes. —Al menos no todo es mentira en esa disculpa—. Y para que Candy y Kyle no se sientan tan cohibidos con la tontería esa de su *shippeo*… —Me pongo otra vez en pie y me dirijo hacia Kyle—. Deberíamos hacernos una foto. Todos somos amigos, ¿no?

Es una encerrona. Lo sabe. Alza la mirada en mi dirección y durante un solo segundo que se me hace eterno veo cómo pasa la lengua por sus labios. Siento como si todo el oxígeno del mundo hubiera desaparecido. Me veo obligada a continuar con mi propuesta para no llamar demasiado la atención.

—¿Qué dices?

La sonrisa que esbozo no es amable, sino de quien ha ganado la partida.

—Claro, ¿por qué no? —termina respondiendo.

Saco mi móvil y me dispongo a sacarnos un *selfie*. Espero que no note cómo me tiembla el pulso, cómo mis latidos incrementan la velocidad, cómo siento que me ahogo.

—Sonríe —digo.

Y Kyle lo hace. Vaya si lo hace. Aunque solo veo su sonrisa a través de la pantalla de mi teléfono, me doy cuenta de que, cuando quiere, es igual de radiante que la de antes. Quizá es que es demasiado buen actor. Mi gesto, en cambio, es un patético intento por imitar a Candy. Ni siquiera sonrío enseñando los dientes, sino que más bien estiro los labios con timidez.

¿A quién quiero engañar? Sé por qué estoy haciendo todo esto. «A mí me atraen otro tipo de chicas», afirmó Kyle. La palabra es como un nubarrón negro sobre mi cabeza: celos. No debería afectarme, pero siento el veneno corriendo por mis venas. Todo se emponzoña con los celos, con la idea de que Kyle se aleje de mí…, a

pesar de que hace años que lo ha hecho. Tan solo quiero demostrarles que Kyle y yo también podríamos ser tendencia. «Menuda estupidez», pienso mientras contemplo la fotografía.

—Ha salido bien —comenta Tom con tono sugerente.

—Mm, sí.

Kyle no dice nada, tiene la mirada perdida.

Entro en mi cuenta de Instagram y subo una publicación. Decido que es mejor no pensármelo mucho, así que tardo apenas unos segundos en subir la imagen con un simple pie de foto: «Amigos #RetiroBlissbridge».

Si esto no se hace viral ni nos convertimos en un *shippeo* habré hecho un ridículo tremendo.

Capítulo 15
Kyle

Nunca antes había recibido tantos mensajes de mis hermanos. De Kevin me lo esperaba, pero es que ahora Kayden también está metido en el ajo. Vale que nunca he estado muy activo en redes sociales y que esta es la primera foto que subo en mucho tiempo —con una chica desconocida, además—, y vale que se ha viralizado tanto hasta el punto de que no tendría vida suficiente como para leer todos los comentarios y reacciones. ¡Pero eso no les da derecho a mandarme un millón de mensajes! Aunque desearía que eso fuera lo peor. *Ay, madre mía.* Lo peor es que también han podido ver el *selfie* que Gala se empeñó en sacarse conmigo y ya no es Candy la que les interesa, sino la que un día fue mi mejor amiga.

El móvil me tiene absorto durante todo un día. Veinticuatro horas dedicadas a perder el tiempo comparando ambas fotografías como si fuese a llegar a conclusiones distintas de las que ya sé desde hace mucho. Me he retado a mí mismo a encontrar las diferencias entre ellas, a ver qué es eso que a la gente le ha gustado tanto de la primera y cuáles son los motivos por los que la publicación más reciente no ha tenido tan buen recibimiento. No me reconozco en ninguna de ellas. Al menos, no al Kyle que fui en su día. Pero he de admitir que mi sonrisa forzada parece un poco más real en la última. Hay algo que se enciende dentro de mí cuando tengo a Gala cerca. Puede que la gente que no me conoce sea incapaz de verlo, pero yo me miro todos los días y sé que los ojos no mienten. Es su fuego, capaz de iluminarme hasta las entrañas. Una chispa. Está en mis pupilas que suplican que se aleje al mismo tiempo que la ansían cerca.

No era consciente de lo mucho que me sigue afectando hasta que me he visto a su lado.

Me sudan las manos a medida que leo los comentarios negativos en el perfil de Gala al mismo tiempo que desvío la mirada para seguir ignorando las llamadas de atención de mis hermanos. Los desconocidos la tachan de entrometida, incluso la comparan

físicamente con la pelirroja. Solo hablan de ellas, cosa que me parece de lo más injusta. A mí no me están diciendo nada porque el foco está puesto, para bien o para mal, en ambas. Parezco el trofeo y ellas las que deben competir por mí. Juro que me hierve la sangre y aprieto tanto la mandíbula que me rechinan los dientes. Estoy a punto de lanzar el teléfono contra la pared y disfrutar de cómo se rompe en mil pedazos. Tendría que haberme negado a esta mierda de las redes sociales.

Al final acabo poniéndolo en modo avión, no sin antes avisar a mi familia de que voy a estar desconectado unos días por motivos de inspiración. Así mato a dos pájaros de un tiro.

Como me niego a seguir comprando papeletas para que me toque el premio de interpretar a Pinocho en los teatros, enciendo el ordenador portátil a ver si es verdad que sin recibir ningún mensaje soy capaz de trabajar en mi historia. Estoy enfadado, tan enfadado que podría ponerme a gritar en cualquier momento. Justo por eso sé que es el mejor momento para ponerme a teclear. Cuando mis sentimientos se desbordan no hay nada ni nadie que pueda pararme, siendo la escritura el único calmante que me funciona.

Cierro los ojos y me obligo a pensar en ideas para mi historia. Solo pido una, nada más. Una que consiga hacer que se me erice el vello y que olvide que existe vida ahí fuera. Estoy tan acostumbrado a escribir fantasía que lo primero que se me viene a la cabeza es un mundo mágico. Uno en el que nada duele y todo es posible. Como un refugio en el que los finales solo pueden ser felices y los protagonistas no comen más que perdices. Sería chasquear los dedos y… *voilà*.

Ridículo.

Acabo justo como empecé: sin escribir nada. Y ya no es rabia lo que se apodera de mí, sino angustia. Creo que no voy a ser capaz de formar una frase nunca más. Es más, creo que debería volver a hacer la maleta, pillarme unos billetes de vuelta a casa y… Y no hago nada de eso porque mis dedos empiezan a moverse solos. Navego por mis documentos como un experto bucanero que no tarda mucho en encontrar ese tesoro que lleva toda la vida buscando. «Proyecto Cinco Reinos». Releo la historia escrita a cuatro manos hasta

quedarme dormido. Después sueño con un mundo, bastante parecido a este, en el que por fin he conseguido terminar una nueva historia.

Con Gala a mi lado.

…

Lo único que se escucha en la cocina este jueves por la mañana es la forma en que algunos de mis compañeros mastican el desayuno. Todo lo demás es silencio. Ni siquiera los pájaros se atreven a cantar ahí fuera. Repiqueteo con los dedos de la mano izquierda la mesa de madera mientras, con la derecha, me meto un buen puñado de cereales secos en la boca. Tom y Dennis, cada uno sujetando una tostada de pan integral, hacen uso de una libreta para jugar al tres en raya. No se pican cuando gana el otro, tan solo se limitan a garabatear un nuevo tablero y volver a empezar. Frank y Maude están sentados en el sofá, leyendo. Rebecca… a Rebecca no la veo por ninguna parte, así como Gala tampoco ha hecho acto de presencia. Se respira un ambiente un tanto tenso, lo que no es de extrañar después del auge que hemos tenido en redes sociales. Sí que es raro que Candy, situada frente a mí, todavía no haya dicho ni una palabra. Tiene la mirada puesta en su taza de té y toda su atención recae en la cuchara con la que le está dando vueltas a su bebida.

—¿Todo bien? —se me escapa y, por un momento, me siento culpable por haber interrumpido esta falsa sensación de calma que se ha instaurado entre todos.

Sus ojos se abren con sorpresa. No tarda en detener lo que está haciendo.

—Eso creo. —Sonríe, pero noto cómo le cuesta.

A Candy no debería costarle sonreír. Frunzo el ceño.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—Ya, bueno… —Carraspea. Es la primera vez que la veo así—. ¿Has leído los comentarios de…? —No dice su nombre, pero mi mente ya se encarga de repetírmelo sin parar. *Gala. Gala. Gala.* ¿Cómo estará Gala?—. Son horribles.

—Lo son.

No soy consciente del momento en que aprieto el puño bajo la mesa.

—A veces… —murmura—. A veces la gente puede ser cruel, ¿verdad?

—Mucho.

Ahora lo que aprieto es la mandíbula.

—No se ha levantado de la cama, pero yo sabía que estaba despierta. Lo ha estado toda la noche. Si no se movía, miraba el móvil y seguía leyendo comentarios. Sé que debería haber hablado con ella, pero…

Por la manera en la que juguetea con sus dedos, sé que no se ha visto capaz de hacerlo.

—Pero es difícil —termino por ella. Me dedica una mirada de reconocimiento. Yo asiento—. No pasa nada. Hay momentos en los que está bien mantenerse al margen y dejarle su espacio a la otra persona.

—Ya…

—No te tortures por ello, Candy. No es culpa nuestra que la gente no entienda que detrás de una pantalla hay seres humanos de carne y hueso. Lo mejor será que no les hagamos caso y nos centremos en lo que hay aquí y ahora. En la vida *real.* Y, con respecto a Gala, seguro que en cuanto pasen unos días verá las cosas con una perspectiva diferente.

Ella siempre ha sido una chica fuerte.

No sé si estoy intentando convencer a la pelirroja o a mí.

Casi como si la magia existiera de verdad, Gala entra en la cocina. Su cara de pocos amigos no augura nada bueno, pero ¿quién puede culparla? Sus ojeras le dan la razón a Candy y son la prueba de lo mal que ha dormido esta noche. Siento una punzada de remordimiento, un ligero escozor en el corazón que me mata por dentro. Como la primera pieza de un dominó colocado en fila, aquella mentira que solté por la boca ha provocado que todo se derrumbe. Si no le hubiera dicho a Tom que me gusta Candy… Otro gallo cantaría.

Todo esto es por mi culpa.

Sigo a Gala con la mirada al tiempo que el nudo en mi garganta se hace cada vez más fuerte. Aprieta tanto que apenas puedo respirar, pero ha dejado de importarme. Ahora solo me importa ella. Candy hace el amago de decirle algo, pero la chica es mucho más rápida y, tras llenarse un vaso de agua, regresa a su habitación con rapidez. Está dolida, tan dolida que me resulta insoportable. Primero es mi corazón el que corre, después lo hacen mis piernas. No me lo pienso dos veces porque para mí ir en busca de Gala siempre ha sido un acto reflejo, una especie de instinto primitivo. La he apoyado en un sinfín de ocasiones, al igual que ella a mí, y me niego a que un par de años y más de una pelea vayan a arrebatarnos eso también.

No ha terminado de cerrar su puerta cuando entro en su cuarto sin permiso ni vergüenza y me planto frente a ella. Si le sorprende que haya venido hasta aquí es que es verdad que ya no me conoce. Porque esto es justo lo que habría hecho el Kyle que la quería, pero también el que la sigue queriendo porque le es inevitable. Lo primero que hago es observarla, cerciorarme de que no está tan mal como parece. Pero lo está, por supuesto que lo está. Me recuerda a esa Gala triste, un poco más pequeña, que se refugiaba entre mis brazos en esos veranos en los que el calor pasaba a un segundo plano. Yo dejaba de ser persona para convertirme en cura. Estuviera triste, me sintiera frustrado… ¿qué más daba? Su sonrisa estaba por encima de cualquier otra cosa y, si ella estaba bien, todo lo demás carecía de importancia.

—No les hagas caso —le suplico sin preámbulos.

—¿Cómo dices?

—A los comentarios, Gala. A esa gente… No les hagas caso.

Una risa incrédula me pega un puñetazo en el centro del pecho. Se cruza de brazos, protegiéndose a sí misma, no sé si del mundo o de mí, y luego niega con la cabeza.

—«¿De dónde ha salido esta tía? Primero la borrachera y después esto. ¿Dónde se cree que está?», «Kandy es insuperable, ubícate», «Espero que el chico se quede con la pelirroja, la otra parece que tiene un palo metido por el culo» —relata algunos de los comentarios que ha recibido a lo largo de estas últimas horas.

Se me parte el alma al escucharlos salir de su boca.

—Sabes que no son verdad.

—¿Lo sé?

Eso me duele aún más.

Saco la valentía de donde no la tengo y me acerco un poco a ella. En otras circunstancias esa falta de espacio me habría hecho suspirar, en estas no tengo tiempo para pensar en eso. Dejo de ver a la Gala de veinticuatro años y me topo cara a cara con esa niña que no tuvo muchos amigos en el colegio y a la que los comentarios de los demás le afectaban lo suficiente como para no poder pegar ojo por las noches. Justo como la de ayer. Gala siempre se ha visto a sí misma como un lobo solitario, alguien que no necesitaba a nadie para sentirse plena. El problema es que nunca ha dejado de buscar un sitio al que pertenecer. Un día fue la escritura, yo lo fui durante muchos años. Y, si ahora es igual de incapaz de escribir que un servidor y a mí la cobardía me alejó de ella, entonces ¿qué le queda?

—¿Lo sé, Kyle? —repite una vez más—. Porque lo que yo creo es que no puedo quitarles razón. No hay más que ver a Candy y… —baja la voz justo antes de decir—: No hay más que verme a mí. Tú mismo se lo dijiste a Tom, no soy tu tipo. Y lo entiendo, ¿eh? Es normal que te atraigan las chicas como ella. Chicas que no tienen un puto palo por el culo, y que sonríen, y que son alegres, y que…

Y no puedes estar más equivocada.

—Gala…

—No. —Levanta una mano, pidiéndome que no continúe—. No me mires así. Te juro que me da igual. Me importa una mierda. Lo único que me molesta es el haber estado tan equivocada contigo. Porque creía… —*¿Se le está rompiendo la voz? Joder, sí. Se le está rompiendo la voz*—. Creía que podríamos llegar a llevarnos bien otra vez, pero está claro que no somos compatibles, ni como amigos, ni como… —Sacude la cabeza—. Al final, fingir que nos odiamos sí que va a ser la mejor opción para ambos. Puede que algún día consigamos hacerlo de verdad para que todo sea mucho más fácil.

Niego con la cabeza, incrédulo.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que deberíamos dejarnos en paz. Quedan tan solo unas semanas para que esto se acabe y podamos regresar a nuestras vidas como si nada hubiera ocurrido. Ignoraremos que hemos vuelto a vernos y… —Toma aire. Yo me he quedado sin respiración—. ¿Sabes qué? Esta noche he estado pensando y creo que fuimos amigos porque no nos quedó otra opción. —Suelta otra risa más falsa que la anterior—. ¿Tú y yo? Ni en un millón de años. Eso es que estábamos demasiado solos.

—No lo dices en serio.

—Oh, créeme que sí.

Ahora entiendo por qué huí. Esas palabras que parecen puñales, ese veneno que tiene en la lengua… Pero es mi cuerpo el que no mueve un músculo aunque mi mente me esté pidiendo a gritos que haga lo mismo que hace dos años. No sé si se debe a que me niego a aceptar que está siendo sincera o al hecho de que necesito comprobar que no es cierto. No solo creo en el universo, sino también en el destino. Y, joder, el destino la puso ahí para mí. Si no, ¿cuál es la razón para que volvamos a estar aquí?

—Mentirosa. —Me cruzo de brazos, a la defensiva.

—Cállate.

—Eres una mentirosa, Gala. —Un paso más. Solo uno y la tengo alzando el mentón con tal de seguir mirándome a los ojos—. Pero no pienso caer en tu trampa. Pregúntamelo otra vez.

Su confusión la insta a ladear la cabeza.

—¿El qué?

—Sabes muy bien el qué —le aseguro, mi pecho subiendo y bajando con rapidez. Casi puedo grabar su aroma en mi mente—. Pregúntamelo. Pregúntame qué es lo que habría pasado.

Gala se queda tan quieta que temo haberme convertido en Medusa y haberla condenado para siempre. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto necesita un abrazo. También en cuánto lo necesito yo. Sería tan fácil estirar los brazos y enterrar la cabeza en su cuello…

—¿Qué habría pasado? —inquiere con voz temblorosa.

Bajo la mirada a sus labios. No es un movimiento sutil, sino una declaración de intenciones en toda regla. Echo de menos su calor.

Echo de menos que arda, que escueza. Que su risa inunde mis silencios y que mi nombre en sus labios suene como un pájaro en la bruma. Mira que el universo es grande, pero todo lo que siento por Gala va mucho más allá. Desde el rencor hasta un amor que podría convertirse en supernova y explotar. Porque cuando la miro, tan cerca y lejos a la par, me reafirmo en que jamás podré escapar de ella.

Noto cómo sus ojos se posan en el mismo punto que los míos.

—Justo lo que estás pensando.

El planeta deja de girar. La luna contiene el aliento y el sol se apaga para dejarnos brillar. Todos los dioses del mundo se hacen devotos de la chica de muros altos y carácter peligroso. Yo ya le rezo desde el primer día en que la conocí. Me pregunto qué pasaría. Qué coño pasaría si fuéramos un eclipse y pudiéramos fingir que no es el odio lo que nos conviene, sino algo mucho más poderoso. Algo que ningún escritor se ha atrevido a describir todavía. Ninguno estamos a la altura de plasmar en papel lo que se crea en el espacio entre nosotros. Es el todo y la nada, el bien y el mal. Un ente tan abstracto que no se materializa nunca porque Gala se separa de mí.

—Solo estoy pensando en irme —murmura, su pupilas clavadas en la puerta. Mis labios añoran la atención de sus ojos—. Hazte un favor y deja de intentarlo. Ya es demasiado tarde. Y yo lo que necesito es olvidarme de tu existencia.

Capítulo 16
Gala

Nunca reconoceré en alto que, en efecto, he hecho el ridículo. Primero, por creerme que mi foto con Kyle se haría tan viral como la suya con Candy. No sé en qué estaba pensando. Bueno, sí lo sé: tenía sed de sangre. Tampoco es que hayan ayudado la oleada de comentarios negativos que acompañan a la imagen, mucho menos los mensajes de mi familia como constante recordatorio de la historia entre Kyle y yo. Un «¿ese no es tu mejor amigo que te dejó tirada? Te metía demasiados pájaros en la cabeza, si por él fuera no encontrarías un trabajo como Dios manda» de mi madre; otro «¿desde cuándo volvéis a hablar?» de mi padre; y, no podía faltar, el de mi primo: «¿estás fluyendo entonces?».

La segunda razón por la que he hecho el ridículo es por haberle soltado semejante perla. Que necesito olvidarme de su existencia, ¡ja! Como si fuera tan sencillo. Decirlo es mucho más fácil que hacerlo, porque mis ojos se desvían hacia él inevitablemente cada momento del día. Cada puto momento del día. Cuando me levanto y lo veo desayunando, su mirada fija en Candy como el girasol que va detrás de su astro favorito. Cuando escribimos —o lo intentamos— en el porche y él teclea y teclea…, pero sé que en realidad está avanzando tan poco como yo. Cuando me lo cruzo en la escalera, él bajando y yo subiendo, y nuestros brazos se rozan; todo mi vello se eriza, cada una de mis células reconoce su tacto. Es agonizante.

Y, sobre todo, cuando la mañana del soleado viernes Candy decide que vamos a hacer la dichosa excursión por el pueblo.

—¡Hace un día perfecto! —señala enérgica—. Estar tanto tiempo encerrados en esta casa no nos viene bien, tenemos que airearnos un poco.

—Yo me aireo en el porche —se queja Dennis—. Con el humo de mi cigarrillo, concretamente.

Estoy tomando una taza de té en silencio en una esquina. Finjo que me interesa mucho el contenido de mi móvil para que no me dirijan la palabra. No admitiré que, muy en el fondo, tal vez desee

que alguien lo haga. Necesito con urgencia que me despeguen de este maldito móvil y la toxicidad que encierran las redes sociales.

Kyle se encuentra en la otra punta de la sala leyendo un libro cuyo título no alcanzo a leer. No creo que sea casualidad que ambos hagamos como que estamos muy concentrados en otra tarea para no participar en la conversación. Podría haberme llevado el desayuno a la habitación, pero hay cierta parte de mí que desea estar rodeada de mis compañeros. Al menos eso me otorga cierto control de la situación. Creo.

—Venga ya —replica Candy—. Llevamos una semana en Bibury y lo más lejos que hemos ido es al porche.

—Candy tiene razón —la apoya Maude.

Levanto la vista del móvil y, sin quererlo, mis ojos se cruzan con los de Kyle. Él no tarda en apartarlos, como si no le importara en absoluto. Es lo que me merezco, pues fui yo quien le pidió que actuase así.

—Yo paso —contesta Frank, malhumorado.

A continuación, el bigotudo se pone en pie y abandona la estancia con toda la dignidad que le es posible, la cual no es mucha. Candy suspira.

—Bien, no pasa nada. Maude, tú vienes, ¿no? —La mujer asiente —. ¿Dennis? —El chico se encoge de hombros—. ¿Tom?

—Cuenta conmigo. ¡Y Kyle seguro que se apunta! —Le guiña un ojo al susodicho.

En cierta manera me recuerda a Kayden, el hermano menor de Kyle: risueño, un tanto despreocupado y lleno de vida. Sonrío sin poder evitarlo. ¿Cómo estará su familia? No sé nada de ellos desde que…, bueno, desde el incidente. Han pasado a ser completos desconocidos, cuando antes los felicitaba en sus cumpleaños, compartíamos viajes, incluso me gané una bronca por parte de su hermano mayor cuando nos cogimos un buen pedo a los diecisiete. Era una más de los Walker. Una punzada me atraviesa el pecho.

Tan solo quedo yo por responder al ofrecimiento de Candy. La chica se gira hacia mí con expresión dubitativa y… algo más. Se trata de algo que no había visto hasta ahora. ¿Miedo? ¿Decepción? La

siempre alegre Candy se enfrenta a mi mirada con recelo. Noto un retortijón en el estómago.

—¿Quieres venir, Gala? —Hace una breve pausa antes de añadir —: No es obligatorio.

Entreabro los labios. Tengo el «no» en la punta de la lengua. Los vuelvo a cerrar enseguida. Los observo uno a uno: Maude, con su gesto afectuoso; Tom, con esa expresión curiosa y la alegría de la juventud; Dennis, inalterable; Candy, que no cesa en su empeño de incluirme. Y Kyle. Sobre todo Kyle.

—Vale.

Me imaginaba que Candy lo celebraría por todo lo alto, pero se limita a curvar sus labios en una sonrisa tensa. Mierda, todo esto es mi culpa. Me he esforzado tanto en demostrarle mi odio —que ni siquiera es fundamentado, solo un signo de lo mucho que me detesto a mí misma— que he hundido a la persona más alegre del planeta. ¿Cómo de podrida estoy por dentro? Carraspeo.

—¿Qué planes tenéis, entonces? Conozco a alguien que puede enseñarnos la zona.

…

Tal vez exageré con eso de que «conozco» a alguien y que puede «enseñarnos» la zona. Ni lo uno ni lo otro. Bart nos ha metido por un camino en el que la hierba nos llega a la cintura y no se ve la salida. Pero, siendo optimistas, hemos ido más allá del porche. ¿No es lo que querían?

—¿Seguro que sabes por dónde vamos? —repite Dennis por millonésima vez.

—No sé por qué no me crees —se lamenta Bart, quien lidera la marcha.

—Quizá porque te pedimos ver el pueblo y nos has metido en una jungla.

El chico se enciende un cigarrillo y continúa la marcha. Yo voy a la cola del grupo, apartando las ramas y resoplando. Mis ojos, una vez más, no se despegan de Kyle. Camina junto a Candy y se inclina hacia ella para cuchichear sobre vete a saber qué cosas. «La gente tiene razón, nosotros hacemos buenísima pareja», me imagino que dice Kyle, y creo que podría incendiar el bosque entero.

—¿Desde cuándo te gusta?

La pregunta me hace dar un respingo. A mi lado, Maude se ríe y me da unos golpecitos en el hombro.

—¿Perdón? —Creo haber oído mal, tiene que ser eso.

—¿Desde cuándo te gusta Kyle? —Mi mirada vuela hacia el susodicho y ralentizo el paso para evitar que nos oigan, aunque están lo bastante lejos ya—. Se te nota en esa carita. Créeme, tengo experiencia en el tema.

Le tiendo la mano a Maude para ayudarla a saltar por encima de una rama caída, lo que me gana tiempo para meditar mi respuesta. *¿Gustar? Se nota que es escritora, porque menuda imaginación que tiene*. Sacudo la cabeza.

—¿No estarás proyectando tus romances de época en nosotros? —Enseguida me arrepiento del tono mordaz que he usado, así que carraspeo—. Lo siento, yo… Creo que te has equivocado.

Maude frunce los labios.

—Y yo creo que no. Mi Edmund me miraba así también. —Entrecierro los ojos y me invade la curiosidad—. ¿Sabes que cuando me propuso matrimonio le dije que no?

—¿En serio?

—¡Pues claro! Ese muchacho necesitaba un poco de disciplina, era un cabeza loca. —Me río. Puedo imaginármelo. De hecho, puedo hasta identificarme con él—. Así que se puso las pilas y empezó a hacerse cargo del negocio de su familia. Era panadero. Por la mañana, venía a recogerme con una barra de pan bajo el brazo, ¡ni te imaginas lo bien que olía! —Cierra los ojos, aspirando como si recordara el aroma exacto del pan.

—¿Y te volvió a pedir matrimonio?

Nos quedamos un poco atrás. Las conversaciones de los demás no son más que un zumbido y ya solo distingo el humo del cigarrillo de Dennis. Puede que mi llama interior cause un incendio, pero como el chico no tenga cuidado va a provocar uno de verdad. La voz de Maude vuelve a captar mi atención.

—Y le dije que no.

—¡¿Cómo?!

—Lo que oyes. —Su tono está teñido de cariño, similar a la brisa veraniega que nos rodea—. Yo soñaba con ser periodista, ¡ningún hombre me lo iba a impedir! Le pedí que me esperase, pues primero quería hacerme un hueco en el mundillo. Me dijo que esperaría lo que hiciese falta y lo cumplió. La tercera vez que me pidió matrimonio le dije que sí.

Sonrío de forma inconsciente. Tal vez haya estado equivocada. Maude no está proyectando el romance de sus novelas en Kyle y en mí. Al contrario, está reflejando su amor en la escritura, porque lo suyo sí que es una historia digna de contar.

—¿Cumpliste tu sueño? —inquiero.

—Oh, ya lo creo que sí. —Una sensación cálida se extiende por todo mi pecho. Como aún voy de la mano de Maude, se la aprieto—. No es que haya sido Christiane Amanpour, pero tampoco deseaba serlo. Quería vivir de escribir y lo conseguí. En realidad, sigo haciéndolo, ¿no?

Asiento convencida. Ha tomado aquello que siempre soñó —el periodismo— y lo ha trasladado a la literatura, donde puede seguir haciendo magia con las letras.

—¿Fuiste feliz con Edmund?

Su sonrisa se vuelve triste y me arrepiento al instante de haber preguntado. Sin embargo, todavía hay un brillo en su expresión que me indica que los buenos recuerdos prevalecen sobre el dolor.

—Mucho. —Nos detenemos entre la espesura del bosque. Maude me agarra la otra mano, forzándome a mirarla. Las arrugas en torno a sus ojos son años de sabiduría—. A veces es la persona correcta y el momento equivocado, ¿sabes? Si le hubiera dicho que sí a Edmund esa primera vez, por mucho que lo amara, habría firmado una sentencia de muerte para la relación. —El corazón me late con fuerza ante sus palabras—. Y si lo hubiera hecho esa segunda vez, yo estaría muerta en vida. Decidimos esperar, porque era lo correcto para nosotros.

Nos rodea el gorjeo de los pájaros, el frufrú de las hojas rozándose, un olor dulzón a tierra, y aún así toda mi atención está puesta en Maude. Por primera vez en mucho tiempo me siento parte de algo. Sus manos entre las mías son un cobijo, un ancla

aferrándome a la realidad. Me susurran que me quedan años y años, que lo que ahora parece una montaña imposible de escalar pronto se convertirá en un suave valle. «Respira», parece decirme su mirada. Así que lo hago.

—Gracias —murmuro cohibida.

—No las des. —Lleva el índice a mi sien y le da unos golpecitos—. A ver si mi historia te sirve para aprender un par de cosas. No seas tan dura contigo misma. Ni con los demás, ellos no tienen la culpa.

Un sentimiento ácido me sube por la garganta. Tiene toda la razón, en el fondo lo sé. La envuelvo en un abrazo fuerte, de esos que te curan por dentro aunque sea durante una milésima de segundo, hasta que unas voces nos interrumpen. Candy, Kyle y Bart vienen hacia nosotros, muy seguidos de Tom y Dennis. Al principio, pienso que se han preocupado al ver que Maude y yo no estábamos detrás de ellos. No es hasta que escucho a Candy hablar que entiendo lo que sucede.

—Oye, Bart. ¿Estamos muy lejos de Bibury?

—Mm…

—No me gusta cómo suena eso —protesta Kyle.

—¿Esas no son Gala y Maude? —Tom se gira hacia atrás y comprende al fin que no les seguíamos.

—¿Acabamos de dar la vuelta más absurda del mundo? —gime Dennis—. Todo esto es culpa de Gala. ¡Dijiste que conocías a alguien de aquí!

Me encojo de hombros.

—Y fuiste tú quien decidiste creerme.

—¡Nos van a asesinar! —proclama Tom con los brazos en alto como en una plegaria—. ¡Nos van a comer los leones!

—Dudo mucho que haya leones aquí, chavalín… —interviene Kyle, a quien ignora.

—¡Frank va a ganar el concurso!

Pongo los ojos en blanco.

—Va a ser que no, me niego —replico, echando a andar hacia Dios sabe dónde—. Antes me peleo con una oveja… o cerdo… o lo que sea que haya por aquí que permitir que Frank se convierta en el prodigio de la editorial Blissbridge.

Por suerte, tan solo tardo un par de zancadas en dar con una salida, lo que Bart se toma como una victoria personal.

—¡Veis! —exclama—. Estábamos cerca.

Señala el paisaje frente a él. Hemos llegado a lo que parece el centro del pueblo. En realidad, es un puñado de casas de piedra que rodean a una pequeña iglesia. Prefiero no mencionar el hecho de que podríamos haber seguido la carretera principal en vez de meternos por el campo y habríamos tardado menos.

—Gracias, Bart —dice Candy, y parece que es completamente en serio. ¿Cómo puede ser tan amable con todo el mundo y que no le dé una embolia? No me vendrían mal un par de consejos por su parte.

—¿Y aquí no hay donde tomar algo? —pregunta Dennis.

Doy unos pasos hacia la iglesia. Hay un par de vecinos paseando por la zona, pero lo único que se escucha es el suave silbido del viento entre las ramas de los árboles. Inspiro y huelo el frescor del verano, la naturaleza en su estado más puro. El sol, cuyos rayos se ocultan tras alguna que otra nube, acaricia con delicadeza mi tez. Siempre me he considerado una persona de ciudad. Me gustaba ir al pueblo de vez en cuando, pero acababa aburriéndome a la semana por falta de estímulos. Sin embargo, este es el momento exacto en el que descubro que me podría acostumbrar a esto. La quietud de Bibury consigue apagar el incesante zumbido de mis pensamientos.

—Bonito, ¿verdad?

Doy un respingo al reparar en Candy a mi lado.

—Sí, sí lo es.

Ella mira por encima del hombro y, cuando comprueba que los demás se han alejado, me encara.

—¿Te pasa algo conmigo?

Clara y concisa, sin rodeos. Tardo unos segundos en asimilar sus palabras. No tengo respuesta para ella, esa es la realidad. Candy es la personificación de la primavera: la mezcla de colores cálidos de los árboles en flor. Es radiante, con un brillo equiparable al sol. Candy es la persona que me gustaría ser. Es la persona que Kyle se merece. Quizá por eso me empeñe en odiarla cuando, en realidad, es lo último que se merece. Suspiro avergonzada.

—No —contesto.

Ella se muerde el labio, no muy contenta con mi respuesta. *No seas tan dura contigo misma. Ni con los demás, ellos no tienen la culpa*. Me quedo callada. Contemplo las lápidas del cementerio, las hojas bailando con el piar de los pájaros, el verdor que lo une todo. Por desgracia, no hallo respuesta en ninguna de esas cosas. Durante toda mi vida he huido de los problemas. Sé que el cambio viene desde dentro de mí, pero es tan difícil y estoy tan agotada.

—Si he hecho algo que te haya molestado puedes decírmelo —susurra Candy.

Un «no eres tú, soy yo» sonaría demasiado cliché. Pero es cierto: yo soy el problema. Una revelación me atraviesa como un flechazo. La historia de Maude se entremezcla con mis propios recuerdos y todo parece cobrar sentido. Se me seca la garganta.

Tenemos diez años. Estamos en el restaurante de los padres de Kyle. Su madre se ríe y las arrugas se marcan alrededor de sus ojos. Estamos apurando las últimas patatas fritas que quedan en el plato. No hay nadie más, todo el local está vacío. Es el cumpleaños de Kevin. Y entonces Kyle, con la mejor de sus sonrisas, dice:

—¿No es un día estupendo? ¡Estoy muy contento de que estemos todos juntos!

Mi padre saca la tarta y todos somos tan felices que no existe nada más. Los Walker y los Hughes, dos fuerzas imparables.

Tenemos quince años. Estamos en mi pueblo y no quepo en mí de la alegría porque mi mejor amigo ha venido a España. Mi primo Gabriel nos lleva en coche a Madrid y nos creemos muy adultos por ir a tomar un café en la Plaza Mayor. Kyle me mira como si fuera la única estrella de todo el firmamento y dice:

—¡Hay tanto por hacer! Vamos a explorar, a perdernos por ahí.

Tenemos veintiún años, toda la vida por delante. Hay un futuro lleno de posibilidades ante nosotros. Tenemos miedo, nadie es inmune a esa sensación. Pero estamos juntos, eso es lo que importa. Quedo con Kyle en Hyde Park, en nuestro rincón de siempre. Me dedica la más brillante de todas las sonrisas antes de decir:

—Siempre voy a estar para ti.

No soy capaz de mirar a Candy. La realidad es que me recuerda al Kyle que un día quise, con el que vivía cada día como si fuera el último. Kyle y yo éramos dos caras de una misma moneda. Él era el día y yo la noche. Cuando nos alejamos todo mi mundo se tornó oscuro y desde entonces nadie ha sabido penetrar esta negrura.

Candy y Kyle comparten esa pasión por la vida, esa risa que es como un cálido abrazo. Un sentimiento amargo me paraliza al pensar en lo mucho que se parecen. De hecho, se asemejan tanto que formarían una pareja preciosa. Pero yo no quiero que lo sean, yo quiero que Kyle me siga mirando como lo hacía antes. Quiero guardarlo para mí, aunque sé que no es justo. Este no es nuestro momento, sino el suyo con Candy.

Aprieto los labios. No puedo demostrarle a Candy lo rota que estoy por dentro. Lo mucho que la envidio. La forma en la que sigo queriendo a Kyle después de todo. Nadie puede saberlo.

—Candy, yo… —Me atraganto con mis propias palabras—. Lo siento.

No parece satisfecha, pero lo oculta bien. Algún día debería estallar. Soltar aunque sea un poquito de su rabia y dejar de complacer tanto a los demás. Hoy no es ese día. Esboza una sonrisa que no le llega a los ojos y sacude la cabeza.

—No lo sientas. Todo está bien entre nosotras, ¿no?

Dudo unos instantes.

—Sí.

—¡Menos mal! Pensaba que me odiabas —responde y yo me resquebrajo otro poquito más—. Lo siento mucho por todos los comentarios que has recibido, ninguna debería pasar por esto. La gente se inventa muchas historias, ¿eh?

Deduzco que se refiere a su *shippeo* con Kyle y casi me la creo. Casi. Sus mejillas arreboladas parecen decir todo lo contrario.

—No les presto demasiada atención a las redes sociales.

—Haces bien. Me alegro de que lo hayamos hablado —contesta—. Cambiando de tema, ese Bart es muy mono, ¿no? Parece que le gustas.

—¿Qué? —grazno, escandalizada.

Candy se echa a reír.

—Es broma, es broma. Además, sé que le pones ojitos a alguien… —dice con aire misterioso.

—¿Qué? —repito, como si no conociera más palabras en inglés.

Candy me guiña un ojo antes de darme la espalda para dirigirse junto al resto del grupo. No muevo ni un músculo. ¿Maude le ha contado algo? ¿Se estaba refiriendo a Kyle?

Capítulo 17
Kyle

Ya puedo tachar de mi lista de cosas por hacer perderme en un pueblo de menos de mil habitantes. Si a Bart ya le ha costado guiarnos a la ida, no sé por qué hemos tenido la esperanza de que supiera llevarnos de vuelta. No solo se muerde el labio con nerviosismo, sino que también ha empezado a ingerir sus propias uñas. Las mastica como si fueran un tentempié digno de estrella Michelin mientras camina sin rumbo sin ser consciente de que Tom ya va por su tercer ataque de nervios. A su lado, Dennis se fuma otro cigarrillo más y le promete que, de venir un asesino en serie a matarnos a todos, él hará todo lo posible por mantenerlo a salvo.

—Siempre y cuando no me despelleje vivo —apunta el susodicho —. O me corte las dos manos.

El rostro de Tom se torna lívido. Solo espero que aún nos queden varias horas de luz.

¿Y qué hablar de los mosquitos? Si el plato preferido de Bart son las uñas, el de estos pequeños cabrones con alas es mi sangre. Se la beben cual mojito en verano y, aunque me halaga la idea de pensar que soy tan dulce como para parecerles irresistible, ya me está empezando a picar todo el cuerpo. Y cuando digo todo el cuerpo, es todo el cuerpo. Me rasco un brazo, después el cuello. Me rasco el abdomen, después la rodilla. Hambre no han pasado, eso seguro. Debería haberles cobrado, como mínimo, por el servicio.

Luego está Gala, que es evidente que no piensa lo mismo. Ha evitado acercarse a mí durante todo lo que ha durado la excursión. Agarrada de la mano de Maude, lidera la marcha junto a Bart en busca de la acogedora casita en la que nos hemos estado hospedando. A veces se me desvía la mirada. Como va caminando por delante, mis ojos me traicionan y la observan de arriba a abajo. Vale, puede que más abajo que arriba, pero prefiero no entrar en detalles. Al menos se me está dando bastante bien esto de ser invisible. Me lo pidió ayer y no pude decirle que no, por mucho que mi corazón esté deseando preguntarle cómo se encuentra hoy. Sus

redes han seguido ardiendo y mi culpabilidad no hace más que crecer. Ya ni siquiera me creo con el derecho de estar enfadado.

—Queda poco, ya veréis —asegura Candy al tiempo que da saltitos a cada paso que avanza—. Puedo oler nuestro destino muy cerca. Lo noto.

—La cuestión es si Bart tiene ese sentido del olfato tan desarrollado como tú… —dice Dennis antes de darle otra calada a su cigarro. Uno más y se acaba la caja.

—Bueno, si dejaras de fumar, quizá olería a algo además de humo —responde el aludido—. Según mis cálculos, y teniendo en cuenta la posición del sol, la casa debe de estar por el oeste. ¿O es el sur? O el norte. Mmm… ¿Alguno tiene la aplicación de brújula en el móvil? Creo que me estoy perdiendo. —Suelta una risa nerviosa. Está a punto de hincarle el diente a sus uñas de los pies. Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, supongo. Todos negamos con la cabeza—. En ese caso, ¡que no cunda el pánico! Probaremos por el este y luego…

Estoy por tirarme a la carretera y dejar que me atropelle un coche. Que Candy siga sonriendo me parece un acto digno de admiración. Cualquiera diría que los mosquitos le están cantando al oído.

—¡Eh, mirad! —chilla y me lleva a pensar que no solo le están cantando, sino también dándole caricias y besos en las mejillas—. ¿Eso de ahí no es un lago?

Entonces se pone a correr y a los demás no nos queda otra que seguirla. Ahí es cuando la vegetación se hace más frondosa, incluso más verde. El sol deja reposar su brillo sobre las aguas cristalinas y cualquiera diría que hay estrellas que han bajado a refrescarse.

Es la primera vez que veo uno así de cerca y, si fuera fotógrafo, no habría tardado ni un segundo en inmortalizar semejante imagen.

—Genial —ironiza Bart—. Maravilloso. ¡Fantástico! Ahora no sé cómo seguir desde aquí.

—Pero ¿de dónde ha salido este tío? —se queja Dennis.

Eso mismo me pregunto yo.

—Perdón, ha sido culpa mía —se disculpa Candy con las mejillas arreboladas—. No debería haberme distraído, pero es que lo he visto

y…

—No pasa nada —añade Gala, lo que me sorprende. ¿Acaba de darle un apretón en el hombro? Acaba de darle un apretón en el hombro. Me pinchan y no sangro—. Tampoco es que antes estuviéramos yendo por buen camino.

—Ya, pero…

—Pero nada —la interrumpe Maude—. Esto también forma parte de conocer el pueblo. Si no te hubieras dado cuenta, nos habríamos perdido estas vistas tan bonitas.

Gala asiente con efusividad. Creo que el veneno de los mosquitos me ha drogado. Dentro de nada aparece en escena un perro verde.

—Maude tiene toda la razón —continúa.

Veo cómo Candy le da las gracias con esos ojos de cristal.

—¿Alguien con mejor sentido de la orientación puede quedarse con la ubicación de este sitio? —pregunta Tom, ahora mucho más calmado. Me extraña que no piense que el asesino en cuestión pueda estar camuflándose entre tanto arbusto—. Así podemos volver otro día.

—¡Qué buena idea! —exclama Candy, emocionada. Su tez vuelve a estar del mismo color de siempre—. ¡Sí, sí! ¡Podríamos incluso hacer un pícnic!

Me encantaría formar parte de la conversación, pero es que las picaduras me están matando. Dejo de prestar atención porque no puedo parar de rascarme. Y sé que no debería, que las ronchas van a empeorar, pero me cuesta evitarlo. Siseo, tan desesperado que no me doy cuenta de que alguien se coloca a mi lado.

—Naisha dejó un botiquín completamente equipado en la casa —me informa una voz que tiene que ser producto de mi imaginación —. Y me traje esto por si acaso.

Pestañeo un par de veces cuando Gala me enseña una pomada antimosquitos.

—Siempre has sido un imán para los insectos.

Vuelvo a abrir y a cerrar los ojos, esta vez más lento. No me puedo creer que tenga a Gala delante. Después de lo de hoy, después de lo de *ayer*. ¿Le habrán drogado a ella también? Se

suponía que yo iba a ser invisible, pero no lo parezco tanto ahora que me escudriña con la mirada. Soy más visible que nunca.

—¿Y el perro?

—¿Cómo dices? —Enarca una ceja.

¿Dónde está el perro verde?

Sacudo la cabeza.

—Gracias —digo al tiempo que me hago con el bote. Nuestros dedos se rozan unos instantes y a mí se me va a ir la cabeza. *Dímelo* —. No tenías por qué.

Ella se encoge de hombros.

—Es que me he cansado de estar tan enfadada.

Esas palabras son como un dardo tranquilizante directo al corazón. Escucho cómo los demás reanudan la marcha cuando pisan la hierba húmeda, pero yo me quedo en el sitio, tan paralizado como si acabara de convertirme en la estatua principal de un museo. Gala se da la vuelta, deja de mirarme para seguir al grupo. No puedo permitir que se vaya otra vez.

—Yo también —musito, utilizando un tono de voz tan bajo que nadie más puede escucharlo. Al menos es suficiente para que ella lo haga. Mis pulmones se vacían de aire cuando la chica vuelve a encararme—. Es agotador.

—Lo es.

Asiento.

—Mucho.

—Muchísimo —confiesa.

Nos quedamos en silencio. Solos y en silencio. No es incómodo como el de todo este tiempo atrás. Es uno que no pesa, que no estorba. La brisa de verano le revuelve el pelo, a mí me acaricia la piel haciéndome imaginar que es ella. Trago saliva para aliviar el nudo que se me ha instalado en la garganta. Aprieta y escuece. Apenas me deja respirar con normalidad. Nunca la he visto tan… vulnerable. Tan abierta a compartir espacio conmigo. ¿Me lo merezco? Es bastante probable que no. Pero a veces no puedo evitar ser egoísta y no pregunto nada al respecto. Quizá así pueda alargar un poco más el momento.

—Siento mucho lo que te dije ayer.

Si esto es un sueño juro no volver a despertar jamás.

—Siento mucho haberme convertido en esto —suelto.

Y luego más silencio.

Los segundos pasan, también los minutos, pero para nosotros el tiempo parece haberse detenido. ¿Cuánto hacía que no la miraba así? Con auténtica devoción, como si siguiera admirando a la persona que más daño me ha hecho en el poco tiempo que llevo en este mundo. Y es que la cuestión es que nunca he dejado de hacerlo. Pudo haber roto muchas partes de mí, pero esa parte que aún la quiere siempre ha permanecido intacta. Supongo que es la más resistente.

—Kyle…

—Gala…

—Todavía no te has echado la pomada. —Se me encienden las mejillas ante su comentario. *Joder, es verdad. ¿Tan embobado estoy?—.* ¿Te pica mucho?

Asiento.

—Por todas partes.

Incluso en la espalda, ahí donde no llego a rascarme.

—Nunca llegaste a hacerte las pruebas de la alergia —asegura. A mí se me salta un latido por el hecho de saber que se acuerda—. Pero creo que es bastante evidente. Una vez leí que darse un baño con agua fría puede calmar el picor. —Su mirada se dirige al lago. Estoy a punto de replicar cuando se atreve a decir—: ¿Y si nos metemos?

¿Y si me muero, mejor?

—Pero los demás… —vacilo.

—Ya los hemos perdido de vista.

Alerta infarto. Repito: ¡alerta infarto! Se me va a salir el corazón del pecho para darse un chapuzón antes de que yo me niegue a hacerlo. Está deseando nadar con Gala, el muy cabrón traicionero. Mientras que mi mente me recuerda el sinfín de razones por las que esto está mal, el órgano palpitante solo quiere dejarse llevar.

—Gala…

—Kyle…

Estoy a puntito de decirle que sí. Una picadura más y el veneno no dejará ni rastro de cobardía. Será como si me bebiera cinco botellas de tequila enteras mientras como magdalenas con ingredientes sorpresa. Una lástima seguir tan sobrio como para pensar con claridad.

—Ni siquiera tenemos bañador. Y está a punto de anochecer. No es buena idea.

—Ya te he dicho que estoy cansada —replica.

—Sí, pero…

—Y no solo de estar enfadada contigo, sino también con el mundo. No puedo más. —Noto la desesperación tanto en su voz como en su rostro—. Así que voy a meterme, contigo o sin ti. Necesito hacer esto por mí.

Así que sigue siendo impulsiva. *Padre nuestro que estás en el cielo…* Se está quitando la camiseta. Gala se está quitando la camiseta *delante de mí.* ¡Delante de mí! Tendría que dejar de mirar, sería lo más sensato. Pero ¿cómo voy a hacerlo si ella no deja de clavar sus ojos en los míos? Parece que lo está haciendo a posta, como si quisiera acabar conmigo y este fuera su plan de venganza desde el principio. ¿Enfadada? Lo que está es furiosa. Se me seca la boca y empiezo a sudar. Cuando se deshace de sus pantalones cortos tengo que recordarme que no es la primera vez que la veo en bikini. Bueno, técnicamente está en ropa interior, pero viene a ser lo mismo.

Sabes que no es lo mismo.

Mierda. No es lo mismo.

Esas curvas… Joder, esas curvas. Su cintura, su piel bronceada por el sol. El ombligo con forma de estrella y los lunares que le recorren todo el cuerpo, muestra de cuánto la besaron en una vida pasada. Me dan ganas de encargarme de que tenga aún más marcas en la próxima. No puedo dejar de mirarla, y eso que no debo. Es cuando sientes la tentación de alzar la vista al cielo y posarla en el sol. Brilla tanto que me paraliza. Creo que me estoy mareando. Ya no solo he perdido sangre a causa de los mosquitos, sino que la última que me queda amenaza con irse a una parte específica de mi cuerpo.

Por favor, no.

Me veo obligado a meterme en el agua yo también si no quiero avergonzarme delante de ella. Tiro mi camiseta al suelo, no sin antes refunfuñar, y me sumerjo en el lago como si se me fuera la vida en ello. Mis músculos se tensan debido a lo fría que está, pero también consigue que la piel deje de picarme tanto. Al final va a tener razón y todo.

—Vaya, si decías que no querías bañarte. —Gala chasquea la lengua. Ella se va introduciendo poco a poco, aclimatándose a esta nueva temperatura—. ¿Tan fácil sigues siendo de enredar?

¿Por ti? Siempre.

Aprieto los labios y pongo los ojos en blanco. Lo que no esperaba es que tuviera que reprimir una sonrisa.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos a las sirenas en la piscina de tus padres?

—¿Te refieres a cuando me *obligabas* a jugar a las sirenas? —la corrijo—. Sí, claro. Te ponías pesadísima.

No me espero que lo que haga en respuesta sea salpicarme.

—¡Eh! —me quejo, pero en esta ocasión no puedo contener la risa—. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿A mí? Ninguna. Qué pena que no puedas decir lo mismo. —Me salpica de nuevo, ya sumergida del todo—. Y no vuelvas a llamarme pesada.

—¿O qué?

—O te salpicaré otra vez.

Levanto las cejas.

—Pesada.

Me entra agua en el ojo. Lo ignoro.

—Pesada —repito.

Esta vez lo hace en el oído.

—Pe…

—Atrévete.

—Sa…

Ambos sonreímos.

—Da.

—Bien. Tú lo has querido.

Entonces volvemos a ser ese par de críos que no tenían ninguna preocupación más que la de hacer feliz al otro. Empezamos a tirarnos agua en una pelea que nada tiene que ver con las que nos hemos visto envueltos durante todos estos días, incluso la que ocurrió años atrás. No sabía que podía llegar a ser tan fácil. Habría jurado que nunca volveríamos a bajar la guardia. No así. No como si estuviéramos destinados a hacerlo. Desearía no ser consciente de que este momento es tan efímero como las estrellas fugaces. Si no lo supiera, quizás podría disfrutarlo más.

—¿Sigues queriendo alcanzar a los otros? —me pregunta Gala casi sin aliento.

—¿Tú qué crees?

—Dímelo.

Y ahí está otra vez. Esa palabra… *Dímelo. Dímelo. Dímelo.* Me suena a conjuro.

—Sería lo más sensato.

—Pero no lo que quieres —afirma—. Ni lo que quiero yo.

Qué débil es la carne y qué poco me apetece resistirme. Se acerca a mí y yo solo quiero suplicarle que me arruine de todas las formas posibles. Que acabe conmigo, que me deje sin nada. Creo que incluso se lo agradecería. Qué poco me dura el rencor, ya ni siquiera me acuerdo por qué hubo un día en el que me alejé de ella. Ahora solo puedo pensar en lo jodidamente cerca que está, y en lo jodidamente guapa que es. Y esos labios. Dios, esos labios. Si ya son bonitos, no me quiero ni imaginar cómo se verían pegados a los míos.

—¿Cómo sabes lo que quiero?

Tiene la indecencia de morderse la boca.

—Me lo puedo imaginar.

Joder. Joder, joder, joder. Me veo obligado a sacudir la cabeza para no mandarlo todo a la mierda. ¿En qué momento Gala ha pasado a mirarme así? Como si quisiera devorarme, como si viera en mí lo mismo que yo siempre he visto en ella. ¿Seguirá siendo esto un producto de mi mente? ¿Estaré alucinando?

Pero no lo estoy, porque sigue acercándose.

—He sido una imbécil por pensar que podría olvidarme de tu existencia —prosigue—. No puedo.

Suelto aire por la nariz.

—Yo tampoco —confieso con voz áspera—. ¿Cómo cojones podría alguien olvidarse de ti?

Ninguno se da cuenta del poco espacio que queda entre nosotros hasta que nuestras respiraciones se entremezclan para formar un solo suspiro.

—Pregúntamelo otra vez —la tanteo.

Ella no lo duda ni un segundo.

—¿Qué habría pasado?

Llevo las manos a su nuca y enredo su pelo húmedo en una de mis manos. Con cuidado, inclino su cabeza hacia atrás para que pueda mirarme mejor. Gala no se queda atrás y me coloca las piernas alrededor de las caderas. Si se acerca mucho va a acabar descubriendo cuán perdido estoy por ella.

—Justo lo que estás pensando —repito lo que dije anoche.

—¿En qué estoy pensando? —Su susurro me acaricia la boca—. Dímelo.

Casi se me escapa un gemido por escuchar esa palabra una vez más.

Apoyo las manos en su cintura desnuda y acorto todo el espacio sobrante entre nosotros. Así es como le demuestro que no aguanto más, que me tiene comiendo de la palma de su mano. Gala se muerde el labio al notar el efecto que provoca en mí. Si supiera la de veces que he soñado con este momento, la de noches que he pasado sin dormir con tal de no seguir besándola en sueños. Quería proteger nuestra amistad a toda costa, pero esta ya no existe. Ya sabemos lo que supone destruirla. No tenemos nada que perder.

—Vas a tener que currártelo más si quieres que me rinda —le advierto.

—¿Más? —Acerca su nariz a la mía y la acaricia. Después menea las caderas en un vaivén que promete llevarme a visitar el infierno—. ¿Así?

Hostia puta.

—No es suficiente —susurro, tan cerca de su boca que un desliz podría provocar el fin del mundo.

Ella sonríe.

—¿Quieres que te lo diga yo?

Sí, joder. ¡Sí!

—¿Estás segura?

—No me importa dejarte ganar esta vez.

Y va a decirlo. Juro que va a decirlo. Veo cómo se aclara la garganta y separa esos labios tan bonitos para acabar con esto de una vez por todas. La veo tan segura, tan dispuesta a rendirse por mí, que podría reducirme en cenizas en cualquier momento y yo terminaría dándole las gracias. El problema es que nada nos sale bien y, antes de poder escuchar lo que tiene que decir, es otra voz la que nos interrumpe.

—¡Conque ahí estabais! —exclama Bart, sin aliento. Nos separamos antes de que pueda llegar a conclusiones que para nada serían erróneas—. Ya hemos encontrado la casa. No está muy lejos de aquí.

Capítulo 18
Gala

He tenido una noche horrible. Me he despertado cada hora angustiada porque en mi cabeza no paraban de repetirse las imágenes de la tarde anterior en el lago. Cuando cerraba los ojos y conseguía dormir, Kyle se me aparecía en sueños. La palabra «bésame» me ardía en la punta de la lengua. No he parado de dar vueltas, lo que empieza a convertirse en costumbre. Mi corazón latiendo desbocado también.

El sábado amanezco agotada. Para sorpresa de nadie, Candy se ha levantado antes que yo, aunque esta vez las cortinas están cerradas para que no me llegue tanta luz. No me molesto en mirar mi móvil, pues estoy intentando no hacerle demasiado caso. En lugar de lo que solía hacer antes —perderme en las profundidades de internet—, me desperezo. Echo un vistazo rápido a través de las ventanas. No sé ni qué hora es, pero el sol ya brilla con fuerza en el cielo. Estamos teniendo unos días de lujo, llegando a temperaturas sorprendentemente elevadas. La Gala de diez años se asombraría al ver lo poco que está lloviendo en Reino Unido.

Cuando me siento un poco más persona, me percato de que hay una nota en mi mesilla. Frunzo el ceño mientras la tomo entre mis manos y leo: «Parece que hoy es un día importante :)». Pero ¿qué…? Me pongo en pie y descubro que hay otra nota pegada en el armario: «Puede que hoy pase algo interesante, ¿qué ropa te vas a poner?». Y no es la única nota, pues también hay otra en la puerta de la habitación: «¿Estás lista?».

Se me para el corazón. Recuerdo lo que me dijo Candy ayer, eso de que le hacía ojitos a alguien. Maude está al tanto de mis sentimientos por Kyle; da igual lo mucho que lo haya negado, juro que esa mujer me lee la mente. ¿Es tan obvio como para que Candy también lo haya notado? La respuesta es evidente: sí. Entonces, ¿qué pretende ahora con todas estas notitas? ¿Acaso va a hablar con Kyle? Salgo corriendo del dormitorio al imaginarme la situación.

Salto las escaleras de dos en dos, pero al llegar al final me tropiezo y me doy contra el suelo.

—¡Au, mierda!

Como era de esperar, mi grito atrae a todos los presentes. Candy y Kyle salen de la cocina, alarmados, mientras que Rebecca se asoma desde el salón los segundos suficientes como para comprobar que no me he matado. Es Candy quien se agacha para ayudar a que me ponga en pie.

—¿Estás bien?

—Sí, todo perfecto. No os preocupéis.

—¿A dónde ibas con tanta prisa? —inquiere Candy.

Me aclaro la garganta intentando ganar algo de tiempo. Dos pares de ojos me observan con suma curiosidad.

—A correr —suelto lo primero que se me ocurre.

Kyle me analiza. Su mirada me recorre de arriba abajo con lentitud, lo que me pone tan nerviosa que, una vez más, vuelvo a pensar en el casi beso. *Madre mía, ¿en qué estaba pensando?* Me tiemblan las piernas al recordar cómo estas se enredaron en torno a su cintura y, a juzgar por el fulgor de sus ojos, él también se acuerda. Se humedece el labio inferior con la lengua, todavía sin desviar la vista de mí. Solo entonces caigo en que llevo una camiseta de Ateez que apenas me llega a los muslos. Por un momento, me siento más desnuda que ayer en el lago.

«¿Vas a decir algo?», quiero preguntarle. Sé que no lo hará, como tampoco yo. Lo he tachado de cobarde muchas veces, pero yo soy la que siempre huye despavorida. Si bien hemos acordado que fingir odiarnos es una pérdida de tiempo, parece que hemos pactado de forma silenciosa el fingir que nada sucedió ayer. Por el bien de mi cordura, se lo agradezco.

—¿Vas a correr solo con eso? —pregunta Kyle tras unos instantes —. ¿Y descalza?

Candy se ríe y le da una palmadita en el brazo.

—Esto es por mis notas, ¿no?

La miro, alarmada. ¿No se supone que eso debería ser secreto, sobre todo teniendo en cuenta que Kyle está frente a nosotras? Candy no deja de reír.

—Lo siento si te he puesto demasiado nerviosa. Quería tener un detalle divertido.

—¿A qué te refieres? —interviene Kyle, intrigado.

—¡A nada! —exclamo alzando las manos para detenerle—. Cosas de chicas.

—Eso es, no te metas —añade Candy con diversión.

Suspiro aliviada. Estoy a punto de dar por terminada la conversación y anunciar que voy a hacerme el desayuno. Sin embargo, la vida tiene otros planes para mí. La puerta principal se abre, dando paso a una apurada Naisha. Carga con tres bolsas de la compra y muestra una expresión de pocos amigos. Candy es la primera en reaccionar y coger una de las bolsas.

—Buenos días, experimento social —nos saluda, tan agradable como siempre.

Kyle y yo seguimos a ambas chicas a la cocina para ayudarlas a ordenar la compra. Coloco un par de cosas en la nevera y en la despensa, pero algo me dice que estoy demasiado distraída cuando Naisha me riñe por poner los yogures en un cajón y la pasta en el frigorífico.

—No la culpes demasiado, Naisha —comenta Candy con una sonrisa de oreja a oreja—. Está un poco dispersa hoy.

—Pero ¿qué dices? —replico, alterada. Tomo aire antes de volver a hablar—. Estoy perfectamente.

Candy me guiña un ojo, ¿y qué narices debo interpretar de eso? Vuelvo a mis quehaceres y saco una botella de vino de la bolsa. Me giro en dirección a Naisha, botella en mano.

—¿Esto es algún tipo de broma?

Los penosos recuerdos de mi noche de borrachera me invaden. Lo peor no fue solo hacer el ridículo frente a mis compañeros, sino frente a todo internet. Esas imágenes me van a perseguir toda la vida, sumadas a la fantástica foto con Kyle y los bellísimos comentarios que he recibido desde entonces. Una gran manera de ganarme la aprobación del público y tener contenta a la editorial con mi presencia en redes.

—Ah, perdona. —Naisha me arrebata la botella—. Eso es para mí. Necesito una noche de sábado tranquila.

Se echa el pelo hacia atrás, dejando un rastro de aroma frutal. Mientras la observo, me pregunto a qué se referirá con «tranquila». Quizá, como yo, se dedique a buscar *fanfics* de coreanos muy fuera de su alcance a las tres de la mañana. ¿Mis esenciales para trasnochar? *Archive of Our Own* y una tarrina gigantesca de helado.

—¿Qué planes tienes? —pregunto tratando de sonar amigable.

Me analiza con la mirada, como si debatiera si merece la pena contármelo o no. Se rasca la barbilla y me fijo en que se ha hecho las uñas en colores pastel, cada una de un tono. Las mías están hechas un desastre, con todo el negro descascarillado.

—No mucho, en realidad. —Se encoge de hombros—. Quería grabar un par de vídeos de vuestra vida en el maravilloso retiro Blissbridge —dice con ironía—. Luego iré a casa a beberme una botella de vino, cenar cereales y muy probablemente volver a ver *El diario de Bridget Jones*.

—¿Y por qué no pasas la tarde con nosotros? —sugiere Candy.

Naisha y yo rompemos el contacto visual. Observa detenidamente a la pelirroja para después sacudir la cabeza. Candy, en cambio, se gira hacia mí para dedicarme una mirada sugerente.

—Qué va —responde Naisha.

No obstante, hay algo en su voz —un tinte de tristeza, quizás— que me hace pensar que sí quiere quedarse.

—Bueno, cuanto antes me ponga a grabar los vídeos, antes termino —resuelve Naisha—. Haced como que estáis desayunando.

—Es que estábamos desayunando —musita Kyle.

Naisha pasa la mañana sacando tomas de nuestra vida. Graba a los que escriben en el porche, a Maude leyendo tranquilamente en el salón, a Rebecca haciendo un vídeo de Tik Tok… Y, para mi sorpresa, también me saca a mí. Siento su presencia mientras miro de forma distraída por la ventana en busca de una inspiración que no llega.

Si bien creía que me sentiría menos incómoda cuando Naisha se va a grabar a otro lado, no es para nada cierto. Dejo que mis pies se muevan sin pensar. Termino en la cocina, echando un vistazo a los ingredientes de los que dispongo. Sonrío al reparar en que Naisha no se ha olvidado de renovar mis provisiones de tofu. De repente,

una receta de mi padre me viene a la mente. Junto todo lo que necesito sobre la encimera y me pongo manos a la obra.

Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de cuando Naisha entra en la cocina. Me dedico a remover la salsa de tofu y champiñones en la sartén mientras espero a que se cuezan los espaguetis. Cuando le dije a mi padre que quería ser vegetariana se volcó de lleno: preparó una lista de las mejores recetas y cada día probaba a hacer una con mi ayuda. De hecho, hasta se abrió un blog para recomendar sus favoritas. Jamás podré competir con su talento, pero este plato de pasta con crema de tofu y champiñones es bastante sencillo como para hacerlo mal.

—Aquí tenemos a Gordon Ramsay en plena faena —bromea Naisha, todavía grabando.

Me llevo una mano al corazón fingiendo humildad. Por una vez, Naisha parece relajada, dejándose llevar por lo divertido de la situación.

—Gala Hughes. —Hago una reverencia en dirección a la cámara —. Hija de Robert Hughes, el mejor cocinero de Londres. Acompáñenme en este viaje de sabores…

Naisha ríe, lo que me hace detenerme. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Es mucho más guapa cuando se deshace de la fachada de tía dura. Sin embargo, se me van los ojos al ver pasar a Kyle por detrás. Sube hacia su habitación, ni siquiera se gira hacia nosotras, pero mi corazón se salta un latido. *Dímelo*. Aferro el mango de la sartén con fuerza. El «bésame» sigue ardiendo en mi lengua.

La chica corta el vídeo y se guarda el móvil en el bolsillo. A continuación, se asoma para ver el contenido de la sartén.

—Huele muy bien.

—¿Quieres quedarte a comer? —las palabras salen de mi boca, imparables.

Eso la toma por sorpresa, pues forma una pequeña «o» con los labios.

—O sea, no hace falta —me apresuro a añadir—. Si quieres sí, claro…, pero no hace falta. Está bien si te quedas. Y si no también.

«Quédate —quiero decirle en realidad—. Necesito una distracción, lo que sea, para no cometer una locura». Naisha esboza una sonrisa

ladeada.

—Creo que probaré esos espaguetis.

…

He terminado cocinando para todos. Por mucho que me pese, eso también incluye a Frank. Me figuro que la comida debía de estar muy buena, porque me ha felicitado varias veces. Eso sí, no se ha prestado voluntario a fregar los platos después. En su lugar, lo han hecho Tom y Dennis, quienes han asegurado que estaban para morirse. Me he sentido muy orgullosa de mí misma; por lo menos ahora saben que los vegetarianos no solo nos alimentamos de hierba. *Y por lo menos ahora hay un motivo para que les caiga bien*.

—Naisha, ¿te parece si me grabas en el jardín? —propone Rebecca mientras estamos de sobremesa—. Se me han ocurrido un par de tomas que podrían quedar bien.

La susodicha asiente con gesto hastiado y ambas abandonan el comedor. Maude se ofrece a hacer té, así que finalmente nos quedamos Frank, Candy, Tom y yo solos.

—Parece que a Naisha no le gusta mucho su trabajo —comenta Candy en voz baja, temerosa de que esta la oiga.

Chasqueo la lengua.

—Es becaria. Deben de estar aprovechándose de ella al máximo y pagándole lo mínimo.

—Que dé gracias por tener un trabajo —refunfuña Frank.

Como sé que es mejor no discutir con el hombre, decido ignorarlo.

—¿Y por qué no hacemos un pícnic en el lago de ayer? —dice Candy—. Antes nos contó que no tiene planes para hoy y seguro que la animaría pasar la tarde con nosotros.

En otro momento objetaría que beber una botella de vino y ver *El diario de Bridget Jones* es uno de los mejores planes que existen en el mundo. Sin embargo, Candy tiene razón. A Naisha parecía gustarle comer con nosotros, no porque le obligue la empresa, sino porque ella misma aceptó quedarse.

—Me parece una gran idea —accede Maude, quien ha regresado con la tetera llena—. Voy a preparar unos pastelitos para llevar.

—¡Estupendo! —exclama Candy.

Kyle me mira de reojo y sé que está pensando lo mismo que yo: vamos a volver al dichoso lago donde casi… Se me tensan los músculos. Opto por excusarme con que no me apetece té y que subiré a la habitación un rato. Bastante tengo con la marabunta de pensamientos y emociones que parecen seguirme a todos lados como una nube negra sobre mi cabeza.

Lo de ayer fue un desliz. Una recaída. Nos dejamos llevar por la magia de un lago de ensueño, la tentación de lo prohibido, los mosquitos, ¡o qué sé yo! Pero no va a volver a ocurrir. Enfadada o no, lo nuestro no puede ser más que un simple acercamiento. Amigos, nada más que eso. «Si es que algún día podemos volver a llamarnos así», pienso con amargura. Me conformaré con eso, ansiar más sería jugar a ser Prometeo desafiando a los dioses. *La chispa, Gala, la chispa… No dejes que te prenda*. Solo tengo que echarle un rápido vistazo a la expresión de Kyle —angustiada, temerosa— para saber que pensamos lo mismo. El silencio es nuestra mejor opción.

Una vez en mi cuarto, medito lo que me voy a poner esta tarde. Ya que he accedido por segundo día consecutivo a hacer planes en grupo al menos quiero ir decente. Yo no soy Candy, así que el rango de tonalidades de mi vestimenta va del negro al negro más oscuro. Me decanto por un top con el logo del club de vóleibol Karasuno de *Haikyuu* —es decir, mis mejores galas— y unos pantalones cortos. Me recojo el pelo en un moño y me aplico crema solar en la cara. ¡Lista para una pasarela!

Por primera vez en todo el día, reviso las notificaciones de mi móvil. Tengo varios mensajes de mi madre, pero no les hago mucho caso. Lo último que necesito ahora es una de sus frases mordaces. Todavía siento cierta presión en el pecho al pensar en ella y en sus últimas palabras en el aeropuerto: «Como no vengas con un contrato editorial, ya puedes empezar a enviar currículums para conseguir un trabajo de verdad y olvidarte de esta fantasía». En su lugar, escribo a mi padre para informarle de que he hecho una de sus recetas. Es una forma de sentirme más unida a él, cosa que hace tiempo que no me pasa. Todavía con una sensación amarga, me dirijo a la planta baja.

Ayudo a Maude y Candy a preparar pasteles —Candy me mira como si me hubiera poseído el demonio— y les doy algunas de las recomendaciones de mi primo, que hace unos postres para chuparse los dedos. Llegada la media tarde, hacemos acopio de todas nuestras provisiones y nos encaminamos al lago. Por suerte, Candy tiene muy buena memoria y sabe cómo regresar.

Colocamos una manta sobre el césped y nos sentamos alrededor. Sacamos limonada, refrescos, pasteles y fruta. A Naisha se le ha ocurrido traer el vino «por si queremos darle algo de emoción». A pesar de que el alcohol no me trae ningún buen recuerdo, tal vez lo necesite para enfrentarme a las constantes miradas de Kyle. Eso sí, Naisha ha amenazado a Rebecca de muerte si se plantea por un solo segundo subir algo de eso a sus redes sociales. Honestamente, no se me pasaría por la cabeza enfadarla, porque puede dar mucho miedo. Es decir, enfadarla *otra vez*.

—Cuéntanos sobre ti, Naisha —la incita Candy—. Apenas sabemos nada de tu vida y te encargas de abastecernos con comida y bebida. No parece muy justo.

La chica se encoge de hombros y le da un trago a una lata de refresco.

—No es tan emocionante como piensas.

—¡Venga ya! —replica Rebecca—. Trabajas para la editorial Blissbridge.

—Y tú eres *influencer*, no creo que tengas mucho que envidiarme. —Se ríe con sorna—. Además, solo soy la becaria.

—Eso es trabajar —apunto con seriedad—. Aunque te exploten y te paguen una mierda.

—Bah.

—Los jóvenes de ahora tenéis un vicio por quejaros… —interviene Frank.

Todos lo callamos con la mirada. Dennis propone darse un baño y Rebecca, Tom y Naisha aceptan. Al principio, Kyle se niega y sé por qué. Si los recuerdos de ayer le acechan una mínima parte de lo que a mí, yo tampoco me metería en ese lago. Se me encienden las mejillas de solo pensar en mis manos sobre sus brazos, su pecho, su espalda. El roce de su cintura con la mía. Su cabello mojado, las

gotas de agua cayéndole con lentitud sobre su tez, tan calculadas como si hubieran estado talladas en piedra. Me obligo a centrarme en… en… ¡en esa mariquita que se me ha posado sobre la rodilla! De repente, ardo en deseos de convertirme en entomóloga.

Tom tira del brazo de Kyle para que se bañe con él, porque cree que habrá tiburones o medusas o algo así en el lago. Debe de sonar convincente, porque parece que el chico acepta a regañadientes. No le hago mucho caso a la conversación en sí, mis ojos están posados en la facilidad con la que Kyle se deshace de su camiseta. Jo-der. Que alguien me abanique ya.

Casi que es mejor quedarme a la sombra de un árbol en compañía de Maude y Candy, bien lejos de Kyle. Eso sí, mi estúpida mirada traicionera no le abandona ni un segundo. Soy incapaz de centrarme en cualquier cosa que no sea él. Mi carrera en entomología ha sido breve.

—Entonces, ¿te gusta? —pregunta Candy.

Doy un respingo. ¡Menuda pillada! Empiezo a sacudir la cabeza, pero la pelirroja posa una mano en mi antebrazo.

—Se te nota —dice con una sonrisa pícara.

—No, no, te estás equivocando. —Hago aspavientos para darle énfasis.

Maude sonríe de medio lado, sin intervenir.

—No tiene sentido negarlo. No hay más que ver cómo se te cae la baba con ella.

—No, yo…

Espera un momento. ¿Ha dicho «con *ella*»? Miro a la chica de hito en hito. Su expresión es risueña, como de costumbre, con cierto tinte de astucia. Me vuelvo hacia el lago, donde Kyle está hablando con Naisha. Espera, ¿en qué momento se han puesto a hablar estos dos? Candy debe de preocuparse entonces, porque se apresura a hablar.

—Oye, lo siento si he asumido tu sexualidad. Ahora que lo pienso no está nada bien y…

—No —interrumpo—. Es decir, soy bisexual. No pasa nada.

Suspira con alivio, pero yo no puedo hacer lo mismo. No era Kyle de quien hablaba, sino de Naisha. Me reconforta que lo que sea que

pasara entre Kyle y yo ayer aún sea un secreto y, al mismo tiempo… *Al mismo tiempo, ¿qué, idiota?* Lo de ayer fue un error y punto. Creerme con derecho a más es cruzar unos límites muy peligrosos.

—Naisha es muy guapa —suelto, y no es solo para seguirle el rollo, sino porque es verdad.

Apenas me percato de cómo en ese instante Rebecca sale del agua y nos dedica una mirada curiosa. Miro hacia otro lado. Hacia Kyle, porque no tengo remedio.

—Lo es —coincide Candy—. ¿Te vas a lanzar?

Toso, incómoda. Si supiera que ayer estuve a punto de lanzarme con otra persona diferente. Miro a Maude en busca de ayuda, pero ella está tan callada y pensativa como siempre.

—No creo que sea lo correcto. —Porque decir «no es a ella a quien de verdad deseo» sería demasiado.

Candy hace una mueca, aunque no vuelve a hablar del tema. Poco tiempo después, el sol empieza a ponerse y el claro se inunda de tonos cálidos. Las aguas cristalinas reflejan el fulgor de los rayos anaranjados como si se tratase de un diamante. Kyle sacude la cabeza y miles de gotitas resbalan por sus hombros. Mis ojos vuelan por su rostro todavía mojado, cuyas mejillas se tornan rojas al reparar en mí. Se me acelera el corazón como si estuviese en el instituto y mi *crush* de por aquel entonces me mirase más de un segundo.

Nos sentamos en corro. Kyle se coloca a mi izquierda y Naisha a mi derecha. Es esta última quien ofrece un poco de vino y pronto estamos contando anécdotas estúpidas y riendo como chiquillos. De repente, la *influencer* da una palmada y atrae todas nuestras miradas.

—¿Y si jugamos a verdad o atrevimiento?

Pongo los ojos en blanco. Corrijo: *ahora* sí que siento como si volviera a estar en el instituto.

—No tenemos quince años —protesto, pero nadie me hace caso.

—Será divertido —insiste Rebecca—. Candy, tú empiezas. ¿Verdad o atrevimiento?

Le pido a Naisha que me pase el vino, porque definitivamente lo voy a necesitar. Ella me lo da, no sin antes advertirme de que tenga

cuidado. Sé que en esta ocasión lo dice a broma, porque sonríe ampliamente. Mis ojos se detienen demasiado en sus labios. Y, joder, son bonitos, pero no son cómo los de Kyle. No claman mi nombre con la misma fuerza. Cuando asciendo a su mirada creo distinguir en ella un brillo de diversión.

—Verdad —dice Candy.

—Mm… —Rebecca medita su pregunta—. ¿Te atrae alguien de entre estas personas?

—Esto es ridículo —me vuelvo a quejar, otra vez sin resultado alguno.

Candy baja la mirada y juguetea con los dedos.

—Sí —responde con un hilo de voz.

Oigo a Tom soltar un «uh» sugerente y a Kyle chasquear la lengua, molesto.

—¡Me toca! —Candy recupera la energía, deseosa de mover el foco de atención hacia otra persona—. Gala, ¿verdad o atrevimiento?

—¿En serio? —bufo, a lo que asiente muy decidida.

Supongo que una prueba será mucho más sencilla que una verdad.

—Atrevimiento.

—Mm… —Se da golpecitos en la barbilla con el índice—. Te reto a… ¡tirarte de cabeza al lago!

—Menuda mierda de reto —interviene Rebecca haciendo un mohín—. Gala, querida, te reto a *besar* a la persona que más te atraiga de aquí.

No tendría por qué hacerlo. De hecho, preferiría tirarme al lago sin pensar. Trago saliva, incapaz de moverme. Puede que sean mis sentidos embotados por el alcohol o el hecho de que todos los presentes me observan a la espera. No se escucha ni un solo ruido en el mundo más que el latido de mi corazón. ¿Y si este es el momento perfecto para pasar página? Ser amigos, incluso me conformo con conocidos, y no cruzar jamás ese límite. Demostrarme a mí misma que Kyle no tiene la importancia que mis pulsaciones aceleradas quieren darle. Que no me vuelve loca cuando se muerde el labio, expectante. Que no me imagino su boca sobre la mía, su lengua enredada en mi lengua.

—No hace falta que… —comienza a decir el susodicho.

—No seas aguafiestas —replica Rebecca—. Anda, Gala, es un piquito de nada.

Candy sacude la cabeza ligeramente.

—Si no quieres… —musita.

Solo pienso en que no *puedo* besar a Kyle. No puedo hacerlo delante de toda esta gente que no tiene ni idea de nuestra historia. No puedo hacerlo delante de Candy, que acaba de admitir que le atrae alguien, probablemente Kyle. Pero, sobre todo, no puedo hacerlo, porque eso significaría admitir que siempre he anhelado algo más y que nunca lo seremos.

Cierro los párpados tan solo unos segundos. Cuando los vuelvo a abrir siento que la Tierra ha dejado de girar. Echo un vistazo rápido a Kyle, el cual tiene una expresión impertérrita. Me giro hacia mi derecha, donde Naisha aguarda con una mirada curiosa. Huele un poco a alcohol, pero su pelo todavía desprende ese aroma frutal tan embriagador. No es Kyle, claro que no. Pero me pareció guapísima desde el primer instante en que la vi.

Así que la beso delante de todo el mundo. Delante de Kyle.

Capítulo 19
Kyle

¿Perdón? ¿Qué acaban de ver mis ojos? Ni. De. Coña.

No puedo ni mirar a Gala, aunque a ella tampoco es que parezca importarle. Se da un beso con otra persona después del momento tan íntimo que vivimos ayer en este mismo puto lago y decide que es ella la que va a ignorarme a mí. *Ella* a *mí.* Bien. Perfecto. ¡Genial! ¿Se puede ser más imbécil e iluso que yo? Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima. ¿Qué digo? Uno no, mil. Mil camiones cisterna marcándome con sus ruedas sin piedad.

He amado a Gala desde el día en que la conocí. Y, joder, nunca he querido ser esa clase de amigo que no es transparente del todo y oculta sentimientos que van más allá de la amistad, pero es algo que pasó sin que pudiera hacer nada al respecto. ¿Cómo no iba a enamorarme de Gala si cada segundo que pasaba con ella me daba cuenta de la persona tan increíble que era? Y que es. Gala sigue siendo increíble porque lo lleva en las venas. Tuve que lidiar con ello de la mejor manera que se me ocurrió: ignorándolo. Asimilé que lo nuestro era una ecuación sin solución, un amor no correspondido que nada tenía que ver con el que leía en los libros o veía en las películas. Pero ayer… Ayer pareció que nuestra historia podría cambiar de rumbo.

Solo que ella ha decidido volver a huir.

Me paso el resto del tiempo que nos quedamos en el lago observando a Naisha de reojo. ¿Qué tiene que no tenga yo? Vale, a ver, es guapa. Guapísima. Tiene ese aura de chica mala que sé que a Gala le vuelve loca. Y se la ve bastante valiente, mucho más de lo que yo lo seré jamás. Quizás es justo lo que Gala necesita, una persona dispuesta a volar. A dejarse llevar por la corriente. Me maldigo a mí mismo porque al final todo acaba siendo culpa mía. Y es mi culpa no ser suficiente. Creo que nunca seré suficiente.

Lo de ayer fue tan solo un espejismo.

Repiqueteo la hierba en la que permanezco sentado con los dedos. No puedo más. Los demás continúan jugando como si no

pasara nada, pero me es imposible ignorar el escozor que se me ha instalado en el pecho. ¿Es rabia? ¿Dolor? Se parece un poco más a la desilusión.

—Si me disculpáis, voy a tomar un poco el aire.

Tiene gracia porque estamos en mitad del campo. Me da igual. No los miro cuando me levanto, no estoy preparado para descubrir que a nadie le importa. Que a Gala no le importa. Como ya ha anochecido, apenas veo por dónde voy. Quizás tengo suerte, me tropiezo con una piedra, y me quedo inconsciente.

O quizás me acaba matando el asesino en serie que empieza a caminar detrás de mí y cuyas pisadas no disimula nada.

—¿Estás bien? —Resulta que el asesino en serie tiene una voz bastante dulce. Eso sí que no me lo esperaba. Lo que tampoco entraba entre mis planes es que tuviera el cabello pelirrojo y una sonrisa comedida. Candy se acaba poniendo a mi altura y comienza a caminar al mismo tiempo.

Me sorprende que haya venido a por mí.

—Perfectamente.

—¿Te has enfadado conmigo? —suelta sin rodeos. La chica es directa.

Está jugando con sus dedos y, aunque sus labios no flaquean en ningún momento, tiene la vista puesta en el suelo. La luna juraría que está nerviosa y eso que solo puede verla a lo lejos. Mis ojos, que la tienen tan cerca que podrían llegar a contar sus pecas, descubren que no solo está nerviosa. Está avergonzada.

—¿Yo? —Me coloco la mano en el pecho, incrédulo—. ¿Por qué iba a enfadarme contigo?

—Es que… —titubea. Candy titubea. Esto es nuevo—. Lo que he dicho antes…

Sacude la cabeza y se interrumpe a sí misma.

—Déjalo, no tiene importancia.

Me paro en seco.

—Claro que la tiene —le aseguro—. Dime.

Ella alza la vista.

—Siento que te he incomodado. Te juro que no era mi intención.

¿Incomodarme? ¿A mí? Pero ¿de qué está hablando?

—¿A qué te refieres, Candy? —La escudriño con la mirada, pero su rostro no me da ninguna pista. Odio que sea de noche porque así apenas puedo atisbar sus rasgos—. Tú nunca me incomodas.

—Antes… —vacila—. Cuando Rebecca me hizo esa pregunta al principio del juego…

—¿Ajá?

—Yo… —Carraspea—. No sé qué me ha pasado. Me he dejado llevar por la emoción del momento y no he podido evitar contestar. Lo siento. Lo siento mucho, de verdad.

Frunzo el ceño. No estoy entendiendo nada.

—¿Y por qué te disculpas? —inquiero—. Estabas en todo tu derecho de responder.

Ella me mira con esos ojos grandes y a mí se me cae el mundo a los pies. No necesito que diga nada más porque mi lento cerebro lo acaba comprendiendo todo. Se ha sonrojado. Ay, madre. Se ha sonrojado. Y esta no es la primera vez que lo hace cuando estamos cerca. Ahora entiendo las insinuaciones de Tom. ¿Habrán hablado del tema?

—¿Candy?

—¿Sí?

No sé cómo tengo el valor de preguntar esto.

—¿Quién es esa persona que te gusta?

Se pone aún más roja y ahí ya tengo la respuesta. Mierda. Mierda, mierda, mierda. La he cagado pero bien. ¿Será que escuchó mi conversación con Tom el otro día? Apareció de la nada y… ¿Cómo pude meter tanto la pata?

—Es un chico —murmura.

—Es un chico —repito.

—Un chico que me trata muy bien.

Se me acaba de romper el corazón.

—Es atento, simpático y se preocupa mucho por los demás. A veces hace cosas raras, pero eso es parte de su encanto. —Su sonrisa flaquea por momentos y me doy cuenta de cómo se esfuerza por mantenerla. Está temblando—. También es muy guapo.

—Seguro que no lo es tanto.

Ella se muerde el labio inferior.

—Oh, sí que lo es, pero no es lo más importante —me asegura—. Lo que más me gusta de este chico es cómo me hace sentir desde el primer día. Es como si me viera, ¿sabes? Y como si quisiera hacerlo. Puede que no lo parezca, pero no todo el mundo me ve. Hace que me sienta escuchada y presta atención a todo lo que digo, y eso que digo muchas cosas. —Suelta una risita nerviosa. Yo me quiero morir —. Nunca antes había conocido a nadie así.

—¿Nunca? —susurro, casi con miedo.

—Nunca.

Ahora se me rompe el alma.

—Es que lo que dices es importante. Tú eres importante.

Candy se encoge de hombros y, dubitativa, se acerca un poco más a mí. Lo suficiente como para que, aunque ahora baje la voz, pueda seguir escuchándola.

—¿Crees que es demasiado pronto para confesarle todo esto? —susurra—. ¿Para confesarte que me gustas?

A pesar de la fragilidad de la situación, creo que es lo más valiente que alguien ha hecho nunca. Aunque al principio le ha costado mirarme, ahora no deja de clavar sus ojos en los míos. Es como si quisiera leer mi alma a través de ellos, como si ahí estuviera la respuesta que espera. Ojalá no estuviera callado. Ojalá pueda tener el valor de decirle algo, lo que sea. Pero yo sigo siendo un cobarde. Cobarde ayer, cobarde hoy y cobarde mañana. Trago saliva sin dejar de mirarla. No soy capaz de mover ni un músculo. Me odio por desear que fuera otra persona la que está a punto de declararse ante mí. Soy un ser detestable cuando rompo el contacto visual y centro la vista en el círculo de personas donde todavía Gala está sentada.

Candy no se merece esto. Yo no me la merezco.

—¿Kyle?

—¿S-sí?

—Es demasiado pronto, ¿verdad? —Vuelvo a ser incapaz de pronunciar palabra. Ella asiente con lentitud y vuelve a sonreír como si nada. Empiezo a darme cuenta de que no todas sus sonrisas son sinceras. De hecho, es probable que la mayoría no lo sean—. Y encima acabo de pasarme tres pueblos. Ay, qué vergüenza. Es que

Tom me dijo que tú… Y yo pensé que… —Sacude la cabeza—. Lo siento. Lo siento muchísimo. Perdóname.

Nunca me ha dado tanta rabia que alguien sienta la obligación de disculparse tanto.

—Candy. —La chica baja la mirada al suelo—. Eh, Candy. Mírame. —No lo hace. *Joder.* Acabo posando las manos sobre sus hombros para que vuelva a prestarme atención. Todo su cuerpo se sacude ante el contacto—. Está bien, ¿vale? Todo lo que has dicho está bien y me alegra mucho que hayas tenido el valor de venir hasta aquí y contármelo. Es algo que yo no habría hecho ni en un millón de años.

Y por eso te admiro tanto. Porque desearía ser como tú.

—Eres una chica increíble —le digo, aunque más bien suena a promesa. Espero que se la crea. Candy traga saliva—. Y ojalá no haber sido el único que te ha escuchado o visto en todo este tiempo. Pero es que yo… —Es que yo soy un imbécil—. Le dije algo a Tom que no era cierto —confieso por fin. Después de lo sincera que ha sido conmigo, lo último que quiero es mentirle—. Hubo un día en el que escuchó una conversación que no debía. Me puse nervioso y le solté lo primero que se me pasó por la cabeza. Le dije que me gustabas.

Noto cómo se desinfla a medida que hablo.

—Y no es que no me gustes. —*Mierda, ¿por qué he dicho eso?*—. Es solo que… no así.

—No así —repite, sopesando mis palabras.

—No como mereces gustarle a alguien.

Porque Candy merece a alguien que no tenga ojos para nadie más. Que, frente a una gran multitud de personas, solo sea capaz de mirarla a ella. Y yo no soy esa persona porque llevo toda la vida mirando a la misma chica. A Gala. Incluso ahora, en una de las noches más oscuras desde que estamos en Bibury, soy incapaz de no buscarla a lo lejos. Solo puedo pensar en ella. Cuando me levanto, cuando me acuesto. Pienso tanto en ella que me consume. Es la persona que más daño me ha hecho, pero también la persona a la que más quiero. La quiero con fervor, como si hubiera nacido para ello. La quiero con todo lo que soy y con lo que quedará de mí cuando suelte mi último aliento. Y ahora, aunque se haya besado

con otra persona y se vea incapaz de mirarme, sigo queriéndola como si fuera el primer día. Así de perdido estoy.

La luz tenue de la luna se refleja en los ojos azules de la chica que no sonríen como lo hace su boca. Brilla tanto y es tan guapa que me maldigo a mí mismo por no poder darle lo que necesita, por ser incapaz de sentir nada más por nadie que no sea la chica que me robó el aliento cuando era tan solo un crío que no conocía ni la mitad de los sentimientos que iba a experimentar a lo largo de su vida. Debería aprender a abrirme a más gente, a olvidarme de lo imposible. Pero me temo que Gala me ha calado tan profundo que ya ha echado raíces en mi interior.

—¿Y si no ocurre nunca? —pregunta con voz trémula—. ¿Y si no me lo merezco?

La acerco a mi pecho y le doy un abrazo. Es uno que ambos necesitamos.

—¿Y si ocurre porque te lo mereces más que nadie en este mundo?

Solo se separa unos pocos centímetros para poder verme.

—¿Tú crees?

Le sonrío.

—Estoy seguro de ello.

A Candy se le ilumina el rostro y vuelve a abrazarme con fuerza.

Capítulo 20
Gala

A veces una persona mete la pata hasta el fondo y no es plenamente consciente. Créeme: yo lo soy. Desde el segundo en el que mis labios y los de Naisha se juntaron, me di cuenta de que la había cagado. Kyle rehuyó mi mirada hasta que nos fuimos y ¿quién soy yo para juzgarlo? Si hubiera sucedido al revés y fuera él quien hubiera besado a Candy, probablemente ya habría quemado Bibury entero. *Una forma muy sana de lidiar con tus emociones, sí, señor* Tengo el estómago revuelto desde que beso a Naisha hasta que volvemos a casa. Mis ojos siguen a Kyle allá a donde vaya, buscando una sola mirada que me confirme que no la he cagado. No la hay, porque no me la merezco.

Soy muy consciente de cómo el chico se ha levantado y Candy ha ido tras él. Lo que han llegado a hablar… No quiero saberlo. Si se confirman mis peores temores, ella le habrá confesado sus sentimientos y él le habrá confirmado que le corresponde. Es más, seguro que mis actos lo han lanzado directo a los brazos de la chica. Intento consolarme con que, al menos, existe alguien que le puede dar a Kyle todo lo que desea. Si ese alguien no soy yo, creo que ella no es mala candidata. Seguro que serán muy felices juntos.

«Bésame», la palabra que nunca llegué a decirle vuelve a mí con la fuerza de un huracán. Ya empiezo a divisar la casa de piedra donde nos alojamos cuando oigo a Candy preguntarle a Naisha si se quedará a dormir. «¡No!», quiero gritar, pero mi garganta se asemeja demasiado a una lija como para permitirme hablar.

—Has bebido, no sería recomendable que condujeras.

Naisha sacude la cabeza. Quizá en otra ocasión me gustaría por dónde van los tiros, pero no ahora. Candy sigue obcecada con que me atrae la becaria y no parará hasta conseguir que pase algo más entre nosotras. Creo que, en el fondo, solo lo hace para ser mi amiga. Lo lleva intentando desde el primer día y yo me he negado en rotundo.

—Puedes dormir en mi cama —digo yo.

Tardo más de lo necesario en procesar mis palabras y para entonces todas las miradas están puestas en mí. Levanto las palmas de las manos a modo de defensa.

—¡No, no! —Noto el calor en mis mejillas—. Me refería a que puede usar mi cama… Dios, suena fatal. —Naisha arquea una ceja —. O sea, que yo me voy a dormir al sofá y te dejo mi cama.

Genial, Gala, te has lucido.

—No te preocupes, dormiré en el sofá —responde Naisha.

—¿Seguro?

Ella se encoge de hombros. Me estremezco cuando clava sus ojos en mí. Esto —lo que sea que causa Naisha en mí— está *tan* mal. El hecho de que, nada más entrar, Kyle se dirija a su dormitorio sin siquiera despedirse me lo confirma. Mis pies empiezan a andar solos en su dirección, pero tengo que retenerme. «Él quiere estar con Candy, Candy quiere estar con él —me recuerdo—. Lo de ayer no significó nada». No obstante, cuando miro a la pelirroja, esta parece más distraída que de costumbre. Se enreda un mechón en el dedo y sus labios, que están eternamente curvados, forman una tímida mueca.

—Hagamos una noche de chicas —sugiere Candy de repente, sonriendo como una estrella. Si me fijo en su mirada, sin embargo, percibo que sus ojos no acompañan al gesto—. Podemos usar mascarillas y ver una película tonta… ¡Por favor!

Naisha y yo intercambiamos una mirada de circunstancias. Tampoco es que tenga nada mejor que hacer y no creo que a la morena le haga especial ilusión dormir en el sofá. Quizá esto es justo lo que necesito, lo que he estado buscando toda mi vida: un lugar al que pertenecer. Un grupo de amigas a quienes pueda considerar familia —como también consideraba a Kyle—, que me escuchen o me distraigan del malestar.

Y quizás también es el mejor incentivo para dejar de pensar en el puto beso y en los remordimientos que me carcomen.

—Vale, veamos *El diario de Bridget Jones* —acepto.

—¡Bien!

Así es como termino haciendo una rutina de *skincare* con Naisha y Candy. Al parecer, la segunda es una experta en el tema y nos

cuenta todos sus trucos. Nos aplicamos las mascarillas con olor a sandía mientras suena una *playlist* de Candy de fondo, la cual está plagada de temas de One Direction. No es lo que yo habría elegido, pero reconozco que empiezo a tararear algunas de las canciones más pegadizas sin darme cuenta.

—¿Puedo? —Al cabo de un rato, señalo el móvil de la chica.

—¡Claro!

Candy extiende las manos para que Naisha le pinte las uñas. No me imaginaba haciendo esto una noche de sábado, pero resulta reconfortante después de una semana llena de agobios. Nunca he sido una chica de demasiados amigos. Kyle fue mi relación más duradera e incluso esta se terminó. En el instituto y en la carrera me llevaba con algunos compañeros, pero nuestra amistad no trascendió. Si obviamos el estúpido beso, tal y como Naisha y yo estamos haciendo ahora, puede que esta se convierta en una noche memorable.

Analizo la lista de reproducción de Candy y me termino decantando por poner mi propia música. Pulso en «THANK U» de Ateez y me animo al instante. Naisha no me mira, pero sonríe de lado mientras sigue con su tarea. Me recuesto sobre la cama y me pongo a ojear Pinterest a la vez que tarareo la canción. No se me pasa por alto cómo Naisha y Candy mueven la cabeza al ritmo de la música.

—¡Mira! —Candy me enseña sus uñas a juego con el color de su cabello.

—Te pegan —digo con total sinceridad.

—¿Quieres que te las pinte a ti? —pregunta Naisha.

—Oh, mm… —Le echo un vistazo a el poco negro que todavía tengo en mis uñas—. Vale.

Naisha revisa todos los pintauñas que ha traído Candy, los cuales ocupan gran parte de la repisa de la ventana ahora mismo. Escoge uno verde y me lo enseña con expresión interrogante. Le tiendo mi mano a forma de visto bueno. Naisha, muy concentrada, cambia el negro descascarillado por un verde menta. Aprovecho que Candy está distraída con su móvil para agacharme y susurrar:

—Estamos bien con lo del beso, ¿no?

Naisha apenas alza la mirada un par de segundos, pero solo eso basta para que me ponga nerviosa a más no poder.

—Claro, solo fue un estúpido juego.

—Sí, solo eso —coincido, aunque los retortijones de mi estómago dicen todo lo contrario. La mirada dolida de Kyle también.

—Así que te gusta Ateez, ¿eh? —dice para cambiar de tema, con lo cual me siento mucho más tranquila.

Sonrío ampliamente.

—Sí, ¿quién es tu *bias*?

—Hong Joong.

—¡El mío también!

Me invade tal alegría que Naisha suelta una carcajada. Candy, quien no entiende de qué hablamos, esboza una tímida sonrisa. Le digo que busque una foto del grupo en internet para que se sienta incluida en la conversación. Mientras Naisha termina de pintar mis uñas le explicamos con todo detalle los miembros de Ateez. Me siento bien conmigo misma, integrada. Me siento tan bien que por poco se me olvida los sucesos de esta tarde y cómo he fastidiado lo que fuera que estaba comenzando a resurgir con Kyle.

Sacudo la cabeza. *No pienses en eso ahora. Disfruta de la única vez en la vida en la que vas a tener amigas*. Claro que, de tener amigas de verdad, podría contarles mis idas y venidas con el chico. Cómo supo decirme las palabras exactas para calmarme aquel primer verano en Londres. Cómo siempre sabe qué decir para animarme. Cómo gracias a él floreció mi pasión por la escritura. Cómo nos encontramos en una encrucijada de sentimientos. Pero no puedo hacerlo. Para empezar, no se me ocurrió mejor idea que besar a Naisha cuando mis labios estaban deseando probar los de otra persona. Y, por si fuera poco, el hecho de que Candy se sienta atraída por Kyle no ayuda en absoluto, mucho menos cuando sé que a él también le atrae la chica. *Al final este retiro sí que se va a convertir en Gran Hermano*.

Poco después ponemos *El diario de Bridget Jones* de fondo. Mi yo de hace una semana se quedaría atónita al ver la escena que se forma: Naisha, Candy y yo compartiendo una cama, riendo como si nos conociéramos de toda la vida, con moños desechos y rutinas de

skincare. Tengo que contener las lágrimas que pugnan por salir. Si me preguntaran qué deseo en la vida, esta estampa no se me pasaría por la cabeza en un primer momento. Sin embargo, me doy cuenta de que es lo que anhelo desde hace mucho tiempo: no estar sola. «No seas tan dura contigo misma. Ni con los demás, ellos no tienen la culpa», me dijo Maude, y pienso hacerle caso. «Apóyate en los demás», me aconsejó Gabriel, y pienso hacerle caso. No puedo borrar cómo me he portado con Candy hasta ahora, pero quiero compensarlo todo lo posible. Quiero estar ahí para ella, a pesar del dolor que me cause su relación con Kyle.

Candy se queda dormida poco antes del final de la película. Noto cómo Naisha se recuesta en la cama, más cerca de mí. Intento concentrarme en los personajes —ahora está a punto de venir una escena que me encanta—, pero mi cuerpo solo es capaz de pensar en Naisha.

—¿Eres de las que piensan que esta película es un insulto a *Orgullo y prejuicio*? —pregunta ella inclinándose hacia mí.

—Me ofendes —replico de forma exagerada—. Es una obra maestra, por supuesto.

Naisha ríe. Cada vez está más cerca y mi cabeza no para de dar vueltas. Salto de la cama como si tuviera un resorte. Naisha me contempla con una expresión indescifrable.

—¿Apago la luz?

—Eh… vale. —Se remueve, incómoda—. ¿Quieres que me vaya?

—No —digo con un hilo de voz.

No sé qué interpretar de mi negación. Claro que no quiero que Naisha se marche, pero dudo si es por pura hospitalidad o debido al beso de hace unas horas. Fue un buen beso. Simple, corto, pero bueno. Tengo la sensación de que si no me hubiera apartado tan rápido, Naisha habría seguido, y eso me aterra por dos motivos: primero, porque sé que lo habría disfrutado (hace mucho que no tengo nada de acción, lo siento) y segundo, porque no me podría haber quitado a Kyle de la cabeza. Porque durante cada segundo me habría imaginado sus labios sobre los míos, su mano en mi nuca atrayéndome hacia él. Esta vez, cuando se me revuelve el estómago,

son mariposas lo que siento. Y es porque, en mi mente, cuando Rebecca me reta, beso a la persona de la que llevo años enamorada.

—Podemos compartir cama —sugiero.

Señalo mi colchón de tamaño medio. Supongo que no habrá problema por pasar la noche con Naisha. No es como si mi cabeza y mi corazón fueran a liarse más de lo que ya están. «Aunque otras dos personas sí podrían liarse», me dice una vocecilla en lo más profundo de mi mente. Tengo muy claro quiénes quiero que sean esas personas y ninguna de ellas es Naisha.

Ella asiente y, tras apagar el ordenador, se cambia de la cama de Candy a la mía. Muevo el peluche de pingüino a un lado —*lo siento, Alitas*— para que Naisha no lo vea. A continuación, le doy al interruptor de la luz para luego dirigirme lentamente hacia donde ella se encuentra. El colchón se hunde bajo nuestro peso y quedamos cara a cara. Su tez oscura apenas es visible entre las sombras, pero su respiración constante me recuerda que hay tan solo unos centímetros entre nosotras. Mi vello se eriza.

—Naisha… —susurro.

—¿Sí?

—¿De verdad estamos bien? No quería incomodarte ni nada.

—No me has incomodado.

—Pero… —Escucho a Candy moverse y aguardo unos instantes hasta comprobar que sigue dormida—. Esto no va a poner en peligro mi participación en el concurso, ¿no?

Naisha ríe con sorna.

—Te recuerdo que soy una don nadie en Blissbridge. En cualquier caso, me despedirían a mí.

—Eh, eso no es así —protesto—. Sin ti este concurso sería una ruina.

—Qué graciosa eres.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Y lista también —bromeo y Naisha solo resopla—. Lo siento por todos los aprietos en los que te he metido.

No responde y durante décimas de segundo pienso que se ha dormido. Cuando me quiero dar cuenta, Naisha está tan cerca que nuestras narices se rozan.

—No te disculpes.

Nuestros alientos se entremezclan y creo que, si cierro los ojos, podría imaginarme a Kyle frente a mí y rogarle que me besara como debería haber hecho en el lago. Y entonces la fantasía se rompe. Veo a Kyle dándome la espalda, llamándome cobarde. Lo veo de la mano de Candy, sonriendo como nunca ha hecho conmigo. Eligiéndola a ella, porque jamás podré estar a su altura. Escuece tanto que ya no es una chispa lo que se prende en mi interior, sino un maldito volcán.

Así que, cuando Naisha me besa, le correspondo. La beso porque puedo, porque crea la falsa ilusión de que llevo las riendas de mi vida. La beso con un nudo en la garganta y un estómago sin mariposas. *Pero no es Kyle*. Ella coloca su mano en mi nuca y me atrae hacia sí con una delicadeza de la que no la creía capaz. *Pero no es Kyle*. Se trata de un beso lento, como si nos estuviéramos descubriendo. *Pero no es Kyle*. Sus labios son tan suaves como los recordaba y se abren con timidez para dar paso a su lengua.

Pero. No. Es. Kyle.

Me detengo al instante. Pongo distancia entre nosotras, jadeando, y me cubro el rostro con vergüenza. No puedo enfrentarme a Naisha después de esto. Joder, ni siquiera sé cómo voy a mirarme al espejo. ¿Cómo voy a mirar a Kyle?

—¿Gala? —susurra con tono preocupado.

Inspira, espira. Inspira, espira. Repito esa acción tan simple varias veces. Le doy la espalda a Naisha, consciente de que me estoy comportando como una cría. Posa la mano en mi hombro, aunque no me fuerza a girarme.

—¿Estás bien? ¿He hecho algo que te haya molestado? —Se me parte el corazón al escuchar sus palabras—. Lo siento si te malinterpreté. Pensaba que tú también querías…

—No es eso.

Silencio. Un suspiro largo. Más silencio.

—¿Y entonces qué es?

—No es que no quiera… —Se me corta la voz—. Sí que quiero, o querría si las circunstancias fueran diferentes, pero…

—No estás preparada. ¿Es eso?

—Es… algo así.

No vuelve a contestar. Una lágrima resbala por mi mejilla y ni siquiera tengo fuerzas para secarla. Tan solo quiero correr a la habitación de Kyle y gritarle que me quiera a mí por encima de todo. Que me perdone por todo lo malo que he hecho, aunque sé muy bien que es demasiado pedir incluso para una persona tan buena como él.

—Llevo enamorada de otra persona mucho tiempo —confieso, y es como si me quitara un gran peso de los hombros.

—Oh.

Hago acopio de todo mi valor para encararla. Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad, así que puedo distinguir mejor sus facciones. No parece ni enfadada ni triste, solo desconcertada.

—No es que no quiera… —Gesticulo, señalándonos a ambas—. Esto, nosotras. Eres totalmente mi tipo. Me pareces guapísima y tenemos el mismo humor. Es solo que…

—La otra persona —adivina ella.

—Exacto.

Mueve levemente la cabeza. Se coloca boca arriba, con los brazos sobre su vientre y la mirada fija en el techo. *Me merezco arder en el infierno por esto*.

—Lo siento por haber jugado contigo de esta manera. Ha estado fatal —reconozco avergonzada. Se me escapan las lágrimas, imparables—. Es solo que… joder, no pretendo justificarme, ¿vale? No espero que me perdones porque te dé un discursito ahora, pero… Sé que nunca sucederá nada con esa otra persona.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. La cagué hace años y, cuando tuvimos ocasión de retomarlo, volví a meter la pata hasta el fondo. Cuando Rebecca me retó vi la oportunidad de pasar página. Dios, es terrible ahora que lo oigo en alto. —Me empapo las manos tratando de secar las lágrimas que no paran de salir—. Tienes todo el derecho a odiarme y no dirigirme la palabra nunca más. Si me quieres echar del retiro…

—No me seas dramática —rezonga ella, ocultándose en su máscara de indiferencia.

—No debí haberte besado la primera vez, pero sobre todo no debí haberte respondido a este segundo beso. Mientras no deje de pensar en esa persona no podré empezar algo nuevo y… no sé, no me veo capaz de dejar de pensar en ella nunca. Es como si estuviera escrito en las estrellas, y eso que yo no creo en esas chorradas.

—Ya veo. Es mejor haber aclarado las cosas ahora, así no nos hacemos ilusiones —dice mordaz. No puedo culparla. Como no se me ocurre qué decir a eso, permanezco callada—. Buenas noches, Gala.

—Buenas noches, Naisha.

Se da la vuelta, pero yo no soy capaz de moverme. Por mi mente se suceden las imágenes de Kyle y yo en el lago y del reciente beso que he compartido con Naisha. Al final, toda mi vida vuelve una y otra vez a Kyle. Es el epicentro de todo. Sin él no sería quien soy, no estaría aquí. Pienso en lo que le he confesado a Naisha. He dicho «enamorada». No que me guste, no que sea importante para mí, sino que estoy *enamorada* de esa persona.

Me levanto tratando de hacer el menor ruido posible. Camino de puntillas por toda la casa hasta llegar a la cocina, donde me sirvo un vaso de agua. Una noche más, sé que no voy a lograr conciliar el sueño. Estoy dando un trago cuando me percato de un movimiento en el exterior de la casa. Entrecierro los ojos y creo distinguir a Kyle, así que voy a su encuentro sin pensarlo dos veces.

Fuera corre una suave brisa que mece las ramas de los árboles. Tan solo se escucha la melodía de los grillos. Kyle está de pie, inmóvil, con la mirada perdida en el firmamento. Un millón de estrellas penden sobre nuestras cabezas como una enorme lámpara de araña. Me abrazo a mí misma para resguardarme del viento y me detengo junto a Kyle. Se vuelve hacia mí con lentitud. El marrón de sus iris hace temblar mis cimientos, viendo todos los miedos que guardo tras mi fachada. Ninguno de los dos dice nada, pues la electricidad del ambiente habla por sí sola.

Capítulo 21
Kyle

Tensión. Esa es una buena palabra para describir lo que ocurre entre nosotros. Y calma. Otra palabra completamente contraria y distinta a la primera. Es lo que ocurre antes y después de que se desate una tormenta. Es el preludio del fin del mundo, ahí cuando asumes que se te va a caer encima y no puedes hacer nada al respecto. Porque es que la miro y mi mundo se reduce a cenizas. La miro y me recompongo, me cura todas las heridas que me ha ido dejando con el tiempo. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué es tan preciosa? Estoy enfadado, pero no solo con ella. Estoy enfadado conmigo mismo cuando noto que todavía me flaquean las piernas al tenerla justo delante. Lato por ella. Una y otra vez. Es como si mi corazón no supiera hacer otra cosa, como si no tuviese otra razón por la que seguir su ritmo.

El silencio lleva a los recuerdos, y los recuerdos me transportan a una época tan lejana que mi mente es incapaz de imaginar a color. Teníamos seis años, éramos solo unos críos. Fue el primer verano de Gala en Londres. Sus padres acababan de divorciarse y no hacía mucho desde que Robert Hughes se mudó a su ciudad natal para trabajar cocinando en el restaurante de mi familia. Él y mi padre eran mejores amigos de la infancia y, después de años viviendo en países distintos, volvían a encontrarse en el mismo lugar. Es casi mágico que la siguiente generación estuviera a punto de escribir la misma historia.

Era menuda y morena, con un vestido azul que no parecía gustarle un pelo y una expresión que no debería pertenecerle a una chiquilla como ella. Se sentó delante de mí en una de las mesas rectangulares del restaurante. Dos batidos de chocolate. Dos niños mirándose fijamente. Nuestros padres empezaron a cargar y descargar cajas mientras mis hermanos jugaban al fútbol fuera. A mí también me gustaba, pero no se me daba bien darle al balón y atinar. Siempre prefería quedarme dentro con mi cuaderno. Aún no tenía una letra legible, mucho menos limpia, pero me gustaba

escribir de vez en cuando. Palabras sueltas, sobre todo. Palabras que ningún adulto comprendía pero que para mí tenían todo el sentido del mundo.

—Eres nueva —le dije con voz aguda, como si no fuera obvio. No era un niño especialmente tímido, así que no dudé en dirigirme a ella.

Una mini Gala se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté mientras le daba vueltas a ese lápiz del mismo color de su vestido. Mi cuaderno estaba cerrado, pero no tardaría en abrirlo para apuntar su nombre.

—Gala.

Todavía soy incapaz de entender cómo conseguí que al escribirlo me saliera perfecto.

—¿Y tú? —inquirió de vuelta, sus grandes ojos marrones fijos en el papel garabateado.

—Kyle.

—Qué nombre más feo.

Me reí. Era la primera vez que me lo decían.

—Es un poco difícil de escribir —expliqué, mostrándole las pruebas al tenderle el cuaderno—. Son letras muy raras. La que mejor me sale es la «a», mira. —Le señalo su nombre—. Pero el mío no tiene ninguna.

No me importó que empezara a pasar las páginas sin pedirme permiso. Tampoco lo hizo que me cogiera el lápiz y probara a mejorar mi caligrafía como si ella pudiera escribir con más claridad la forma en que me llaman. He de admitir que le salió perfecto. Mucho mejor de lo que yo lo había hecho después de tanto practicar. Me abracé a mi peluche favorito al tiempo que la observaba fascinado. Quería que me enseñara, que me dijera su secreto al oído. En su lugar, fue ella la que alzó la vista hacia mí y siguió hablando.

—¿Qué es eso?

—Un pingüino. —Lo achuché aún más. Ya casi tenía el pico doblado entre mis dedos—. Se llama Alitas, es mi mejor amigo desde que nací.

—Yo también tengo uno —murmuró—. Es un león.

—¡Oh! ¡Un león, qué guay! ¿Y dónde está? ¿Te lo has traído?

Gala negó con la cabeza.

—Se me ha olvidado en España.

Tardé un segundo en levantarme de mi asiento.

—Pues vamos a por él.

—Es que… —Jugó con sus dedos—. Habría que coger un avión. Mi casa está muy lejos.

—¿Cuánto?

—Un montón. Como a un millón de años de distancia.

No sabía mucho de números, pero eso no sonaba muy bien.

—Puedo decirle a Kevin que nos lleve en avión. Es mi hermano mayor, está jugando ahí fuera. Es súper fuerte, te lo prometo. Y muy listo. Seguro que sabe llevarnos hasta allí. Ven, vamos.

Le tendí mi mano, pero ella no me la cogió. Descubrí que estaba triste desde el momento en que se mordió el labio para reprimir un puchero. No la había visto sonreír desde que llegó, pero no quise darle mucha importancia. Yo siempre estaba sonriendo, o al menos eso decía mi madre, pero entendía que no todo el mundo era así. Me pregunté cuál sería la razón para que estuviera a punto de echarse a llorar. Por aquel entonces nadie me explicó lo que supuso la separación de sus padres. Era un crío, al fin y al cabo. Tampoco podría haber hecho nada al respecto. Pero ahora Gala tendría que estar lejos de su madre durante todo un verano y, después, dejaría de ver a su padre. Su vida estaba patas arriba, pero a mí me pareció la oportunidad perfecta para hacer una amiga nueva. Una que se quedara conmigo en el interior del restaurante y no se fuera a jugar sin esperarme.

Gala se sentía sola. No fue esa la conclusión a la que llegué de primeras, pero sí se me ocurrió que tener a un amigo a su lado le sería de gran ayuda. Seguro que estaba triste por su león. De hecho, mi cabeza infantil e inmadura se convenció de que aquel debía ser el único motivo. Si a mí se me hubiera olvidado Alitas a un millón de años de distancia, no sé qué habría hecho. Llorar mucho, seguramente.

Entonces se me encendió la bombilla.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál? —La pequeña se sorbió la nariz.

—Te prestaré a Alitas hasta que recuperes a tu león. —Nada me daba tanto miedo como separarme de mi mejor amigo, pero hubo algo dentro de mí, una chispa que se encendió al verla, que no pudo evitar preferir su sufrimiento al de ella. La vi titubear, así que proseguí—: Yo ya soy muy mayor. Lo quiero, pero no lo necesito. Toma.

Tuve que insistir un par de veces más para que lo cogiera. Terca desde pequeña.

—Gracias.

Su agradecimiento vino acompañado de una sonrisa tímida. Fue ahí donde descubrí que todo sacrificio merecería la pena con tal de sacarle más de esas.

Gala se aferró al peluche con tanta fuerza que temí que lo fuera a estrangular. Tuve que poner mucho de mi parte con tal de no decir nada al respecto. Luego le acarició la cabeza y comprendí que ella lo cuidaría mejor que nadie, incluso mejor que yo. Mi compañero de aventuras pasaría a manos de la que se convertiría en la persona más importante de mi vida.

—Tengo otra idea.

—¿Otra?

Asentí con la cabeza.

—Podemos ser mejores amigos —le solté sin rodeos—. A veces me aburre que Alitas no sepa hablar y tú eres muy divertida.

—¿Lo soy?

—¡Mucho!

Gala le dio un sorbo a su batido sin contestar. Nuestros pies chocaban constantemente al balancear debajo de la mesa y mi corazón se desbocó a la espera de una respuesta que nunca llegó en realidad.

—Nunca he tenido un mejor amigo —admitió.

—Yo tampoco.

Volvió a callarse, pero no hizo falta que dijera nada más. Había algo en ella, algo oculto que relucía en sus pupilas y que se materializó en esa sonrisa menos comedida que me dedicó justo después. No estaba acostumbrado a esa forma de brillar, pero me

resultó tan atrayente que, aun siendo un renacuajo que ni siquiera sabía escribir la «k», me hizo ser consciente de que nunca volvería a ser el mismo.

Luego hicimos historia.

…

El presente me desborda como un cubo de agua fría. A veces no es un lugar lo que te provoca nostalgia, sino una persona. Y Gala siempre me ha provocado añoranza incluso estando delante de ella. La echo de menos. La echo tanto de menos que siento cómo el hueco que ha dejado vacío en mi interior escuece al respirar. Me muerdo el labio para reprimir un puchero y pestañeo un par de veces para disipar las lágrimas que amenazan con dar la cara en cuestión de segundos. *No me mires así, por favor. No me mires como si no hubiera pasado el tiempo*. Pero Gala no aparta sus ojos de mí. No me da ese gusto. Así que soy yo el que acaba rompiendo el contacto visual y vuelvo a centrar mi atención en el cielo. Las estrellas no lloran, ni siquiera tienen sentimientos, pero noto que tragan saliva. A la Osa Mayor se le escapa un quejido y Casiopea busca una nube tras la que esconderse.

—¿Tú puedes dormir? —me pregunta rompiendo el silencio.

Niego con la cabeza.

—Yo tampoco.

Me encojo de hombros. Gala vacila antes de acercarse un poco más a mí.

—Es por mi culpa, ¿verdad? —Así, sin rodeos. Sin anestesia—. Por eso estás aquí.

Suelto aire por la nariz y me guardo las manos en los bolsillos. No hace frío, pero estoy temblando. No quiero que note que estoy temblando. Cierro los ojos y veo azul. El azul oscuro del cielo, el azul claro del lago. El azul de su vestido el primer día que nos conocimos. Azul. Azul. Azul. Qué color tan bonito y cuánto me ha cambiado la vida.

—¿Ves esas estrellas de allí? Las que están tan cerca de aquella nube. —Señalo al firmamento con el dedo en vez de ser valiente y contestar a su pregunta. Ella alza la mirada al cielo y, aturdida,

asiente—. Forman una constelación. Casiopea. Nunca antes la había visto tan nítida como ahora y eso que está nublado.

—No la conocía.

—Dicen que representa al amor —explico. No sé si le importa o no, pero no quiero parar de hablar—. Y ahí están la Osa Mayor, Orión y Andrómeda. ¿Conoces esas?

—No.

Se me escapa una sonrisa.

—Según la mitología, Andrómeda se enamoró de Perseo, que era un jinete que estaba a punto de salvarla de una maldición, nada más mirarlo a los ojos. ¿Sabes cuánto tuvieron que luchar para estar juntos? Mucho. Muchísimo tiempo.

—¿Como un millón de años?

Contengo el aliento.

—Como un millón de años —le confirmo con un nudo en el pecho —. Aunque lo importante es que lo consiguieron. Les costó, pero lo consiguieron. Fue Atenea quien los colocó ahí, en el cielo, para que no tuvieran que separarse nunca más.

Gala deja de mirar a las constelaciones para observarme.

—¿Antes sabías tanto sobre estrellas?

No hasta que perdí a la mía.

Me encojo de hombros en vez de ser sincero. Un paso más por su parte y estoy perdido. Mis ojos me traicionan y se centran en la chica a cuyo pelo lo mece la brisa. El viento la acaricia como a mí me gustaría, el cielo la mira sin miedo. No hay estrella, constelación o galaxia que brille tanto. Aun siendo infinito, el universo no guarda nada que pueda compararse con ella. Si Gala fuera Andrómeda y yo Perseo nos faltaría firmamento para que el destino pudiera pagar su deuda. Jamás podrá hacerse justicia.

—Deberíamos volver dentro —digo por fin. Sé que no es la respuesta que esperaba, pero Gala asiente de todas formas.

Estamos cansados de llevarnos la contraria.

La casa yace en silencio cuando todos sus habitantes duermen. Intento caminar con sigilo hacia las escaleras, con cuidado de no tropezar con ningún mueble, cuando Gala se queda quieta frente al sofá y opta por no seguirme.

—¿Qué haces? —susurro.

—Naisha está durmiendo en mi cama. —Oír su nombre me estremece—. Así que me quedaré en el sofá.

Eso sí que no me lo esperaba.

—Tengo una idea.

—¿Cuál? —Se muerde el interior de la mejilla.

—¿Por qué no subes a mi habitación? Deja que yo me quede aquí.

—Pero, Kyle…

—No creo que pueda conciliar el sueño. Es mejor que lo intentes tú.

Tengo que insistir un par de veces más para que acepte mi oferta y se vaya. Terca incluso ahora.

Me acomodo en el sofá con los músculos tensos y la idea de que esta va a ser una noche larga. Cierro los párpados, pero no sirve de mucho. Estoy tan cansado que incluso intentar dormir me supone un esfuerzo. Me remuevo entre los cojines sin éxito. Entonces creo escuchar unos pasos. Abro un ojo, después el otro. ¿Me he dormido y estoy sonámbulo? Porque Gala ha vuelto y me está mirando.

—¿Gala? —pronuncio su nombre como si fuera un espejismo—. ¿Qué haces? ¿Por qué no…?

—Ya te he dicho que voy a dormir aquí. No puedo hacerlo sin esto.

Alitas. Está abrazando a Alitas. Mierda, me voy a poner a llorar. Pestañeo, pero esta vez no puedo controlarlo. Una lágrima se oculta entre la oscuridad mientras me recorre la mejilla.

—Lo sigues teniendo…

No es una pregunta, sino una afirmación.

—Todavía no soy lo suficiente mayor como para deshacerme de él —murmura—. No creo que lo sea nunca.

Y no respondo, pero no hace falta que diga nada más. Sigue habiendo algo en ella, algo que reluce en sus pupilas y que se materializa en esa sonrisa que me dedica justo después. Llevaba demasiado tiempo sin ver esa forma tan suya de brillar que me hizo consciente de que nunca volvería a ser el mismo. De hecho, nunca he vuelto a serlo.

Después la abrazo y reescribimos la historia.

Capítulo 22
Gala

Me despierto, como tantas otras veces, con el sonido de un trueno. Me levanto antes de ser plenamente consciente de dónde me encuentro. Alitas cae a mis pies y es entonces cuando mi mirada se dirige a la figura que yace sobre el sofá. El sueño de Kyle es imperturbable. Sus labios están ligeramente entreabiertos y varios mechones claros caen sobre su frente. Extiendo los dedos para apartárselos cuando otro trueno rompe el silencio. Me estremezco y, acto seguido, me rodeo con los brazos en busca de calor. Si fueran otros tiempos despertaría a Kyle. Él me diría que es solo una tormenta, algo tan natural como el aleteo de una mariposa.

Pero no son otros tiempos, no debo confundirme. Por mucho que Kyle y yo tuviéramos una especie de acercamiento anoche, eso no significa que volvamos a ser mejores amigos. Fui yo quien besó a Naisha no una, sino dos veces. Fui yo la que lo estropeó todo hace dos años y la que lo ha vuelto a estropear todo ahora. Todo lo que toco se derrumba como castillos de arena.

Así pues, a pesar del miedo que me invade, me alejo de Kyle y me enfrento a lo que hay más allá de la ventana. Dentro de la casa todo está a oscuras, pero el exterior es un espectáculo de luces. Los relámpagos parten la noche en dos y ya no queda rastro alguno de las constelaciones que me enseñaba Kyle. Si yo fuera un poco más Andrómeda ya le habría confesado lo que siento a mi propio Perseo. Ahora el cielo es de una negrura infinita, como un agujero negro donde caen todos los sueños, las esperanzas, lo que sea que nos mueve en esta vida… Como lo que siento en el centro del pecho.

Tiemblo. No puedo evitarlo. Me alejo de la ventana con el siguiente rayo, trastabillando como una cría ante su peor pesadilla. Solo sé que el sonido es muy fuerte, insoportable, y tengo que salir corriendo. No sé a dónde, no sé cómo. Cierro los ojos.

—¿Gala?

Una mano me roza el brazo. Me giro con brusquedad para toparme con Kyle. Sus ojos se abren y en ellos me encuentro con un

mar de posibilidades. Su imagen lo eclipsa todo, aunque no sé qué es peor: la agonía de no encontrar la salida o los remordimientos al saber que te has equivocado.

—Gala —vuelve a repetir, esta vez en un susurro.

—Kyle…

Nos perdemos en la mirada del otro durante lo que pueden ser segundos u horas. Los latidos de mi corazón opacan los truenos, los ojos de Kyle desdibujan los relámpagos.

—Recuerdo que te daban miedo las tormentas —dice pausado.

Asiento. Pase el tiempo que pase, al ver un rayo seguiré convirtiéndome en esa niña asustadiza que, en el fondo, aún habita en mí. Esa tormenta de verano que azotó Londres cuando solo tenía seis años. Las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, redondas como uvas, mientras llamaba a mi madre. Las caricias de mi padre, un «todo irá bien» susurrado al oído. Yo, abrazando a Alitas porque me había olvidado a mi león en España y necesitaba aferrarme a algo, lo que fuera. En el fondo, esa chispa que hay en mí no es más que miedo.

Kyle me envuelve en sus brazos. Me siento como una versión diferente de esa niña, como cuando has estado todo el día fuera y al llegar a tu casa te inunda una calma arrolladora. Apoyo la mejilla en su pecho, tal y como solíamos hacer. Siento su latido constante, imperturbable, mientras desliza los dedos por mi pelo. Por un momento solo existimos él y yo, y es todo lo que necesito. Como cuando era pequeña, Kyle es la única persona que entiende cada una de mis locuras y está dispuesto a vivirlas conmigo. También es el único que, al caer al vacío, es capaz de volver a darme alas.

La magia se esfuma en cuanto rompe el abrazo.

—Lo siento por causarte tantos problemas —musito derrotada.

Hay palabras que se omiten. *Por herirte en el pasado y hurgar en la herida en el presente*.

—No me causas ningún problema. —Una sonrisa se extiende por sus labios, como el Kyle que era antes, ese niño que buscó todas las maneras posibles de alegrarme en mi primer verano en Londres—. ¿Estás bien?

Todo lo bien que puedo. Muevo la cabeza a modo de afirmación. Kyle no responde y, francamente, yo tampoco sé qué decir. Hemos vivido tanto juntos que solían sobrarnos las palabras para entendernos. Ahora, en cambio, no consigo descifrar su mirada. Pienso en Perseo, en el peluche que compartimos, en los labios de Kyle entreabiertos…

—Fue un error. —Kyle arquea las cejas con expresión interrogante —. Para empezar, nunca debimos haber jugado a esa tontería de verdad o atrevimiento, pero el error fue haber besado a Naisha. No sé qué me poseyó.

La ira, como siempre. Él se rasca la nuca con incomodidad, sin saber qué decir.

—Y… —Si no digo esto ahora, no lo diré nunca. Trago saliva—. Nos hemos besado otra vez. Antes. En mi habitación.

—Oh.

Oh. No sé cómo mirarlo a la cara, no puedo enfrentarme a la decepción. Nunca he podido hacerlo. Aún así, me imagino su rostro. El ceño ligeramente fruncido, los ojos entornados en un intento de ocultar el dolor que le he causado. Que siempre le causo.

En verdad, Kyle siempre ha sido más valiente que yo, porque pregunta:

—¿Te gusta Naisha? —Su tono es apenas un susurro, como si temiera alzar la voz para hacerlo real.

Aprieto los labios. Sigo sin poder mirarlo.

—No. —Es la única certeza que tengo en este mundo. Es guapa, sí, y en cualquier otro momento me liaría con ella. *¿A quién quiero engañar? Solo me liaría con ella si Kyle no existiera en este mundo* —. No es ella quien me gusta. Yo… —Carraspeo—. Ya sabes que siempre actúo por impulsos. No digo que esté bien, ojalá no fuera así…

Me siento tan estúpida, *tan* perdida, que no puedo hacer otra cosa que dar un paso hacia Kyle. Él siempre ha sido mi guía, mi norte. No puedo perderlo de nuevo y, para bien o para mal, eso conlleva no cruzar el límite en el que tantas veces hemos danzado. No soltar ese «bésame» que lleva días atorado en mi garganta.

Hoy la chispa me abandona por completo, no queda ni un ápice de rabia en mi cuerpo, así que me obligo a prender otra mecha. Hoy quiero encender una vela entre tanta oscuridad.

—Me arrepiento de ello —confieso con voz trémula—, pero más me arrepiento de todo lo que ha pasado entre nosotros. Sé que la culpa siempre ha sido mía, que te he acusado de cosas de las que no estoy orgullosa solo para ocultar mis mayores miedos. La más cobarde de los dos soy yo, no tiene sentido negarlo.

El rostro del chico se congela. Supongo que no se lo esperaba, como tampoco lo hacía yo. Parece que es una noche de confesiones.

—Y entiendo que no vamos a volver a ser los que éramos. Ni en un millón de años, ¿verdad? —Me sorbo la nariz. A este ritmo, soy más agua que fuego. Más cercana de lo que nunca habría imaginado a esa tormenta que nos rodea—. Pero… pero quiero estar en tu vida y que tú estés en la mía, de la forma que sea.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Cuando me mira con esos ojos tan abiertos quiero besarlo más de lo que quería con Naisha. Llevo años deseándolo. Si Kyle conoce tanto acerca del universo tiene que saber la fuerza de la gravedad que su cuerpo ejerce sobre el mío. Sin embargo, no me cabe duda de que es imposible. El daño ya está hecho y el rencor no se olvida fácilmente.

Entonces, para mi sorpresa, el gesto de Kyle se suaviza. No es del todo aquel chico que me regaló su peluche, pero tampoco la persona gris que llegó a Bibury. Leo la esperanza en su mirada.

—De acuerdo.

Le tiendo la mano y me la estrecha. «Esto es lo mejor para todos», intento convencerme.

—Parece que la tormenta ya ha amainado —anuncia él.

Miro hacia la ventana, donde se concentran multitud de gotitas formando un mosaico. Una vez más, Kyle ha sabido calmarme. Esbozo una sonrisa triste. Tal vez no sea lo que siempre he soñado, pero esta nueva amistad es mejor que no tenerlo en absoluto.

…

Esta vez me despiertan unas voces. Al principio no abro los ojos, tan solo me limito a escuchar los susurros.

—¡Atención, atención! —Creo distinguir la voz de Tom—. ¡Venid todos, urgente!

—¿Creéis que…? —Me parece que habla Rebecca.

—Que va, para nada —responde el chico—. No tiene pinta. Además, a Kyle le gusta otra persona de la casa.

Si no me equivoco, esa tos angustiada debe de ser de Candy. Me la imagino roja como un tomate, esquivando las miradas de los demás. Pero ¿qué…?

Mis manos caen sobre algo duro: el pecho de Kyle. Mis piernas están enredadas con las suyas, mi cara enterrada en su cuello. Si alguno de los presentes se acerca un poco más escuchará los latidos acelerados de mi corazón. No sé cuánto tiempo llevamos durmiendo, pero ha sido la noche en la que más he descansado desde que estoy aquí. Todo por *él*.

Y ahora este momento mágico se ha resquebrajado. No quiero ni pensar la cara que debe de tener Candy. Justo ahora que comenzábamos una amistad, o eso creo, me descubre enredada con el chico que le gusta. *Un día tranquilo, tan solo pido eso*.

—Puede que ambos se hayan desmayado casualmente en el sofá juntos —sugiere Candy y, por su tono de voz, sé que ni ella se lo cree.

—Sí, no te jode —interviene Dennis—. Lo que les ha pasado es que se han fumado un porro del tamaño de la casa. Seguro que se lo ha pasado el Bart ese.

—¿Y por qué no les dejamos dormir? Parecen cansados —Esa tiene que ser Maude.

—¡Ya sé! —Tom da una palmada y todos le mandan bajar la voz —. Les ha caído un rayo.

—Mira, chavalín, te digo lo que ha ocurrido. —*Oh, no. Alerta, Frank, ¡que alguien lo detenga!* Aprieto los párpados—. Clara y Ken se han sentido inspirados por mis escritos, lógicamente, y han caído presos de sus deseos carnales. No se puede controlar la pasión.

—Se llaman Gala y Kyle… —musita Candy—. Además, ¡seguro que no es eso! Menuda tontería, ¿eh? —Suelta una risita nerviosa—. Seamos racionales, es evidente que es lo del desmayo.

Oigo un bufido seguido de unos pasos apresurados. Segundos después, la puerta se cierra.

—Joder, vaya humos con la becaria —suelta Rebecca.

Mierda, Naisha. ¿Es que no puedo mantener una amistad durante más de cinco minutos? Me levanto del sofá prácticamente volando sin que les dé tiempo a los demás a decir palabra. Salgo a la parte delantera de la casa descalza, pero por suerte Naisha todavía no se ha subido al coche. Viste la misma ropa que ayer y se ha recogido el cabello en un moño, como quien padece una resaca. Corro a su encuentro, interponiendo mi mano entre ella y la puerta del vehículo.

—Espera.

Me mira de arriba abajo con gesto adusto. Bien, me lo merezco.

—¿Querías algo?

—Yo solo…

Su expresión inescrutable nos aleja la una de la otra, como si nada de lo que ocurrió anoche hubiese sucedido de verdad. Todo es culpa mía. Por dejarme llevar, por jugar con ella. Lo menos que puedo hacer es disculparme, aunque dudo que solucione algo. Pero no importa, porque no busco su perdón, sino hacerle saber a las personas que me han tratado bien que me arrepiento. Aunque mis actos nos alejen de por vida, necesito que entiendan que, en el fondo, nunca pretendí hacerles daño.

—Lo siento. Lo que hice estuvo mal. Luego decimos de los hombres y su responsabilidad afectiva. —Suelto una risita que, al menos, consigue que Naisha curve los labios—. No hace falta que me perdones, yo no lo haría. Voy por la vida dando tumbos y no me paro a pensar en las consecuencias de mis actos. Soy egoísta, descerebrada e impulsiva. Solo espero que encuentres a una persona mejor que yo, porque te la mereces.

Naisha termina de formar una sonrisa con la que se desvanece la tensión del ambiente.

—Suenas al chico peligroso de una película mala. «No te *putopilles*, estoy roto por dentro» y esas mierdas —bromea, imitando una voz grave—. No pasa nada, no es el fin del mundo. ¿Que me apetecía liarme con alguien? Sí. ¿Que me parece que estás

buenísima y, además, eres la persona más divertida que conozco? También. Puede que me vaya un poco el riesgo, pero me van las chicas egoístas, descerebradas e impulsivas. Pero acepto tu disculpa, creo que necesitaba oír algo así. —Se encoge de hombros—. Es Kyle, ¿no?

Permanezco inmóvil, pues no sé si he entendido la pregunta. O si quiero entenderla.

—La otra persona, ya sabes. ¿Es Kyle?

—Sí.

Naisha asiente, resolutiva, y de pronto me siento más ligera. No me hace ninguna pregunta más, sino que se abre paso para entrar en el coche y arranca el motor. Cuando baja la ventanilla para despedirse suena una canción de Ateez, así que sonrío.

—Siempre puedes intentarlo con Hong Joong —propongo.

—No sé si es más difícil por el hecho de que yo sea lesbiana o porque probablemente no lo vaya a conocer en mi vida.

—Está claro que lo segundo.

—Desde luego —coincide divertida.

Me observa una última vez con la sonrisa todavía pintada en sus labios.

—Nos vemos la semana que viene. Y, Gala, una cosa más… —Me inclino hacia ella, expectante. ¿Es ahora cuando me expulsa del retiro?—. Qué ciega estás.

En cuanto pronuncia esas palabras el coche empieza a moverse y en cuestión de segundos lo veo perderse entre los árboles. Repito su última frase una y otra vez, llena de dudas. ¿Ciega? Que yo sepa, la última vez que fui al oculista me dijo que tenía una vista excelente. ¡Y vaya si la tengo! No hace falta ser un lince para ver lo evidente en esta casa: Candy está pilladísima de Kyle y él le corresponde, ese es el único romance que se cocerá en Bibury.

En cuanto pongo un pie dentro recuerdo la situación con la que me desperté. Candy, Tom y Rebecca todavía siguen en el salón, contemplando a un Kyle dormido, mientras que los demás ya no están. Rebecca es la primera en fijarse en mí.

—Vaya, vaya —dice con picardía—. ¿Cómo habéis acabado Kyle y tú durmiendo en el sofá?

Mis ojos se detienen en Candy, quien se muerde el labio aguardando una explicación. La veo tan inocente, tan pura, que se me parte el alma de siquiera pensar en hacerle daño. Pienso en nuestra sesión de manicura de anoche y en lo feliz que parecía al ser por fin amigas. ¿De verdad quiero perder eso?

—Me dan miedo las tormentas —admito, a lo que Rebecca arruga la frente—. Kyle tampoco podía dormir y me estuvo tranquilizando.

En realidad, no es ninguna mentira. No pasó nada entre Kyle y yo ni lo hará en un futuro.

—Ya…

—Si Gala dice que fue eso, es que fue eso —me defiende Candy y el brillo en su mirada, esa esperanza que solo posee ella, me estruja el corazón—. No tiene ningún motivo para mentirnos.

Juraría que la chica está a punto de añadir un «¿no?» al final de la frase, pero no lo hace.

—Pero ¿entonces os alcanzó un rayo? —inquiere Tom, a lo que no puedo hacer otra cosa que observarle de hito en hito.

—¿Y qué pasó con Naisha? —insiste Rebecca, ansiosa por tener algún cotilleo del que hablar.

—Nada y punto —zanjo—. ¿Desayunamos?

A pesar de su evidente disgusto, Rebecca acepta. Nos dirigimos a la cocina, pero antes de entrar le echo un vistazo rápido a Kyle. No he mentido —no con esto— y, sin embargo, me siento tan culpable como si lo hubiera hecho.

Capítulo 23
Kyle

Hay una estrella con mi nombre en el paseo de la vergüenza que reluce con descaro. No solo es que me haya despertado hace escasos minutos para darme cuenta de que todo el mundo en esta casa me ha visto durmiendo en el sofá, es que también saben que no lo he hecho solo. El codazo sugerente de Frank, las miradas sospechosas de Tom… Todos tienen pintado en la cara con rotulador permanente: «Hemos visto a Gala y Kyle durmiendo juntos». ¿Se puede ser menos disimulados? O lo que es peor, ¿se puede ser más pringado? ¿Qué he hecho para merecer esto?

No puedo disfrutar ni un segundo de mi tregua con Gala porque ahora, después de lo de anoche, estamos en el punto de mira. Si me acerco a ella, lo comentan en susurros. Si la observo más de la cuenta, me arriesgo a que se monten un peliculón de sobremesa sobre nosotros. La cabeza de un escritor es todo un mundo y, si a eso le sumas que ya llevamos bastantes días encerrados entre estas cuatro paredes, la imaginación deja de tener límites. Y si no que me lo digan a mí, que ya tengo la secuela pensada.

Devoro una tostada de aguacate mientras intento pasar desapercibido. Todos los demás ya han desayunado, pero no soy el único que está en la cocina. No, claro que no. Aquí la privacidad brilla por su ausencia. Gala ha sido lista y ha huido a su habitación en cuanto ha podido. Me siento un cervatillo frente a una manada de leones. Frank no deja de mirarme en ningún momento. Es como si se hubiera quedado prendado de mi forma de masticar. ¿Será que tiene telepatía y me está leyendo la mente? En ese caso… *Métete en tus asuntos, Frank.* Pero no reacciona, ni siquiera pestañea. Qué mal rollo, colega.

Luego está Rebecca, que no para de deslizar la pantalla de su teléfono con el ceño fruncido. Busca y busca, pero no parece encontrar nada. Suelta un resoplido exasperado. A mí me parece que alguien se ha levantado con mal pie.

—No lo entiendo —dice, más para sí misma que para mí. El problema es que me tiene enfrente y puedo escucharla a la perfección—. Es que no lo entiendo. —Después alza el mentón y me mira. Si las miradas mataran… En fin, yo ya llevaría siglos muerto. Justo al ladito de Shakespeare—. Tú.

Tengo la audacia de girar el cuello, fingiendo que no sé a quién se dirige. Cuando no veo a nadie detrás de mí, no me queda otra que señalarme. Dejo de masticar la tostada, no vaya a ser que me atragante.

—Sí, tú. No te hagas el tonto, Kyle. ¿Me puedes explicar cómo has conseguido esto?

Entonces me enseña su teléfono y doy gracias por haber sido precavido justo en el momento en que empiezo a toser. Es mi cuenta de Instagram, que ahora tiene más seguidores de los que soy capaz de procesar. Tres ceros, cuatro dígitos. Lo nunca visto. Ni siquiera me da tiempo a que se me desencaje la mandíbula porque pasa a mostrarme el perfil de Gala. Ella tiene incluso más.

—Pero… ¿qué? —balbuceo—. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Qué?

Llevo con el móvil en modo avión desde que me agobié con tanto comentario, así que no era consciente de lo mucho que han crecido mis redes sociales desde entonces.

Y ahora quiero morirme.

—Eso mismo me pregunto yo —confiesa. Parece… ¿derrotada?—. ¿Sabes cuántos vídeos subo al día desde que llegué aquí? Cinco. Ni más ni menos. Cin-co. Y no solo los grabo, también los edito. Dedico más tiempo a publicar que a escribir. ¿A que no adivinas la cantidad de seguidores que me han subido desde entonces?

Me encojo de hombros. Por saber, tampoco sé por qué me está preguntando esto.

—Quinientos. ¡Solo! —exclama. Tiene pinta de que en cualquier momento se va a poner a chillar y a tirarse del pelo—. Mientras que Gala y tú estáis triunfando sin subir una puta mierda, yo solo he ganado quinientos seguidores. Es que es para llorar.

—¿Lo es?

Sus ojos me acaban de volver a asesinar. Tengo miedo.

—¡Por supuesto que lo es, pedazo de zoquete! ¡Vivo de eso! ¡Soy *influencer*!

—¿Y yo qué culpa tengo? —No lo pregunto como un reproche, sino con verdadera curiosidad—. ¿Qué es lo que he hecho para que tanta gente…?

La chica me interrumpe.

—Interesar —grazna—. Eso es lo que habéis hecho. A la gente le gusta un buen drama y vosotros se lo habéis dado.

—Solo hemos subido una foto cada uno.

—Las suficientes para que las redes se prendan. ¿Sabes lo que cuesta conseguir eso? Años de trabajo. ¿Me escuchas? ¡Años! Y súmale todo el esfuerzo que hay detrás. —Por la forma en que sacude la cabeza y sus mejillas se encienden, descubro que no solo está enfadada. Está desesperada, como si toda su carrera estuviera pendiendo de un hilo. Después baja la voz, pero sigo escuchándola. Lo que dice a continuación me hace sentir una pizca de remordimiento por ella. Como si esto también fuera mi culpa—: Mi hermana me va a matar.

Me muerdo el interior de la mejilla. Es la primera vez que tengo una conversación a solas con esta chica —quitando el hecho de que Frank sigue mirándome como un pasmarote—, así que no sé muy bien cómo dirigirme a ella. Además, tampoco es que sea una persona muy accesible. Desde que llegamos al retiro, no ha querido estrechar lazos con ninguno, y ya ni hablar de la forma en que ha tratado a Gala. Pero ahora… Ahora parece frágil. Alguien que esconde algo más allá de lo que muestra. Creo que puedo verme reflejado en ella y su coraza.

—Rebecca…

—¿Qué?

—Lo siento —le digo. No se me ocurre nada más—. Por haber acaparado la atención. No era lo que pretendíamos. Si necesitas ayuda con algo…

Juraría que su expresión se ablanda. No dura mucho.

—No. Ya habéis hecho suficiente. —Dicho pues, desaparece al cruzar el umbral de la puerta, dejándonos solos al bigotudo y a mí.

¿Y tú qué miras tanto?

No. Definitivamente no tiene telepatía.

…

Rebecca tenía razón. He recibido un sinfín de mensajes de desconocidos, tantos que mi teléfono casi explota al quitar el modo avión. El aparato, que arde entre mis manos, no da a basto con todos los comentarios. Me abruman. Por supuesto que me abruman. Sobre todo cuando descubro que son los únicos que se han acordado de mí. Mi familia no ha intentado contactar conmigo. Ni una llamada, ni siquiera un WhatsApp. Lo último que les dije es que necesitaba concentrarme para escribir, pero esperaba que se acordaran de mí. Aunque sea un poquito. Sentado en mi cama, navego por el chat que comparto con mis hermanos como si me fueran a mandar un mensaje por arte de magia. No lo hacen.

Ahí es cuando empieza el agobio.

Enciendo el ordenador y me pongo los auriculares. Busco la canción perfecta en mi lista de música antigua y coloco los dedos sobre el teclado. *Venga, Kyle. Demuéstrales que estás aquí por algo.* Asiento, decidido, y carraspeo como lo hace un cantante a punto de dar su mejor concierto. Pero no puedo. No puedo hacerlo. Creo que hay algo que me da más miedo que las páginas en blanco, y son las páginas escritas. Las que están escritas por mí.

No tengo ni un ápice de inspiración. Estoy vacío por dentro, tan vacío que ya no puedo controlarlo. Pienso, pero no se me ocurre nada. Escribo, pero no son palabras. Aporreo las teclas con rabia. *¿Por qué?*, me pregunto. *¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?* ¿Por qué no puedo ser tan listo como Kevin? ¿Por qué no puedo ser tan valiente como Kayden? ¿Por qué paso tan desapercibido? ¿Por qué lo único que interesa de mí es a quién tengo a mi lado?

Empiezo a hiperventilar cuando caigo en la cuenta de que, en realidad, ese es justo el problema. Nunca he sido escritor por mí mismo, al igual que nunca he sido nada más que el hijo de en medio. Siempre dependiendo de alguien, siempre a la sombra. El chico olvidado, el que nunca sobresale. Y es que jamás he sido Kyle a secas. Siempre he sido Kyle, el hijo de los Walker. Kyle, el mejor amigo de Gala. Kyle, el hermano menor de Kevin. Kyle, el hermano

mayor de Kayden. Kyle, el que sale en esa foto con Candy. ¿Cómo es que aún no he olvidado mi nombre?

Cierro el ordenador de un golpe. Ya está. He llegado a mi límite. Entierro la cabeza en mis rodillas y me dejo llevar. Lloro. Lloro de rabia, también de pena. Lloro por lo que podría haber sido y por lo que nunca seré. Lloro porque no sé estar solo. Lloro porque no me conozco. Lloro hasta que me escuece la garganta y se me emborrona la vista. Lloro porque no puedo escribir. Lloro porque no me han escrito. Lloro porque otros sí lo han hecho. Lloro, lloro y lloro. Es lo único que estoy consiguiendo hacer sin ayuda.

—¡Se han enterado! —Gala irrumpe en mi habitación como un huracán—. ¡La gente se ha enterado de que hemos dormido juntos!

Me seco las lágrimas con rapidez, casi como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento. El problema es que es demasiado tarde. Gala repara en mis mejillas sonrojadas, pero sobre todo en la irritación de mis ojos.

—Kyle… —pronuncia mi nombre y siento que estoy roto—. Kyle, ¿qué ha pasado? —No duda en acercarse—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza. Me he cansado de ocultarlo.

—No puedo… No puedo seguir con esto.

Capítulo 24
Gala

Tomo aire ante las palabras de Kyle, tan pesadas como la piedra que Sísifo estaba condenado a subir por la montaña por toda la eternidad.

—¿Qué es «esto» exactamente? —pregunto, aunque omito las dudas que me arañan la garganta: *¿No puedes conmigo? Ahora que por fin parece que hemos llegado a una tregua, ¿quieres volver a convertirnos en tormenta?* Hago acopio de todo mi valor para añadir —: Dímelo.

Pero, por supuesto, sigo callándome demasiadas cosas: *Dime que lo de anoche significó tanto para ti como para mí. Dime que en el lago tenías tantas ganas de besarte como yo. Dime que puedes seguir a mi lado, porque perderte de nuevo terminaría de arruinarme*. Sin embargo, Kyle me toma por sorpresa.

—¿Y si no sirvo para esto, Gala? —Se le corta la voz.

—¿Para escribir?

¿O para darnos otra oportunidad? Se seca las lágrimas, lo que me hace reparar en las marcadas ojeras que adornan su mirada. Con cuidado, rodeo su muñeca con la mano para apartársela y poder ver su expresión sin obstáculos. Está agotado, tanto física como psicológicamente. ¿Dónde está mi Kyle de sonrisas amables? ¿El Kyle que siempre tenía una idea para solucionarlo todo?

—No lo sé. ¿Qué hago aquí? —Cuando clava los ojos en mí, mi corazón grita su nombre. Quiero decirle que sé perfectamente lo que hace: dedicarse a su pasión. Buscar cualquier resquicio de amor por la escritura para insistir un poco más, porque no puede vivir sin ella, como yo tampoco puedo. Seguir escalando la montaña con esa piedra a sabiendas de que, una vez en la cima, esta rodará ladera abajo—. No llevo ni una página escrita, pero ahora todo el mundo parece estar pendiente de mí. Todos menos los que de verdad importan. —Aparta la mirada, compungido—. Si llego al último día del retiro y no tengo novela, ¿en qué me convierte eso? ¿Un escritor fracasado? ¿Un camarero al que ni siquiera necesitan? ¿Un hijo

insuficiente? ¿Un hermano que no tiene demasiado que ofrecer? ¿Un amigo con el que nadie se quedaría?

Sus miedos, tan parecidos a los míos, se me clavan como puñales en las entrañas. El adjetivo «insuficiente» parece un collar pendiendo de mi cuello. Por mucho que me obstine en llegar a la cima de esa montaña, siempre regreso al punto de inicio. He aprendido a aceptar que ese será mi destino. Cuando regrese a España, enviaré currículums a todos los trabajos que desee mi madre. Ganaré un sueldo que me sirva para sobrevivir, me olvidaré de lo que de verdad me llena. Pero ¿Kyle? ¿El chico de mirada soñadora e ideas mágicas? No puede sucumbir también a eso. Si uno de los dos debe prosperar, ese es él.

Sus hombros suben y bajan muy despacio. Mi mano todavía aprieta su muñeca y, a pesar de los nervios, decido entrelazar nuestros dedos como solíamos hacer. Es un gesto sumamente sencillo que, sin embargo, encierra un profundo significado para ambos. Un «estoy aquí, no me voy a ir».

—Kyle, mírame. —Como no lo hace, acuno sus mejillas con las manos. La ligera barba de varios días me hace cosquillas en las yemas. Su mirada me recuerda al sonido de los truenos, al fulgor de los rayos—. Pues claro que puedes, pero no siempre vas a estar al cien por cien. Vas a tener altibajos, porque eres humano.

«Díselo a la Gala de veintidós años que volvió a España sin esperanza alguna —me recuerdo con pesar—. Esa que no se permitía ni un solo fallo porque, sin su mayor pilar al lado, tenía que demostrarse que podía sola».

—Si estás en el retiro es porque algo en ti ansiaba retomar tu sueño. —*Y algo en mí también*. Aunque no crea en el destino, siento que nuestra pasión nos ha traído hasta aquí por algo. Deslizo la mano hasta colocarla justo sobre su corazón. *Bum, bum. Bum, bum* —. No puedes dejarlo ir.

En realidad, desearía pronunciar otras palabras: «No quiero que me dejes ir». Porque decirle adiós a Kyle significó abandonar la escritura. Porque, de abandonar ahora la escritura, significaría volver a decirle adiós a Kyle. *Bum, bum*. Nuestros corazones laten al compás.

—¿Te acuerdas de cuando empezamos a escribir juntos? —susurro.

Deja escapar una risa. Cubre mi mano con la suya, que parece arder, pero no puedo alejarme de él. En el fondo, nunca he sabido hacerlo.

—Se me daba fatal escribir la «k». —Sonrío al recordar esa libreta azul que llevaba a todos lados—. Y a ti se te daba tan bien escribir.

Ruedo los ojos.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es —protesta como si todavía fuera ese niño.

Me muerdo el interior de la mejilla. A día de hoy sigo sin entender cómo Kyle veía tantas cosas buenas en mí cuando no le he dado más que razones para huir. Él siempre encuentra el lado bueno de todas las situaciones, incluso las más oscuras. Quizá es por eso que me descubrió la escritura como forma de lidiar con las emociones.

—¿Recuerdas nuestras primeras obras «serias»? —Hago comillas con los dedos.

—Tú estabas escribiendo un *fanfic* de BTS —explica con una sonrisa ladeada—. Yo estaba escribiendo una novela terrible que era sospechosamente parecida a *Crepúsculo*, como si fuera Dennis.

—La originalidad es lo nuestro —bromeo.

—Y entonces me dijiste que te gustaba, que podrías dedicarte a ello. —Contengo la respiración, rememorando aquel instante tan preciado—. Pero no sabías cómo crear una historia de cero, así que yo te di una idea. Esa idea se convirtió en una servilleta llena de personajes y tramas y, más tarde, en un borrador.

Sé que esa novela no era una maravilla, pero fue lo primero que llamamos «nuestro». Lo primero que escribimos a cuatro manos, pasando noches en vela leyendo el capítulo de la otra persona y chillando de emoción. Fue lo que me enseñó que había mucho más dentro de mí de lo que podía imaginar. Pero, sobre todo, fue un punto de inflexión en nuestra amistad, porque hasta entonces habíamos sido mejores amigos, pero a partir de ese momento nos convertimos en algo mucho más sagrado, inexplicable.

—*La canción de primavera* —digo el nombre de aquel manuscrito.

Él no se mueve. Pronunciar ese título es como romper una norma no escrita. Me estremezco y Kyle aprieta mi mano.

—Y después de esa vinieron muchas otras —prosigo—. Historias llenas de magia y fantasía, pero sobre todo de sueños.

La mirada de Kyle se ensombrece. Trato de comprender qué he dicho mal, pero para cuando lo hago ya es demasiado tarde.

—Tus sueños y los míos eran muy diferentes —replica él.

Sé que ahora mismo estoy sobre un campo de minas. Tengo que medir muy bien mis palabras para conservar al Kyle que se encuentra frente a mí, ya que, de no hacerlo, explotará en mil pedazos.

—Yo sigo creyendo que son iguales.

Bum, bum. De nuevo, encuentro la manera de regresar a aquel día en el que llovía en Londres.

…

Recuerdo que llovía. Piccadilly Circus era una mezcla borrosa de luces, los cláxones de los vehículos superponiéndose unos a otros. El ajetreo londinense seguía tan vivo como siempre: sus habitantes se deslizaban entre la densa lluvia como si no supusiese ningún inconveniente. Lo observaba todo a través de la cristalera de una acogedora cafetería. El té hirviendo me calentaba las manos mientras esperaba a Kyle. Vi pasar varios autobuses rojos hasta que mi mejor amigo bajó de uno de ellos.

Sonreí en el mismo instante en el que Kyle abrió la puerta del local. Una bufanda rodeaba su cuello, acompañada de un gorro que le había regalado hacía un par de Navidades. Sus ojos se iluminaron en cuanto me vio.

—¡Felicidades! —dije a la vez que se sentaba.

—¿No deberías estar en España?

Hice un gesto con la mano para restarle importancia.

—La universidad es lo de menos —repliqué—. ¡Es el cumpleaños de mi mejor amigo!

Kyle sacudió la cabeza sin dar crédito, pero su expresión risueña me demostraba lo feliz que le hacía esto. Cubrió mis manos con las suyas y dejé de tener frío de forma automática. Tal vez fuera él quien emanaba esa sensación cálida, de pertenencia. De hogar.

—Te quiero. Lo sabes, ¿verdad? —dijo en apenas un susurro, como si fuera un secreto entre nosotros.

—Yo más, idiota.

Rio y apretó un poco más mi mano.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—Me voy esta noche. —Me mordí el labio, desilusionada—. Era una oferta, así que cogí el vuelo de ida a las seis de la mañana y el de vuelta a las nueve. De hecho, mi madre no sabe que estoy aquí.

—¿Que no sabe…? Mira, mejor no me lo digas. Eres de lo que no hay.

—Pero te alegras de que esté aquí. —Le guiñé un ojo.

—No sabes cuánto.

Recuerdo que llovía, así como recuerdo que ese preciso momento fue el principio del fin.

Capítulo 25
Kyle

Sucedió en mi cumpleaños, el día que también se convertiría en el aniversario de la mayor pérdida de mi vida. Recuerdo los reproches, las lágrimas contenidas. Recuerdo la culpa, latente y tangible. Y llovía, llovía de tal manera que el cielo parecía estar rompiéndose en dos, igual que mi corazón. Es como si las nubes sí se hubieran permitido llorar por la forma en que nos destrozamos sin quererlo. Sin siquiera haberlo visto venir.

—Eres tan cobarde —me confesó. Parecía que llevaba sabiéndolo un tiempo, pero aquella fue la primera vez que se atrevió a decirlo en voz alta.

No fue lo único a lo que mi alma le dio la razón en silencio, aunque sí lo que se me quedó grabado en la piel hasta día de hoy. ¡Por supuesto que era un cobarde! El mayor de todos, el que se daba la vuelta y huía cuando las cosas se ponían feas. No pude cumplir sus sueños, ¿cómo iba a hacerlo si me daba miedo perseguir los míos? No le confesé lo que sentía por ella, ¿cómo iba a hacerlo si me aterraba un «no» por respuesta? No luché por lo que teníamos, ¿cómo iba a hacerlo si le tenía pavor a no ser suficiente? Así que no luché. No luché una mierda.

—Y tú tan poco realista —contraataqué.

Ahí fue cuando toqué donde no debía. Di en el clavo, justo en el punto exacto en el que la herida que tenía en el pecho no había cicatrizado. No solo la hice más grande, sino también más duradera. Le dejé una marca de por vida. Al igual que ella a mí.

Aquella fue la llama que acabó provocando el incendio. No fue lo único que bastó para hacerla marchar, pero sí lo que supuso un antes y un después en nuestra relación. No volvió después de esa conversación, y ni soplar las velas ni implorar a las estrellas me sirvió para que volviera.

…

«¿No están demasiado… juntos?», murmuró Dennis por la mañana mientras Gala y yo nos hacíamos el desayuno codo con

codo. Tom se encogió de hombros a su lado, cómplice de lo que cree que sabe, pero no reprimió el vistazo que nos echó justo después.

«¿Cómo es que no se están matando?», preguntó Rebecca con retintín, su voz más alta y aguda de lo normal, a mediodía cuando nos sentamos juntos en la mesa dispuestos a comer bajo el yugo de las miradas extrañadas de nuestros compañeros. Frank entrecerró los ojos, su semblante se tiñó de sospecha. Nosotros hicimos como si no la hubiéramos escuchado.

«¿Qué mosca les ha picado? ¿Aquí pican moscas, por cierto?», volvió a insistir Dennis, que no dejaba de prestarnos atención en vez de escribir. En el porche, bebiendo una taza de té, nos quedamos embobados con el líquido humeante del otro y el leve sonido de los soplidos que escapaban de nuestros labios. Candy soltó una risita que disipó algunas dudas. No se dio cuenta, pero se lo agradecí internamente nada más dar el primer sorbo.

Y es que no nos hemos separado el uno del otro después de la crisis que tuve hace dos días. Solo me falta seguir a Gala hasta el baño, pero es que me hace sentir tan bien que soy incapaz de estar lejos de ella. Ya nos dan igual las miradas, incluso esos murmullos que llevan nuestros nombres. Que hablen lo que quieran. Al final, lo único que importa es que estamos juntos sin querer escondernos el uno del otro. Es ese silencio apacible que me vuelve adicto. Esa forma tan suya de rescatarme cuando me derrumbo. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Sigo sin poder abrir el ordenador y escribir de una vez por todas. Estamos sentados sobre el sofá, ignorando que nos persigue esa fecha límite para entregar cualquier cosa, una obra o qué sé yo, mientras observamos el techo blanquecino que no tiene nada importante que decirnos. No me doy cuenta de que nuestras manos se van acercando hasta que noto el roce de su piel. Se me eriza incluso el último vello del cuerpo. Me sorprende que mi corazón no empiece a ir a mil por hora, sino que hace todo lo contrario. Se ralentiza tanto que me siento como en casa. Es un abrazo, un atisbo de la conexión que siempre ha habido entre los dos.

—¿Crees que volveremos a hacerlo? —me pregunta, divagando.

—¿El qué?

—Escribir —me aclara. No me ha costado darme cuenta de que a ella le ocurre lo mismo que a mí. Estamos igual de perdidos en un lugar en el que se suponía que habíamos venido a encontrarnos—. ¿Cuánto tiempo hará falta?

—No sé. —Resoplo—. Supongo que un millón de años.

Gala me dedica una sonrisa contenida.

—No deberíamos dejar que pase tanto.

Me encojo de hombros y le sigo prestando toda mi atención a algo que carece de importancia. No lo dice como un reproche, más bien suena a promesa. Solo le falta alzar el meñique y entrelazarlo con el mío. Ambos nos quedamos quietos, entre lo que parece un suspiro y un cántico, y volvemos a guardar silencio. Tiene gracia, porque nuestros dedos continúan rozándose en un quiero y no puedo. Pero todo mi cuerpo quiere tocarla, en eso mi cabeza y corazón por fin están de acuerdo.

Muevo la mano un poco más.

Nuestros índices entran en contacto, con el resto ocurre igual. No nos atrevemos a mirarnos porque esto es un secreto que los ojos podrían desvelar después. Le acaricio los nudillos como quien tiene una pluma dispuesta a quedarse sin tinta sobre un trozo de papel. Mi piel escribe sobre su piel. Es íntimo, de la misma forma que los grandes poetas se deshacían en sus propias obras. Subo las caricias hacia su muñeca y ejerzo presión sobre ese punto que late con fuerza. *Bum. Bum. Bum.* Es como leer mi libro favorito.

—Tu corazón late tan deprisa… —murmuro, perdido en el contacto.

—Es que aún no me acostumbro a… —Nos señala con la mano libre—. A esto.

—¿Quieres que pare?

Ella niega con la cabeza.

—No, Gala. Así no. ¿Quieres que pare de tocarte? Dímelo y lo haré.

—No.

Bien.

Trazo un recorrido invisible a lo largo de su brazo. Su piel se eriza y a mí se me seca la boca. ¿Quién dice que tengo que ponerme a

escribir ahora mismo? Si así tengo las manos libres. Tan libres que ya se han cansado de su brazo y van a por la pierna. Dibujo círculos sobre su rodilla y recibo un suspiro como premio. Ya no puedo evitarlo más y permito que mis ojos se encuentren con los suyos. Sus pupilas me cuentan una historia, una que parezco estar escribiendo yo. Con solo rozarla ya me siento el mejor escritor del mundo. El Nobel aguarda en el oro de su piel.

Es tan perfecta que no puedo evitar sentirme atraído hacia ella. Me convierto en un satélite orbitando alrededor de su planeta favorito. Me la imagino siendo Venus, pero todavía hay un astro que le hace aún más justicia. Júpiter. El más grande del sistema solar. No me cabe otra explicación a esa fuerza gravitatoria tan inmensa que emana de su ser.

Y es que me toca y pierdo la cabeza. Sus dedos exploran mi cuello y se paran en el punto exacto en el que habla mi corazón. No voy tan acelerado como ella, pero sí lato con fuerza. *Bum. Bum. Bum.* Le confieso que es mi libro favorito.

No sé si es la primera vez que me mira así, pero espero que no sea la última.

—¿Qué pasaría? —inquiere—. Si dejáramos de ser cobardes ahora mismo.

—Gala…

—¿Qué pasaría? —insiste.

—Joder, Gala. Pues pasaría esto.

Suelto aire por la nariz y me aproximo a ella aún sentado sobre el sofá. Los pocos centímetros que quedan entre nosotros la obligan a recostarse un poco. No dudo en inclinarme todo lo que puedo. Si huele así de bien, ¿a qué tipo de afrodisíaco sabrá? Llevo imaginándolo años. Siglos, en realidad. Seguro que en vidas pasadas ya estaba pensando en ello.

Respiro cada vez más rápido, como si me faltara el aire. Pero no es oxígeno lo que necesito, sino su aliento. Aliento que me roza el mentón cuando me acerco. Llevo mis caricias a su rostro, ahí donde sus labios se entreabren pidiendo más. Queriendo más. Más, más, más. Siento que me han poseído. ¿Quién? Probablemente ella. Con esa magia negra está a punto de arder en la hoguera. Le acaricio la

boca con el pulgar. Ya está, ya no hay vuelta atrás. Me he vuelto loco, estoy fuera de mí. No sé ni cómo me llamo cuando trazo una línea desde la comisura hasta la mitad de su labio inferior y consigo robarle un gemido.

—Sigues sin decírmelo —me recuerda.

—¿Esto no te es suficiente? —Le dejo un beso en el cuello—. ¿O quizás necesitas algo más de…? —Solo tengo que subir de nuevo a sus labios para que el universo vuelva a jugar en mi contra.

Y esta vez tengo todas las de perder.

—Por mí no os cortéis —dice Frank después del carraspeo que ha conseguido que tanto Gala como yo nos peguemos un susto de muerte—. Seguid, seguid. A ver si así recupero la inspiración, que hoy estoy un tanto espeso.

La madre que me parió.

—Sí, hombre— bufa Gala—. ¿Quieres palomitas también?

—Al punto de sal, si puede ser.

A mí me están grabando.

—¿Por qué no vuelves un poco más tarde, Frank? —inquiero con ganas de que me trague la tierra. A mí y al bulto que tengo bajo los pantalones—. Estábamos en medio de una conversación importante.

—¿A un milímetro de distancia?

Touché.

—¿Qué quieres? —insiste Gala. Está hiperventilando tanto como yo.

—Os estaba buscando. —Nos señala a ambos—. Como ya he dicho, hoy no está siendo mi mejor día. Dadas las circunstancias, creo que podéis ayudarme. —Vuelve a señalarnos, esta vez con una expresión sugerente—. ¿Y si me contestáis a un par de preguntas?

Creo que esa es la forma más educada que se le ha ocurrido para pedirnos un favor y que no salgamos corriendo.

—Depende —contestamos al unísono—. ¿Qué tipo de…?

—¿Qué posturas os resultan más placenteras a la hora de realizar el acto del coito?

Me atraganto con mi propia saliva. ¿Coito? ¿En serio? ¿Así de exquisito se pone después de lo que acaba de preguntarnos? Niego con la cabeza en repetidas ocasiones. Incluso Gala tiene que darme

palmaditas porque soy incapaz de parar de toser. Ella no está mucho mejor. Tiene la cara descompuesta.

—… preguntas —termina ella, los ojos como platos.

—¿Encima? ¿O tal vez debajo? —El tío tiene la osadía de sacar una libreta y un bolígrafo. No me lo puedo creer—. No es que el sofá parezca muy cómodo, pero supongo que la otra noche tuvisteis que apañaros bastante bien. Sobre todo teniendo en cuenta que estabais a punto de repetirlo.

—¿Cómo que la otra noche? —pregunto después de casi morir atragantado—. ¿Te refieres a cuando dormimos juntos?

—Y a cuando follasteis. —*Vaya, adiós formalismos—.* Rebecca asegura que os estuvo escuchando durante toda la noche y que no la dejasteis dormir.

—¿Perdón? —grazna Gala.

Yo me he quedado sin palabras.

—Conmigo no te tienes que disculpar, mujer. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Hazlo con ella. La vi bastante enfadada en ese vídeo que subió hablando de vosotros. Tenía unas ojeras como una catedral.

—¿Has dicho vídeo? —prosigue la chica. Creo que me estoy mareando.

—Claro, ¿es que no lo habéis visto? Tanto beso que al final no os enteráis de nada.

Las mejillas de Gala se tornan rojas, pero sé que esta vez no se debe a la vergüenza. Ambos sacamos nuestro teléfono móvil y nos metemos en el perfil de Rebecca para ver de qué cojones está hablando. La chica es tan astuta que solo lo publicó durante veinticuatro horas, por lo que ninguno podemos verlo. Lo que sí tenemos es un sinfín de comentarios en nuestras respectivas cuentas que hablan sobre el tema como si hubieran estado ahí. Como si Rebecca hubiera sido sincera. Ahora entiendo lo que ha hecho. Ha acaparado el interés para ganar seguidores.

Será…

—Así que fue ella —Gala piensa en voz alta—. Ha engañado a todo el mundo.

Asiento con la mandíbula tan apretada que temo romperme una muela. Nos quedamos mirándonos en silencio, sin dar crédito.

—¿Pensáis contestarme o no? —insiste Frank—. No tengo todo el día.

—¡No! —exclamamos, de nuevo, a la par.

Capítulo 26
Gala

Tal vez necesite unas siete u ocho tilas para calmarme, y no me refiero al cuestionario tan incómodo de Frank. Se trata de los labios de Kyle sobre mi cuello, de mi corazón con ritmo frenético, ansioso de terminar con esta tortura. Los dos sabemos lo que pasaría si dejáramos de ser cobardes. Creo que, en el fondo, llevamos sabiéndolo años, desde que tuvimos edad suficiente como para comenzar a entender nuestros sentimientos. Desde que me di cuenta de que miraba a Kyle como no miraba a nadie más.

Así que, como ya es costumbre, no logro pegar ojo. Si no es el recuerdo de Kyle atormentándome, es el maldito vídeo de Rebecca. Los comentarios en redes a causa de este. «Se ha dado cuenta de lo mucho que gusta #Kandy y quiere su minuto de fama» es el más amable que he leído, de ahí solo van a peor. Me odian y, si solo fuera eso, quizá podría vivir con ello. Pero, si me odian, eso significa que no le darán una oportunidad a mis escritos y entonces ¿qué habré conseguido viniendo aquí? Más que demostrarle a mi madre que puedo vivir de lo que amo habré logrado darle la razón. Tal vez este no sea mi camino después de todo.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —oigo decir a Candy desde su cama.

La oscuridad tan solo me permite distinguir el contorno de su cuerpo. Candy se remueve, inquieta.

—La verdad es que llevo sin dormir bien desde que llegamos —admito.

—Te entiendo. Me resulta muy incómodo dormir en una cama que no es la mía.

Las dos guardamos silencio. La respiración de Candy es pausada, apenas un suspiro.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —suelta entonces.

La Gala de hace unos días habría respondido con un escueto «no» y le habría dado la espalda. La Gala de ahora no sabe muy

bien lo que quiere, pero no es aislarse. Lo he hecho demasiadas veces y ninguna ha dado buenos resultados.

—Sí, claro.

—¿Estás así por lo del vídeo de Rebecca o… hay algo más?

Me tenso. No puedo negar que la tontería del vídeo me ha afectado. Su estridente voz me persigue como una sombra: «Es evidente que Gala quiere acaparar toda la atención posible, ya que no es capaz de juntar más de dos palabras de su manuscrito». Una piedra más que cargar, como Sísifo. Un peso más que sujetar, como Atlas.

—No lo sé —susurro.

—Está bien, perdona. No debería…

—¿Y si tienen razón? —la interrumpo. Nunca me había invadido una necesidad tan grande de sincerarme, es como abrir una presa de agua. De hecho, es todo lo contrario a prender una mecha—. Los comentarios, Rebecca, mi madre, Kyle…

«Gala se ha olvidado de que va al retiro a escribir y no crear drama», dicen los comentarios.

«Primero se emborracha, ahora se acuesta con otro concursante en el salón. ¿Sería necesario si su prosa fuera tan buena?», dice Rebecca en el vídeo.

«La escritura no te dará de comer», dice mi madre.

«Tus sueños y los míos eran muy diferentes», dice Kyle.

Me va a estallar la cabeza.

—¿A qué te refieres? —indaga Candy.

Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y soy capaz de distinguir su mirada puesta en mí. Me giro hasta quedar cara a cara, aún separadas por la distancia entre las camas.

—¿Qué hago aquí, Candy?

Ella suelta una risita incómoda.

—Escribir, ¿no?

—Supongo… —musito—. Más que escribir creo drama, como van diciendo por ahí.

—¿Qué sería de un escritor sin un poco de drama? —Sus palabras consiguen hacerme sonreír—. Además, ni Rebecca ni la gente de internet han leído tus obras, no saben de lo que hablan. Tu madre…

bueno, no la conozco ni sé lo que dice de ti, pero seguro que habla desde la preocupación. Es lo que hacen las madres. Y Kyle…

—¿Has visto el vídeo? —la corto.

El silencio responde por sí solo. Pues claro que lo ha visto, no debe de quedar persona sobre la faz de la tierra que no lo haya hecho. Resoplo.

—No es cierto.

—No tienes que decirme nada —replica, aunque en su tono de voz hay una pizca de expectación.

—Lo sé, pero quiero que sepas que no es cierto.

O, al menos, no es cierto que nos hayamos acostado. Los sentimientos de por medio son otra cosa.

—Gala…

—Candy —la detengo una vez más—. No es cierto. Necesito que alguien me crea, por favor.

Necesito que alguien me diga que sí estoy aquí para algo más que crear drama, que todavía soy capaz de terminar una novela a pesar de no haberlo hecho en años, que podré vivir de la escritura. Que mis sueños y los de Kyle son compatibles.

—Te creo.

Y, con esas dos palabras, el peso del mundo parece un poco más ligero.

—Gracias —murmuro.

—Entonces… —La chica carraspea—. ¿Naisha?

—Fui una idiota, para variar. Es guapa y divertida y tremendamente ingeniosa, pero no es lo que busco.

No es lo que llevo más de media vida anhelando.

—¿Y qué es lo que buscas? —inquiere—. ¡Lo siento! No me hagas caso, soy una impertinente.

—No te disculpes. De hecho, la que debería hacerlo soy yo.

Hago acopio de todo mi valor y me levanto de la cama para acercarme a la de Candy. Al sentarme sobre su colchón, percibo cómo se yergue. Agradezco a la oscuridad, porque si no no podría posar mi mano sobre la suya.

—Creo que te debo mil disculpas y también creo…, no, *sé* que ninguna de esas mil disculpas será suficiente. Desde que puse un pie

en el retiro he sido como… como… ¿sabes cuando a los burros les ponen anteojeras para que solo vean el camino frente a ellos? —Candy responde con un tímido «sí»—. Eso mismo me pasa. Camino y camino sin ver nada a mi alrededor, solo mi propio objetivo. Llevo días tratándote fatal y tú no has hecho más que seguir intentando ser amigas, y no me lo merezco. Si fuera tú me estaría gritando y tirando de los pelos.

Esta vez, la risa de la chica es genuina.

—No soy ese tipo de persona —contesta.

—Lo sé, por eso te admiro tanto.

—¿Me… admiras?

Me encojo de hombros aunque no pueda verme bien.

—Me gustaría ser un poco más como tú: sociable, alegre, imperturbable —confieso.

—No creo que sea ninguna de esas cosas.

—Por supuesto que sí. —Le aprieto la mano—. Es por eso que, al principio, te tenía una manía que no podía con ella. Mírate, encandilas a todo el mundo con una simple sonrisa.

—No a todos…

Habla tan bajito que creo habérmelo imaginado.

—¿A quién no has conseguido encandilar?

—Da igual —se apresura a responder para después soltar mi mano—. Deberíamos ir a dormir, ¡estoy cansadísima!

Aprieto los labios. *¿Qué he dicho ahora?* Ni siquiera cuando intento hacer una amiga yendo de frente lo consigo. Comienzo a levantarme de la cama cuando la mano de Candy se cierra en torno a mi brazo.

—¿Y a ti, Gala?

—¿A mí qué?

—¿A ti te he encandilado?

Frunzo el ceño. ¿Lo decía por mí o hay alguien más? Dudo mucho que exista una persona en esta casa que no haya caído rendida a los pies de Candy, ni siquiera Frank.

—Me has encandilado tanto como una buena novela con *enemies-to-lovers* —bromeo—. Ya sabes, pasamos de enemigas a amantes.

Deberíamos crear nuestro propio *shippeo*. ¿Cómo sería? ¿Galandy? ¿Cala? Madre mía, son horribles.

De repente, Candy hace lo que menos me espero: termina de erguirse y me envuelve en un abrazo corto, pero sincero.

—Es curioso cómo los demás ven cosas de nosotros que no vemos —admite con voz queda—. Siento que llevo toda la vida en busca de algo que no encuentro. Escribo, pero ninguna editorial me quiere publicar. Todos los comentarios de mi Instagram son sobre Kyle, no de mis poemas.

Sé cómo se siente eso. La oigo tomar aire, una inspiración tan profunda que parece acabarse todo el oxígeno de la habitación.

—Y siempre les caigo bien a todos, pero nadie me quiere como algo más.

«No habla de mí —pienso—. Pero entonces ¿de quién se trata?». Una vocecita parece susurrarme al oído: Kyle. Porque, de nuevo, es como si llevara las anteojeras. Solo veo las críticas hacia mí, las palabras de mi mejor amigo hacia mí, primero hirientes y luego cargadas de deseo, las páginas en blanco que yo no consigo rellenar. Lo que no veo son los comentarios incentivando que Candy y Kyle terminen juntos, lo que ambos han hablado sobre sus sentimientos —y si estos son correspondidos o si solo me ha cegado la rabia—, los poemas en los que la chica debe de volcar sus frustraciones.

—¿Crees en el destino? ¿Crees que hay alguien para cada persona? —pregunta ella.

Por primera vez, veo a Candy de verdad. No es la chica de constantes sonrisas, sino la de miedos tan grandes como los míos. La que carga con su propia roca subiendo la montaña, pero a escondidas.

—No, no creo en el destino —admito—, pero, en cualquier caso, tu valor no se mide en encontrar tu media naranja. Tú eres el frutero entero.

Candy deja escapar una risa mezclada con un sollozo. La atraigo hacia mí para darle otro abrazo.

—No te voy a decir la tontería esa de «ya encontrarás a alguien» —continúo—. No quiero que encuentres a alguien. Quiero que te

conviertas en una gran escritora y, si por el camino te cruzas con ese alguien especial, genial, y si no, también.

Candy me aprieta con fuerza. No dice nada, pero tampoco hace falta. Nos dormidos abrazadas, con el pecho lleno de orgullo y el alma colmada de alegría.

…

Después de la intensa noche de ayer, salgo a correr para despejarme, aunque me sirve de poco. Me siguen lloviendo los comentarios negativos gracias al vídeo de Rebecca y soy incapaz de despegarme del móvil. Es un bucle de toxicidad del que solo consigo escapar cuando, de regreso, me topo con Kyle en el porche. Parece inmerso en la escritura, pues tarda un par de segundos en reparar en mi presencia. Aunque en los últimos días haya habido un acercamiento, me siguen temblando las rodillas a su lado. Pienso en Candy, en mi madre, en Rebecca, en mi primo Gabriel pidiéndome que fluya. Pienso demasiado para lo fuerte que me late el corazón.

—¿Has conseguido escribir algo? —me atrevo a preguntar.

—Qué va. Candy me pidió que leyera algunos de sus poemas.

«Poemas que probablemente vayan sobre *él*», pienso. Todavía no he llegado a una conclusión clara sobre mi conversación nocturna con Candy, pero la única explicación lógica es esa. Lo que se que me hubiera imaginado entre ellos no fue cierto. *¿Significa eso que los labios de Kyle podrían haber llegado más allá de mi cuello?* Me estremezco.

—¿Y qué tal? —suelto por inercia.

—Son muy bonitos —responde—. Tienen un aire casi melódico, diría yo.

—Muy del estilo Candy.

—Exacto.

Abro la puerta y hago un gesto con la cabeza para ver si quiere entrar.

—Me voy a hacer un batido de frutas, ¿te apetece?

—Prefiero un café, tengo que espabilarme.

Estoy a punto de preguntarle si él tampoco ha podido pegar ojo, ya sea con sus propias preocupaciones o pensando en mí. Siento un cosquilleo en el vientre.

—Marchando.

Dejo la cafetera al fuego mientras preparo mi batido. Estoy vertiendo el líquido en un vaso cuando Rebecca hace acto de presencia. Nos miramos durante unos segundos, pero ninguna dice nada. Me hierve la sangre y, en cualquier otro momento, ya habría saltado. Inspiro hondo. Hoy no quiero crear drama, como aseguran todos los comentarios. La chispa se va a apagar ya mismo.

—¿Algún problema? —Hasta que la muy estúpida habla y su irritante voz se convierte en queroseno para mí.

—Pues sí, mi problema se llama Rebecca Johnson, ¿la conoces? —replico, lo que le hace poner los ojos en blanco—. No quiero que vuelvas a subir nada de mi vida privada a tu mierda de redes sociales. Si no tienes nada interesante que contar de tu propio manuscrito, mejor no cuentes nada.

—Oye, menos humos.

—¿Me has entendido o no?

Rebecca chasquea la lengua, hastiada.

—Que sí, que sí. —Alza las manos en son de paz—. De todas formas no eres tan interesante, cariño.

—¿Y entonces por qué necesitas colgar mentiras sobre mí y Kyle? ¿Es que tus seguidores ya no te hacen caso?

A juzgar por cómo se ensombrece su rostro, he dado en el clavo. Rebecca hace un mohín y se pone a rebuscar algo en la nevera. No debería sentirme mal —ella no lo hizo cuando subió cosas acerca de mi vida privada—, pero lo hago. Me prometí a mi misma no arder tan pronto, sea con alguien tan amable como Candy o el mismísimo demonio en versión *influencer*.

—Rebecca —la llamo, aunque no se da la vuelta.

—Déjame.

Por fin saca un zumo del frigorífico y hace ademán de irse, pero la intercepto antes de que cruce la puerta.

—Es eso, ¿no? —inquiero—. ¿Te preocupa tu alcance en redes sociales?

—No tienes ni idea de nada.

—Pues explícamelo.

Ella suspira, cansada. Apoya la espalda contra la pared y toma un trago de su zumo antes de hablar. Recuerdo levemente el día en que la escuché hablando con su hermana; el tono herido de su voz, el orgullo hablando por ella, ese «¡no te necesito!» desesperado.

—No tengo nada que explicarte, ni siquiera lo entenderías.

—¿Por qué no me pones a prueba? —sugiero.

Por un instante, creo que lo va a hacer. Entreabre los labios, está a punto de formar una palabra, cuando la cafetera llama mi atención. Corro a sacarla del fuego y, para cuando me giro, Rebecca ya no está. No la culpo, yo también terminaría huyendo.

Cojo el batido y el café y regreso al porche junto a Kyle. Me siento frente a él y tomo pequeños sorbos de mi bebida, meditando lo que acaba de suceder.

—He tenido una conversación muy extraña con Rebecca —digo tras un rato.

—No sé si quiero saberlo. Esa chica solo me da dolores de cabeza.

Me muerdo el interior de la mejilla. Casi se me olvida que otro efecto colateral del dichoso vídeo es los comentarios que recibe Kyle. No son tan malos como los míos, pero tampoco son precisamente buenos. La mayoría ensalzan a Candy frente a mí, otros aseguran que juega a dos bandas —y muchos de ellos lo llaman campeón por ello, todos provenientes de hombres— y demasiados meten mierda de mí. Por no hablar de los cuchicheos incesantes del resto de compañeros del retiro…

—Creo que quería confesarme algo —explico—. La he acusado de aprovecharse de nosotros para ganar fama y se ha ofendido muchísimo.

Kyle arquea las cejas, invitándome a proseguir. Cierra el ordenador, lo que me demuestra que tengo toda su atención.

—¿Te acuerdas de aquella vez que tuvimos una conversación con tu hermano Kevin sobre la universidad y el futuro? —Él asiente—. ¿Y recuerdas que luego estuvimos toda la noche hablando del miedo al fracaso?

—Kevin es demasiado filosófico —bromea.

—No te quitaré la razón en eso, pero piénsalo, seguimos teniendo miedo al fracaso, ¿no? Al final todo se reduce a eso. Soy incapaz de escribir porque tengo miedo a no… —*A que me recuerde demasiado a lo que perdí*. Mejor busco otra justificación, ya he sido demasiado sincera estos días—. A no terminar mi manuscrito o, peor, a que no guste. ¿Y si a Rebecca le pasa algo parecido?

Kyle se inclina un poco más sobre la mesa aguardando mis palabras. Se me seca la boca y los ojos se me van irremediablemente a sus labios. *Céntrate, idiota, no es el momento*. Pero hay un gran miedo que me estoy callando, y va más allá de la escritura. *Tengo miedo de besarte y volver a perderte*.

—Lo entiendo —contesta. Su aliento me roza la cara y todo mi vello se eriza—. No a Rebecca, o no del todo, sino el miedo al fracaso. A mí también me da miedo volver a escribir.

Entrecierro los ojos. Kyle siempre ha sabido leer entre líneas. ¿Estará pensando lo mismo que yo? ¿También tendrá ese otro miedo?

—No he escrito nada desde que…, bueno, desde *eso*. —Entiende a qué me refiero—. Al menos, nada al completo. Algunos párrafos sueltos, ideas…

—Ni yo —admite él con la cabeza gacha.

—Quizá es que si no escribimos juntos se pierde la magia.

Espero su respuesta con ansias. Quiero que me diga que tengo razón, que tenemos que volver a unir nuestros mundos, los literarios y los reales. En cambio, él tan solo pronuncia una palabra.

—Quizá.

Capítulo 27
Kyle

Es viernes, pero ni mi cuerpo ni mi mente lo saben. Vivo en un lunes constante, perseguido por mis responsabilidades sin descanso y, encima, no pudiendo hacer nada al respecto. Procrastino. Una y otra vez. ¿Que enciendo el ordenador? Tengo sed y voy a la cocina a por un vaso de agua. ¿Que abro el documento en blanco de mi historia? Tengo que ir al baño. Incluso respirar se ha convertido en una distracción. Inhalo y exhalo. Exhalo e inhalo. Quizá es que Gala tiene razón y mi magia se fue con ella.

—Qué guapa es —dice Tom nada más sentarse a mi lado. Señala a Candy con la cabeza, que está inmersa en su poesía mientras escucha música en los auriculares—. Y qué mal se te da disimular lo mucho que te gusta. ¿Cuánto llevas mirándola? ¿Minutos? ¿Horas? Deberías limpiarte la baba antes de que se dé cuenta.

—¿Qué? Yo no… —Niego con la cabeza, pero no tengo pruebas que demuestren que solo estaba mirando a un punto fijo, ahogándome entre mis propios pensamientos—. ¿Por qué no bajas un poco la voz? Te va a escuchar.

—No lo creo. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Oigo la voz de Niall Horan desde aquí. ¡Eh, Candy! —exclama. La chica no reacciona—. ¿Ves? Completamente en su mundo.

Y es que lleva así desde hace unos días. No hemos dejado de hablar, ni siquiera he visto su sonrisa flaquear ni un segundo. Pero es como si se hubiera anulado, como si se sintiera culpable por algo. Podría haber tomado distancias conmigo después de la conversación que mantuvimos el otro día. No lo ha hecho. A veces parece que se avergüenza de sus sentimientos. Que, si deja de ser la chica risueña a la que nos tiene acostumbrados, estaría cometiendo un delito. Me gustaría sacarle el tema algún día, pero también quiero dejarle su espacio. Solo espero que los demás la respeten de la misma manera.

—¿Cuándo piensas decírselo? —Tom vuelve a captar toda mi atención—. Porque el retiro no durará para siempre.

—¿El qué?

—¡Pues que te gusta! ¿Qué va a ser?

Se me escapa un gruñido. No. Miento. Gruño aposta. No es su culpa, lo sé. Al final fui yo el que se inventó todo esto, pero eso no quita que me moleste haberme permitido llegar hasta este punto. Fui capaz de engañar a las dos personas con las que mejor me llevo en esta casa, cosa que no creo poder perdonarme en mucho tiempo. Pero nunca es tarde, ¿no? O, al menos, eso espero. Uno siempre puede rectificar. Uno siempre *debe* rectificar. Es lo que nos hace humanos.

—Tom…

—Estoy siendo pesado otra vez, ¿verdad? —inquiere con voz trémula—. Joder, lo siento. No quería… Es que yo… Y Candy… Y tú…

—Tom. —Lo interrumpo—. Ya está, déjalo. El que debe disculparse soy yo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Allá voy.

—El otro día te mentí. —Es como si acabara de quitarme una tonelada de encima—. No me gusta Candy.

El chaval abre los ojos como platos. Parece que acabo de insultarla.

—¡No! —Sacudo las manos con rapidez—. No me malinterpretes, por favor. Ya sería lo que me faltaba. Me refiero a que no me gusta de *esa* manera. Por supuesto que Candy es increíble.

—Pero me dijiste que…

—Te dije que me gustaba Candy porque no tuve el valor de confesarte la verdad —admito. Ni siquiera puedo mirar de reojo al sofá donde la pelirroja sigue sin enterarse de nada—. Fui un cobarde. En realidad, lo llevo siendo toda la vida. Así que perdóname. Puedes enfadarte conmigo, dejarme de hablar por un tiempo o lo que necesites. Lo entenderé.

Tom sopesa mis palabras. Las mastica, pero no le cuesta tragarlas. Supongo que la verdad se digiere mucho mejor aunque te deje un sabor amargo en el paladar.

—No estoy enfadado contigo —dice por fin—. No justifico lo que hiciste, pero creo que lo entiendo. Insistí mucho, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—Pero no pasa nada —le aseguro—. Aún eres un crío, ya aprenderás a no sobrepasar ciertos límites.

Ambos reímos. El ambiente se torna ligero.

—Entonces, si no es Candy…

Trago saliva. Lo dice con cautela. No quiere volver a presionarme. La cuestión es que no necesito que insista para soltarlo.

—Es Gala —susurro en su oído. Creo que es la primera vez que lo digo en voz alta y, a pesar de que me da miedo que las paredes de esta casa escuchen mi secreto y lo vayan esparciendo por ahí, necesitaba que alguien lo supiera—. Siempre ha sido Gala.

Tom no se sorprende ni lo más mínimo esta vez. Aunque percibo un brillo especial en su mirada, sus ojos no se abren y su boca ni siquiera se mueve para formar la vocal redonda. Mi confesión suena tan natural que asusta, como si tuviera que ser así. Como si su nombre fuera la única palabra que soy capaz de pronunciar. *Gala… ¿qué me llevas haciendo todo este tiempo?*

—Lo sabía.

Es lo único que dice antes de darme un abrazo.

…

Solo puedo pensar en ella. Ya es de noche y todo el mundo se ha ido a dormir, pero yo sigo en el porche con el portátil sobre mis piernas y la misma página vacía. Creo que tengo ganas de escribir, pero no me atrevo a hacerlo. Solo quiero escribir sobre ella. Confesárselo a Tom no me ha servido para más que para sentirme libre durante unos instantes. Sigo estando tan condenado como siempre, a pesar de que ahora alguien más comparte el secreto que llevo guardando desde que tengo uso de razón. No pesa menos. De hecho, se ha hecho más tangible. Ahora está en el aire, prácticamente en todas partes. Acechándome, esperando. Empiezo a pensar que le he puesto cara y nombre.

—¿Aún nada? —Y ahí está, cansado de esperar y pasando a la acción. Gala titubea antes de sentarse a mi lado.

Me encojo de hombros.

—Dudo mucho que se me ocurra algo a estas alturas.

—Ya somos dos.

Entonces se hace el silencio, tan blanco como la pantalla de mi ordenador y tan vacío como me siento. Suenan cigarras a lo lejos que parecen cantarle a la luna. O tal vez le estén pidiendo un deseo. Me giro hacia la chica que evita mirarme a toda costa. Con la vista fija en el firmamento, descubro que sus ojos brillan incluso más que el cielo estrellado que pende sobre nosotros. Solo puedo pensar en ella. Solo quiero escribir sobre ella. Sería tan fácil poner las manos sobre el teclado y dejarme llevar. Se me ocurre un poema sobre ese lunar que tiene cerca del labio. Su piel me inspira para crear una trilogía entera. Hay romance en sus labios, misterio en su expresión. La literatura podría llamarse Gala y a mí me dan miedo las dos.

—Quizá…

Otra vez esa palabra.

—Quizá… —la insto a continuar.

—Quizá tenga una idea.

Sonrío. ¿Cómo no voy a hacerlo?

—Vaya, eso es nuevo.

—Lo sé. —Ella imita mi gesto—. Pero es que he estado pensando y… Y estoy cansada de que nos paralice el miedo. Quizá pueda con nosotros por separado, pero ¿juntos? Juntos podríamos ser invencibles.

Que alguien me pellizque porque es probable que esté soñando.

—Invencibles —repito.

—Invencibles —me asegura—. Fíjate en Rebecca. Se ha puesto en contra de todo el mundo para conseguir más visibilidad. ¿Y de qué le ha servido eso? De nada. Sigue teniendo el mismo miedo, pero no tiene a nadie que la ayude a combatirlo. En cambio… —Sacude la cabeza. Tiene la idea en la punta de la lengua, pero no tarda en arrepentirse. No me pasa desapercibido el momento en que el pánico vuelve a apoderarse de ella—. ¿Sabes qué? Olvídalo. No tiene sentido.

No sé cómo reúno el valor para posar una mano sobre la suya.

—En cambio ¿qué?

Ella aprieta los labios.

—Nada, nada. Debería irme a dormir. Ya es tarde y empiezo a delirar.

—Lo que estás diciendo no es ninguna locura —la tranquilizo—. Y quiero escucharte. Déjame escucharte.

Le tiemblan los dedos, así que los acaricio. Y si le tiembla la voz… Ahí ya no sé lo que haría.

—Tú y yo… —Mierda, sí que le tiembla. Le pasaría las manos por la garganta para que deje de hacerlo. Es evidente que me quedo quieto—. Podríamos vencer al miedo.

—¿Cómo?

—Volviendo a intentarlo. —Mi corazón se salta un latido—. Escribiendo juntos.

Me quedo mudo. Tan mudo que empiezo a dudar que un día fui escritor. Vuelvo al pasado durante unos instantes, al momento preciso en el que nos propusimos trabajar en una historia a cuatro manos. No soy el Kyle de entonces, pero ambos sentimos lo mismo al escuchar esas palabras.

«Es Gala. Siempre ha sido Gala».

«Lo sabía».

Me pregunto si ella también lo sabrá.

Me quedo mudo. Tan mudo que empiezo a fijarme en sus labios. Están ligeramente entreabiertos, casi de manera inconsciente. ¿Y si tiene razón? ¿Y si con ella el miedo pesa menos? Llevo toda la vida acarreando con esto que me aprieta el pecho y estruja el alma yo solo, pero quizá ya vaya siendo hora de compartirlo con la única persona capaz de ayudarme. Puede que lo alivie o lo haga más grande, pero merece la pena arriesgarse.

Qué guapa es y qué poca justicia le hacen las estrellas. Me mira y existo. No sé si está esperando una respuesta o algo muy diferente, pero lo que sí sé es que debo hacer cualquier cosa al respecto. Lo que sea.

«Dímelo», pronuncian sus labios. Pero no voy a decirle nada, solo voy a mostrárselo. Me inclino en su dirección. No es un gesto sutil, para nada imperceptible. Es una declaración de intenciones en toda regla y ella lo sabe. Ambos nos humedecemos la boca al mismo tiempo. Quiero que el miedo nos vea y arda de rabia. Aunque puede que también quiera que arda por motivos muy diferentes. Poso la

mano sobre su mandíbula y trazo una línea invisible en su piel. El miedo aún no sé, pero Gala sí que está ardiendo.

Los centímetros desaparecen poco a poco mientras mi corazón quiere ganar el récord de latidos por segundo. Me pregunto si el suyo se ha propuesto a hacerme la competencia, así que no dudo a la hora de posar mi pulgar sobre su pulso. Su cuello yace en el hueco entre mis dedos y yo ya empiezo a sentir cómo me voy quedando sin sangre ahí donde se supone que debería pensar con claridad.

—Que le jodan al miedo —suelto con voz ronca—. Juntos.

—Que le jodan. —Gala le hace la peineta al aire.

Entonces me olvido de todo y me dejo llevar. Nos lanzamos al mismo tiempo. Ni ella comienza el beso ni tampoco lo hago yo. Ocurre solo, propiciado por los dos. Juntos. *Juntos, juntos, juntos.* Solo puedo pensar en eso cuando me pierdo en su sabor. No nos besamos con paciencia, sino con un hambre voraz que nos convierte en animales que se dejan guiar por puro instinto. Deslizo la mano hacia su nuca para atraerla más a mí. Ella enreda las suyas en mi pelo y se sienta a horcajadas sobre mí. El gemido que se le escapa al notar lo duro que estoy por su culpa promete hacerme enloquecer.

Nunca me he sentido tan pleno.

Gala parece conocer mi cuerpo casi tanto como conoce mi alma. Se mueve, hacia delante y hacia atrás, lo que consigue que le muerda el labio en forma de plegaria para que no se le ocurra parar jamás. El cielo tiene la forma de su cintura y las estrellas tintinean al son de cada suspiro que emana de nosotros. Sé que si volviese a tener seis años la elegiría de nuevo. Si naciera una y otra vez, si me reencarnara sin cesar, volvería a buscarla en cualquier parte y lugar. Podrían quedarnos un sinfín de vidas por experimentar que yo daría los mismos pasos con tal de volver hasta ella.

—¿Sigues necesitando que te lo diga?

Gala asiente sin aire.

—Sí, Gala. Intentémoslo de nuevo.

Capítulo 28
Gala

Estoy ardiendo. Todas las partes de mi cuerpo tiemblan, amenazando con deshacerse en cenizas. Todo vuelve a tener sentido, o quizá nunca lo tuvo hasta ahora, porque por fin lo estoy besando. A mi mejor amigo. A mi Kyle. Y es mucho mejor de lo que me imaginaba, tanto que mis labios parecen haberse pegado a los suyos, mi lengua se enreda con la suya, nuestros jadeos siguen un mismo compás. Apenas me detengo para tomar aire, solo puedo pensar en besarlo, besarlo, besarlo. Me invade una urgencia que se extiende a todas mis terminaciones nerviosas

Kyle deja escapar un suspiro y, joder, podría perderme en ese sonido por el resto de mi vida. Sus manos exploran mi cuerpo como si fuera un mapa que conoce a la perfección, uno que podría trazar con los ojos cerrados. Él ha puesto nombre a todos los accidentes geográficos que me conforman, ha alcanzado la cima de las montañas más altas y nadado en las fosas más profundas de mi ser. Jadeo en cuanto siento su tacto bajo mi camiseta del pijama, piel con piel, y lo atraigo más sujetándolo por la nuca. Sus labios se han convertido en un oasis en medio del desierto.

—Gala —pronuncia mi nombre con suavidad, con miedo a que la fantasía se rompa—. Gala…

Beso sus mejillas, su mandíbula, su cuello. Nada puede saciar mi sed. Trazo un sendero hacia su clavícula mientras me muevo ligeramente sobre él en busca de esa fricción placentera, lo que provoca un gruñido por su parte. Lo noto ansioso, no solo por la dureza debajo de mí, sino por cómo sus manos me aprietan contra él pidiendo más.

Había pensado en besar a Kyle más de una vez, en especial desde que nos reencontramos en el retiro: en cómo sabrían sus labios, si sería un momento dulce o intenso, en dónde sucedería. Sin embargo, jamás me había imaginado a este Kyle, uno que me demuestra tal anhelo con sus pupilas dilatadas que me hace pensar

que no existe nada ni nadie más en el universo. Si yo fuera papel en blanco, desearía que él trazara en tinta cada recoveco.

—¿Quieres esto tanto como yo? —murmura como puede entre besos.

Me detengo un momento para contemplar su rostro. Él me aparta algunos mechones de la cara con lentitud, recreándose. Su pecho sube y baja, acelerado como el mío. Quiero recordar este momento justo así: Kyle más guapo de lo que ha estado nunca, con sus labios entreabiertos y ligeramente hinchados, su mirada conteniendo todo el firmamento. Somos un relámpago a punto de partir el cielo en dos. Un antes y un después en la tormenta.

—Claro que lo quiero —respondo, guardándome las palabras que tengo en la punta de la lengua: *Te quiero, siempre te he querido*.

Eso es suficiente para continuar nuestro juego. Tantos años de espera explotan en roces eléctricos y besos profundos. Esta vez, cuando sus manos se cuelan bajo mi camiseta, lo hacen para acariciar mis senos, al principio con timidez, y luego con la decisión de quien ha dejado de tener miedo. Atrapa un pezón entre los dedos y yo gimo, acelerando el ritmo de mis movimientos sobre él. Podría olvidarme de mi nombre ahora mismo si sigue tocándome así, y él seguiría recordándomelo con sus jadeantes «Gala» entre beso y beso.

Kyle deja varios besos húmedos en mi cuello y creo que voy a estallar en pedazos como una estrella. Noto sus dedos a la altura de mi ombligo, pidiendo permiso.

—¿Seguro que…?

—Kyle —le corto—. Que le jodan al miedo.

Y lo hace. Se cuela bajo mi ropa interior, haciéndose de rogar con suaves caricias. Kyle no aparta su mirada de la mía ni un segundo y, al contrario de lo que podría pensar, no siento ningún miedo. Lo único que habita en mí es una seguridad absoluta, la certeza de que el destino sí existe y nos ha atado a Kyle y a mí de por vida.

—Dime lo que quieres, Gala —pide con un tono burlón. Me muerdo el labio—. Quiero oírlo.

Sus pupilas se han tragado por completo el castaño de sus iris. Es un hombre hambriento y yo quiero que me devore.

—Kyle…

—No, Gala, dímelo.

Su mano se desliza fuera de mi ropa. Tiemblo, de repente envuelta en un frío gélido. Lo agarro del brazo, insatisfecha, para aproximarlo de nuevo a la zona de mi bajo vientre. Kyle se limita a reír sacudiendo la cabeza. Me besa la clavícula despacio y, cuando llega a la tela de mi camiseta, se deshace de ella con una facilidad experta. Cualquiera diría que llevamos años haciendo esto. *Puede que en mis sueños…*

Ahogo una exclamación cuando me roza el pezón con la lengua. Mi cuerpo se arquea de forma involuntaria, reaccionando a sus labios alrededor de mis senos. Juguetea entre mis piernas, muy consiente de que está a punto de llevarme al borde de la locura.

—Kyle —insisto.

Alza la cabeza con una sonrisa endiablada pendiendo de su boca. Se señala la oreja, inocente.

—¿Qué quieres?

Gruño y me muevo hacia adelante, arrancándole un gemido que reverbera en su garganta. A esto podemos jugar los dos. Apoyo la mano sobre su dureza y, aunque nunca he sido una persona precisamente vergonzosa, se me encienden las mejillas. Necesito sentir a Kyle dentro de mí, convertirnos en uno solo. Sin embargo, el chico es más rápido y me sujeta con la mano libre.

—No, cariño. —Sacude la cabeza—. Quiero que me digas lo que deseas, Gala. Necesito oírlo de tus labios. Dime todo lo que quieres que te haga y te daré el doble de lo que pidas.

Toda mi vida he tachado los incendios de algo negativo. Debo controlar la chispa, no puedo extender el fuego allá por donde voy, es mejor apagar las llamas cuanto antes. Hoy, sin embargo, quiero que las paredes de esta casa ardan con el incendio que estamos a punto de encender. Esta noche me quemaré hasta los huesos.

—Kyle —repito. Su índice traza círculos sobre mi monte de Venus —. Tócame. Hazme arder.

Sus labios se curvan en cuanto desliza el dedo entre mis pliegues. Agua y fuego convergen en uno. Kyle sabe jugar con pericia, aumentando el ritmo por momentos para después regodearse en la

lentitud; usa mis latidos como metrónomo. Nunca he estado tan excitada, ni todo el hidrógeno del Sol podría alcanzar el calor que ahora emana de mi cuerpo. Ansío más, más, más.

—Más —suplico.

—¿Más, qué?

Gimo desesperada, moviendo las caderas al ritmo de sus dedos sobre mi clítoris. Se aproxima a mi entrada, aunque se deleita unos segundos en los que no despega la mirada de la mía.

—¿Esto? —Asiento. Comienza a introducir un dedo muy despacio, apenas un poco—. ¿Esto es lo que quieres, Gala? No me lo estás diciendo, no lo puedo saber.

Aprieto los labios para evitar que nos escuche toda la casa. Kyle se percata del poco control que poseo ahora mismo sobre mí misma y, divertido, lleva una mano a mi boca.

—*Shhh*. —Se introduce un poco más, apretando la mano. Mis jadeos se incrementan a la vez que termina de entrar en mí—. Supongo que no estás en capacidad de pedirlo… —Empieza a deslizarse de dentro hacia fuera, primero agonizantemente lento y luego ganando velocidad—. Así que tendrás que recordarme lo que deseas en cada rincón de esta casa para que pueda seguir haciéndote arder una y otra vez.

Kyle suma un segundo dedo, acelerando el ritmo, y yo lo acompaño meneando las caderas. Cierro los párpados y veo mil colores, soy una supernova. Él quita me quita la mano de la boca para agarrar mi mandíbula.

—Mírame —ordena con impaciencia, así que abro los ojos—. Eres preciosa. Llevo tanto tiempo esperando esto, no te haces una idea. —Kyle alterna la velocidad. Le gusta sentirme en lo más profundo durante unos segundos, provocando un hormigueo desde la punta de mis pies hasta la coronilla, para después notarme empapada por fuera—. Tenerte así… Gala, eres mi perdición.

Apenas soy capaz de decir nada, pues todos mis sentidos están puestos en su roce. Me siento al borde del abismo, pero estoy dispuesta a saltar junto a él. Es entonces cuando termino de estallar, con mi frente perlada de sudor y el revuelo de mil mariposas en mi estómago. Apoyo mi frente en la suya para darme tiempo a

recuperar el aliento. El destello de su mirada lo envuelve todo, su sonrisa eclipsa a la luna. Mi corazón late desbocado, todavía sin creerse que esto acaba de suceder, es *real*.

—Más —exigo—. Haz todo lo que me has prometido, Kyle Walker.

Se muerde el labio, de repente inseguro.

—No tenemos condones. Dudo que vengan incluidos en la compra semanal, ¿sabes?

La información me sienta como un jarro de agua fría. No obstante, eso no significa que tengamos que cerrarnos a todas las posibilidades. Lo agarro del cuello de su camiseta, volviendo a unir nuestros labios en un beso hambriento. La noche todavía es joven.

—No creo que eso nos impida seguir disfrutando —le susurro en el oído.

Kyle se estremece. Seguimos besándonos mientras mis manos trazan pinceladas por todo su cuerpo y se detienen en la cremallera de sus vaqueros. La desabrocho a toda prisa, demasiado ansiosa para mi propio bien. Me tiemblan los dedos al rodear su miembro y soy plenamente consciente que, después de esto, los límites de nuestra amistad se difuminarán para siempre. Que les jodan, lo nuestro siempre estuvo destinado a más.

A pesar de las ganas, imito la lentitud de sus movimientos. Me recreo en la melodía de sus labios, cómo aprieta los párpados cuando subo y suelta el aire entre dientes cuando bajo. No hay nada que anhele más que probarlo, pero decido pagarle con la misma moneda.

—Ruégame, Kyle —pronuncio con voz ronca.

Suelta un suspiro ahogado. Al conectar nuestras miradas, sé que no hay vuelta atrás. Que lo amo y ya me he vuelto demasiado loca tratando de enterrar estos sentimientos. Que lo amo y quiero demostrárselo de la forma más puramente humana, cada uno de sus poros fundiéndose con los míos.

—Siempre he sido tuyo —confiesa, lo que me hace detenerme un momento—. Incluso en la distancia, incluso en el olvido. Tuyo.

Aspiro todo el aire de la sala. No hace falta que Kyle me ruegue para lo que hago a continuación. Estampo mi boca sobre la suya, esperando que eso le demuestre todo el amor que le profeso. Al

separarnos, cuento las constelaciones que se pueden ver en su mirada. Ni Casiopea ni la Osa Mayor, no; en nuestro propio universo somos la constelación más brillante.

Voy bajando la boca por su cuello, deteniéndome en su pecho, marcando su vientre. De nuevo, envuelvo la mano en torno a su dureza mientras continúo mi descenso. Kyle se reclina contra el brazo del asiento, todo el cuerpo en tensión. Enreda los dedos en mi pelo, tirando levemente de él.

—Tuyo… —me recuerda, su voz igual que el terciopelo.

Es suficiente para incitarme a deslizar la lengua por toda su longitud. La respiración de Kyle se acelera mientras mis labios lo rodean. Quiero darle todo de mí, expresar con acciones lo que no soy capaz de poner con palabras. Yo también soy toda suya, ya lo era antes siquiera de ser consciente de ello.

Después de esta noche, se evaporará lo que un día fuimos. La lluvia extinguirá el fuego, pero permanecerá el rastro de lo que en un instante soñamos llegar a ser. Solo el tiempo dirá si algún día alcanzaremos ese sueño.

…

El chupetón que adorna mi cuello es la prueba del delito. Intento tapármelo por todos los medios, pero, por mucho maquillaje que aplique, todavía quedan resquicios. Tan solo espero que nadie se fije en él, que sé lo harán, porque son cotillas a más no poder. Lo que me faltaba es que Rebecca tenga una nueva exclusiva.

Entra a la cocina con dignidad, como si no hubiera pasado nada. Pero ha pasado, vaya si lo ha hecho. El recuerdo de Kyle todavía me hace estremecer. Si me paro a pensarlo —su mano sobre mi boca, sus dedos danzando por mi cuerpo, sus suspiros ahogados—, me temblarán las piernas mientras bajo las escaleras. Me abanico con la mano en el descenso, después de haberme adecentado un poco en el baño de la planta superior. Si Candy se ha percatado de mi desaparición anoche, no ha dado muestras de ello.

La voz de Kyle es lo primero que escucho, acompañada por otra que también reconozco a la perfección. Debe de estar con Naisha en la cocina, probablemente colocando la compra que ha traído la chica. No puedo entrar ahí. ¿Cómo los voy a mirar a la cara? Primero

beso a Naisha y le rompo el corazón para después enrollarme con Kyle. Premio a la amiga del año.

—Oye, quería pedirte una cosa, si no es mucha molestia —oigo decir a Kyle.

No debería espiarlos tras la puerta, pero me es imposible moverme al escuchar esa frase. Por un momento pienso que el chico le va a preguntar a Naisha sobre el día que nos besamos en el lago. *Dios, no.* O peor, Kyle ha decidido contarle a Naisha lo que sucedió anoche. *¿Por qué haría algo así, idiota? A no ser que quiera regodearse…* Contengo la respiración.

—Mientras no me toques mucho las narices —contesta ella.

—No, bueno… Verás, es que… Yo…

—Suéltalo ya, no tengo todo el día.

Me acerco más a la puerta, casi pegando la oreja.

—Quizá podrías considerar… —Kyle titubea y baja la voz antes de continuar—. Comprar condones.

El silencio que prosigue a su petición es una de las cosas más angustiosas que he vivido nunca. No tengo que verlos para imaginarme la expresión de Naisha o el rostro colorado de Kyle. La chica se aclara la garganta, recuperándose de la conmoción.

—Vaya, vaya, estás hecho todo un donjuán, ¿no?

La semana pasada Naisha descubrió que la persona que me gustaba era Kyle, por lo que no hace falta tener muchas luces para atar cabos. Estoy a punto de darme cabezazos contra la puerta cuando unos pasos suenan escalera abajo.

—¿Ocurre algo? —pregunta Candy al verme plantada en la escena del crimen.

—¡No, no, no!

Hago aspavientos con las manos, lo cual, pensándolo mejor, no me ayuda a parecer menos sospechosa. Dejo caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo y pongo mi mejor sonrisa.

—Buenos días —saludo como si nada.

A pesar de que Candy se muestra algo recelosa, termina cediendo.

—Buenos días. Anoche tampoco podías dormir, ¿eh? —Y aquí viene: el paseo de la vergüenza. Me pregunto si tratará de ocultarse

en una de sus sonrisas mientras indaga sobre el tema o lo esquivará por completo.

—No, no. —*Como vuelvas a repetir esa palabra te caes con todo el equipo*. La chica entrecierra los ojos—. Dormí bien.

—Pero si te fuiste de la habitación de madrugada y no volviste hasta las tantas —comenta con una ceja alzada. Vale, ha escogido la primera opción. Tendremos que sacar nuestras dotes de actriz—. ¿Estás bien? ¿Te pusiste enferma? ¿Te sentó algo mal de la cena? Seguro que Naisha ha traído manzanillas y podemos…

Empiezo a notar los sudores fríos, pero en ese instante Naisha y Kyle, relucientes como dos ángeles, salen de la cocina. La chica me mira primero a mí, después a Candy y por último a Kyle. A continuación, suelta un bufido, pero las comisuras elevadas de sus labios la delatan.

—Menuda tenéis montada —dice entonces.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquiere Candy

Los ojos de Naisha se posan en mi cuello y no cabe ninguna duda de que se ha dado cuenta. Me tapo el chupetón de forma instintiva, lo cual, por supuesto, atrae todas las miradas. En especial, la de la persona que menos quiero que lo vea, menos incluso que Rebecca.

—Un mosquito. —Suelto la risa más falsa que he proferido nunca. Ni siquiera Candy se la traga.

—No, nada —resuelve Naisha, sacudiendo la cabeza—. Esto no es ningún picadero como para que ahora venga la gente pidiendo condones.

La expresión de mi compañera de habitación es de puro horror. Si la pobre supiera qué sucedió anoche de verdad… Pero no lo va a saber jamás. Si este chupetón no me delata, me llevaré este secreto a la tumba. Es eso o romperle el corazón a Candy y, ahora que creo tener una nueva amiga, no podría soportarlo. Evito girarme hacia Kyle a toda costa, sé que un simple roce o una mirada nos inculparían.

«Siempre he sido tuyo», llevo sus palabras tatuadas en todos los rincones de la piel.

—¿Ha sido Frank? —pregunta Candy, con la cara tan roja como su cabello—. El otro día estaba haciendo unas preguntas muy raras.

Le palmeo el hombro, fingiendo no dar crédito.

—Qué ocurrencias tiene este hombre.

—Pues no sé con quién espera ligar como para necesitar condones… —musita ella pensativa.

Naisha no dice nada, pero su mirada es lo suficientemente esclarecedora. Me excuso con que voy a hacerme el desayuno para poder abandonar esta conversación de locos. Lo último que oigo antes de entrar a la cocina es algo sobre que Naisha nos hará unas breves entrevistas para colgar en las redes de la editorial. Espero poder escaquearme también de eso. De hecho, espero escaquearme del universo por lo menos de aquí a los ochenta años.

Kyle entra en la estancia poco después. Me tiembla la mano mientras echo la leche en un bol. «Incluso en la distancia, incluso en el olvido», se me clavan cada una de las sílabas bajo la piel, entre los huesos.

—Eso ha sido bastante incómodo —dice ocupando un asiento a mi lado.

—Ha sido lo peor. Casi me muero.

Roza el lugar donde se intuye el chupetón. Por fin me atrevo a mirarlo y todos los recuerdos me azotan con la fuerza de un mar embravecido. Los destellos en la cresta de las olas son sus ojos brillantes, la marea incontrolable, su lengua sobre mi cuerpo. Me estremezco.

—Lo siento por esto.

—No lo sientas —replico—. Solo me habría gustado que fuera algo menos… visible.

Kyle sonríe y me retracto; *hoy* está más guapo que nunca. La mañana después, con legañas y el pelo hecho un nido de pájaros. Podría besarlo aquí mismo. Quiero hacerlo. Es más, por un momento pienso que él mismo lo hará, aunque Rebecca nos interrumpe. No nos presta mucha atención, sino que se prepara el desayuno a la vez que escucha música con sus AirPods.

La *influencer* pasa a mi lado para alcanzar una manzana y es entonces cuando sé que estoy jodida. Detiene su mirada en un punto muy concreto, incluso se agacha. Demasiado tarde para la excusa del mosquito.

—¿Qué haces? —grazno.

—¿Eso que tienes ahí es un chupetón?

—¡No!

—¡Lo es!

—¡Que no!

La puerta se abre para dar paso a Frank, ataviado con una bata de satén que tiene su nombre bordado. No me puedo creer que la persona que suele saltarse los desayunos haya decidido aparecer justo ahora. Venga ya, ¿quién más falta? ¿Bart?

—¿Qué es este griterío? —se queja.

Rebecca me mira, dubitativa. Está a punto de contarle lo del chupetón, lo leo en su mirada. Me quedo paralizada, ni siquiera soy capaz de suplicarle que no lo haga. Transcurren unos segundos hasta que la chica se vuelve en dirección a Frank.

—Nada, chiquilladas —le explica.

—Más vale. Dice Naisha que nos va a hacer una entrevista o algo. ¿Sabéis que va a preguntar?

Agradezco a Rebecca en silencio. Quizá es por la conversación que tuvimos el otro día o quizá simplemente se le han cruzado los cables. En cualquier caso, me ha salvado de una buena. Por ahora.

Capítulo 29
Kyle

—Pero ¿qué mierda de preguntas son estas? —Naisha lee y relee los folios que tiene unidos mediante un clip mientras lanza cien maldiciones por segundo. No soy al primero al que entrevista, así que se nota lo hastiada que está—. En serio, ¿en qué momento pensé que a la gente le interesaría vuestro puto grupo sanguíneo?

Me encojo de hombros.

—Nunca está de más saberlo.

—A esa misma conclusión llegué yo después de dos pares de cervezas. —Suspira, frustrada. Estoy tan tenso que podría convertirme en piedra en cualquier momento. Ya no es solo estar frente a la chica con la que Gala se lio en mi cara, también es que, justo detrás de nosotros, ahí donde parece que nadie las ve, Candy y Rebecca mantienen una conversación que bien podría parecer un espejismo. *¿En qué momento…?* Agudizo el oído, pero no consigo escuchar nada. Que Naisha siga resoplando no ayuda en absoluto—. Pero, claro, ni que vuestros lectores vayan a ser vampiros. O mosquitos, yo qué sé. En fin, déjame ver…

Con el tapón del bolígrafo entre los dientes, la becaria empieza a tachar frases sin ton ni son al tiempo que gran parte de mí ha dejado de ser piel para ser granito. Estaría en una nube tras lo que ocurrió anoche si no fuera porque eso puede traernos consecuencias en las que no quiero ni pensar. ¿Que se entere el retiro entero? Fatídico. ¿Que se corra la voz por redes sociales? Apocalíptico. Ojalá me hubiera dado, no sé, por aprender a leer los labios. Quizá así habría podido adivinar sobre qué narices están hablando las chicas frente a nosotros.

Desvío la mirada hacia Gala y descubro que ella se ha dado cuenta de lo mismo. Tiene la tez pálida, esa a la que pude tocar anoche como un pintor a su lienzo vacío. Sus labios, fruncidos, me transportan a besos dulces y no tan dulces. La recuerdo gimiendo mi nombre, restregándose en busca de más. La fricción, el sudor, su piel contra la mía… *Joder*. Al final sí que voy a estar en una nube y

no me había dado cuenta. Me sentiría culpable si no fuera porque sigo siendo un hombre de carne y hueso cuyos sueños fueron cumplidos hace tan solo unas horas. Siento cómo su suavidad sigue acariciando las yemas de mis dedos, ¿cómo voy a estar centrado?

—Mira, ¿sabes qué? Mejor háblame de ti —me pide Naisha, derrotada—. De lo que sea. Estas preguntas son una mierda y a mí siguen sin pagarme lo suficiente.

No puedo evitar seguir mirando a Gala como si su mera presencia fuera capaz de embrujarme.

—Adelante, en cuanto dejes de babear soy toda oídos. No tengo todo el día, pero supongo que puedo esperar unos cuantos segundos más. Aprovéchalos.

Desafío las leyes de la velocidad al limpiarme la barbilla en un abrir y cerrar de ojos. Está seca, pero no he podido evitar comprobarlo. Naisha suelta una risita y me da una palmada en el antebrazo.

—Hombres. —Rueda los ojos, aún divertida—. Siempre pensando en lo mismo.

—¡No! —Hago aspavientos con las manos—. Yo no… —Ahora sacudo la cabeza. *Qué convincente, Kyle—.* Perdona, me he desconcentrado. ¿Decías?

—Cuéntame algo sobre ti.

Estoy enamorado de mi mejor amiga y ayer me acosté con ella.

Sacudo la cabeza.

—¿Lo que sea? —inquiero.

—Hombre, no me vayas a decir cuál es tu comida favorita. Eso no le interesa a nadie.

—Los rollitos de primavera —respondo—. ¿Sabes que se pueden hacer de muchas maneras? Son súper versátiles. También soy A+, por si nos lee Edward Cullen, ya sabes…

—¡Vaya! Hoy te has despertado gracioso, ¿eh? Me pregunto por qué será. ¿Tendrá algo que ver con que me hayas pedido condones nada más entrar por la puerta? ¿Es que tuviste fiesta anoche, campeón? ¿O estás planeando una?

Se me para el corazón.

—¿C-cómo dices? —titubeo.

—Kyle, cariño. Se te nota muchísimo la resaca de anoche, y no me refiero al alcohol. Te lo veo en la cara. —Vuelve a darme otra palmadita—. Bien por ti, pero ahora necesito que me des algo de material si no quieres que la editorial me ponga de patitas en la calle. Puede que no te importe una mierda que me quede sin trabajo, pero juro que iré a por ti si eso ocurre. Te perseguiré por las noches y…

Y acabo de darme cuenta de que nadie sabe nada sobre la chica que nos mantiene con vida y viene a visitarnos una vez por semana. Aunque parece que las cosas se la sudan bastante, empiezo a entender que eso es solo parte de la fachada tras la que todos nos escondemos de vez en cuando. Igual que Candy se fuerza a sonreír, Naisha se mantiene impasible aunque esté perdiendo los papeles por dentro. Miro sus uñas y sé que estoy en lo cierto. Están tan mordidas que apenas se ve parte blanca.

—¿Te importa mucho tu trabajo? —me atrevo a preguntar.

—Me importa comer, sí. Y pagar el alquiler, las facturas…

—Eso te lo da cualquier otro empleo. Me refiero a la editorial. Si te pagan una mierda, ¿por qué te esmeras tanto?

Sé que he dado en el clavo en cuanto sus ojos se abren con sorpresa. Es un gesto casi imperceptible, pero estoy lo suficientemente cerca como para haberme percatado de ello. Naisha sacude la cabeza.

—Espera, que me he perdido. ¿Aquí haces las preguntas tú o las hago yo? Menuda manera de desviar la atención, donjuán. En fin, ¿qué más te da? Solo soy la becaria, como podría serlo cualquier otra.

—Pero eres Naisha. —Le dedico una sonrisa comedida.

—¿Acaso importa?

—Sí. Claro que sí.

Porque todos tenemos una historia. Somos los párrafos de un mundo en papel que van sumando más y más capítulos con el paso de los años. Tenemos un principio y un final, un sinfín de nudos y desenlaces. Si ella está intentando leernos a todos y cada uno de nosotros, ¿por qué no adentrarnos en su propio relato? ¿Por qué no conocerla mejor?

—Ya, bueno. No creo que sea el momento.

—¿Por qué una editorial? —insisto, pasando olímpicamente de sus ojos suplicantes—. ¿Eres lectora? ¿Escribes, tal vez?

Considero como una victoria que suelte aire por la nariz y se encoja de hombros.

—Supongo que la primera.

—¿Qué te gusta leer?

—De todo un poco. —Se muerde el labio—. Disfruto descubriendo autores emergentes y leyendo historias que aún no han dado el gran salto. Hay tantos libros buenos ahí fuera que me da rabia que nadie los lea. Es como si el mercado se hubiera quedado estancado en los mismos de siempre. Es agotador. Por eso busco. Busco, busco y busco. Cuanto menos conozco el título, más me llama la atención.

Siento una punzada justo en el centro del pecho.

—¿Por eso estás aquí?

Ella asiente.

—En parte —me confiesa—. Y porque no me queda otra. Me estoy esforzando para que me asciendan y me hagan fija, pero mi verdadero objetivo es montar una editorial y poder publicar todos esos libros por mí misma. Pero…

—Pero te pagan una mierda —añado.

—Exacto. La cosa es que una tiene que vivir.

—Dirás sobrevivir.

—¿No viene a ser lo mismo?

En absoluto.

—¿Crees que conseguirías ese ascenso si te soy completamente sincero y te cuento por qué me gusta tanto escribir? —Ni siquiera comprendo la razón por la que me ofrezco. Odio hablar de mí mismo, mucho menos sabiendo que de esto también se enterará más gente. Pero quiero ayudarla, al igual que he descubierto que ella está aquí para ayudarnos a nosotros. Para descubrir nuestras voces—. Así te doy una buena entrevista.

—Prueba a ver.

Solo necesito que sonría para hablar. Le cuento que la escritura forma parte de mí, que todo lo que soy se lo debo a ella y que todo lo que anhelo se reduce a tinta y papel. Le cuento que me gusta

dejarme llevar, fingir que soy un pájaro cantando las notas exactas de su canción favorita y volar. Omito que llevaba mucho tiempo sin volar, en realidad. Que me refugio en creerme escritor porque no soy suficiente siendo Kyle. Tengo que ser algo, ¿no? Ponerme un nombre, una etiqueta. Quizá así una huella con mi nombre deja un legado en el mundo. Así que le soy sincero, pero solo a medias. Porque tampoco le cuento que me da miedo no ser suficiente. Si se leyera mis historias, ¿le gustarían? ¿Pensaría que son dignas de publicar? Puede que sí, pero porque no son solo mías. Puede que solo le gusten porque Gala es la que pone el talento.

Sacudo la cabeza y, con voz temblorosa, concluyo:

—Y me gusta porque me ayuda a evadirme del mundo real. ¿Qué seríamos sin los libros?

—Nada —afirma.

—Exacto.

Nos quedamos mirando como si ya estuviera todo dicho, pero tanto ella como yo sabemos que ninguno se ha abierto del todo. Tampoco es que haya hecho falta. Siento alivio en el alma a pesar del peso que sigo llevando sobre los hombros. Mis miedos son los mismos, pero no soy el único que los tiene. Me consuela no estar solo en esto. No estar solo, en general.

—Ahora lo entiendo —dice a continuación.

—¿El qué?

—Lo que Gala ha visto en ti.

Pestañeo con rapidez.

—¿Cómo?

—Que está coladita por ti. No la dejes escapar —me pide. Ambos dirigimos la atención hacia la chica—. Y, la próxima vez, intenta que no se note tanto que le has comido el cuello como si llevaras días ayunando.

—Yo… eh…

—Tranquilo. Vuestro secreto está a salvo conmigo. Esto se queda fuera de la entrevista.

Suelto una risa nerviosa.

—¿Te lo ha dicho ella? —Señalo a Rebecca, que ya no está hablando con Candy. De hecho, ni rastro de la pelirroja.

—No hace falta ser un lince para darse cuenta de lo mucho que os gustáis.

Me paso las manos por la cara.

—Joder, Naisha, lo siento mucho. Tú…

—Eso fue un juego, nada más. No lo sientas.

—Es que me gusta tanto… —Se me escapa.

—Lo sé. —Sonríe—. Lo entiendo.

Imito su gesto, pero no soy el único que lo hace. Me doy la vuelta y Candy está ahí, tan cerca que las puntas de su cabello casi me rozan la frente. Iba a levantarme, pero me quedo petrificado en el sitio. ¿Y si…? Mierda, ¿y si nos ha escuchado? Ni siquiera sé por qué me lo planteo cuando es evidente que lo ha hecho. Sus labios, tirantes e inexpresivos, responden a mi pregunta sin necesidad de palabras.

Capítulo 30
Gala

Por raro que me resulte, Naisha no ha hecho ni una sola mención a mi noche de desenfreno con Kyle en la entrevista. Sé que ha visto el chupetón, no me cabe ninguna duda, pero sus preguntas han sido de lo más profesionales. Que si mis pasiones, que si me inspira esto o lo otro… Todo de lo más banal. No se muestra distante, pero tampoco amigable. Es tan extraño que no sé cómo sentirme.

Si eso me sorprende, lo de Rebecca aún más. Se ha pasado la mañana de aquí para allá, charlando con el resto de compañeros, y no me ha dedicado ni una mirada, ni siquiera cuando Naisha ha dicho que nos hagamos una fotografía grupal. Que alguien me pinche, porque no me lo creo.

Naisha se va a la hora de comer, negándose a nuestra oferta de almorzar con nosotros. Me imagino el porqué, pero he de admitir que me da pena. Que no me guste Naisha más allá de lo físico no significa que no pueda llevarme bien con ella; que no desee repetir esa noche en la que la música de Ateez parecía infinita y solo existíamos las tres. *Tiempo al tiempo, supongo*.

—Hola, guapa.

Doy un respingo al oír la voz de Kyle en mi oído. A pesar de que estamos solos en el porche, me tenso ante la posibilidad de que alguien nos descubra. Técnicamente esto no tendría por qué ser un secreto, pero todos nos ahorraremos mucho sufrimiento si de momento lo mantenemos así. *¿Todos o tú misma?*

—Eh, oye… —Me rasco la nuca, indecisa—. Antes escuché lo que le comentaste a Naisha, lo de… eh, los condones.

Kyle carraspea, igual de nervioso que yo. Se ha puesto colorado hasta las cejas, lo cual es entrañable.

—Sí, yo… —Sacude la cabeza—. Bueno, no sé en qué estaba pensando.

Esbozo una sonrisa ladeada.

—Pues en el calentón. —Los dos reímos, aligerando un poco el ambiente. El silencio que lo prosigue es casi físico, un ente más

entre nosotros—. Es un poco raro, ¿no? Esto… nosotros… Raro, pero bueno —clarifico—. ¿Crees que Rebecca dirá algo del chupetón? Porque créeme que lo ha visto. Me pone de los nervios que se haya callado, eso es porque está esperando el momento perfecto para atacar.

—¿Seguro que se ha fijado en el chupetón? —Asiento—. Pues ya son dos, porque Naisha también lo sabe.

Abro mucho los ojos, no porque la becaria lo sepa, de lo cual ya estaba al tanto, sino por el miedo a lo que le haya podido contar a Kyle.

—¿Habéis hablado de ello?

—Tranquila, no se lo dirá a nadie. —Suspiro aliviada—. Es lo mejor por ahora, aunque no sé en qué lugar nos deja eso a ti y a mí.

Lo dice despreocupado, pero su mirada me indica lo contrario. Hay una pregunta que pende sobre nuestras cabezas: «¿Qué somos ahora?». Hemos pasado de ser mejores amigos a completos desconocidos a… esto. Un nudo. Un laberinto. Una maraña de sentimientos.

—No tenemos que ser nada. —Me encojo de hombros tratando de restarle importancia.

Mi corazón parece gritar algo muy diferente: *¡Podemos serlo todo!*

—Te refieres a… ¿amigos con derechos? —Él hace una mueca, dubitativo.

Noto que mis mejillas se enrojecen. Una parte de mí se alegra de que hayamos recuperado el título de «amigos», pero sé que el vuelco al corazón significa otra cosa muy diferente. Una cosa que le confesé a Naisha en su día: estoy enamorada de Kyle, siempre lo he estado.

No nos da tiempo a decidirlo, pues Tom se instala en el porche junto a nosotros, seguido de Dennis. Supongo que nos queda una conversación pendiente, al menos eso me hace ver Kyle con su mirada de disculpa.

—Tíos, estoy en racha —suelta el último con una alegría contagiosa—. Más de setenta mil palabras, no hay quien me pare.

Ojalá pudiera decir lo mismo. Va a empezar nuestra tercera semana en Bibury y lo único que tengo son párrafos inconexos. Mis

opciones son la novela que escribí con Kyle hace años —descartada, ya he machacado bastante ese manuscrito— o lo que empecé el otro día antes de que Candy me interrumpiera. En busca de cualquier excusa para distraerme de lo de anoche, abro el Word y releo lo que tengo.

—¿Habéis visto a Candy? —pregunta Tom tras un rato.

—Se fue a dar un paseo después de comer —contesta Kyle, receloso.

Me muerdo el labio. La cabeza no me para de dar vueltas, cientos de por qués entrelazándose como las enredaderas de la casa, cientos de respuestas evaporándose como el humo. No sé si es la desaparición de Candy o ese nombre que Kyle y yo parecemos esquivar; ese más que «amigos» que pende sobre nosotros como la espada de Damocles. En cualquier caso, inspiro y comienzo a teclear, forzándome a pensar en otra cosa.

Tenía muchas ganas de verlo. Siempre me había parecido sumamente atractivo, con esa belleza particular de la que solo un puñado de personas puede presumir. Sus hoyuelos se marcaron en cuanto me vio. Me saludó a través del cristal, más allá de la lluvia…

—Mm, no sé yo…

Kyle lee por encima de mi hombro. Tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido, signo de su gran concentración. Lo recuerdo con diez, quince, veinte años haciendo lo mismo. Yo escribía, él leía. Él escribía, yo leía. Un ciclo sin fin.

—¿En serio? ¿Cómo lo harías tú?

Hace un gesto en dirección al ordenador para pedirme permiso y yo me limito a asentir. No se me pasa por alto cómo Dennis y Tom nos observan descaradamente. Ni siquiera el cotilla del chavalín tiene nada que decir al respecto. Los dedos de Kyle se deslizan por el teclado, pero no me deja ver nada hasta que da por concluido su trabajo.

Recuerdo que llovía. Londres siempre ha sido un cúmulo de grises y no me importó hasta ese día. Me había puesto mi

mejor vestido, el negro ceñido que él alabó en una ocasión hace tanto tiempo que ya no me acuerdo. O no quiero acordarme. Tenía muchas ganas de verlo. Siempre me había parecido sumamente atractivo, con esa belleza particular de la que solo un puñado de personas puede presumir. Sus hoyuelos se marcaron en cuanto me vio. Me saludó a través del cristal, más allá de la lluvia. Ahí comenzó la función.

Todo se remonta a ese día. En la actualidad, cuando pienso en ello, sangro tinta. Escribo y escribo con el único objetivo de dejar de pensar en él, pero no puedo. Escribo, pero nada tiene sentido, como si me hubiera olvidado de hablar. Como si él se hubiera llevado todas las palabras.

Pero, cuando lo conocí, eran otros tiempos…

Kyle ha escrito una página entera en la que ha sabido capturar mis sentimientos al perderlo. Ninguno tiene que dar explicaciones, sabemos de qué trata esta historia: de nosotros. Le tiendo el ordenador de vuelta.

—Sigue.

Él no necesita más. Se sumerge en la tarea con una decisión abrumadora y a mí no me queda más opción que contemplarlo. Antes, cuando escribíamos juntos, las letras salían de mí como si tuvieran vida propia, ya fuera durante una clase, de madrugada o en el metro. A veces lo hacíamos en Londres, otras tenía que ser a distancia, pero era sencillo a pesar de ello, porque encajábamos. Verlo escribir frente a mí ahora me causa una sensación muy distinta. Es una mezcla de orgullo, admiración y, sobre todo, una emoción a la que no me atrevo a ponerle nombre.

Tom y Dennis vienen y van. Yo me levanto a prepararme un té. Maude se une un rato, hablándome de cómo lord Cavendish y la señorita Attaway, los protagonistas de su novela, se han rozado la mano. Rebecca toma el sol en el jardín. Frank se asoma para asegurarse de que no nos hemos ido. Candy no aparece. En el transcurso de dos horas pasan muchas cosas, pero la más importante es que Kyle termina el capítulo. Me pongo a leerlo al instante. Cuenta la historia de cómo nos conocimos —con aires más

novelescos y ciertas licencias, claro— y surgió nuestra amistad. Y, de repente, es como si el tiempo no hubiera pasado.

—Déjame a mí —le pido.

Tecleo: «Capítulo 2» y enseguida fluyen las palabras. Los dos años que pasamos sin hablarnos se esfuman, porque nos entendemos a través de la escritura, lo que siempre hemos sabido hacer. Nos entendemos incluso mejor que anoche, sudorosos en la más absoluta intimidad. Las escurridizas palabras por fin vuelven a mí con una fuerza imparable. No me doy cuenta de que ha oscurecido hasta que levanto la vista de la pantalla. Kyle no se ha movido de mi lado.

—Veamos —dice mientras voltea el portátil hacia sí y lee con detenimiento—. Gala, esto es bueno. —Se me hincha el pecho de alegría—. ¿Deberíamos presentarnos al concurso con esto? Es mejor de lo que he conseguido escribir en meses.

—¿Nos dejarán escribir un libro a cuatro manos?

—Es cuestión de preguntarle a Naisha. En cualquier caso, yo no quiero escribir si no es contigo.

Una sonrisa se extiende por todo mi rostro y tardo apenas unos segundos en lanzarme a sus brazos. Contengo las lágrimas, pensando en lo afortunada que soy. Esta es una nueva oportunidad para nosotros y no puedo desperdiciarla. No lo haré.

—Chicos, ¿hay noticias de Candy? Estoy preocupado.

Nos separamos para observar a Tom. Compruebo la hora, que me indica que son pasadas las nueve.

—¿Todavía no ha vuelto? —inquiere Kyle—. Lleva toda la tarde fuera.

—He mirado en su habitación, pero no está. Los demás tampoco la han visto.

—Probaré a llamarla —resuelve Kyle.

Aguardamos mientras busca a Candy en sus contactos. Suena pitido tras pitido, pero nadie lo coge.

—Quizá se ha quedado sin batería —sugiero.

—No sé yo… —replica Tom, no muy convencido—. ¿Por qué se iría tanto tiempo sola? Normalmente nos propondría a todos ir con ella.

Kyle suelta un suspiro de derrota. Tom saca su propio móvil, supongo que para intentar contactar con la chica, pero tras unos segundos nos enseña la pantalla. Es una historia de Instagram de Rebecca, compartiendo la última publicación de Candy. Frunzo el ceño.

—¿Eso es un poema?

—Lo es —responde el chavalín.

No me hace falta entrar a la publicación, puedo imaginarme los comentarios. Si algo despierta Rebecca Johnson en las multitudes, es caos. Supongo que hoy la *influencer* tenía cosas más importantes que fijarse en mi chupetón.

Capítulo 31
Kyle

Candy no aparece. No lo hace antes de que el sol se ponga ni tampoco lo hace después. Las estrellas no recuerdan su nombre y la luna no sabe decirme por qué. El porche me parece más claustrofóbico que ayer y, aunque Tom acaba de pedirme que entre a cenar y me ha asegurado que la chica estará a punto de volver, soy incapaz de hacer como si nada. Candy se ha ido. Candy. Se. Ha. Ido. ¿Es que acaso eso no suena lo suficientemente preocupante? ¡Candy se ha ido! Y es mi culpa. Es mi maldita culpa porque, a pesar de que todo el mundo piensa que el detonante ha sido el poema, estoy convencido de que no es así. Ellos no han visto la cara que ha puesto al escucharme confesar lo mucho que me gusta Gala. Ellos no estuvieron presentes en aquella conversación cerca del lago.

Le mentí a Tom, eso le hizo ilusiones y jamás llegué a decirle el motivo por el que no siento nada por ella. Una vez más, no fui sincero del todo. Prometí hacerlo cuando llegara el momento, pero ¿cuándo? ¿Cuándo si el tiempo empieza a pasar tan rápido que mi mente es incapaz de seguirle el ritmo? Lo dejé estar, como todo lo demás. Fue escurrir el bulto y fingir que jamás existió. Pensé que pasaría, pero la gente no pasa. Los sentimientos no se esfuman así porque sí. Yo lo sé mejor que nadie.

Así que espero fuera. Dan las nueve, después las diez. Me vuelvo loco a las y media y creo perder la cabeza a menos cuarto. Pero entonces se hace el milagro y, a lo lejos, diviso una silueta que bien podría ser el demonio dispuesto a guiarme a los infiernos por los pecados cometidos o la chica con cara de ángel y corazón frágil. Descubro que es la segunda opción cuando veo el naranja, ahora más apagado por la negrura de la noche, acercarse a mí con paso vacilante.

—Kyle… —Carraspea, pero rápido sacude la cabeza. Maldigo a la luna nueva porque apenas puedo verle la cara. No sé si tiene las mejillas sonrojadas o si sus ojos se han dejado llevar por fin. Después sonríe. Joder, sonríe y a mí me da rabia que lo haga porque

sé que no es real—. ¡Buenas noches! ¿Qué haces aquí fuera? ¿Cogiendo algo de inspiración o…?

La interrumpo.

—¿Dónde estabas?

—¿Cómo?

—¿Dónde estabas, Candy? —Trago saliva y enciendo la pantalla de mi teléfono para ver la hora. Tengo mil notificaciones de Instagram y un sinfín de mensajes de gente que ni conozco sin leer, pero eso no importa ahora. Parezco un padre enfadado cuando continúo—: Nos tenías muy preocupados.

Mira hacia los lados en busca de una excusa que la salve, pero no hay nada. Solo estamos nosotros dos.

—Perdón. —Percibo la congoja en su voz. Sin embargo, su sonrisa se ensancha tanto que llego a verle los dientes—. He salido a escribir. Necesitaba… —Carraspea otra vez—. Necesitaba tomar el aire. Ya sabes, salir de la casa y ver un poco del pueblo. He ido al lago, me he sentado en la hierba y no me ha hecho falta más para rellenar esto de aquí. —Señala su cuaderno, incapaz de mantener el contacto visual.

—¿A ver?

—¿Perdón? —grazna.

—¿Puedo ver algo de lo que has escrito?

Ella finge un bostezo.

—Uf, mejor mañana, que tengo un sueño… Encima me duele la mano. —La sacude—. Apenas la siento. Creo que ya va siendo hora de irme a dormir.

Hace el amago de entrar en la casa, pero no tardo en impedirle el paso. Me interpongo entre la puerta y ella y, a pesar de que mi mirada está puesta en el azul de sus ojos, la suya yace perdida en un punto que no logro encontrar.

—Candy…

—¿Pasa algo?

—¿Estás bien?

Ambos tomamos aire al mismo tiempo. A Candy le sorprende que alguien le pregunte algo así, a mí haber tardado tanto en hacerlo.

—¿Aparte de la mano? —inquiere.

—Aparte de la mano.

Me recuerda tanto a mí que escuece. Está intentando brillar, pero ya no se acuerda de cómo se hace sin esfuerzo. Su sonrisa le flaquea por momentos y juraría atisbar la muerte de una estrella en sus pupilas. No sé qué hacer, así como no sabía qué hacer cuando yo estaba así. ¿Me acerco? ¿Me quedo quieto? ¿Sigo presionando o respeto su silencio? ¿Qué me habría gustado a mí?

—Hoy he publicado un poema por primera vez.

Así que quiere ir por ahí. Bien. Es un avance. Ya dejaremos lo de mi conversación con Naisha para más adelante.

—Ni siquiera sé por qué lo he hecho. Rebecca lo leyó esta mañana y me animó a publicarlo. ¡Incluso lo ha resubido en su cuenta para ayudarme! Pero a la gente no le ha gustado nada. Nada de nada. Era un primer borrador y tenía un par de erratas de las que no me he dado ni cuenta, así que no sé qué me esperaba.

—Lo he visto.

—Oh… —Su sonrisa se tambalea otra vez. Casi consigo que me muestre lo que está sintiendo de verdad—. Lo siento. Ha debido de parecerte horrible.

—No me ha parecido horrible.

Su mirada se agranda.

—¿No?

—Qué va —le aseguro, asintiendo con la cabeza para darle más peso a mis palabras—. En realidad, me ha gustado mucho.

—Pero tiene errores.

—Eso es lo que lo hace real.

Candy traga saliva y ahí es cuando me doy cuenta de que, a pesar de que no era mi intención, he metido la pata hasta el fondo. Juega con sus dedos, entrelazándolos entre sí como si fueran un rompecabezas que solo ella sabe desarmar. Se muerde el labio con fuerza, lo veo en cómo aprieta el rostro y se obliga a sí misma a continuar impasible, tan risueña que parece que nada puede hacerle daño. Tan sol que parece que está a años luz de distancia.

—Tus poemas son reales —prosigo—. Salen de ti, de aquí. —Señalo el centro de su pecho, justo donde se encuentra su corazón. Me pregunto si le duele tanto como imagino, si grita por salir al

exterior y mostrarse tal cual es—. ¿No es eso lo importante, exponerte al mundo sin miedo y con todo lo que tienes?

—Creo que ese es el problema —replica en tan solo un susurro.

—Candy…

—Por eso a nadie le ha gustado.

No dice todo lo que piensa, pero puedo leer entre líneas. Su poema es solo una forma más de esconderse, la manera perfecta de hablar sobre lo que siente sin vaciarse en el intento. No está hablando de su último escrito, sino de sí misma. Porque he usado la palabra *real* y le ha cambiado la cara. Porque ha mostrado una parte de ella, una que no es perfecta, ni sonriente, ni celestial, y lo único que ha recibido han sido críticas. ¿Cómo no iba a querer esconderse para seguir protegiéndose?

—A mí sí.

Se le escapa una risa.

—Pero hay poemas mejores, ¿no? —Sonríe de manera distinta esta vez. Es triste, casi resignada—. Siempre habrá poemas mejores.

—Solo hay poemas distintos.

La dejo sin palabras. Abre la boca para volver a contradecirme, pero no se le ocurre nada. Las luces de la casa se van apagando una a una y el sonido de los grillos nos envuelve en un silencio incómodo del que ninguno sabe cómo escapar. No me cree, ni siquiera sopesa lo que le digo.

—¿Y no es genial? —la animo—. Poder leer cientos, ¡miles!

—Eso reduce las posibilidades de que el mío destaque —murmura. Agradezco que una parte de ella me esté siendo sincera aunque todavía siga reticente—. De que lo escojan. En fin, yo…

—Eso no lo sabes.

—Kyle…

—No, Candy. No lo sabes —insisto—. Estoy convencido de que algún día alguien te leerá y no podrá dejar de hacerlo. Que sentirá el vértigo de tus palabras y se verá reflejado en ellas. Te convertirás en su autora favorita, irá a todas tus firmas y tendrá sus estanterías llenas de tus poemarios. Te elegirá día sí y día también porque no habrá poema que le haga sentir lo mismo. A pesar de las erratas, a pesar de que no rimen. Y todo eso porque son tuyos. *Reales.*

Sus cimientos se tambalean y yo contengo el aliento. Noto el terremoto en su interior, la sacudida que la pone en alerta. Sabe que no hablo solo de su poesía, sino de ella. Porque estoy convencido de que eso ocurrirá, no hay más que verla. Creo que no hay persona en el mundo que merezca más que la quieran. Pero entonces ocurre lo inevitable y la chica sonríe otra vez.

Joder.

—Gracias por hablar conmigo, pero estoy bien. ¡De verdad! Intentaré no leer más comentarios a partir de ahora, te lo prometo. En unos días se les olvidará, al igual que a mí. Ahora, si me disculpas… —Se hace un lado para poder pasar y entrar en la casa —. Buenas noches. Intenta descansar, ¿sí? Y no te preocupes tanto por mí. Estoy bien. Todo está bien.

Capítulo 32
Gala

Esa es la primera noche que oigo llorar a Candy. Lo hace casi en silencio, cubriéndose con las sábanas, pero la escucho. Cuando llegó, lo hizo con la misma sonrisa de siempre, mas en ella no brillaba el sol. Sus labios eran una medialuna triste, opacada, sus ojos, dos pozos hondos. No era la Candy que me recibió hace semanas, y se me parte el corazón de pensar en que parte de mí puede haberla herido. No, no *puede*. La he herido. Con mis constantes ojos en blanco, gruñidos por la mañana, comentarios sarcásticos. Con Kyle y lo que sea que tenemos.

Y, aunque hoy el poema que ha compartido Rebecca es la manzana de la discordia, sé que solo ha sido una naipe más en la carrera por destrozarla. No puedo dejarla en este estado, no si está en mi mano ayudarla a levantarse, como tanto ella ha luchado por animarme incluso cuando yo le respondía de malas maneras. Inspiro profundamente antes de ir a su cama como hice hace un par de noches. Los llantos se detienen al instante.

—¿Candy?

Silencio. Una respiración que trata de acompasarse. El sonido de los grillos en el campo.

—¿Quieres hablar de algo? —pruebo otra vez.

—Estoy bien.

Me muerdo el labio. ¿Cuántas veces se empeñan las personas en decir esa frase vacía? Estoy segura de que pocos realmente la usan en serio, sin significados ocultos. Yo, de hecho, tampoco soy una de esas personas.

—Es una estupidez —susurra entonces, tan bajo que creo no haberla oído. Se sorbe la nariz y su cabeza se asoma de debajo de las sábanas—. Es solo un poema, ¿no?

—¿Lo es?

Tras el manto de la oscuridad, Candy se fuerza a sonreír. Incluso aquí siente que tiene que aparentar.

—No debería haberlo compartido.

—¿Por qué no? —inquiero—. Lo he leído, es bueno.

Ella bufa a la vez que se yergue.

—Es una basura, no sé ni por qué me dejé convencer para subirlo. Rebecca dijo que le encantaba.

Ruedo los ojos.

—Rebecca dice muchas cosas, ninguna buena —replico—. Es más, lo único bueno está en lo que calla.

Candy suelta una risita.

—Debería haberlo retocado antes de subir la foto —insiste.

—Estabas ilusionada.

—No. Ingenua es lo que era.

—Candy…

Busco su mano a tientas en la oscuridad. Es como un témpano de hielo, así que la froto para atraer el calor.

—Mi madre me instó a presentarme al concurso —explica. Su tono está teñido de amor y recuerdo—. Siempre me ha dicho que tengo un don, pero a veces no sé si es verdad o es más por compensar… —Sacude la cabeza—. En fin, da igual. Los comentarios me han dejado bien claro que no tengo ese don.

—Candy, tú lo has dicho, es solo un poema. Uno de tantos que vas a escribir en la vida. Tú no eres así, no… —Pero ¿realmente sé cómo es o solo reconozco las sombras que dejan sus rayos de sol? Tomo aire—. Es por el poema o… ¿o hay algo más?

De nuevo, el silencio, pero esta vez el de quien sabe perfectamente lo que va a decir a continuación.

—Es de Kyle, ¿verdad? —A pesar de la negrura, arrugo la frente —. El chupetón.

Por un momento, estoy a punto de maldecir a Rebecca, pero no lo hago. Es evidente que la *influencer* ha tenido otros quehaceres hoy. Además, en esto me he metido yo solita y debo salir también por mi propio pie.

—Sí. —Una palabra pesa tanto como la que será la lápida de nuestra recién nacida amistad.

Contengo el aliento. Y entonces…

—Escuché a Kyle hablando con Naisha. Sobre ti —aclara, para mi sorpresa.

Me muerdo el interior de la mejilla para no preguntar de qué hablaban en concreto.

—Lo siento —es lo mejor que puedo ofrecerle.

—No lo sientas, boba, estoy bien. Solo es un poema, ¿no? —No me da tiempo a contestar—. Solo es un chico, ¿no?

Solo, solo, solo. Buceo entre las huecos sordos de las palabras, pero Candy es una fosa demasiado profunda.

—Y yo pensando que te gustaba Naisha. —Ríe.

—Bueno, no es del todo mentira. Me parece guapa y eso.

—¡No paraba de intentar juntaros!

—Si las circunstancias fueran distintas, probablemente habría funcionado.

—Quiero que sepas que me alegro por Kyle y por ti. No estoy enfadada ni nada, te lo juro. —Parece sincera, pero, una vez más, hay una pieza en ella que no encaja—. No hay malos rollos, de verdad.

No esperaba hacer amigos en este viaje y ahora lo que no quiero es perderlos por cometer una estupidez. Claro que Kyle no es una estupidez ni mucho menos, pero… Suspiro. Tengo la cabeza hecha un lío.

—¿Cómo era? —Piensa unos instantes—. Soy el frutero entero.

Sonrío.

—Eso es, el frutero entero.

—¿Las naranjas? —pregunta divertida.

—Y las manzanas, los plátanos…

—¿Y las ciruelas?

—¡Todo! ¡Y la frutería, si me apuras!

Reímos al compás, casi olvidándonos de todo, casi temiendo por nada. Desearía que me dejase ver un poco más entre las grietas pero ¿quién soy yo para exigir lo que me niego a dar? La persona más hermética poco sabe de abrirse a los demás y que ellos se abran de vuelta.

—Recuerdo la canción que me enseñaste de Ateez: «THANK U». Gracias. —Me aprieta la mano como si temiera caerse al vacío—. Gracias de corazón por estar ahí. Ya sé que al principio me odiabas,

pero ahora lo entiendo todo. Estaba entre Kyle y tú, debí haberlo supuesto.

—Eso sí que es una estupidez. Olvídate de eso, nunca te he odiado más de lo que me odio a mí misma por haberme portado como una imbécil. Y ya sabes lo que dicen: una amistad vale más que cualquier hombre. Porque… ¿somos amigas?

—Claro que somos amigas.

Respiro tranquila. Voy a por mi móvil y entro en la aplicación de música, donde busco hasta dar con la canción adecuada —también de Ateez, qué le voy a hacer— y le doy al botón de reproducción.

—A ver qué te parece esta otra canción.

—«Sunrise» —lee ella en la pantalla.

—Exacto. Siempre sale el sol, solo tienes que seguir adelante.

La luz del móvil ilumina la sonrisa de Candy. Me recuesto a su lado, hombro con hombro, y cerramos los ojos para deleitarnos con la música. Cuando esta termina, salta la reproducción automática.

—Eso no es coreano —Candy señala lo obvio—. Creía que no había nada en tu *playlist* que no fuera en coreano.

—Y casi no lo hay. Es un grupo que está empezando, conozco al cantante —explico—. En realidad, es el hermano de un amigo de mi primo. A veces coincidíamos en el pueblo.

—Son buenos.

—Bueno, no son One Direction. —Le doy un codazo y estallamos en carcajadas—. Pero sí, ojalá lleguen lejos.

La canción se titula «Truly, Madly in Love». The Reverie, como se llama el grupo, mezcla una lírica profunda con una melodía que, si bien al principio es apagada, se va animando poco a poco.

—Tengo la sensación de que lo harán —dice Candy.

Dejo que mi *playlist* siga sonando durante al menos una hora. Nos limitamos a escuchar, a veces comentando, otras en silencio. Dicen que la música lo cura todo y creo firmemente en ello. Al cabo de un rato, Candy se duerme.

…

Recuperar la felicidad es más difícil que perderla. Cuando la pierdes es tan sencillo como un soplo apagando una vela, se esfuma sin que puedas evitarlo. Para recuperarla, en cambio, tienes que

escalar montañas, cruzar todo tipo de obstáculos, y aún así siempre habrá algo más en el camino que te retrasará el viaje. No obstante, esta vez empiezo a pensar que mi mala racha ha terminado.

Kyle y yo escribimos más de lo que hemos hecho nunca. Nos turnamos el ordenador y en cuestión de horas tenemos varios capítulos completos. Pasamos las mañanas, tardes y algunas madrugadas dedicándonos en cuerpo y alma a nuestro manuscrito. Escribo como si fuera lo único que me mantiene con vida. Todos nuestros compañeros se sorprenden de vernos trabajar tanto después de dos semanas sin ideas.

El jueves, cuando vuelvo de mi carrera matutina, Kyle ya me está esperando en el porche con un zumo de naranja y unas tostadas de aguacate. Maude, quien se encuentra a su lado, me guiña el ojo con descaro.

—Igualito que las miradas de mi Edmund —me dice solo para mí, a lo que aprieto los labios para contener una sonrisa.

—Voy a darme una ducha y ahora vuelvo —les informo.

Subo las escaleras trotando. Frank me dedica una mirada curiosa y yo le regalo una sonrisa, lo que hace que tuerza el gesto de forma exagerada. Soy feliz, ¿y qué? A esta Gala no la habían visto nunca. Paso al lado de la habitación de Tom, donde la puerta abierta me deja ver que el chico está jugando a su Nintendo Switch muy concentrado.

—Buenos días, Tommy. ¿Ese es el nuevo de *The Legend of Zelda*? Tiene buena pinta.

Él también se queda tan anonadado como Frank, pero me devuelve el saludo. A continuación, recojo un par de prendas de mi dormitorio y me dirijo al cuarto de baño. Pongo el agua a calentar mientras me marco un baile al ritmo de una canción que probablemente escandalizaría a cualquier coreano por mi terrible pronunciación. No quiero ni saber qué cosas estoy diciendo, tal vez estoy invocando a un demonio. Yo lo intento, que es lo importante.

Pego un brinco en cuanto la puerta se abre, mano en pecho, pero me relajo al darme cuenta de que se trata de Kyle. No dice nada, tan solo saca algo del bolsillo de sus vaqueros. Lo cierto es que me esperaba cualquier cosa menos condones.

—¿Cómo has…?

—Resulta que Bart es muy majo y me ha dado una vuelta en su coche.

Parpadeo muy lentamente, dejando que la información cale en mí.

—¿Bart? Pero… ¿cuándo? Llevamos toda la semana pegados como lapas.

Kyle esboza una sonrisa ladina.

—Sorpresa —es lo único que responde.

El agua todavía sigue corriendo cuando Kyle me besa contra la pared. Pierdo toda la cordura en cuanto sus labios se unen a los míos, ignorando que estoy destruyendo el planeta por no cerrar el grifo o que cualquiera podría pillarnos. Ignorando todas las dudas de mi cabeza. Lo agarro del cuello de la camisa y profundizo el beso. Prefiero mandarlo todo a la mierda.

Poco a poco nos vamos deshaciendo de nuestra ropa, que queda esparcida por el suelo del baño.

—Creo que me debías algo —gruñe contra mis labios.

—¿Crees?

Mi mano se desliza hacia su vientre, más allá de la cinturilla de su ropa interior, pero Kyle me detiene.

—Sabes muy bien que no es eso. —Acaricia mis senos despacio, su lengua uniéndose pronto a sus dedos—. Recuérdame lo que deseas.

Arqueo la espalda mientras reparte pinceladas por mi cuerpo al desnudo, tan concienzudo como un pintor ante su mejor obra.

—A ti.

Eso parece satisfacerlo, al menos por ahora, y continúa su trazado de besos hasta mi cuello.

—Cuidado, fiera —le advierto—. Ya sabes lo que pasó la última vez.

Pero él gruñe y su boca continúa serpenteando por mi cuello, cubriendo cada zona de besos tan delicados como ansiosos. El vaho que desprende la ducha nos rodea como si estuviéramos en una nube. La figura de Kyle se difumina, pero mis manos, firmes sobre

él, me recuerdan que estamos más cerca que nunca. Trastabillamos hasta que choco contra el lavamanos.

—Llevaba años esperando poder tocarte así. —Sus dedos se cuelan entre mis piernas y gimo.

No habíamos vuelto a tener este tipo de contacto desde el fin de semana pasado. No porque no lo quisiera, evidentemente, sino porque estábamos inmersos en la creación de nuestra historia y con los ojos de todos los presentes puestos en nosotros. Han pasado cinco días y, sin embargo, parece que hayan sido cinco meses. Siempre estaré sedienta de Kyle, ni todo el agua del mundo podría saciarme.

—¿Cuántos años? —le sigo el juego.

Kyle traza círculos sobre mi clítoris. Su mirada continúa fija en mí, feroz.

—Como un millón.

Jadeo y me entrego en cuerpo y alma a la causa. Aquí, entre el sonido de la ducha aún corriendo y los vapores, parece que estamos protegidos del mundo. Me uno a sus caricias, sosteniendo su sexo primero con manos temblorosas —con todos los sentidos embotados por sus movimientos entre mis muslos—, luego decidida. Nos tocamos con la misma complicidad que frente a un documento en blanco. Ágiles, precisos, seguros de cada tecla.

No es suficiente, mis latidos me ruegan más de Kyle, más de nosotros. Sedienta, hambrienta de él, completamente ciega por él. Me da la vuelta y nos veo reflejados en el espejo, desdibujados en el vaho. Somos líneas difusas pero, cuando me besa el hombro, la espalda, la espina dorsal, se afilan todas las partes de mi ser. Nos veo claros como el día, y veo claro lo que siempre he anhelado.

Oigo el rascar de un preservativo, mi respiración acelerada. Lo veo claro, clarísimo. Kyle y Gala. Gala y Kyle. La tinta que nos une, las teclas que nos vinculan. Esto es lo que siempre ha debido ser, solo el destino —ese en el que nunca he creído— sabía que llegaríamos a este punto tarde o temprano.

Las manos de Kyle se ciernen en torno a mi cintura, las yemas de sus dedos buscando cobijo en mis partes más tiernas. Dejo escapar un suspiro cuando lo noto entrar, apenas una exhalación que

encierra mucho más de lo que nos atrevemos a decir. «Recuérdame lo que deseas», me pidió, y no fui del todo sincera. Debería haber contestado de otra forma: «A ti, pero no como amigo, no como lo que sea que estamos haciendo ahora. Te deseo a ti de manera abrumadora, pero no puedo permitirme que te vuelvas a marchar. Que sea yo la que te obligue a huir de nuevo». Por el momento, me conformaré con ese «a ti».

Me inclino sobre el lavamanos, los codos apoyados. Kyle también exhala al entrar en mí. Es ahora cuando los dos somos muy conscientes de lo que hemos hecho. De lo bien que encajan nuestros cuerpos. Al moverse, cada vez a más velocidad, se acompasan nuestros corazones. Al acariciarme se hilan otra vez nuestras vidas.

—Gala… —canta mi nombre como si no conociera vida más allá.

Se mueve con el miedo de quien ya se ha despedido del amor de su vida una vez. Con el ansia de quien teme perderlo todo de nuevo. Me permito gemir su nombre, oculta por los sonidos de la ducha, mientras acelera sus embestidas. Lo veo todo blanco, todo incierto. Sus manos en mi clítoris, en mis pechos, en mi pelo. Lo siento por zonas, tocándome tan sediento como yo lo estoy, y lo siento muy dentro, más allá del alma.

Cuando me dejo ir, lo hago clamando por él. Por nosotros. *Es demasiado tarde, nunca me recuperaré de esta caída*. Él se une a mí poco después y es también mi nombre el que pende de sus labios con sabor a miel. No dejamos de besarnos, somos incapaces, mientras nos movemos hacia la ducha. Kyle se deshace del condón y lo tira a la basura. El agua quema sobre mi piel, pero ni siquiera ella puede borrar el roce del chico sobre esta. Kyle Walker está impregnado en mí, lo estará siempre.

Él alcanza el champú y, con delicadeza, comienza a frotarme el pelo. No consigo soltar la risita atorada en mi garganta, pues me pesa demasiado el pecho. Nos duchamos hablando en auténtico silencio, solo el lenguaje de las manos y los besos. Salimos de la ducha con el cabello pegándose a nuestras frentes y una sonrisa de oreja a oreja. No sé cuánto tiempo ha pasado; probablemente el suficiente como para que Maude empiece a preocuparse.

Deberíamos ser sinceros con todos, pero no quiero salir de esta maravillosa burbuja. No de momento. Y no, sobre todo, después de la conversación con Candy de hace un par de noches. Que sepa lo que ocurre entre nosotros es muy distinto a verlo con sus propios ojos.

Sigue diciéndote eso, Gala. Mentirte es mejor que admitir el miedo que te corroe por dentro.

Termino enseguida de ponerme la ropa y planto un beso en la mejilla de Kyle.

—Yo salgo primero, tú espera unos segundos —pido.

Hago como que no veo la decepción en sus ojos y abandono la estancia.

Capítulo 33
Kyle

Tom se ha convertido en mi fiel aliado estos últimos días. Deja que Gala y yo estemos solos en la habitación que compartimos casi todas las tardes. Aunque me dijo que lo hacía para disculparse después de haberse ido de la lengua con Candy aquella vez, sé que lo hace porque somos amigos y, al final, los amigos están para ayudarse. Desde que le confesé mis sentimientos hacia Gala, no ha dejado de preguntarme día sí y día también cómo va esta extraña situación en la que ambos nos hemos zambullido sin pensarlo. Sigue siendo un cotilla, pero al menos no va soltándolo por ahí. Puedo confiar en él, al igual que él también se fía de mí. Me deja leer partes de su libro de vez en cuando y me pide opinión incluso para ponerse un pijama u otro. Hace que me sienta especial. Visto, en cierto modo. Me recuerda a la relación que tengo con Kevin, lo que también hace que me acuerde de que debería dar señales de vida y hacerle una llamada. Aunque él ni me ha mandado un mensaje. Nadie de mi familia, en realidad. Tampoco quiero que la burbuja estalle. No ahora.

Sobre mi cama, Gala lee el capítulo que he escrito con una cara de concentración que me resulta más adorable de lo que estoy dispuesto a admitir en voz alta. Es preciosa, tanto que a veces me es imposible dejar de mirarla. Sus pupilas se mueven de un lado a otro mientras se muerde esos labios que saben a miel y me traen loco. Me gusta que me lea. Mucho. Es íntimo de una forma muy distinta al sexo, como si fuera capaz de ver mi desnudez pero no en un sentido corpóreo, sino mucho más allá. Con cada frase que se queda grabada en su mente va quitando capas de mi alma, que acabará expuesta si no hago nada para evitarlo y, siendo franco, no creo que ni lo intente.

Escribir con ella está siendo fácil, incluso más que respirar o dormir cuando te estás muriendo de sueño. No es solo que estemos plasmando nuestra historia en papel, es que estamos destinados a seguir escribiéndola en la vida real. Escribo solo porque Gala va a

leerlo, solo para ella. Todos mis puntos y todas mis comas van dedicados a la chica a cuyo rostro lo ilumina una pantalla que ya no tiene nada de vacía. A mí me brillan los ojos por una razón muy distinta.

Todo sigue justo como lo dejamos. Intacto.

—Dios, Gala.

Ella aparta la mirada del portátil para posar sus ojos sobre los míos.

—¿Qué?

—¿Tú sabes lo guapa que eres? —Sus mejillas se ruborizan y yo quiero rendirles pleitesía—. ¿Sabes lo que me estás haciendo?

Se le escapa una risita.

—Estoy leyendo.

—Lo sé. Me da igual.

—Kyle. —Vuelve a reír—. Deja que termine el capítulo y después me dices todas esas cosas bonitas que tanto me gusta escuchar, ¿sí? A este paso no vamos a terminar nunca.

Y es que, aunque hemos avanzado a pasos agigantados con respecto a los primeros días en el retiro, últimamente nos entretenemos demasiado. Nada ha vuelto a ser igual desde lo que ocurrió en el baño, justo antes de ducharnos juntos. Nos hemos convertido en dos adictos incapaces de dejar lo que les acelera el corazón y enciende por dentro. Obligarnos a avanzar con la historia para después caer en las garras del otro ya se ha convertido en rutina. Estamos atravesando una especie de luna de miel que desearía alargar para siempre. Esto es lo que siempre he querido, incluso cuando era tan solo un crío y solo necesitaba darle un abrazo para saber que Gala es y jamás dejará de ser mi hogar.

Le aparto el ordenador de las piernas y la tomo de la cintura para atraerla hacia mí.

—¿Es que no quieres que siga o…? ¿Has tenido faltas de ortografía que no debo leer? —Sonríe, tan cerca de mis labios que hace que me sienta un hombre nuevo—. Porque, de ser así, debería darte vergüenza, Kyle Walker.

Imito su gesto y escondo un mechón de pelo rebelde tras su oreja.

—Vergüenza me daría no hacer esto ahora mismo.

Entonces la beso, ya he dejado de pensar con claridad. No han pasado ni cinco minutos desde la última vez que lo hice, pero ¿qué más da? ¿Acaso no he nacido para esto?

—Eres insaciable.

—¿De quién será la culpa, eh? —Trazo círculos sobre su espalda, ahí donde su camiseta me separa del calor de su piel. Gala entrelaza sus brazos tras mi nuca y, sentándose a horcajadas sobre mí, se remueve como quien no quiere la cosa—. Y tú eres perversa.

—Puedo ser peor.

—¿Ah, sí? —Dibujo una sonrisa maliciosa solo para ella—. ¿Cuánto?

—Mucho peor. El mismísimo demonio.

Me relamo los labios en cuanto se propone demostrarlo. No hace calor ahí fuera, pero la habitación se prende en llamas nada más verla quitarse la camiseta. No lleva nada debajo y, joder, si esto es el infierno se parece demasiado al cielo. Temo que esto se acabe algún día, que el retiro concluya y lo nuestro desaparezca a la par. Por eso no puedo parar, por eso nada me es suficiente. Porque la quiero. La quiero, Dios mío. La quiero tanto desde el primer día en que la vi que olvidaría todas las demás palabras del diccionario para que lo único que salga de mi boca sean esas dos que se quedan cortas al explicar esto que siento por ella. Repetiría esto sin parar, hasta quedarme seco. Hasta que mis labios pierdan su forma y se parezcan demasiado a los suyos. Cualquiera diría que he vuelto a perderme en ella, en esto. En nosotros. Pero lo único que he hecho ha sido encontrarme de nuevo.

Vuelvo a saber quién es Kyle Walker solo porque Gala Hughes lo está besando.

Cierro los ojos cuando sus manos, juraría que expertas, empiezan a desabrochar el botón de mi pantalón con una premura que nada tiene que ver con la eternidad en la que estoy pensando. Lo más irónico es que yo tampoco puedo esperar a sabiendas de que esto acabará más rápido si no tenemos paciencia. Es agonía, un grito al cielo que maldice a lo efímero del tiempo. Y las nubes son rencorosas, vaya si lo son. Tan vengativas que claman de vuelta. Un

trueno, después otro. Los rayos iluminan la estancia con burla. Se ríen de nosotros porque ningún ser humano debería quejarse acerca de cómo funciona el mundo.

Gala vuelve a tener seis años en cuanto su expresión se ensombrece y pega un brinco que la aleja de mi cuerpo demasiado rápido. Su rostro podría hacerle competencia al famoso cuadro de Edvard Munch, no porque esté gritando de verdad, sino porque, a pesar de no hacerlo, soy capaz de escuchar sus súplicas. La lluvia repiquetea contra el cristal de la ventana a un ritmo desordenado. La soledad se ha convertido en director de orquesta y hace de una tormenta su obra. No ha llovido tanto como aquel verano en el que Gala llegó a Londres siendo tan solo una cría. Noche tras noche, semana tras semana. Las nubes le daban la espalda y no permitían que el sol le hiciera compañía. Con los años me confesó que los truenos le recuerdan a lo sola que se sintió y los rayos, amenazantes, le auguran un futuro mucho peor.

Menos mal que en el presente estoy yo.

Me acerco a ella con cuidado y, al cerciorarme de que no se aleja, la envuelvo entre mis brazos con la delicadeza de una pluma. Estoy dispuesto a defenderla de toda tormenta, a hacer lo que esté en mi mano para conseguir que deje de temblar. Mientras yo viva no volverá a estar sola. Porque, vale, hubo un tiempo en el que dejamos de hablar, pero mi mente siempre estaba con ella. Cada pensamiento, cada latido era suyo y la acompañaba aunque no lo supiera.

—Shh… —Acaricio su pelo al tiempo que la mezo—. Estoy contigo. ¿Me oyes, Gala? Estoy contigo. No estás sola, cariño. Ya no.

No contesta, tampoco necesito que lo haga. Esconde la cabeza en el hueco de mi cuello y se protege a sí misma con el calor que desprende mi cuerpo. Su cercanía me dispara el pulso al mismo tiempo que me proporciona paz. Pobre de la chica que le teme a las tormentas siendo una en sí misma, tan bella y devastadora. Quiero decirle que subiría a cualquier nube, que volaría con ella, con tal de protegerla de cualquier tormenta y vivir siempre por encima de las lluvias. Por encima del dolor, de esto que la bloquea. Pero no verbalizo nada de eso, en su lugar me limito a pedirle:

—Mírame.

Tarda mucho en hacerlo, pero permito que se tome su tiempo. No dudo en colocar las manos sobre sus mejillas en cuanto me observa con esos ojos enrojecidos. No sé si tiemblan más sus labios o sus manos.

—Estoy contigo —repito.

—Lo sé.

—No, Gala —insisto—. Estoy contigo de verdad. No solo aquí y ahora. Siempre. Siempre he estado contigo. —Escondo un mechón de pelo detrás de su oreja y me inclino hacia ella—. No dejes de mirarme.

Acaricio su piel con los pulgares y, acto seguido, guío mis manos hacia sus oídos. Los tapo con cuidado ante su atenta mirada.

—Ahí fuera no hay nada —le aseguro—. Solo estamos tú y yo.

Un rayo vuelve a iluminar la estancia. Ella pega un respingo en respuesta.

—¿Y eso qué ha sido?

—Eso ha sido una estrella fugaz. —Sonrío—. Cierra los ojos y pide un deseo.

—¿Cualquier cosa?

—La que quieras.

Lo sopesa durante unos instantes.

—Bésame.

Me convierto en un genio encerrado en una lámpara porque sus deseos son órdenes para mí. Trazo una línea invisible por su espalda, aún desnuda, al tiempo que mis labios se unen a los suyos en un beso dulce, casi frágil. Suelto un gruñido para que me escuche solo a mí. No me separo de ella para que siga sin ver nada. Solo quiero que me sienta. Solo quiero anclarla a un presente en el que ya no está sola. Uno en el que estoy aquí, besándola, donde podría derretirme entre suspiros y caricias. Por cada trueno, un beso. Por cada rayo, un beso más intenso. Todos sus miedos desaparecen al ignorar que existe una tormenta ahí fuera.

Todos salvo uno, claro. En este retiro nunca se puede bajar la guardia.

—¡Hay una puta gotera en mi habitación! —exclama Frank, sin siquiera llamar a la puerta antes de entrar—. ¿Vosotros tenéis…?

Su cara es un poema que no querría haber leído jamás. Gala encima de mí. Sin camiseta. Esto tiene que ser una broma. La chica pega un grito que debe de haber escuchado toda la casa antes de taparse con las sábanas con una rapidez que ni la luz. Mientras tanto, yo me quedo tan paralizado como el señor al que el bigote se le ha puesto de punta. Padre nuestro que estás en el cielo, ¿qué te he hecho para que me odies tanto?

—No es lo que parece —digo como si fuera imbécil. Esa frase siempre obtiene el efecto contrario

—Buena postura. Podríais haberme contestado cuando os lo pregunté, pero supongo que no me viene mal un ejemplo gráfico. Muchas gracias.

Me quiero morir.

Capítulo 34
Gala

Madre mía. Madre. Mía. No me puede estar pasando esto. Me niego a que Frank nos haya visto en una situación tan comprometida. Me niego a que Frank —me estremezco solo de pensarlo— me haya visto las tetas. Justo cuando creía que había esquivado la bala al ocultar el chupetón… Simplemente me *niego*.

—¡Vete de mi habitación, pervertido! —grito agitando los brazos.

En cuanto el bigotudo abandona el dormitorio me cubro la cara con las manos, avergonzada hasta la médula.

—Ya está —clamo—. Ya lo va a saber todo el mundo.

Kyle me aparta las manos del rostro con delicadeza, mirándome con esa sonrisa tan suya.

—Yo creo que era más bien un secreto a voces —comenta él—. Rebecca, Candy, Tom y Naisha lo sabían fijo. Maude no dice nada, pero estoy seguro de que está al tanto. Dennis quizá no, porque vive en su propio mundo, pero… En fin, que tampoco es tan complicado imaginárselo.

Sacudo la cabeza, desesperada. Quería que fuera nuestro secreto un poco más, al menos hasta acabar el retiro.

—Será mejor que nos terminemos de vestir antes de que llegue Candy.

Allá fuera la tormenta ha disminuido, pero la lluvia todavía repiquetea contra las ventanas. Es el domingo más domingo que he visto en mi vida. Un día gris, el final de una semana llena de intensas emociones.

Ayer vino Naisha a traernos nuestras provisiones para que no nos muramos de inanición y esas cosas. La vi alegre, más de lo que había estado desde que empezó toda esta locura. Nos sacó algunas fotos publicitarias, se bebió una copa de vino durante la comida —una solo, nada de desenfreno esta vez— y jugó al Mario Party con nosotros gracias a la videoconsola de Tom. Fue casi como si no hubiera pasado nada, como si tuviera una amiga más. Pienso en ese «más» y una sensación reconfortante me inunda. Hace poco no

había nadie, estaba sola. Ahora ya no puedo decir lo mismo, y no es únicamente por Kyle.

Bajamos al salón justo a tiempo para la cena. Maude ha preparado una crema de calabacín deliciosa, acompañada de un pollo con verduras cocinado por Dennis. Este último se ha acercado a mí con un plato aparte.

—Y para esta reina tenemos tofu en vez de pollo.

—Te amo —suelto, pues se me hace la boca agua al ver la buena pinta que tiene.

—Estuve mirando el blog de recetas de tu padre —explica con orgullo.

Pruebo un bocado y levanto el pulgar mientras mastico.

—Si no triunfas en la escritura, ponte en contacto con mi padre, porque ¡vaya maravilla!

Él tan solo se ríe, pero no he dicho ninguna mentira. Comemos entre charlas amenas y comentarios acerca de nuestros proyectos de escritura. De vez en cuando miro a Frank de reojo, el cual está mucho más callado de lo normal. Le rezo a todos los santos en los que nunca he creído para que no suelte nada. Por suerte, se mantiene en silencio e incluso se ofrece a lavar los platos de todos los presentes. A todos nos sorprende, pero aceptamos gustosos. *Eso es que está a punto de soltar la bomba…*

—Ya que estamos en la recta final, ¿qué os parece leer un fragmento de nuestras obras en voz alta? —propone Maude, animada después de varias copas de vino—. Yo estoy acabando, me gustaría saber qué os parece.

—No es mala idea, a mí me vendrían genial un par de consejos —coincide Tom.

Nos sentamos alrededor de la mesita de café del salón, cada uno con su respectivo ordenador o libreta. Kyle y yo compartimos, aunque no desconcierta a nadie después de nuestra semana de escritura intensiva.

—¡Empiezo yo! —exclama Dennis.

Nos lee una mezcla de *Los Juegos del Hambre, Divergente* y todas las distopías del mundo, a lo cual le volvemos a comentar por vigésima vez que tenga cuidado con el plagio. Dennis no parece

alarmado. Luego le sigue Tom, que lee con ánimo el principio de su novela de *thriller*. Para lo joven que es, hay que ver lo bien que plasma el terror con apenas un puñado de letras.

—¡Me toca! —Maude alza la mano con gran entusiasmo. Se aclara la garganta y procede a relatar su historia—: *La señorita Attaway tan solo tenía una cosa en claro. Si bien las atenciones del señor Puttock eran gratamente sorprendentes, su corazón estaba puesto en otro hombre. Si latía, latía por él. Si dejaba de hacerlo, también sería por él. No había persona sobre la faz de este mundo que consiguiera despegar los ojos de la muchacha de lord Cavendish*.

A medida que Maude narra, me giro hacia Kyle. Se me acelera el corazón y pienso, tonta de mí, que si late, late por él. Que si deja de hacerlo, también será por él. Los dos lo sabemos y, si nos esforzamos en negarlo, es única y exclusivamente por mi cabezonería. Y no, no tiene nada que ver con la chispa que otras veces se apodera de mí. Al contrario, es la tormenta la que me aprisiona.

—Venga, Candy, ahora tú —dice la mujer al terminar.

La susodicha se coloca un mechón tras la oreja y abre su libreta decorada con motivos florales. Pasa las páginas, indecisa, mientras se muerde el labio.

—No tengo ninguno listo, será mejor dejarlo para otro día.

Arqueo una ceja. Rebecca suelta una risita por lo bajo y Candy cierra la libreta de golpe.

—¿Quieres que lea uno yo? —Le tiendo la mano—. Da menos miedo si no eres tú la que lo pronuncia en voz alta, ¿no crees?

Candy me escudriña con curiosidad. Intento regalarle mi mejor sonrisa, que poco tiene que ver con las suyas de ánimo. Aún así, ella sacude la cabeza.

—Es mejor que no, de verdad. Hacen falta muchos retoques y…

Los puntos suspensivos parecen flotar en el aire entre nosotros. He visto los comentarios de su publicación, ahora borrada. Ese «y» viene seguido de los «si has entrado en el retiro es para que tengas una carpeta con Kyle, está claro» o «no vas a ganar el concurso con esto» o «deberías dedicarte a otra cosa mejor». Aprieto los puños, porque sobre lo último sé bastante.

—Pero ¿tú quieres leerlo? —insisto—. Con retoques, sin ellos…, ¿quieres leerlo?

En un instante de duda, Candy entreabre los labios. Creo que va a aceptar, por un momento, lo *sé*.

—Me conformo con escribirlo.

Me vuelvo hacia Rebecca, que apura su copa de vino con los labios curvados. *La chispa, Gala, la chispa…* Estoy a punto de levantarme y agarrarla del pelo para usarlo a modo de fregona —cosa que les hace bastante falta en Reino Unido— cuando es Frank el que se pone en pie.

—¡Preparaos para la literatura de verdad!

Todos nos miramos entre sí, pero no nos atrevemos a replicar. Si no fuera por mi incidente con el alcohol a principios del retiro, ya estaría corriendo a por otra botella de vino, porque la voy a necesitar para aguantar este suplicio.

—*Entonces, con su miembro de potente envergadura…* —lee el hombre, entusiasmado.

—¡Para! —le corto—. No quiero saber qué ocurre luego. Seguro que le mide 47 centímetros.

Mi comentario cae en saco roto ya que, por desgracia, ninguno de los presentes habla español y conoce la existencia del *meme* que se generó con un *fanfic* de BTS. Si supieran lo graciosa que soy en mi lengua materna…

—No te pongas ahora pudorosa, bonita —se queja—. Que yo sepa antes no…

—¡Antes nada! No ha pasado nada de nada. Y, desde luego, nada como lo que tú escribes.

Se me suben los colores. Los ojos de todos mis compañeros están posados en mí, pero, sobre todo, los ojos de quien más me importa. «Vamos, dilo —parece suplicar su mirada—. Admite que lo que tenemos es importante». Pero no puedo. Simplemente no puedo. Se me cierra la garganta y ya no existen ni el español ni el inglés para mí.

Frank suelta un bufido.

—Lo mío es mejor, eso ya lo sé.

—Quién me diera tener la autoestima de este señor —comenta Dennis por lo bajo.

—A ver, dejemos las cosas claras —Rebecca alza la voz—. Todos sabemos que Kyle y Gala están liados, ¿no?

En efecto, todos asienten. Sin embargo, no son ellos los que me interesan. Llevo días excusándome con mis compañeros, porque la realidad es mucho más difícil de afrontar. En el fondo, me da igual que descubran que nos hemos acostado. El problema es que, una vez lo hagan, debemos ponerle nombre a esto. Debemos aceptar que podemos serlo todo o que podemos volver a perderlo todo.

—Pues ya está, no es el fin del mundo —resuelve la *influencer*.

A continuación, saca su móvil y busca algo en Tik Tok. Me inclino hacia la pantalla, mi estómago es un agujero negro. Enseguida aparecen decenas de resultados con mi cara y la de Kyle. Son vídeos. Vídeos *nuestros*. Imágenes que ha sacado Naisha para los estúpidos reportajes que luego la editorial ha subido a redes sociales y a su página web.

—Hace tiempo que han dejado de odiarte, si es eso lo que te preocupa —añade Rebecca, rodando los ojos—. La fiebre de Candy y Kyle pasó hace siglos.

Cojo su móvil y veo vídeo tras vídeo. Comentarios como: «La mejor pareja del retiro» o «No los entendéis como yo lo hago» es todo lo que veo. Hay alguno negativo, como me esperaba, pero muchos menos que antes. Entro al Instagram de Blissbridge y veo las publicaciones, en las que la mayoría de comentarios piden que suban más contenido de Kyle y mío.

—¿Qué…? —murmuro anonadada—. Pero ¿cómo…?

Rebecca se encoge de hombros. Está intentando fingir que no le importa en absoluto, pero la tensión de su mandíbula me indica todo lo contrario. Le importa y mucho, tanto como para arrasar con todo a su paso. Rebecca es un volcán en reposo. De momento.

—La gente cambia de opinión. Lo que es popular puede dejar de serlo en cuestión de segundos.

Me pregunto si no se refiere solo a mi relación con Kyle o si, por el contrario, piensa en ella misma. En esos seguidores que ha perdido desde que comenzó el retiro, en los comentarios que

favorecen a otros concursantes. En concreto, en la gente que está pendiente de Kyle y de mí desde hace días. Sus ojos oscuros, delineados con una raya que podría cortarte hasta el alma, reflejan un fuego que me es muy familiar.

—Además, a nosotros nos parece bien lo vuestro, ¿a que sí? —Todos vuelven a asentir—. ¿Veis? Podéis dejar de ocultarlo.

Suspiro, pero no me siento tranquila en absoluto. No comprendo qué ha llevado a Rebecca a mostrarse tan agradable —o a fingirlo— y no me creo que haya cambiado a su presa por Candy a pesar de lo del poema. Está esperando a dar la estocada final, la cuestión es cuándo sucederá.

Observo a Candy de reojo, que parece ensimismada con los poemas que nunca llegó a leernos. Analizo a Maude, sonriente y sabia, quien me guiña un ojo. Y, por último, miro a Kyle con el corazón en un puño. Mi silencio pesa como las décadas de historia entre nosotros. Elijo no pensar en el futuro, en qué será de nosotros cuando esta burbuja se pinche al salir del retiro. De momento estamos aquí, todo está bien.

—¿A alguien le hace la revancha en el Mario Party? —pregunta Tom.

Jugamos, reímos y la tormenta, tanto la externa como la interna, queda en un segundo plano. Por ahora.

…

El lunes amanece lloviendo, pero sin rayos a la vista. Al no poder disfrutar del porche, Maude, Candy y yo escribimos en el salón acompañadas por una taza de té. Candy se cubre los hombros con una manta mullida, mientras que yo he optado por la sudadera que aún conservo de mi adolescencia con los símbolos de *Cazadores de sombras*, *Los juegos del hambre* y *Divergente* entrelazados. *Perfecta para Dennis, desde luego*.

Maude nos ha enseñado más de su novela y yo, que no soy la mayor fan del romance de época, bebo de cada línea que nos ofrece. Los «su meñique más blanco que la nieve, trémulo, acarició el dorso de la mano de lord Cavendish en un arranque de valentía» se trasladan a los roces entre Kyle y yo cada vez que nos cruzamos, todavía tímidos. A pesar de que no lo dice, sé que la mujer piensa lo

mismo que yo. La señorita Attaway y lord Cavendish. Maude y Edmund. Gala y Kyle.

Una llamada entrante hace que levante la vista del ordenador. Entro en tensión al imaginarme la voz de mi madre, siempre férrea, echándome la bronca por lo que sea que se le haya ocurrido ahora. Sin embargo, el nombre de mi primo reluce en la pantalla. Les indico a Maude y Candy que me den un minuto mientras me levanto para atender a Gabriel.

—¡Hombre, si es mi prima la desaparecida!

—Hola a ti también.

Me detengo junto a las puertas de cristal que dan al porche, observando la lluvia.

—¿Cómo va esa novela? —pregunta él—. ¿Seguiste mi consejo? No sé por qué, pero me da en la nariz que sí. No he vuelto a recibir llamadas desesperadas y, desde luego, no te he visto borracha en ninguna red social.

Aún divertida, llevo la vista al cielo.

—Sorprendentemente, tenías razón —concedo—. Con lo de que me apoye en los demás y eso.

—Si es que siempre tengo razón.

—Calla o no te volveré a elogiar nunca. Pero sí, me ha servido mucho. Han… han pasado cosas. —Decir «cosas» es quedarme corta —. Aunque no todo es tan malo como creía, me he dado cuenta de que no estoy sola.

—Nunca lo has estado.

—O nunca lo he sabido ver. Oye, a todo esto, ¿me llamas por algo en concreto?

—¿Qué pasa? —Finge enfadarse—. ¿Un primo no puede llamar a su prima simplemente para ver cómo le va?

—Tú nunca haces eso.

—Me ofendes.

—Es la realidad —me defiendo.

—Tienes razón, te llamo por una cosa.

—¡Lo sabía!

Gabriel ríe. No sabría definirlo, pero suena mucho más maduro. Yo todavía me siento una niña y enfrentarme a la adultez me aterra.

¿Cómo lo hace él?

—Abre la puerta de casa —me pide.

—¿La puerta? Aquí está lloviendo, por si no lo sabes.

—Tú hazme caso.

—No sé qué pretendes… —digo mientras me dirijo a la entrada y apoyo la mano en el pomo—, pero espero que no sea…

Me quedo sin palabras en cuanto abro la puerta y me topo con tres figuras compartiendo un único paraguas. Naisha, con cara de perros, mi primo Gabriel, con cara de perro, pero de *golden retriever*, y su novia Noelle con una sonrisa enorme.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto en inglés, aunque todavía tengo el móvil en la oreja.

—Esperar bajo la lluvia porque a alguien le apetecía montar un espectáculo digno de Nicholas Sparks —gruñe Naisha mirando a Gabriel como si lo fuera a estrangular ahí mismo—. ¿Te vas a quedar parada o nos vas a dejar pasar?

Me hago a un lado a la vez que cuelgo la llamada. Todavía estoy demasiado anonadada como para abrazar a Gabriel, por lo que me limito a observarlo de hito en hito.

—En serio, ¿qué narices hacéis aquí?

—Espero que no estéis insultándome en español —replica Naisha colocando el paraguas en el paragüero.

Ni siquiera me había percatado de que Gabriel y yo habíamos cambiado a nuestro idioma natal. Me disculpo y me esfuerzo por hablar en inglés, a pesar de que me cuesta horrores hacerlo con mi primo.

—¿Me vas a decir qué pasa o no? —Me giro en dirección a Naisha —. ¿Me han echado del retiro y vienen a buscarme?

Es Noelle quien me pilla desprevenida y me envuelve en un abrazo. Todavía estoy procesando que están aquí cuando Gabriel imita el gesto de su pareja.

—Resulta que a Blissbridge se le ocurrió contratar a una ilustradora emergente para la portada de su nuevo libro —explica Gabriel, que está tan orgulloso de su novia que podrían salirle corazones por los ojos—. Cortesía de Naisha, a la caza de nuevos talentos.

—Eso es… —Trato de buscar las palabras—. ¡Enhorabuena!

La abrazo de nuevo, esta vez siendo más consciente de todo lo que está pasando. Le doy la enhorabuena unas diez veces más, emocionada como si fuera mi logro.

—Ya que mañana Noelle tiene una exhibición en Londres, la idea es que pase el día de hoy con vosotros, anotando ideas de vuestros proyectos —añade la becaria—. Luego publicaremos algunos bocetos en nuestras redes sociales. Además, como ha explicado Gabriel, el ganador tendrá la suerte de que la portada de su novela sea ilustrada por Noelle.

—Pobre de ella si es Frank… —musito en voz baja antes de volverme hacia Gabriel—. ¿Lo sabías todo este tiempo y no me has dicho nada?

—Secreto de estado. —Alza la palma de la mano.

—No me lo puedo creer, qué callado te lo tenías —protesto, golpeándole el pecho, aunque estoy pletórica.

—Bueno, venid a que os presente al resto de participantes. —Naisha señala el salón—. No hay tiempo que perder, Noelle tiene mucho trabajo por delante.

Gabriel me indica que pase delante de él, justo tras las dos chicas. Se me dibuja una sonrisa enorme al entrar al salón. No puedo creer que, por una vez en la vida, todo me vaya tan bien.

Capítulo 35
Kyle

No le quito ojo a Gabriel. Mientras Noelle continúa hablando con mis compañeros sobre sus proyectos y apunta en una pequeña libreta toda la información que necesita para la creación de las portadas, su novio se limita a escuchar y, con fingido interés, asiente a cada lindeza que Frank está soltando por la boca sin inmutarse, cosa que ya es extraña. O me estoy emparanoiando una vez más o él también me está mirando a mí. Lo hace de forma sutil, casi imperceptible. Tenso todos los músculos del cuerpo bajo el escrutinio de sus pupilas.

Conocí a Gabriel hace tanto tiempo que aquellos meses calurosos ya me resultan demasiado lejanos. Parece que ni siquiera ocurrieron y son solo producto de mi imaginación de escritor. Fue bastante simpático conmigo, de eso no tengo ninguna queja. De hecho, hasta me atrevería a decir que le caí bien. Pero ahora… Bueno, ahora digamos que lo más probable es que sepa que dejé de hablarme con su prima durante dos años y haya decidido odiarme con toda la razón del mundo. Me pregunto si querría asesinarme de enterarse de cómo han avanzado las cosas. Porque si a día de hoy no hablo con Gala es solo porque estoy demasiado ocupado besándola.

—Me odia.

—¿Cómo dices? —Gala frunce el ceño a mi lado. Sentados en el salón, y ahora que ha dejado de diluviar porque el tiempo en Inglaterra es de lo más cambiante, tenemos una vista panorámica del porche y somos capaces de verlo todo.

—Gabriel. Me odia, ¿verdad? Por lo que ocurrió. Seguro que piensa que soy un cabrón.

—Ni siquiera se acordaba de ti cuando le dije que me había reencontrado contigo aquí. Tuve que refrescarle la memoria. —Se encoge de hombros—. Y tampoco es que haya hablado con él sobre… Sobre la pelea. No he podido hacerlo con nadie, en realidad. Así que no tienes nada de qué preocuparte. Sabe que nos distanciamos, pero poco más.

No sé si me sirve esa respuesta.

—Aunque si lo hiciera…

—No, no te odiaría —Gala termina por mí—. Gabriel es incapaz de odiar a alguien. Además, ¿sabes cuál fue el primer consejo que me dio para lidiar contigo?

—Sorpréndeme.

—Que te mirara el culo.

..Toma ya.

—¿Y lo tengo bonito?

—Kyle… —Se ríe.

—¿Qué? ¿Es que acaso no lo has visto? ¡Si encima te encanta estrujármelo! —Coloca una mano sobre mi hombro, pegándome así un pequeño empujón.

Noelle carraspea y Gala se separa de mí como si quemara. Ninguno está acostumbrado a tener esta cercanía en público, mucho menos teniendo en cuenta que parte de su familia está a metros de distancia. El problema es que cada día se nos hace más complicado mantener la compostura y fingir que no somos nada fuera de las cuatro paredes que juran protegernos. A ver cómo nos las apañamos ahora para darles la buena nueva de que hemos vuelto a escribir juntos.

Y a liaros.

Y a liarnos.

Escucho el nombre de Gala, pero ambos nos levantamos al mismo tiempo. Seguimos a Noelle hasta el porche, ahí donde Gabriel se nos queda observando de hito en hito. No parece sorprendido, más bien al contrario. Se le forma una sonrisilla que me recuerda mucho a la de su prima en cuanto nos sentamos frente a ellos. Ninguno dice nada. Deberíamos explicarnos, pero me da la sensación de que no hace falta. La situación habla por sí sola.

—Así que estáis escribiendo juntos —afirma Gabriel. Ni siquiera vacila un segundo.

—Sí, eh… Nosotros, eh… —No sé por qué se me ha ocurrido abrir la boca. Solo me salen balbuceos sin sentido.

¿Por qué estás tan nervioso? ¡Compórtate!

—Interesante. —La sonrisa del chico se amplía.

—Muy interesante —coincide su novia—. ¿Y de qué va vuestra historia?

Buenísima pregunta.

—Pues, eh… Pues…

—De nosotros —prosigue Gala, en vista de que se me ha olvidado mi propio idioma. Parezco un extranjero practicando su inglés de Duolingo después de dos días seguidos de racha. ¿Soy yo o su primo acaba de guiñarle un ojo? Ella carraspea—. Hemos escrito una historia *basada* en nosotros, quiero decir.

—Entonces… ¿es una novela de romance? —continúa Noelle con cautela.

Gala palidece en respuesta y mi mundo se hace pedazos. *¿De qué es, entonces? ¿De dos personas que se acuestan sin más? ¿De dos malditos amigos con derechos que están acojonados por una simple etiqueta, que huyen de sus sentimientos porque ninguno se atreve a ser valiente?*

—No, no. Es más bien… No sé, no sabría definirla. ¿Kyle?

Sí, hombre.

—Eh… —*Venga, chaval. Demuéstrales cómo conoces más palabras*—. Yo tampoco.

A Gabriel casi se le escapa la risa. ¿Qué digo? Se ríe con todas las letras.

—¿Sería más fácil si os pregunto de qué trata?

Voy a ponerle un altar a esta Noelle.

—¡Sí! —exclama Gala—. Sí, claro. Nuestros protagonistas son dos amigos que escriben juntos.

Amigos.

Joder.

—Amigos de la infancia —apunto—. Amigos de la infancia que escriben juntos.

—Espera, espera —dice Gabriel, todavía partiéndose el culo—. A ver, que yo me entere. ¿Son dos amigos? De la infancia, ¿no? Ni uno ni tres, sino dos. ¿Y escriben juntos? ¿Juntos, juntos? ¿O…?

Noelle le pega un codazo. No hay más que fijarse en sus ojos para saber que le está riñendo en silencio.

—Qué bonito. —Sonríe ella—. Supongo que no es una autobiografía como tal, pero me gusta la idea de que queráis plasmar vuestra realidad a través de otros personajes. ¿Ya lo habéis terminado? ¿Habéis hablado sobre cómo querríais que fuera la portada?

Ni la una ni la otra.

—Aún no. —Gala se muerde el labio antes de añadir—: Pero estamos en ello. Y sobre la portada…

—Nos fiamos de ti —le aseguro.

—¡Genial!

—¿Y ya habéis pensado el final? —inquiere Gabriel.

¿Y si no quiero que se acabe?

—Qué va —contesta mi mejor amiga por mí. Otra vez—. Estamos fluyendo.

Ahora es ella la que le guiña un ojo a su primo.

—De ahí salen las mejores historias —concluye él.

…

Candy es la siguiente en dirigirse al porche. Intenta que no se note, pero sigue afectada. Se la ve tan insegura que solo me apetece borrar esos comentarios de su cabeza solo para volver a ver una sonrisa de esas que nos regala sin pensarlo mucho. Una que sea real. Va cabizbaja, casi ni se le ve el rostro entre tanto pelo naranja. Nos la cruzamos al volver al salón y, aunque la chica nos mira y vuelve a fingir que todo va bien, ambos sabemos que no lo está.

—Menuda coincidencia, ¿no? —escupe Rebecca nada más atravesar la puerta de la cocina para llenarnos un vaso de agua—. Y qué conveniente.

—¿Cómo? —suelta Gala, preparada para ponerse a la defensiva.

La otra chica enarca una ceja y finge una risa. Parece la típica villana de cuento y, cuando nos enseña la pantalla iluminada de su teléfono móvil, su expresión me provoca escalofríos.

—A nuestra querida Gala Hughes la sigue en Instagram Noelle Blanc —dice, subiendo el tono de voz para que así todos la puedan escuchar. Frank se acerca a pasos agigantados mientras los demás dejan de prestar atención a lo que sea que están haciendo para

centrarla en nosotros—. ¿No es esta la mujer que está ahí fuera, la que va a crearle la portada al ganador del concurso?

Va pasando las fotos del perfil de Noelle una a una. Lo hace de forma tortuosa, regodeándose. A Gala se le tensa cada músculo del cuerpo. Da un paso hacia delante, negándose a dejarse amedrentar, y se cruza de brazos para guardar distancias.

—¿Es que a ti no te ha seguido todavía? —Hace un puchero fingiendo lástima—. Iba a hacerlo con todos los del retiro.

—A mí tampoco —apunta Frank.

—Ni a mí —prosigue Dennis.

Mierda.

—Y tampoco a tu querido Kyle. —Rebecca vuelve a guardarse el teléfono móvil en el bolsillo—. Solo a ti.

—Habrá empezado por mí.

—¿Le ha dicho también a su novio que te siga? —Golpe bajo, lo que consigue que yo también me tense. Estoy a punto de decir algo al respecto cuando Rebecca alza su dedo índice, deteniéndome—. ¿Y que suba varias fotos contigo en sus redes sociales? Fotos muy antiguas, por cierto. Qué monada eras de pequeña, una pena que hayas crecido.

Toda la cocina contiene el aliento.

—¿Os conocéis de antes? —inquiere Tom, al que le dedico una mirada incrédula. Él levanta los brazos con inocencia—. ¿Qué?

—Mirad, parecen familia. —Dennis nos enseña una de las fotos a las que se refiere Rebecca—. Tienen los mismos ojos.

Y la misma sonrisa.

—Vaya mentirosilla estás hecha, ¿eh, Galita? —Aprieto la mandíbula cuando Rebecca se acerca a ella. Doy un paso al frente, pero no sirve de nada. Gala levanta el mentón y la encara como solo ella sabe hacer. Aunque está temblando de pies a cabeza—. ¿Por qué no dices la verdad por una vez en tu vida? Te vendría bien para el cutis, que tienes unas ojeras de aquí a Londres.

Capítulo 36
Gala

Está claro que no es así como quería que se enteraran de que Gabriel es mi primo. Es más, habría preferido guardarlo en secreto. *Como todo últimamente…* Me revuelvo en mi asiento, incómoda, con todos los ojos de los presentes fijos en mí. Kyle me da un leve apretón en la mano para demostrarme su apoyo.

—Es cierto —admito—. Gabriel y yo somos primos.

—¡Lo sabía! —Rebecca me apunta de forma acusatoria con el dedo—. Eres una enchufada.

—¿Qué…?

—Rebecca, eso son palabras mayores —interviene Maude, siempre con calma.

—¡Por eso estás tan en contra de mi novela! —suelta Frank—. Aunque estés enchufada, tenías miedo porque mi obra es claramente superior y es la única que puede hacerte la competencia.

Apenas tengo tiempo de responder a Frank, pues la *influencer* vuelve a arremeter contra mí. Ahí está: el volcán en erupción. Esto es mucho más jugoso que mi relación con Kyle y no me cabe duda de que Rebecca va a saber usarlo a su favor. Desde luego, sabe jugar sus cartas.

—¿Por qué si no iba a entrar al concurso una persona que se ha dedicado dos semanas a no escribir *nada* cuando se supone que esto es un retiro de escritores?

Me pongo en pie, ahora más enfadada que avergonzada.

—¡De la misma manera que entra una famosa de pacotilla que le debe todo a la fama de su hermanita! —exclamo.

Rebecca da un paso atrás, asimilando mis palabras. Pareciera que alguien le ha metido un tiro entre ceja y ceja, está a punto de derrumbarse. He dado justo en el clavo. No me ha hecho falta más que una rápida búsqueda en redes sociales. Aria Johnson: dos millones y medio de seguidores. Rebecca Johnson: medio millón, bajando a cada día que pasa del retiro. Y, si eso no era suficiente, la llamada que escuché fue una sentencia lapidante. Rebecca vive a la

sombra de su hermana, ya no sabe a qué aferrarse para seguir siendo relevante. Quizá el contrato para un segundo libro con Blissbridge es lo último que le quede.

—¿Qué está pasando? —Naisha hace acto de presencia con los brazos cruzados y una expresión de todo menos bonita—. Cada vez que vengo aquí me encuentro con un numerito de párvulos.

Me limito a observar a Rebecca con rencor. En cambio, esta me señala, demostrando que en efecto es una cría.

—¡Es ella!

—Yo no… —empiezo a defenderme.

—¿Qué se supone que son todos estos gritos? —Gabriel entra a la estancia, seguido de Noelle y Candy.

Rebecca se echa la melena hacia atrás con aires teatrales y camina hacia mi primo. A continuación, coloca el índice sobre su pecho.

—Hemos descubierto tu pequeño secreto —le dice—. Has enchufado a tu querida primita en el concurso.

El rostro de Gabriel se contrae en una mueca. Kyle da un paso al frente, pero lo retengo por la muñeca. Tanto Noelle como Candy, las dos personas más alegres que conozco, observan a Rebecca con cierta antipatía.

—Eso no es verdad. ¿Por qué haría algo así cuando está claro que Gala tiene talento por sí misma? —se justifica Gabriel.

—Además, Gala no permitiría algo así —me apoya Candy.

—La conoces desde hace solo un par de semanas —recrimina Rebecca con los brazos en jarras.

—Pero yo la conozco perfectamente y no lo permitiría —sentencia Kyle con voz grave—. Gala tiene el talento suficiente como para estar en este concurso. —Su mirada podría calcinar a todos los presentes—. Y ganarlo.

—En cualquier caso —interrumpe Naisha—, la elección de Noelle como ilustradora sucedió después de escoger a los candidatos para el retiro. Si tienes algo que decir, dímelo a mí, que fui yo quien se puso en contacto con ella. —Rebecca bufa, insatisfecha—. ¿Podemos dejar de comportarnos como críos por un segundo? Hay cosas más importantes que hacer.

La *influencer* gruñe por última vez antes de irse al piso superior, lo que no me da buena espina. Con lo poco que conozco a Rebecca, puedo deducir que se pasará el resto del día maquinando algo, usando las redes sociales a su favor. El resto de personas se me quedan mirando en un silencio inquietante. Naisha es la primera en tomar las riendas de la situación. *Ojalá ser tan resolutiva como esta chica*.

—Noelle, ¿necesitas algo más?

—Tengo toda la información necesaria. —Alza su libreta como prueba de ello.

Naisha asiente, complacida.

—Bien, entonces podemos irnos cuando queráis.

—¿Ya? —Intento no demostrar mucho mi decepción.

—Nos esperan casi tres horas hasta Londres y me imagino que Noelle querrá descansar antes de su exposición de mañana —explica Naisha—. Y yo también quiero descansar, que me pego este viaje cada semana y esta aún encima por partida doble, ¡todo para veros discutir o que me pidáis condones!

Tom se pone a toser de forma descontrolada, ocultando una risa evidente. Frank le da un codazo a Kyle, quien se ve obligado a apoyarse en la pared. Su cara es todo un poema, y no precisamente de los de Candy; se deja leer a kilómetros.

Noelle, bendita sea, decide intervenir entonces.

—Ahora que lo dices, creo que podría tomar un par de ideas más de Candy.

—¿Y de mí no? —protesta Frank.

Todos hacemos caso omiso de su comentario, como es habitual. Naisha no parece muy contenta, aunque no objeta nada. Así pues, Noelle y Candy regresan al porche con los brazos entrelazados, pero en esta ocasión Gabriel no se separa de mi lado. Sé que Noelle me está dando una oportunidad para aclarar las cosas.

—¿Quieres que demos un paseo? —sugiere mi primo.

Asiento. Los demás se quedan en el salón, incluido Kyle, del que me despido con la mirada.

—Tengo la sensación de que no es solo por eso. —Gabriel me saca de mis pensamientos.

—¿Qué? —replico, despistada.

—Noto que te pasa algo y sé que no es por la acusación de esa tal Rebecca. Estás rara desde el momento en que entraste al retiro. Desde antes incluso, diría yo.

Suelto un largo suspiro. Es bastante evidente. Ser seleccionada para este concurso me permitió alejarme de Madrid, del ambiente asfixiante en el que convivía con mi madre, de los amigos que en realidad no lo eran. Del vacío. Llevo años sin saber cuál es mi lugar.

—Cosas de veinteañera que no sabe qué hacer con su vida —me excuso.

—Yo creo que sí sabes qué hacer con tu vida —rebate él—. Quieres escribir, siempre lo has querido.

Aprieto los labios. «Escribir es un pasatiempo —eso me dice mi madre—, muchos no llegan a vivir de ello». He escrito *fanfics*, relatos, novelas enteras… He sangrado tantas palabras que hasta creí que me había quedado seca. Y, sin embargo, todo eso no me ha servido para nada. Sé que con Kyle las frases adquieren otro significado, el ritmo se vuelve trepidante, los personajes cobran vida. Él transforma mis escritos. Por eso trabajamos bien en compañía. Hubo un tiempo en el que pensé que eso era suficiente y fue Kyle quien me demostró que no, pero ¿ahora? Ahora ya no sé qué pensar.

—No sé, Gabriel…

—No me vengas con esas. ¿No ganaste ese concurso de la universidad?

—Se presentaron cuatro gatos, tampoco era para tanto —contesto a desgana.

—Bueno, ¿y qué me dices de tu *fanfic* que casi tenía un millón de lecturas?

Chasqueo la lengua.

—Hace siglos que no escribo *fanfics*.

Gabriel se detiene en mitad del camino. La naturaleza nos envuelve por completo, con las copas de los árboles cerniéndose sobre nosotros. El aroma a hierba mojada impregna el ambiente. A continuación, mi primo posa su mano sobre mi hombro con semblante serio.

—Deja de ponerte trabas, Gala. Eres más que una mala racha. —Sus ojos parecen leer todo lo que pasa por mi cabeza—. Háblame. Cuéntamelo todo. ¿Qué te pasa?

Giro la cabeza para que no vea las lágrimas que amenazan con salir. Me cruzo de brazos a forma de escudo, buscando lo que siempre he anhelado en realidad: un refugio.

—Estoy enamorada de Kyle —confieso con la voz trémula—. Llevo queriéndolo desde… desde siempre. De una forma u otra, sé que es así. Y la cagué, Gabriel, la cagué muchísimo. Ahora no sé qué somos, qué quiere de mí… Estoy tan aterrada. De la vida, de lo que será de mí después del retiro, de que Kyle se vuelva a ir, de regresar con mi madre. —Mi respiración acelerada apenas me permite hablar con claridad, me atraganto con las palabras—. En el fondo se trata de eso: soy una cobarde. Acuso a Kyle de serlo cuando todo este tiempo yo soy la que ha huido de todo lo que le daba miedo.

En lugar de responder, Gabriel me abraza. No lo aguanto más y me echo a llorar. Es uno de esos llantos patéticos, con la nariz congestionada y una presión arrolladora en el pecho, de esos en los que tus sollozos van *in crescendo* sin que puedas evitarlo. Me siento como la niña pequeña que viajó a Londres de la mano de su padre con una única frase que daba por resuelta la situación: «Ahora vas a tener dos casas».

Gabriel acaricia mi cabello con ternura. Apenas me saca seis años, pero siento que hay una distancia muy amplia entre nosotros y, a la vez, una cercanía inexistente hasta ahora.

—Suéltalo todo —murmura con tono afable—. Como Elsa de *Frozen*.

Entre llanto y llanto, me enjugo una lágrima y miro a Gabriel a los ojos. Mi primo tarda menos de una milésima de segundo en entonar la canción de la película, lo que me saca una risa sincera. Pronto está gesticulando, añadiéndole cada vez más teatralidad a la situación. Las carcajadas hacen que me duela la tripa y me olvide por completo de que estaba llorando hace unos instantes.

—No eres un payaso —le digo—. Eres el circo entero.

Me guiña un ojo. Después, tomo una profunda bocanada de aire. Intento relajar mis músculos, sintiéndome más ligera. Gabriel me

deja todo el espacio que necesito.

—Lo siento por el numerito de antes.

—No te disculpes. Te entiendo, ¿vale? A veces necesitamos huir de todo. Solo quiero que sepas que por mucho que corras no vas a poder esquivar la realidad. Es difícil de aceptar, pero es necesario. —Asiento—. Además, puedes contar conmigo para desahogarte siempre que lo necesites, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir? La próxima vez, a ser posible, sin que tenga que viajar hasta Reino Unido para arrancarte las palabras a la fuerza.

—Sí, señor.

Me río y sé que Gabriel tiene razón. Desde que he empezado a apoyarme en los demás —Candy, Maude, Naisha e incluso Kyle de nuevo—, me noto más fuerte. Más humana. Quizá no consiga hacerlo de golpe, pero esto ya es un gran paso.

—Una cosa más —añade él—. Espero no tener que partirle las piernas a Kyle.

—Y yo espero que él no te dé motivos para hacerlo.

Aunque eso es lo que digo, lo que pienso es muy diferente. *Espero no estropearlo todo otra vez*.

Cuando volvemos, Noelle nos recibe con una sonrisa enorme y Naisha con malos humos, para variar. No la culpo, pues yo también querría volver a mi casa cuanto antes, sobre todo teniendo en cuenta que le espera un largo trayecto en coche. Así pues, le agradezco que haya traído a Gabriel y Noelle hasta aquí, lo que consigue sacarle una pequeña sonrisa seguida de un «menos mal que alguien lo aprecia».

Me despido de los tres a la salida. Envuelvo a mi primo en un largo abrazo, disfrutando de su compañía tan solo unos segundos más. A continuación, hago lo mismo con Noelle. Antes de separarse de mí, la chica acerca sus labios a mi oído para decir:

—Se nota lo muchísimo que te quiere, por si no te habías dado cuenta. Aunque creo que eso ya lo sabías.

No me hace falta más que eso para comprender que se refiere a Kyle. Como no sé qué responder, simplemente permito que rompa el abrazo y entre al coche de Naisha. Los despido con la mano hasta que el vehículo se pierde de vista.

Entro a la casa no esperando toparme con Kyle, sino con otra persona. Candy todavía sigue en el porche. A su lado yace una libreta garabateada hasta los márgenes y una taza de té a medio acabar. Ocupo el asiento contiguo al suyo, lo que logra captar su atención.

—Tengo miedo de que me quieran.

Candy no pronuncia ni una sola palabra, sino que acaricia mi mano. Sus ojos me invitan a seguir.

—Tengo miedo porque toda mi vida he estado persiguiendo al amor y cuando lo he tenido delante de mis narices, lo he estropeado.

Esta vez no hay llantos, no hay lágrimas, tan solo una verdad absoluta.

—He buscado el amor en mi madre, para la que nunca he sido suficiente. Hiciera lo que hiciera, siempre podía intentar ir más lejos —explico como si mi discurso hubiera estado ensayado—. He buscado el amor en mi padre, al que apenas veía un par de veces al año porque vivía en otro país. —Los ojos de Candy se oscurecen. Hay en ellos una tinta de reconocimiento, de hermandad. Sus labios, en cambio, permanecen sellados—. He buscado el amor en todo aquel con el que me cruzaba, pero al mismo tiempo estaba deseando que no me quisieran porque sabía que se olvidarían de mí con el tiempo. Y he… —Inspiro, preparándome para lo que va a venir—. He buscado el amor en…

Me detengo al instante. Candy me observa con una mezcla de tristeza y sorpresa, y comprendo que hay una pieza del puzle de la que no dispone. Me muerdo el labio inferior. Sé que ella no va a preguntar, por lo que tengo que animarme yo misma a hacerlo. Tengo que abrirme al mundo, como me han aconsejado Gabriel y Maude, y como mi corazón lleva deseando desde hace mucho tiempo.

—Hay algo que no te he contado. —Candy contiene el aliento, lo percibo en sus hombros rígidos y labios apretados. Sabe lo que va a venir—. Kyle y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Somos… éramos… mejores amigos. Era mi único amigo.

Ella me toma la mano, así que continúo. Le relato el principio de todo. El Londres lluvioso de ese primer verano, Alitas, la libreta de Kyle… A medida que hablo, las palabras me salen a borbotones, al igual que lo hacen en una página en blanco. Cada sílaba ocupa su lugar con una certeza abrumadora. Repaso nuestra historia hasta llegar a *ese* día, nuevamente lluvioso, que lo cambió todo.

—He buscado el amor en Kyle y, cuando destrocé lo que teníamos, sentí que me lo merecía. Que mi destino era estar sola —finalizo.

Quiero que Candy me odie. Que me grite que le he mentido, que he jugado con sus sentimientos, que no quiere volver a verme en la vida. Me lo merezco. Es lo que siempre he buscado, ¿no? Se lo acabo de confesar y espero que haga justamente lo mismo que los demás.

Sin embargo, un destello ilumina su mirada y sé que algo ha cambiado en la forma en la que me ve. Sus manos cubren las mías con caricias. Creo que ese es el preciso momento en el que me doy cuenta de que, por mucho miedo que tenga, mi amistad con Candy ya está sellada y no hay vuelta atrás.

—¿Sabes? —comienza a decir—. Una persona muy sabia me dijo una vez: «Eres el frutero entero». ¿Y qué hice con eso? Escribí un poema. —Pasa las páginas de su libreta hasta dar con una en concreto—. A mí me ayudó mucho en su día.

Le pido permiso con la mirada, solo por si acaso, y ella hace un gesto afirmativo. Me sumerjo entre las palabras cargadas de emoción y alguna lágrima se acumula en mis ojos, pero en esta ocasión se debe a la belleza de lo que estoy leyendo. Candy no suelta mi mano en ningún momento y sé que tampoco lo hará en el futuro.

Capítulo 37
Kyle

Han pasado días desde que Gabriel y Noelle estuvieron en la casa y, hoy martes, Gala sigue escribiendo más de lo que habla. Parece que solo le quedan palabras para nuestra historia y está dispuesta a usar todas y cada una de ellas hasta que se desgasten. Todavía nos faltan unos cuantos capítulos para acabarlo, pero ya estamos en la recta final. Vamos tan rápido que no me sorprendería pestañear y haber concluido el epílogo. Y, aunque no debería quejarme de ello, no puedo evitar sentir una presión en el pecho que me ahoga cada vez que Gala me responde con un monosílabo a cualquier cosa que le digo o, aún peor, moviendo la cabeza sin mirarme siquiera. Sé que las acusaciones de Rebecca la han afectado, así como también sé que necesita tiempo para procesarlo.

Lo que no significa que no me esté subiendo por las paredes.

Después de terminar otro capítulo, Gala se va de mi habitación tras darme un beso casto y me informa de que va a ponerse a leer para descansar la mente. Quiero darle su espacio, pero me cuesta mucho no estar pegado a ella todo el día y conseguir borrar los comentarios de Rebecca de esa mente tan inquieta. Resoplo y me acomodo sobre el colchón, brazos detrás de mi nuca, mientras miro al techo y pienso en qué puedo hacer ahora. Me he acostumbrado demasiado rápido a estar acompañado desde el despuntar del alba hasta que el sol se esconde. Yo también podría ponerme a leer, pero no me apetece en absoluto. Podría bajar a ver qué están haciendo los demás, pero dado que estamos cada vez más cerca de la fecha de entrega, seguro que todos siguen volcados en sus historias sin poder pensar en otra cosa. Podría darme una vuelta, pero estoy en pijama y me da una pereza que me muero. Podría… Podría…

Qué mal se me da estar solo.

Cojo el teléfono móvil y no me lo pienso ni un segundo. Marco el teléfono móvil del restaurante de mis padres y me muerdo el labio al compás de los pitidos que suenan al otro lado de la línea. Aunque he estado escribiendo más que nunca y aprovechando esto al máximo,

no puedo evitar volver a sentirme culpable. *¿Culpable u otra cosa?* Culpable y prescindible, sí. No he tenido noticias desde que les pedí que me dejaran espacio para poder concentrarme, lo que significa que no ha ocurrido nada relevante desde entonces o, por el contrario, sí que lo ha hecho pero no han necesitado pedirme ayuda. El restaurante siempre ha sido mío porque ni Kevin ni Kayden tenían tanto tiempo para dedicarle, pero ahora que yo… Carraspeo al escuchar cómo lo cogen. Ahora que yo no estoy ahí, es evidente que nunca he hecho la falta que creía.

—¡Anda, pero si es el desaparecido! —exclama Kevin—. ¿Cómo te llamabas…? Ah, sí, ¡Kyle! —Chasquea la lengua—. ¿O debería decir don Famoso? ¡Madre mía la que habéis liado en redes! Sobre todo tú, pillín…

—Hola a ti también. —Suelto una risita a pesar de la punzada que siento en el pecho—. ¿Cómo estáis? Llevamos mucho sin hablar.

—Sí, porque nos pediste que te diéramos espacio.

—Ya…

—Y te lo hemos dado. —No puedo verlo, pero sé que está sonriendo. Kevin siempre está sonriendo—. Nosotros estamos bien, todo sigue justo como lo dejaste. ¿Cómo estás tú? Y no se te ocurra irte por las ramas, que necesito detalles. ¿Qué tal va tu novela? ¿Ya la tienes acabada?

—¿Mi novela?

—¿De quién, si no? —Se ríe.

—Ya, ya. Es que no es solo mía, Kevin. Pensaba que te habrías enterado por algún lado, pero ya veo que no. —Entonces soy yo el que curva los labios en una mueca que hace que le duelan las mejillas—. ¿Estás sentado?

—¿Cómo?

Ruedo los ojos.

—Que si estás sentado.

—Ah, sí.

Tomo una gran bocanada de aire.

—No te lo vas a creer. ¡No te lo vas a creer!

—¿No te enseñaron a ir al grano, chavalín?

Ni que fuera Tom.

—Supongo que habrás visto que Gala está aquí. —Ensancho mi sonrisa. Hablar sobre ella me calma la presión en el pecho.

—Ajá…

—¡Pues hemos vuelto a escribir juntos! —Si me dieran una libra por cada vez que he hablado con Kevin sobre mi mejor amiga, probablemente hoy sería millonario. Desde que era tan solo un crío, la chica se convirtió en nuestro tema de conversación en innumerables ocasiones. Mientras comíamos, jugábamos a videojuegos… ¡Incluso antes de dormir! Kevin siempre me decía que me lanzara, pero es evidente que nunca llegué a hacerle caso. Va a flipar cuando se entere de que eso ha cambiado—. Y, además…

—¿Además…?

—Adivina, adivinanza.

—Kyle…

Ignoro que hay algo en su voz que no me cuadra en absoluto y sigo.

—Nos besamos —le confieso, el corazón en un puño. Aún parece un sueño incluso diciéndolo en voz alta—. Tantas veces que ya he perdido la cuenta. Dios, Kevin, cómo besa. Es perfecta. No sabes las ganas que tengo de contártelo todo en persona solo para ver la cara que pones. ¿No es genial? Creo que están siendo las mejores semanas de mi vida.

Un silencio desconcertante se instala entre nosotros. Me pregunto si lo ha deducido por cómo nos *shippean* por redes sociales o si su instinto de hermano mayor sigue yendo por delante como de costumbre. No lo decía en broma, ojalá pudiera verle la cara. El techo blanco que pende sobre mí no es capaz de hacer ninguna mueca, y yo necesito saber. Necesito ver.

—Algo he visto, sí. —Ahora ya no sé si está sonriendo—. Pero no quería sacar conclusiones precipitadas. No sin hablar contigo. ¿Habéis resuelto vuestras diferencias?

—¿Lo hemos hecho? A ver, supongo que sí. No hemos hablado de lo que ocurrió entre nosotros, pero tampoco considero que haga falta. Estamos bien así, aquello fue agua pasada. No tiene sentido remover nada… ¿no?

—No sé, Kyle, tú sabrás.

—Y es como si el tiempo nunca hubiera pasado. Siento que seguimos siendo los mismos de antes.

Repiqueteo los dedos contra el colchón esperando una respuesta por su parte. De repente estoy… ¿nervioso? Muerto de miedo.

—¿Cómo te sientes al respecto? —inquiere—. Sé lo mucho que te importa esto.

—¿Yo? —Vacío mis pulmones en un largo resoplido—. De puta madre.

Por fin lo escucho reírse.

—¿De verdad? ¿Todo bien?

—Mejor que bien. ¿Es que no te acuerdas de cómo he estado estos dos últimos años? Sentía que mi vida se había echado a perder, que ya nada… Bueno, que ya nada volvería a hacerme ilusión. Pero por fin eso ha cambiado, Kevin. Vuelvo a ser el mismo, vuelvo a sentirme yo por primera vez en mucho tiempo. ¿Sabes? He estado reflexionando.

—¿Y?

—Y esto es lo que quiero —respondo con orgullo—. Escribir hasta quedarme seco.

Kevin vuelve a tardar más de la cuenta en contestar.

—¿Lo has descubierto por Gala?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué crees?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé —admito.

—¿Ha tenido que venir ella a recordarte quién eres?

—¿Cómo? ¿A qué viene eso?

Escucho un suspiro al otro lado.

—Kyle, tú siempre has sido escritor. Te he visto con un lápiz en la mano incluso antes de que supieras pronunciar bien tu nombre. Me alegra mucho que os hayáis reconciliado porque nunca he visto una relación tan pura como la vuestra, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero no puedes volver a perderte en una persona —me pide—. Ni decir que has vuelto a ser tú mismo solo porque Gala ha

regresado. ¿Crees que no me acuerdo de cómo estuviste estos dos años? Pensaba que te perdía, tío. Te anulaste tanto que me asusté.

Ojalá supiera qué contestar a eso.

—Y ver cómo te consumías… Joder, ha sido de las cosas más duras que he vivido. Debería habértelo dicho hace mucho, pero eres la persona a la que más admiro en el mundo —me asegura. Noto que me escuece la garganta por momentos—. ¿Tú lees lo que escribes? ¡Es increíble! Eres tan talentoso que a veces no puedo evitar sentir envidia. Porque tienes algo dentro, Kyle, y a pesar de todo eso has seguido al pie del cañón. No solo sin descuidar a las personas que te rodean, sino también al restaurante. Siempre has estado ahí, encargándote de todo aun teniendo tu propia vida.

Nunca sabes que necesitas escuchar algo hasta que lo haces. Se me escapa una lágrima, lo que logra que acabe agradeciendo no estar cara a cara con mi hermano mayor.

—Siempre he querido ser como tú —suelto.

—¿Perdón? ¿He oído bien?

—O como Kayden. —Ya está, ya no hay vuelta atrás—. Nunca me he sentido suficiente en mi propia piel. Ni lo suficientemente brillante como para destacar ni lo suficientemente bueno como para siquiera intentarlo. Si soy escritor es porque Gala sabe guiarme. Si tuviera que depender de mí mismo… Jamás habría llegado hasta este punto.

Me interrumpe antes de que pueda seguir hablando.

—No. Ni se te ocurra seguir por ahí —me advierte—. Eres escritor porque lo llevas dentro, al igual que a Kayden le ocurre con el deporte o a mí con las ciencias. Es a lo que nos dedicamos, pero no es todo lo que nos define, mucho menos lo que somos. Eres mucho más que un escritor, Kyle. Eres amable, divertido y un poco tocapelotas. También eres el mejor hermano del mundo. Siempre has estado para mí, incluso cuando ni siquiera estabas ahí para ti. ¿Por qué nunca has dejado que los demás hicieran lo mismo?

—Porque no quiero ser un estorbo —murmuro, casi me da vergüenza decirlo en voz alta—. Porque ya tenéis suficiente con lo vuestro como para tener que lidiar con lo mío también.

—Pero es que yo quiero lidiar con lo tuyo. ¡Todos queremos! ¿Sabes que papá y mamá no paran de leer aquellas historias que

escribiste de adolescente pero que nunca has llegado a publicar? Día tras día, no paran de decir que te echan de menos. Y no, no me vengas a decir que es por el restaurante. Es por ti. Te echan de menos a ti.

—Pero…

—¿Por qué no puedes creer que a la gente le importas?

Se me escapa un sollozo traicionero. Mi familia nunca me ha dado motivos para pensarlo, pero mis pensamientos siempre estaban ahí para recordármelo. Tenía que ganarme el cariño de los que me rodeaban porque, de lo contrario, no me querrían si no tuviera nada que ofrecer. Siempre he sido el niño simpático, pero nunca he tenido muchos amigos. En el colegio me hacían el vacío y solo me relacionaba con mis hermanos. En verano estaba con Gala, pero poco más. Aprendí que tenía que dar más de lo que podía para mantener a las pocas personas que tenía cerca, esforzarme y sobrepasar mis propios límites. Si no, me quedaría solo.

Nadie quiere estar solo.

—No sé —contesto en su lugar—. Yo…

—¿Necesitas que te lo digamos más veces? ¿Te pongo a papá y a mamá al teléfono?

—¡No, no! Por favor, no los molestes.

—Kyle, eso es justo lo que…

—Por favor —le suplico—. Ya hablaremos cuando vuelva.

Otro suspiro. Seguro que le parezco insoportable.

—Estoy muy feliz por lo que ha pasado entre Gala y tú —continúa. Eso hace que destense un poco los músculos—. Y espero ser el padrino de vuestra boda, porque si no pienso tirar vuestras alianzas al mar para dar de comer a los tiburones. Pero no quiero que te anules una vez más. No quiero que pienses que tu valor depende de Gala, así como me niego a que creas que también depende de cómo nosotros te veamos a ti. Eres Kyle Walker, joder, ¿no es una pasada?

No.

—Kyle…

—¿Qué? ¿Ahora me lees el pensamiento?

—Exacto. —Chasquea la lengua—. Cambia tu respuesta.

—¿Qué?

—Que la cambies, venga. Dilo.

—No voy a…

—¡Dilo!

Aprieto los labios, pero después los separo poco a poco de manera casi inconsciente. Entonces…

—Sí, es una pasada.

—¡Ese es mi chico! —exclama—. Pienso llamarte cada día para obligarte a decirlo. Y, cuando vuelvas, lo dirás cada mañana religiosamente justo delante de mí, para que yo lo vea. ¿Entendido?

—No puedes hacer eso.

—Dilo otra vez.

—No.

—Dilo o me chivo a Gala de que cuando le regalaste a Alitas estuviste llorando una semana arrepentido porque lo echabas de menos.

—¡Ni se te ocurra!

—Entonces dilo. Hazle ese favor a tu hermanito, venga.

Tomo una gran bocanada de aire y, a diferencia de la primera vez, quiero creérmelo un poco más.

—Es una pasada ser Kyle Walker.

—¡Es una pasada ser Kyle Walker! —repite—. Y es una pasada ser tu hermano porque ahora vas a contarme todos esos detalles que te ibas a guardar hasta que volvieras. Venga, desembucha, ¿cómo que os besasteis?

Le cuelgo poco después.

Me siento más ligero, más liviano. No soy una persona nueva. De hecho, sigo siendo el mismo. Pero ¿no es eso lo que Kevin ha intentado transmitirme? Sé que tengo un camino inmenso por recorrer, pero estoy dispuesto a aprender que es mejor que la gente te escoja por lo que eres a que se vaya por lo que pretendes ser. A dejarme ver y no esconderme detrás de nadie nunca más.

Capítulo 38
Gala

Para cuando llega el viernes, después de una semana de frenesí en las redes sociales y, para qué mentir, en la casa, Kyle y yo estamos a punto de terminar nuestra novela. Si alguien me preguntara si es posible escribir un libro en unas tres semanas le diría que ni de broma. En cambio, la realidad ha superado a la ficción. Nunca antes me había volcado en la escritura con tal pasión, dedicando mañana, tarde y noche a teclear con ansias. En parte, es por volver a escribir con Kyle. En parte, es por recuperar la pasión que tanto amo. En parte, una parte que no sé si es minúscula o gigante, es por quitarme las acusaciones de Rebecca de la cabeza. Escribir siempre ha sido mi método de escapismo, y ahora lo noto más que nunca.

La historia ha tomado un rumbo inesperado. Los protagonistas, en lugar de reencontrarse en un retiro de escritura, lo hacen en pleno Londres. Supongo que es lo que Kyle y yo habríamos deseado para nuestra propia relación. Siempre nos quedará jugar con los escenarios de realidades alternativas. En cualquier caso, tanto nuestros protagonistas, Eleanor y Jack, como nosotros, los de carne y hueso, estamos bien. Por ahora, al menos.

—Veo que alguien está muy concentrada —dice Candy, ocultando un bostezo con su mano—. Yo me retiro ya, si no te importa.

Observo la hora. Son casi las doce.

—Ahora que os habéis puesto las pilas, seguro que ganaréis.

Chasqueo la lengua, pues la competencia es demasiado dura. Los poemas de Candy, por ejemplo, son de esos que te parten el alma en dos a la vez que te la reconstruyen, por mucho que la chica lo niegue. La novela de época de Maude está tan bien ambientada que parece transportarte a la campiña inglesa de hace varios siglos. Apenas he leído nada del *thriller* de Tom, pero por lo que Kyle comenta, tiene mucho potencial. Y Rebecca… En fin, Rebecca sigue teniendo bastantes seguidores, y eso, por desgracia, es una gran

ventaja. *Eso y lo que sea que se le ocurra hacer ahora para liármela…* Porque lo hará, estoy convencida de ello.

—Con volver a escribir con Kyle me doy por satisfecha.

Candy eleva las comisuras de sus labios con cierta tirantez. No comento nada, aunque sé que es todo una fachada. Tal vez algún día esté preparada para sincerarse conmigo como yo lo hice con ella.

—Lo siento —musito—. Si prefieres que no mencione el tema…

—¡No, no! No es eso, de verdad.

—¿El qué? —El susodicho irrumpe en la estancia con dos tazas humeantes de chocolate.

—Nada, cosas de chicas —replico para dejar el tema.

Él se encoge de hombros.

—Candy, ¿seguro que no quieres un poco de chocolate?

—Qué va. Mejor me voy a dormir ya.

Nos despedimos de la chica, que se aleja escaleras arriba con su fiel libreta en la mano. Kyle se sienta a mi derecha y le echa un vistazo a la pantalla. Señala un par de frases que reescribimos juntos. Planeamos los capítulos que nos quedan y revisamos algunas partes anteriores para asegurarnos de que todos los cabos están atados. Estoy tan ensimismada con el manuscrito que apenas me doy cuenta de cómo Kyle se acerca a mí hasta que su aliento me roza la cara.

—¿Sabes qué escena me gustaría repasar? —susurra con voz aterciopelada.

—¿Cuál?

Deposita un beso en la comisura de mis labios, tentándome.

—Esa en la que Jack empieza a hacer esto.

Su boca viaja hacia mi cuello, por donde esparce decenas de besos. Suelto una risita, lista para seguirle el juego. Sin embargo, una luz ilumina las escaleras. Me imagino que Candy se habrá olvidado algo, pero no veo nada suyo sobre la mesa. En su lugar, Tom hace acto de presencia con el cabello enmarañado y ojos entrecerrados.

—Me estaba quedando dormido —explica, como si no fuera obvio —. Como siempre, estaba mirando Twitter para que me entrara el sueño y me encontré con esto.

Nos enseña la pantalla de su móvil. Enfoco mi vista en un hilo con varios *tweets*, encabezado por uno que reza: «La verdad sobre Gala Hughes». Pero ¿qué…? Se me comprime el corazón en las costillas y me quedo sin aire. Agarro el teléfono de Tom para leer mejor. Es un *tweet* tras otro explicando que soy una enchufada, que lo tenía todo planeado desde antes de entrar al retiro, que he estado jugando con Kyle y mil cosas más. La cuenta, un tal @ilovedrama, ha sido creada hace escasas horas.

—Está por todo Twitter —prosigue Tom—. Es una masacre.

Entro al *hashtag* de #GalaHughesIsOverParty. No puedo parar de leer todos los comentarios negativos. Es una mezcla de mi estúpideo *shippeo* con Kyle, odio hacia mi persona, comparaciones con Candy o Rebecca, acusaciones de falsa y estratega… Hay capturas del Facebook de mi padre, interacciones de mi primo con Noelle en Instagram, incluso una fotografía mía con Gabriel en nuestro pueblo cuando teníamos siete y trece años. ¿Por qué alguien subiría algo así?

Kyle me quita el móvil de las manos y aparta al chico para dejarme un poco de privacidad. Acuna mis mejillas con dulzura, manteniendo sus ojos fijos en los míos.

—Eso no es real, ¿vale? —dice, pero casi no lo escucho.

La preocupación se torna en ira y mi cuerpo se mueve solo hacia el piso de arriba. Solo tengo una cosa en mente. Kyle y Tom me siguen de cerca para asegurarse de mis intenciones, pero todos sabemos muy bien lo que va a suceder. Ni siquiera me molesto en llamar a la puerta de Rebecca, sino que la abro de par en par.

—¡Tú, rata de dos patas! —El español me sale a borbotones, incontrolable. Después de varios improperios en mi lengua materna, consigo cambiar al idioma que todos tenemos en común—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

Rebecca enciende la luz y se frota los ojos. En la cama contigua, Maude se despereza.

—Perdona, Maude —me disculpo con una pizca de vergüenza—. Esto no va contigo.

—Haz lo que tengas que hacer —contesta decidida.

Doy varios pasos hasta quedar frente a Rebecca.

—Has vuelto a hacer de las tuyas, ¿no? —Ella arquea las cejas sin comprender a qué me refiero—. ¡No te hagas la tonta, esa mierda de cuenta de @ilovedrama es tuya! ¿Has seguido con la trola de que soy una enchufada?

Rebecca alza un dedo para interrumpirme.

—Primero, no es ninguna mentira. Segundo, estas no son horas para ponerse a pegar esos chillidos.

—¡Me da igual! Has sido tú, ¿verdad?

—Si hace falta, digo que he sido yo solo para que os calléis —interviene una voz.

Me giro hacia la puerta, donde, además de Kyle y Tom, se encuentra Frank con… ¿un protector de bigote? *Da igual, no quiero ni pensarlo*.

—Mira, bonita, haya sido yo o cualquier persona, es la realidad —se defiende Rebecca. Lo distingo perfectamente en su rostro: la sonrisa de la victoria—. Te lo has currado demasiado bien, pero ya se ha destapado todo. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Liarte con Dennis a ver si eso te da más fama?

Oigo el sonido de la bofetada antes de ser consciente del movimiento de mi mano. Maude ahoga una exclamación, pero ya es demasiado tarde. Una marca roja adorna el rostro de Rebecca, quien no es capaz de hacer más que abrir los labios. Siento un hormigueo que se extiende desde las puntas de mis dedos a todo el cuerpo. El fuego me burbujea en las venas.

—Soy gay, por cierto —interviene Dennis a mis espaldas.

Las voces han debido de atraer al resto de concursantes, quienes se suman al grupito que se ha formado en la puerta del dormitorio. Permanezco inmóvil, como si esto no fuera más que un mal sueño. Contemplo mi mano, que me resulta más pesada que una piedra. Por un momento incluso se me ha olvidado cómo respirar.

—Se lo voy a decir a Naisha. Con suerte, te echará del retiro por esto —sisea Rebecca una vez vuelve en sí. La chispa en sus ojos es tan idéntica a la mía que me hace estremecer—. ¡Y se van a enterar todos mis seguidores! —Se aproxima a mí hasta que su aliento me choca en la cara, provocándome escalofríos—. Has cavado tu propia tumba.

Aprieto la mandíbula. Tiene razón. Por mucho que sus actos me hayan traído hasta aquí, soy yo la que ha dado el golpe final. Los miro a todos y cada uno de ellos. Ignoro la batalla que se ha desatado dentro de mi ser y me atrevo a preguntar:

—¿De verdad pensáis eso? ¿Creéis que soy una enchufada?

—¡Claro que no! —Candy es la primera en responder y me enternezco.

—Por supuesto que no —coincide Kyle, quien se aproxima a mí para tomarme de la mano y besarme los nudillos—. Además, ya sabemos que la palabra de Rebecca es muy poco de fiar.

La susodicha se retira el pelo de la cara, hastiada. Me vuelvo hacia Maude, que se ha levantado de la cama para acercarse a mí. Con una mano alentadora sobre mi brazo, dice:

—Ya sabes que no me creo esas cosas, pero tampoco hace falta llegar a las manos. —Sus ojos arrugados me regañan como lo haría una abuela—. Eres mejor que eso, tienes que estar por encima

Contengo unas lágrimas que llevan fraguándose desde que llegué a Bibury. Fijo la vista en el resto de presentes.

—¿Tom? ¿Dennis? —Ignoro a Frank porque, honestamente, no podría importarme menos.

—A ver, es un poco sospechoso que seáis familia… —responde este último—. Pero no niego que ha sido una hostia bien dada.

—Yo no digo que seas enchufada —añade Tom—, aunque es un poco raro. No es que eso justifique las críticas en Twitter, pero… Bueno, podrías ser sincera con nosotros ahora que ya se sabe todo.

—¿Lo ves? —interviene Rebecca, de brazos cruzados y sonrisa prominente—. La duda está sembrada y ahora solo crecerá y crecerá. ¿De verdad crees que tienes posibilidades de ganar este concurso?

Salgo de la habitación a toda velocidad para dirigirme a mi cuarto. Me repito que hay personas que confían en mí: Kyle, Candy, Maude. Sin embargo, eso no me hace sentir mucho mejor. No puedo parar de pensar en los comentarios de Twitter, uno tras otro, encadenando odio gratuito. No quiero que mi sueño se rompa en pedazos, no otra vez.

Kyle y Candy, quienes me han seguido hasta aquí, me rodean para protegerme del resto de la humanidad. Su abrazo es cálido, pero el frío de mi interior es capaz de apagar cualquier fuego, incluso la chispa que siempre ha habitado en mí.

…

He vuelto a una de esas noches en las que no he dormido nada. Maude me preparó una taza de té con miel pasada la una de la madrugada, cosa que no ayudó en absoluto. Kyle permaneció a mi lado toda la noche, acariciando mi cabello y susurrándome que todo iría bien, con Candy al otro lado sujetándome la mano. Cuando sale el sol, nada ha cambiado. Todo el mundo me odia. *Esto es lo que querías, ¿no?*

Naisha llega más temprano de lo normal. Su voz retumba en las paredes como un trueno. Seguro que viene a echarme la bronca por liarla una vez más. Todavía sobre la cama, me abrazo las rodillas, apretándolas contra mi pecho. Kyle ha bajado a por algo de desayuno, mientras que Candy ha ido a darse una ducha. Estoy sola frente al peligro.

En efecto, Naisha no tarda en entrar al dormitorio, dejando la puerta ligeramente entreabierta.

—¿Has visto las redes? —dice a forma de saludo. Me analiza con la mirada antes de responderse a sí misma—. Vale, lo has hecho.

—Ha sido Rebecca —explico con voz queda—. No tengo pruebas, pero sé que ha sido ella.

Naisha se pinza el puente de la nariz.

—Es que no se puede estar quieta, voy a tener que darle otro sermón.

—¿A Rebecca? —pregunto sorprendida—. ¿No me vas a regañar a mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? —Naisha se cruza de brazos.

—Porque soy yo la que se emborrachó y montó un espectáculo. Soy yo la que te besó otra vez después de lo de verdad o atrevimiento y jugó con tus sentimientos. Soy yo la que anoche le dio una bofetada a Rebecca delante de todos. Soy yo la que siempre está dando el cante.

Naisha sacude la cabeza. Acorta la distancia y se sienta a mi lado sobre el colchón.

—Todo eso ya está olvidado. —Me pasa un brazo por los hombros —. Además, no tienes la culpa de que te esté pasando esto.

—Hace una semana les caía bien a los seguidores del retiro. Decían que querían saber más de mí y ahora… ¿Cómo puede pasar de un extremo a otro tan rápido?

Ella me acaricia el brazo suavemente.

—Las redes son así de despiadadas. Y si no, pregúntale a Rebecca. —La expresión de Naisha se vuelve muy seria de repente —. Gala, tengo que decirte una cosa. No debería haberlo estado ocultando tanto tiempo, sobre todo si eso implica que estés sufriendo así, pero la verdad es que…

La puerta se abre para dar paso a Candy, la cual está secándose el pelo con una toalla.

—Oh, Naisha, ya estás aquí.

La becaria se separa de mí como si hubiéramos estado cometiendo un delito. ¿Qué cosa querría decirme como para que se sobresalte tanto con la llegada de Candy?

—Debería ir a hablar con Rebecca, entonces. —Carraspea—. Luego reuníos todos conmigo en el salón. Tenemos que hablar.

Y como todos los «tenemos que hablar», auguro que este no trae nada bueno.

Capítulo 39
Kyle

—Me encantaría saber en qué momento habéis decidido llegar hasta este punto.

Naisha camina por el salón mirándonos uno por uno. Tiene los brazos cruzados y los ojos cansados. Se nota que está enfadada, aunque me da la sensación de que hay algo más. No sé si será cansancio u otra cosa, pero lo que sí es evidente es que hemos metido la pata hasta el fondo.

—¿Permitir que la gente se crea que Gala es una enchufada? ¿En serio? —prosigue. A la que menos mira es a la susodicha, cuya atención está puesta en el suelo. A su lado, le acaricio el dedo meñique con el mío. No creo que sirva de mucho, pero quiero que sepa que estoy aquí con ella. Que sigo sin irme, da igual lo que ocurra—. ¿Pensáis ganar echando por tierra el trabajo de los demás? —Sus pupilas se posan en Rebecca en esta ocasión—. ¿Usando las redes sociales como arma? Eso no fue lo que la editorial os pidió.

—¿No estáis ganando seguidores con todo esto? —inquiere Rebecca. No me puedo creer que tenga el valor de contestar, mucho menos con lo que está pasando—. La última vez que me metí en vuestro perfil habíais subido mil.

Naisha se muerde la lengua.

—Además, no es nuestra culpa que la gente no sepa diferenciar entre lo que hay a través de una pantalla y la vida real. Así es como funciona el mundillo. Y tú, después de habernos animado a usar nuestras redes, deberías haberlo previsto.

—Y tú, sabiendo lo que hay mejor que nadie, haberlo prevenido —grazna la becaria.

Todos nos quedamos en silencio. El ambiente que se respira es más tenso que nunca.

—Podríamos… —Candy habla con cautela. Su voz es apenas un murmuro—. Podríamos grabar una disculpa colectiva por el revuelo que hemos causado y defender a Gala de lo que se está diciendo. Hemos estado aquí con ella y la hemos visto trabajar duro en su

historia, ¿quién mejor que nosotros para dar fe de que está aquí por sus propios méritos?

—Me parece una idea increíble. —Asiento con la cabeza y le sonrío a Candy. Después entrelazo mi dedo con el de Gala. La chica sigue sin mover un músculo, pero ya estamos nosotros para luchar por ella—. ¿Te has traído la cámara, Naisha? Si no, con un móvil servirá.

Una carcajada masculina me sobresalta.

—¡Sí, hombre! —exclama Frank—. No pienso hacerle una limpieza de imagen a una muchacha que se ha pasado la mayor parte del retiro sin dar un palo al agua. ¡Es una enchufada y punto!

Naisha abre la boca para replicar, pero soy yo el que se separa de Gala y se pone frente al bigotudo. Llevo aguantando comentarios hacia la persona a la que más admiro en el mundo demasiado tiempo como para seguir callado. Soy un poco más alto que Frank y aún así no me permito agachar la cabeza. Lo miro fijamente desde arriba, a ver si así se atreve a seguir soltando esas gilipolleces por la boca.

—Dilo otra vez.

—Kyle —me advierte Naisha.

—No, no. —Me cruzo de brazos, guardando las distancias—. Me encantaría oírlo de nuevo. Venga, hombretón, dilo otra vez.

—Kyle… —Ahora es Frank el que pronuncia mi nombre—. Es evidente. No hay más que ver que es incapaz de escribir sola. Te necesita a ti. Si no, nunca se habría puesto frente al ordenador. Deja de defenderla porque os acostáis. Eso no es excusa.

Aprieto la mandíbula y me veo obligado a cerrar los ojos para no montar un numerito aún mayor. Respiro hondo una, dos, tres veces. Como no consigo calmarme, lo repito unas cuantas más. Luego los abro y, cuando vuelvo a mirarlo a la cara, me doy cuenta de que no me ha servido de nada controlar la respiración.

—No te debo ninguna explicación, pero que te quede bien claro que Gala es la persona más talentosa que conozco y no le hace falta escribir conmigo para demostrarlo. Si lo hacemos es porque lo disfrutamos, ¿entendido?

—Ni siquiera la conoces bien.

—La conozco desde que éramos críos —suelto, impaciente. Ya no pienso con claridad. Ni siquiera soy consciente de que acabo de soltar una bomba a pesar de que mis compañeros han ahogado una exclamación. Tom y Candy sonríen, a Maude se le iluminan los ojos. A los demás no me atrevo a mirarlos—. La he visto escribir cientos de veces.

—¿Qué acabas de decir? —Rebecca se une a la conversación.

Me giro hacia ella.

—Gala lleva siendo mi mejor amiga incluso antes de que supiera leer sin trabarme. Sé de lo que hablo cuando digo que merece estar aquí. Y ni tú, ni él. —Señalo a Frank—. Ni nadie tiene derecho a decir lo contrario. Si no queréis tener problemas conmigo, entonces…

—Vaya, otro enchufado —afirma entre dientes.

—¿Perdón?

Naisha da un par de palmadas para recuperar nuestra atención.

—¡Vale, vale! ¡Se acabó la historia! Kyle, un paso atrás. Aquí nadie va a tener problemas con nadie. Queda una semana, ¿sí? Hacedme un favor y seguid a lo vuestro. Después no tendréis que veros las caras nunca más.

Solo me doy cuenta de lo que acabo de hacer cuando la becaria se da la vuelta para marcharse.

…

Gala lleva encerrada en su habitación desde esta mañana. He intentado volver a dejarle su tiempo, pero ya no puedo más. Por primera vez no es por mí y ese miedo irracional que le tengo a la soledad. Solo necesito que ella esté bien o, por lo menos, conseguir que entienda que no tiene por qué sufrir en silencio y a escondidas. Llamo a su puerta y no obtengo respuesta. Tardo unos segundos hasta que decido entrar. Me escuece la garganta nada más verla ahí, hecha un ovillo bajo la manta, encima de un colchón que más que protegerla parece engullirla.

No dudo en tumbarme a su lado y colocar un mechón de pelo detrás de su oreja.

—Eres preciosa.

No es capaz de mirarme.

—Soy un desastre.

—Eres mi escritora favorita —respondo, haciendo caso omiso de su comentario.

—No valgo para nada.

Le acaricio la mejilla.

—¿Acabo de escucharte decir que no vales para nada? —Chasqueo la lengua—. ¡Pero si es una pasada ser Gala Hughes!

Ella suelta una risa triste.

—No lo es.

—Claro que lo es.

—¿Es que no has escuchado a los demás?

—¿A quiénes? ¿A Frank y Rebecca? Porque la verdad…

Me interrumpe antes de que pueda continuar hablando.

—A todo el mundo, Kyle. A todo el maldito mundo. Y si todos coinciden, lo lógico es que tengan razón. No merezco estar aquí. ¿Y si me han enchufado de verdad y Gabriel me lo está ocultando? Tendría sentido, ¿no? Nunca he sido lo suficientemente buena para esto.

Se me parte el alma al darme cuenta de que se lo cree de verdad.

—Eres mucho más.

—No.

—Gala —pronuncio su nombre con seriedad—. Sé cómo te sientes, ¿vale? Llevo sintiéndome así toda la vida.

—¿Cómo?

—Insuficiente. Menos que los demás. —Mis caricias se transportan a su nuca—. Y lo peor es que siempre he pensado que todos a mi alrededor también lo pensaban cuando solo estaba en mi cabeza.

Me acuerdo de la conversación que tuve con Kevin el otro día, lo que me da fuerzas.

—A veces, uno mismo es el peor crítico que se puede tener.

—Pero a mí sí me lo ha dicho la gente. No es un producto de mi imaginación, es la realidad.

—No tienen ni puta idea —le aseguro—. Ni siquiera te han leído. No te conocen.

No como yo.

—¿Y para qué? ¿Para reafirmar sus teorías? No estoy preparada para darles la razón. Ni a ellos ni a… Ni a mi madre, Kyle. ¿Sabes lo que es volver a escuchar lo que te han estado diciendo durante tantos años? Que no soy digna de estar aquí, de dedicarme a lo que me gusta. Como si el mundo tuviera planes muy distintos para mí y yo estuviera nadando a contracorriente por testaruda… Y creo… —Veo que se atraganta con sus propias palabras—. Creo que ya me he cansado de demostrar lo contrario porque es evidente que no tengo lo que hay que tener para hacer esto.

—¿Hacer el qué?

—Escribir, Kyle. Perseguir mis sueños.

Se me forma un nudo justo en el centro del pecho. Me recuerda a esa versión de mí de no hace mucho tiempo. A ese Kyle que prefería quedarse quieto por miedo a fallar. A ese que no corría detrás de lo que quería por temor a caer. Jamás me raspé las rodillas, pero ¿de qué me sirvió? Vivir en una burbuja no es vivir. Vivir es arriesgar, volar sin miedo al cielo y al suelo. Prefiero llenarme la piel de tiritas a volver al estado en el que estaba antes. Algunos me llamarían valiente, yo solo pienso que he empezado a existir. No porque me vean, sino porque estoy empezando a verme. El retiro me está enseñando tantas cosas que necesitaría vivir mil vidas para enumerarlas todas. Lo que no quiero es que Gala pase por lo mismo. Ella nunca ha dudado de su talento, ¿cómo va a hacerlo ahora?

—Deberías terminar el libro tú solo, entregarlo después y…

—¿Qué estás diciendo?

—No me hagas repetirlo.

Tomo aire por la nariz.

—Porque duele, ¿verdad? Duele muchísimo. Eso no es lo que quieres, lo sabes.

—Lo que quiero es centrarme. Tener estabilidad.

—¿Y después? —inquiero.

—Después ya veré. —Suspira—. Pero, por primera vez, creo que debería hacerles caso a las críticas. Esto es una tontería, lo fue entonces y lo será siempre. ¿No has visto el odio que hay ahí fuera? ¿Cómo voy a soportar que la gente critique lo que hago o no gustar en absoluto? ¿Y si no triunfamos nunca? ¿Cómo podría seguir con mi

vida? —Niega con la cabeza en repetidas ocasiones. Está intentando convencerse a sí misma, lo sé—. No quiero ser infeliz.

Me incorporo sobre la cama y la animo a hacer lo mismo. Luego la tomo de ambas manos. Infelices seríamos dejando de escribir.

—¿Por qué tendría que pasar eso?

—Porque no soy buena en lo que hago —repite. Una y otra vez—. Porque soñar es infantil. Es absurdo.

Me mareo. Que Gala, *mi* Gala, diga esto es demencial.

—Suenas como tu madre.

Suena como tú.

Eso es lo que me da más rabia.

—Ya iba siendo hora de que lo hiciera.

Capítulo 40
Gala

Esas cuatro palabras me hieren más de lo que lo han hecho los cientos de comentarios de las redes o incluso las acusaciones de Rebecca. Me duelen porque son ciertas, porque me he convertido en lo que más odiaba. Porque, por primera vez en la vida, me da más miedo saltar al vacío que quedarme por siempre en tierra. Con los ojos anegados en lágrimas, sacudo la cabeza para evitar la mirada de Kyle.

—Entonces está decidido.

—Gala…

—No, está decidido. Volveré a Madrid, estudiaré unas oposiciones o lo que sea, tendré un trabajo «digno» —escupo la última palabra con toda la fiereza que me es posible—. Es lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Alejo mis manos de las de Kyle y, aunque solo lo miro por el rabillo del ojo, distingo su expresión desolada. Una grieta más se suma a mi corazón.

—Es lo que debería haber hecho hace dos años. —Le lanzo una última flecha y sé que con esta lo derribaré.

«Tengo miedo de que me quieran», mi propia confesión reverbera en mi cabeza. He jugado tanto a este juego, y conozco tan bien a Kyle, que preveo su respuesta. Como un ajedrecista que pronostica las siguientes jugadas, adivino que así haré jaque mate a nuestra amistad.

Y entonces…

—No.

Me vuelvo hacia Kyle. Sus ojos son un torbellino de rabia incontenible.

—¿No? —repito incrédula.

—No deberías haberlo hecho hace dos años y no deberías hacerlo ahora. —Me desarma al completo—. Quiero seguir adelante con esto. Quiero ganar el concurso contigo.

Suelto todo el aire de golpe. Mi mente solo puede repetir una palabra, la misma que él ha utilizado: «no». No puedo hacerlo. ¿Quién me he creído para desafiar las leyes del universo, los consejos de mi madre? «No llegarás a ninguna parte», sus palabras resuenan en mi cabeza, día y noche. Parece que por fin han calado en mí.

Recuerdo lo que me dijo ese día lluvioso en el que aparecí con el cabello empapado, pegado a la frente, y los ojos rojos.

—¿Dónde has estado? —La mirada de mi madre era de piedra.

Ella ya lo sabía, ¿a quién pretendía engañar? Eché mi mochila sobre la mesa de la cocina, donde ella apuraba un café antes de salir a trabajar en su turno de noche en el hospital.

—Londres —afirmó mi madre porque, en efecto, lo sabía. Me limité a asentir—. ¿Se puede saber por qué me he enterado de que has faltado a clase por Miriam? —Parpadeé sin comprender. Miriam era nuestra vecina de hace años, con quien daba la casualidad de que compartía grupo en la carrera—. Me la encontré cuando ella volvía a casa y yo iba a la compra, preguntó si estabas enferma. ¡Imagínate mi cara al descubrir que mi hija estaba en paradero desconocido!

Rodé los ojos, dispuesta a abandonar la estancia. Había ido a Londres y había vuelto en el mismo día, era una tontería mayúscula, pero *mi* tontería. No en vano, quería celebrar el cumpleaños de mi mejor amigo con él. Recuerdo que, entonces, el «mejor amigo» escocía como una herida recién abierta.

—¿Es por él? —insistió mi madre—. Gala… Ay, mi niña, ¿no ves que te llena la cabeza de pájaros? ¿No ves que te camela, como lo hizo tu padre conmigo?

La chispa, Gala, la chispa… Si las miradas matasen, la habría calcinado ahí mismo.

—Soy mayorcita para hacer lo que considere.

—Pues si tan mayorcita eres podrías empezar por buscarte un trabajo, uno de verdad, con el que mantenerte. Algo más digno.

Rechiné los dientes. Las clases particulares que les daba a algunos niños del barrio apenas me daban para pagarme las ChocoBom en las pausas de la universidad, pero me daba igual.

Todo me daba igual porque acababa de perder a la única persona que me entendía, a la pieza de un puzle indispensable. A esa parte que todavía me ataba a la cordura.

—Voy a escribir —sentencié, aunque mis letras habían perdido la mitad de su tinta.

Mi madre dio un golpe en la mesa.

—¡Deja de ser tan ingenua!

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, así que apreté los puños para contenerlas. Fuego y agua, las dos caras de una misma moneda, convergían en mí.

—No soy ingenua —susurré. Eran tres palabras que repetía demasiado en su presencia—. Solo tengo un sueño.

—Uno infantil y absurdo.

Solté todo el aire de golpe, me vibraban las aletas de la nariz.

—Pues ya me llevaré la hostia.

Y aquí, años después, era el momento de recibir esa hostia.

—Presenta el libro tú solo al concurso, es lo mejor —respondo con la cabeza gacha.

—Tenemos que hacerlo juntos. La última vez que cada uno actuó por su cuenta…

Se me aprieta un poco más el corazón a punto de desangrarse. Aunque sutil, es una acusación. Un recuerdo de que no paro de cagarla. Este espacio liminal en el que vivíamos no iba a durar, tan solo era un lugar de paso. El preludio de nuestro final, el verdadero.

—No voy a participar.

—¿Y ya está? —Kyle alza la voz—. ¿Se acabó aquí?

—No…

—¿Tanto esfuerzo para nada? ¿Después de recuperar lo que perdimos…?

Le dedico una mirada de desdén. No me puedo creer que él, de entre todas las personas, me esté diciendo eso. *La chispa…* Pero estoy tan cansada de contenerme, tan harta de recibir comentarios y no responder de vuelta, tan exhausta de correr hasta caer de rodillas ¿para qué? ¿Para volver a levantarme y repetirlo todo de nuevo?

—Cuidado con lo que dices —escupo—. Yo no seguiría por ese camino, porque creo que tienes las de perder.

Se masajea las sienes, intentando no perder la cordura que siempre ha mostrado frente a mí. De los dos, él siempre ha sido la voz de la razón, hasta que yo conseguí ponerlo contra las cuerdas.

—No digas eso —susurra dolido—. No vuelvas por ahí.

Quiero gritar, patalear como una niña pequeña. Quiero… Quizá quiero un abrazo, no lo sé. Tan solo veo un rojo cegador que lo eclipsa todo.

—¿Quién dice que no la volveremos a cagar como antes? —pregunto, cuando lo que quiero decir es que *yo* la volveré a cagar como antes.

—Yo lo digo. —Se pone una mano en el pecho, justo sobre el corazón—. Porque sé que podemos funcionar.

—¿Como escritores o como amigos? ¿Como pareja?

Su respiración se acelera y le lleva unos minutos reunir el valor para contestar. Todo es rojo, rojo, rojo.

—Si no lo intentamos… —prueba de nuevo.

—No quiero intentarlo.

Una rabieta de niña pequeña, eso es lo que me pasa. Nunca tendré remedio, nunca me mereceré su amor.

—Gala, por favor, déjame hablar. —Aguanto lo suficiente como para permitirle pronunciar las siguientes palabras—. Sé que estás dolida, pero no es mi culpa. Quiero estar aquí para ti como escritor, como amigo, como… como lo que tú quieras. Ni siquiera tenemos que presentar el manuscrito al concurso, nunca se ha tratado de eso. —Se pasa una mano por el cabello—. Solo danos una oportunidad. Danos la oportunidad que tú me pediste hace dos años.

Dos años. Es lo único que escucho. Ese día de lluvia, los labios de Kyle curvados en una mueca, mis lágrimas. Rojo, rojo, rojo. Entro en combustión.

—¿Y quién rechazó esa oportunidad? —grazno.

Veo cómo el chico intenta mantener la compostura por mucho que le cueste.

—No estaba preparado.

—Y yo no lo estoy ahora —zanjo, cruzándome de brazos—. ¿Me vas a juzgar por ello?

Kyle suelta un bufido.

—Claro que no. Lo que tenía es miedo. Estaba aterrado, Gala. No confíaba en mí como tú no lo haces ahora, pero lo que tendría que haber hecho es escucharte. Por eso te pido que tú lo hagas ahora conmigo. —Trata de acercarse, pero doy varios pasos hacia atrás—. Escúchame.

—¡No!

Eso debe de ser la gota que colma el vaso. Jaque mate. Antes de que pronuncie sus siguientes palabras, yo ya sé lo que va a decir.

—Fuiste tú la que quiso publicar nuestra novela sin permiso —lo dice entre dientes, mordaz. Empuña sus palabras como un arma—. ¿Cómo querías que reaccionara?

Debería pedir perdón. Debería decirle que me arrepiento, porque verdaderamente lo hago. Sin embargo, estoy tan devastada que permito que mis emociones tomen las riendas.

—¡Era un regalo de cumpleaños! —exclamo, agitando las manos para darle énfasis—. ¡Ni siquiera era tan importante! Estuvo un día a la venta. ¡Uno! No hubo tiempo de que nadie lo comprara, ¡por el amor de Dios!

—Y yo te dije que no lo hicieras —dice con voz grave, aunque calmado. Él siempre ha sido un mar sereno, yo las llamas.

—Lo sé, pero…

—Gala —me corta, tenaz—. No pienso volver a tener esta discusión otra vez. Si no quieres escucharme, no sé qué estamos haciendo aquí.

Siento que estoy ardiendo por dentro, cada una de mis células bullen como el cráter de un volcán. Pienso en la conversación que tuve con Candy —ese «Tengo miedo de que me quieran» que llevo sobre la piel como un tatuaje— y acepto mi destino. Rebecca tenía razón en una cosa: estoy cavando mi propia tumba. Porque soy así, porque no conozco otra manera de enfrentarme a la vida si no es huyendo. Kyle se levanta, dispuesto a irse, pero lo intercepto antes de que llegue a la puerta.

—El que huye ahora eres tú —siseo para hundir más la pala en la tierra.

—No es lo mismo.

Extiende una mano hacia el pomo, pero se la aparto. Al ver que no puede salir, se cruza de brazos.

—En realidad, Gala, siempre eres tú la que huyes, pero no estás dispuesta a verlo —suelta y no tengo contestación ninguna para eso.

Caigo al sepulcro, toda la tierra sobre mí. El peso de la lápida —el peso de la maldita roca de Sísifo que subo una y otra vez— me oculta de la luz del sol. Kyle se abre paso hacia la puerta y sale de la habitación, dejándome completamente sola.

…

La lluvia repiquetea contra el cristal. El tiempo parece reflejar mis emociones con su tono gris plomizo y las lágrimas en forma de tormenta. Me abrazo a mí misma para transmitirme un calor que no voy a encontrar. Lejos quedan los campos de abundante verde, que pronto son reemplazados por el asfalto infinito. Apoyo la cabeza contra la ventana y cierro los ojos. Las palabras de Kyle, que me merezco, se me clavan en el corazón. «Esto es lo correcto», me repito una y otra vez, pero hay algo en mí que se revuelve, desafiante.

—No tenías por qué llevarme hasta Londres —digo una vez más —. Con acercarme a la estación habría sido más que suficiente.

—No te preocupes, así me despejo un poco.

Los ojos de Bart se apartan momentáneamente de la carretera para escanearme. Le he dicho que no haga preguntas, cosa que hasta ahora está cumpliendo a rajatabla.

Son las ocho de la mañana y llevamos cerca de una hora en la carretera. Anoche le escribí para preguntarle si podía llevarme a la estación más cercana, pero me dijo que no tendría problema en acercarme hasta la capital. No quería abusar tanto de él, ya que aún encima le estaba pidiendo que fuera temprano para que nadie me viera marcharme. Sin embargo, Bart parece más que contento de convertirse en mi chófer de nuevo.

—¿Seguro que no les molestará a tus abuelos que te vayas tanto tiempo? —insisto.

—No creo.

—¿Y seguro que no nos perderemos?

—¡Ahora ya me sé el camino!

—Vale, vale. —Levanto las manos en son de paz.

Por lo menos me río un poco. Más o menos. La opresión en mi pecho es tal que me cuesta respirar. Supongo que en algún momento tendré que enfrentarme a la realidad, por lo que saco el móvil de mi bolsillo y tecleo un mensaje para Naisha: «Creo que las dos estaremos de acuerdo en que lo mejor es irme. Si Kyle te pregunta, dile que presente nuestro libro él solo. Insístele. Gracias por todo». Ya me estoy imaginando su expresión de enfado al leerlo.

Suspiro, preparada para escribir un segundo mensaje, esta vez para Candy. Este es mucho más largo: «Lo siento por irme sin decir nada, prefería no armar mucho jaleo. Quería agradecerte todo lo que has hecho por mí estas semanas. A pesar de lo pesada y gruñona que fui al principio, que sepas que aquí tienes una amiga para lo que sea. Espero de corazón que ganes el concurso y, si no es así, sé que brillarás por tu cuenta. El mundo necesita tu poesía, naranjita». Se me hace un nudo en la garganta al enviarlo.

El tercer mensaje es para Maude. Como ella no se aclara mucho con el móvil, le mando uno más escueto: «Perdón por no despedirme, espero que lo entiendas. Te llamaré en cuanto pueda».

El cuarto mensaje debería ser para Kyle. Tecleo y borro. Tecleo y borro. Le pido disculpas de mil formas, pero ninguna me convence. Ninguna está a la altura. Destino o no, debe de haber un dios caprichoso pidiéndonos a gritos que dejemos de intentarlo. Si lo nuestro no funcionó en su momento, no va a funcionar ahora, ya sea la escritura o la relación romántica. *La más cobarde siempre fuiste tú misma*. Al final, me decanto por un simple «lo siento» y apago el móvil.

Londres nos recibe con su vivacidad habitual. Calles atestadas de gente, vehículos siempre en movimiento, el Támesis siguiendo su curso. Es como si no hubiera pasado nada, el mundo sigue girando. Sin embargo, yo ya no me siento la misma persona.

—Déjame donde puedas y ya pillo el metro.

—¿Seguro? —contesta Bart—. No me importa acercarte a casa.

—Me vendrá bien estar sola.

Bart no me pone pegas y estaciona en doble fila. Creo que está a punto de decir algo, pero no se lo permito.

—¿Cuánto te debo de gasolina?

—Nada.

—En serio. —Comienzo a sacar la cartera—. No voy a dejar que me traigas hasta aquí sin pagarte.

—No quiero nada, de verdad.

Me doy por vencida y lo abrazo como agradecimiento antes de apearme del coche. Saco mi equipaje del maletero y me acerco a la ventanilla.

—Espero que no te pierdas de vuelta a Bibury —trato de bromear, pero no surte efecto porque se me corta la voz. Carraspeo—. Cuando estés otra vez por Londres quedamos a tomar algo.

El chico asiente, complacido, y concluyo la conversación. Me doy media vuelta en busca de la primera boca de metro que vea. Siento una punzada en el pecho y me giro otra vez, pero Bart ya se ha ido. *Vuelves a estar sola*.

Hago el trayecto hasta casa acompañada únicamente por el traqueteo del tren y las conversaciones lejanas de los pasajeros. La vida pasa por delante de mis ojos sin que me dé cuenta. Me bajo en la estación de forma automática, dejando que sea mi memoria muscular la que me guíe. Londres cobra vida entre nubarrones oscuros y paraguas coloridos. Los habitantes de la ciudad no permiten que el mal tiempo les corte las alas.

Entro en el chalet adosado como lo he hecho durante tantos años: sacándome los zapatos y colocando las llaves en la consola del recibidor. Los olores provenientes de la cocina —huevos fritos y panceta— me indican que mi padre está en casa. Hago acopio de todo mi valor y acudo a su encuentro.

—*Hey Jude, don't be afraid, you were made to go out and get her*… —canturrea, ajeno a mi presencia.

—Esto es probablemente lo más británico que hayas hecho nunca.

Las entradas triunfales nunca han sido lo mío. Papá se gira, espátula en mano, y forma una «o» con la boca. Enseguida suelta los utensilios de cocina y apaga el fuego para correr a abrazarme.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta rompiendo el contacto—. ¿El retiro no terminaba dentro de una semana?

Me encojo de hombros.

—Sorpresa —musito, apagada.

—¿Es porque ya has ganado? ¿Es eso? ¡No me dejes en ascuas!

Otra punzada en el corazón. Intento encontrar las palabras adecuadas, pero ninguna parece encajar con la situación.

—No estaba hecha para ello —termino diciendo.

Mi padre frunce el ceño.

—¿Cómo que no?

—Simplemente había gente muy buena.

—Y tú también lo eres —responde con desconcierto—. ¿Ha pasado algo?

—Me duele un poco la cabeza, voy a echarme un rato.

Conozco bien a mi padre y sé que eso no le basta como excusa, pero también sé que me permitirá descansar todo lo que necesite. Le doy un beso en la mejilla antes de subir a mi cuarto. Por primera vez lo siento extraño. Me falta mi compañera de habitación, con su cabello pelirrojo y energía incansable. Y no solo ella; me faltan las sonrisas amables de Maude, las preguntas incómodas de Frank, las bromas con Tom y Dennis… Casi diría que me falta hasta Rebecca. Pero, por encima de todo, me falta Kyle.

Me tumbo sobre la cama, cierro los ojos y rezo por quedarme dormida pronto.

…

El sonido del móvil me despierta de mi letargo. No consigo dormir, tan solo vivir en una especie de trance entre la realidad y los sueños. Me desperezo, frotándome los ojos. Es el nombre en la pantalla el que me hace reaccionar de inmediato. Porque, aunque me esperaba cientos de llamadas de Kyle, no es eso lo que obtengo. Ignoro los mensajes —de Candy, de Naisha y sí, de Kyle— y contesto.

—¿Maude?

—¡Niña! Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Dónde estás, anda? Te vamos a buscar.

Me yergo y, a pesar de que no me ve, sacudo la cabeza efusivamente.

—No, no, no. Maude, tranquila, estoy en mi casa. En Londres, en el chalet de mi padre —puntualizo—. Estoy bien, Bart me ha traído

hasta aquí. No salgáis a ningún lado, tiene que estar haciendo un día de perros.

Me asomo a la ventana, donde sigue lloviendo. Irónicamente, todo me recuerda a ese día en Piccadilly Circus. A la mirada de Kyle, igual de llameante que anoche. A sus labios, pronunciando frases que se me astillarían en el corazón hasta el día de hoy. Tiemblo.

—¿Por qué te has ido? —insiste Maude—. ¿Es por Rebecca?

—No…

Porque veía la oportunidad de ser feliz demasiado cerca y me aterraba. No tengo sentido, mi madre siempre ha estado en lo cierto. No sé lo que quiero, no tengo un rumbo en la vida. Soy un vendaval de incoherencias. Apoyo la cabeza sobre el cristal, viendo las gotas caer.

—Es por él —dice entonces Maude, y no necesita especificar a quién se refiere.

Suspiro.

—Es complicado.

—¿Complicado? —Chasquea la lengua—. Complicadas son las matemáticas, que nunca me he apañado. Lo vuestro no es complicado, mi niña, no hay más que veros.

Aprieto los párpados por si así pudiera ahuyentar todos los miedos. Los de la Gala de seis años que llegó a Londres, los de la de veintidós que huyó de su mejor amigo y los de la de veinticuatro que volvió a rechazar todo aquello que pudimos ser.

—Fíjate en Edmund y tú —musito—. Tantas veces que tuviste que rechazarlo para luego ser felices.

Para mi sorpresa, Maude bufa.

—Lo rechacé porque no era el momento, lo que tú estás haciendo es huir. —Su voz es más cortante que la bofetada que le di a Rebecca—. Sí es vuestro momento, solo tienes que abrir los ojos. Abrir el corazón.

Mis respiraciones se hacen más pesadas, casi insoportables.

—¿Cómo puedes saber que es nuestro momento?

—No te conozco mucho, pero soy muy observadora —explica—. Y creo que, en realidad, siempre ha sido vuestro momento. Recuerda, Gala, solo tú escribes tu historia.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Le doy las gracias a Maude, excusándome en que estoy muy ocupada, y cuelgo. De entre todos los mensajes, que son decenas, solo uno parece relucir en mi pantalla al cortar la llamada. Un nombre que no esperaba ver. Rebecca Johnson me escribe: «¿Podemos hablar?». Ni siquiera tengo fuerzas para responderle con un comentario rencoroso, así que apago el móvil y vuelvo a dormir, o a intentarlo.

Capítulo 41
Kyle

Lo siento.

Lo siento. Lo siento. Lo siento.

Gala se ha ido y lo único en lo que puedo pensar es en esas dos palabras que me han hecho sentir como hace un par de años. Siento que me ahogan, que me aprietan el cuello hasta dejarme sin aire. ¿En qué momento hemos vuelto a ser los que éramos? No los amigos, ni siquiera esto en lo que nos hemos convertido ahora. Me refiero a esos dos chiquillos que, en vez de esconderse del mundo, se esconden el uno del otro.

Y lo peor es que no solo me he peleado con ella, sino también con una parte de mí mismo. Una que aún necesita comprensión, que quiere lanzarse al abismo pero que sigue temblando al pensarlo. Contar hasta tres, cerrar los ojos y avanzar. No quiero tener miedo, pero ¿no es eso lo que nos hace humanos? ¿Y si la he empujado demasiado pronto? ¿Y si me he comportado justo como ella lo hizo conmigo cuando nos distanciamos? ¿No me convierte eso en lo mismo?

Presión. La he presionado y esto es lo que he recibido.

Mis compañeros cuchichean a mis espaldas. No entiendo lo que dicen, pero puedo oírlos e imaginarlo. Sé que algunos están tan mal como yo. Candy, Maude… Y espero que otros se sientan culpables, tanto como para no volver a dormir las noches que nos quedan aquí. El retiro ya no tiene sentido para mí. Solo me apetece hacer la maleta y largarme. Irme lejos, muy lejos de aquí. Buscar a Gala por cielo y tierra y evitar cometer los mismos errores que en el pasado. Sin ella el concurso no tiene ningún sentido. Sin ella no hay premio que valga.

Me quedo petrificado observando mi armario. La ropa me pide a gritos que nos marchemos de aquí. Cojo una camiseta y la tiro a la cama, después hago lo mismo con otra. Y otra. Y otra… Estoy fuera de sí. Lo único que me detiene es una mano agarrándome la

muñeca. Candy me observa con ojos preocupados. No sonríe. Es la primera vez que no se esfuerza en hacerlo.

—¿Estás bien?

Cierro los ojos y me obligo a tomar aire.

—No.

—Ya, yo tampoco. —La miro y sé que está diciendo la verdad—. Supongo que a ti también te habrá mandado un mensaje.

Asiento.

—No debería haberse ido —murmura. Le tiembla la voz—. No es justo. ¿Pudiste hablar con ella? ¿Te dijo algo antes de que…?

Si supiera que empeoré las cosas, que en cierto modo lo ha hecho por mi culpa.

—Estaba mal —susurro—. Muy mal. Y yo…

Cierro los ojos con fuerza.

—Intenté consolarla, pero… —Me quema la garganta, es casi insoportable—. Pero no lo conseguí. Y ahora… Ahora se ha ido y…

—Oh, Kyle…

Candy hace el amago de darme un abrazo, pero niego con la cabeza lentamente y me obligo a tragar saliva para retener el sinfín de lágrimas que están amenazando con ver la luz.

—Me pidió que me presentara al concurso yo solo —le explico sin saber cómo estoy siendo capaz de hablar a pesar del nudo en mi garganta—. ¿Sabes cuántas veces me repitió que no era lo suficientemente buena escritora?

Candy arruga los labios.

—Pobre Gala… —se lamenta.

—No pude soportar que siguiera hablando así de sí misma. Me estaba haciendo daño a mí también. Porque escribir… —La voz de Kevin se cuela en mi cabeza—. Escribir puedo hacerlo yo solo, pero no quiero hacerlo sin ella. Hace que todo sea mejor, le da sentido a las historias. Entonces empecé a presionarla para que siguiera intentándolo. Me enfadé mucho, Candy. Muchísimo. Y creo… —Bajo la voz, como si estuviera a punto de contarle un secreto cuando la realidad es que me da pavor admitirlo en voz alta—. Creo que en realidad se ha ido por mi culpa.

Posa una mano en mi hombro y esta vez permito que me reconforte. Luego asiente para hacerme saber que lo entiende. Que me entiende.

—A veces, cuando nos enfadamos, decimos cosas que no sentimos en realidad. A Gala le ocurre mucho, ¿verdad? Estoy segura de que nada de lo que te confesó anoche lo piensa en serio.

—No lo sé, Candy. A estas alturas…

—Tú la conoces —asegura—. Es solo un escudo, una manera de protegerse.

—¿De mí? —inquiero. Los ojos me arden.

Niega con la cabeza.

—De sus propios miedos.

—Pero es que sonaba tan convencida…

—Porque es mejor engañarse a sufrir. —Empieza a acariciarme el hombro en cuanto se percata de que estoy al borde del llanto—. Hay mentiras que duelen menos que lo que piensas que es verdad. Entonces huyes, te escondes detrás de la rabia y desapareces. Pero tampoco podemos culparla por ello, solo darle tiempo. Es su forma de funcionar y estoy convencida de que, en cuanto todo esto pase, va a trabajar duro para cambiarla.

—¿Y si no pasa? —Una lágrima solitaria me recorre la mejilla—. ¿Y si no vuelve?

Ya no estoy hablando del retiro.

—No puedo presentarme yo solo —digo, casi suplicante—. No sin Gala.

Y no puedo volver a echarla de menos.

A mi lágrima la acompañan otras. Me convierto en esa lluvia que nos separó, en las tormentas que siempre le han dado miedo. Mis sollozos retumban como los truenos y mis ojos brillan con la luz de mil rayos. Si tan solo la hubiera entendido, si la hubiera escuchado un poco más… Quizá seguiría aquí. Quizá seguiría conmigo.

Dejo caer la cabeza sobre el hombro de Candy, que me abraza por fin mientras me dejo hacer. Mi pecho se mueve de forma incontrolable y siento que nunca voy a poder dejar de llorar.

—Ya está. —Noto cómo me acaricia la espalda—. Suéltalo. Así, muy bien.

—La he… —Suelto un hipido—. La he… —Se me escapa otro—. La he vuelto a dejar marchar.

—Kyle, cariño… —Candy me aprieta aún más entre sus brazos—. Solo se ha ido del retiro. No es que vayamos a dejar de verla para siempre. De hecho, siento que estás a punto de hacerlo.

Se separa para mirarme y apoya ambas manos sobre mis hombros. Siento que está intentando infundirme fuerzas.

—Vas a irte tú también, ¿verdad? —Señala la ropa sobre la cama y mi armario medio vacío.

—¿Es una locura?

Ella niega con la cabeza.

—No, no. En absoluto. El concurso da igual, lo importante sois vosotros. Quieres a Gala y ella te quiere a ti. La gente que se quiere lucha por estar ahí.

—Pero hace dos años…

—Eso ya pasó. El mundo os volvió a juntar.

—¿Y si no me perdona? —insisto.

—¿Y si sí? —Por fin sonríe. No sabe cuánta falta me hacía que lo hiciera—. Solo hay una manera de comprobarlo.

…

Me remonto de nuevo al día de mi cumpleaños. Gala me observaba con ilusión. Sus ojos nunca habían brillado tanto. Una sensación de plenitud nos envolvía a los dos y, a pesar de estar en una cafetería rodeados de personas y ruido, parecía que solo estábamos ella y yo.

—El que hoy esté aquí no es tu único regalo —confesó, tan emocionada que parecía estar a punto de ponerse a dar brincos.

—¿Ah, no? —Sonreí ampliamente—. ¿Me has hecho una tarta?

Ella negó con la cabeza. Estaba encantada de que no fuera capaz de adivinar lo que se escondía detrás de la curvatura en sus labios.

—¿Y arriesgarme a que no me dejen subir al avión con ella?

—Pues también es verdad.

Sin dejar de clavar sus pupilas en las mías, Gala comenzó a buscar algo en su bolso. Un paquete envuelto en papel azul eléctrico se posó ante mis ojos, casi tan brillante como el sol.

—Es un poco llamativo, pero es que no tenía otro —admitió—. ¡Feliz cumpleaños de nuevo!

Ensanché mi sonrisa antes de romper el papel con cuidado. Según la forma cuadrada del objeto, todo apuntaba a que se trataba de un libro. Lo que no supe hasta que lo desenvolví fue que no se trataba de uno cualquiera.

Dejé de sonreír poco a poco y, justo después, tragué saliva. Tenía en mis manos lo que había soñado todas y cada una de las noches desde que empezamos a escribirlo. *La profecía de los cinco reinos.* Nuestro libro hecho papel, nuestra historia tan tangible que podía acariciarla con la yema de los dedos. ¿Por qué entonces se me formó un nudo en la garganta y no sentí ni un ápice de felicidad? Es como si me hubieran tirado un balde de agua fría. Como si estuviera viendo la escena en tercera persona y aquella ilusión le perteneciera a otro. El regalo se me hizo envenenado. Un recordatorio de mis responsabilidades y de lo mucho que las dejaba a un lado. Un miedo atroz a no ser suficiente, a estar perdiendo un tiempo que corría en mi contra.

La vida comenzó a ir más rápido que cuando era pequeño. Los días parecían horas y las semanas duraban lo mismo que un pestañeo. Estaba creciendo y, junto a eso, la sensación de ir a contrarreloj. Quería escribir mil libros al día, publicarlos y conseguir que la gente me leyera cuanto antes. También quería dedicarle tiempo a los míos, recordarles que estaba ahí para ellos y, quizá, conseguir así que no se olvidaran de mí. Quería hacer un sinfín de cosas al mismo tiempo, estar aquí y allí. Esforzarme para que cada ámbito de mi vida fuese perfecto. Pero había que ser realista y lo más probable es que la escritura solo fuera eso: un sueño. En cambio, el restaurante, mi familia, la vida adulta… Eso sí que no podía esperar a que yo decidiera dejar de ser un niño.

—Gala… —murmuré, sin saber muy bien cómo decírselo.

—Sabía que te quedarías sin palabras —apuntó, orgullosa—. Llevo meses preparándolo y no sabes lo difícil que ha sido mantenerlo en secreto.

—Gala… —repetí, aún abrumado—. ¿Te has encargado tú sola de esto?

—A ver, no lo he editado yo ni nada por el estilo. —Su sonrisa me estaba matando y haciéndome sentir culpable a partes iguales—. Hablé con nuestra ilustradora favorita para que nos hiciera la portada y contacté con un maquetador bastante famoso en redes. Además, contraté servicios de corrección y me aseguré de que todo fuera perfecto. ¿A que no adivinas cuándo se publica? —Se hizo el silencio—. ¡Hoy! ¡Tu cumpleaños es el día en el que nuestro libro va a ver la luz!

No.

No. No. No. Por favor.

Alcé la cabeza con el rostro tan rojo como la sangre. No podía ser, no me podía estar pasando esto. Juro que me obligué a sentirme feliz, pero todos mis intentos fueron en vano. La presión se apoderó de mí y no me dejó disfrutar del momento. Y sufrí. Sufrí tanto que jamás podría describirlo con palabras.

Con todo el dolor de mi corazón, respondí:

—Esto no es lo que hablamos.

—Ya, bueno. —Gala sacudió la cabeza—. ¿Sorpresa?

Su expresión se me quedó grabada en la retina.

—Sabes que no estaba preparado para publicar este libro.

Y ahí empezaron a saltar chispas.

—Entonces ¿por qué lo escribimos? Vamos, Kyle. Nunca habrías estado preparado si no te hubiera dado este empujoncito. Míralo. —Señaló el libro—. Es lo que siempre hemos soñado.

—No así —murmuré—. No sin contar conmigo.

—Por eso es un regalo.

Intenté morderme la lengua. De nuevo, fracasé.

—Los regalos se hacen pensando en quien va a recibirlos. Esto… Esto no, Gala. Sabes lo agobiado que estoy con el restaurante y lo perdido que estoy con la vida en general. ¡Lo hemos hablado mil veces! Y claro que quiero publicar contigo, pero no ahora. No así —repito.

—Es que no lo habrías hecho nunca —replica. Menudo dardo directo al corazón—. Y este libro también es mío, Kyle. Estás siendo injusto.

—Solo quería que me escucharas —contesté con un hilo de voz.

—Por una vez quería escucharme a mí también.

Asentí, no porque lo comprendiera, sino porque entendí que no habría forma de hacerla cambiar de idea.

—Entonces publícalo —la animé, pero ni mis ojos ni mi voz decían lo mismo—. Pero solo con tu nombre.

Capítulo 42
Gala

La Gala de veintidós años se creía la reina del mundo. Rompía promesas con la barbilla bien alta, pisaba con fuerza allá por donde pasaba. Por eso, la Gala joven e inexperta, no dudó ni un ápice de segundo en autopublicar una novela que no era solo suya.

Por eso, cuando Kyle me dijo que aquello no era lo que quería, reaccioné como si me hubieran disparado directamente al corazón.

—No puedo publicarlo solo con mi nombre —razoné ante su argumento—. Es nuestro. Es algo que quiero compartir contigo. Piensa en la oportunidad que…

—No has escuchado nada de lo que te he dicho.

—¿Y tú me has escuchado a mí?

Sabía que en realidad Kyle quería esto tanto como yo, tan solo se estaba ocultando tras el miedo. Habíamos trabajado durante años para terminar el borrador. Lo teníamos todo pensado al milímetro: cada personaje, cada trama… Cuando le pusimos punto y final, mi primera idea fue enviarlo a todas las editoriales que fuera posible. Kyle la descartó enseguida, así que le propuse la autopublicación.

—Ya tuvimos esta conversación al terminar la novela, ¿recuerdas? —preguntó él—. Hay que ser prácticos, Gala. Tengo que centrarme, ayudar a mi familia en el restaurante, ganarme un sueldo…

Eso me dejó helada. Las palabras de mi madre resonaban en mi cabeza como un tambor. Ganarme la vida, dejar de tener la cabeza llena de pájaros, centrarme, buscar algo que me dé de comer de verdad… Éramos Kyle y yo contra el mundo. Contra las expectativas que los adultos tenían de nosotros. Él era el único que nunca me iba a dejar sola frente a ese lobo de fauces enormes.

—Dijimos que les íbamos a demostrar a todos que podíamos vivir de esto —insistí—. Esta es la forma de hacerlo, es el empujón que necesitábamos.

—No, no lo es.

—¿Por qué vas a renunciar a nuestro sueño por… por…?

—¿Por estabilidad? ¿Por el orgullo de mis padres? Mira a Kevin, que acaba de entrar al doctorado. ¿Cómo voy a competir con eso?

Estabilidad. La palabra me azotó como un látigo. Tomé su mano por encima de la mesa, pero él la apartó. Un gesto tan simple rompió todos mis esquemas. No podía estar haciéndome esto, no cuando toda mi vida pendía de un hilo. *Tic tac, tic tac*. Mi madre me había dejado muy claro que, en cuanto terminara la universidad, tendría que dejarme de chiquilladas y buscar un empleo serio. Estábamos a tan solo unos meses de la graduación, del punto y final que eso suponía. Si no nos lanzábamos ahora al vacío, ¿cuándo?

—No es una competición.

—Quizá no lo es para ti —replicó con seriedad—. La vida no es tan fácil, Gala. No puedo permitirme tirar el dinero.

Intenté hablar, pero me dolía tanto la garganta que no podía. Apreté la mandíbula con una mezcla de rabia, tristeza, decepción; un cóctel de todas las emociones negativas.

—¿Publicar nuestro libro es tirar el dinero? —pregunté, temiendo la respuesta.

Kyle me miró muy fijamente, tanto que daba miedo.

—No vamos a triunfar, reconócelo.

No lloré. Luego, al abandonar la cafetería, sí lo hice. En el metro, en el avión, en casa de mi madre. Lloré durante meses. Pero en aquel preciso instante no lloré, porque la Gala de veintidós años estaba por encima de eso.

—No lo sabes —murmuré desalentada—. Si te olvidases por un momento del miedo…

—¡No tengo miedo!

Pero su mirada me decía todo lo contrario. Los dos éramos unos críos y estábamos tan asustados que no veíamos nada más.

—¡Lo tienes todo el rato! —espeté—. Eres un cobarde, Kyle. Esta podría ser nuestra oportunidad y la vas a desperdiciar por miedo. Como cuando entraste a una carrera en España y no les dijiste nada a tus padres o como cuando te ofrecieron ese trabajo de verano en Southampton y lo rechazaste para ayudar a tus padres en el restaurante. ¡Deja de tenerles tanto miedo! ¡Deja de temerle tanto a la vida!

No le confesé que la que en realidad temía a la vida —a la vida sin él, sin esa magia que poseíamos en el teclado— era yo. El rostro de Kyle se volvió rojo como el fuego. Contuve la respiración, a la espera de su respuesta. Quería que me dijera que todo iría bien si publicábamos el libro juntos, que lo mandara todo a la mierda por mí. Si Kyle aceptaba esto, entonces el futuro no sería tan gris.

—Madura un poco. El mundo real no es tan sencillo —dijo en su lugar.

—Eres tan cobarde —repetí, cegada por el enfado.

—Y tú tan poco realista.

—¿Cómo puedes ser así? ¡No ves más allá de ti mismo!

En realidad, sabía que me estaba hablando a mí y no a él. *Retíralo, aún estás a tiempo*. La mirada de Kyle me heló el corazón.

—Si soy todo lo que no quieres que sea, entonces será mejor que te vayas.

Me hundió con un par de palabras. Dejé el libro sobre la mesa, cogí mi abrigo y le dirigí una última mirada antes de salir de la cafetería. Los siguientes dos años esos ojos bañados en lágrimas me perseguirían cada noche. Fue lo último que vi de Kyle.

…

—No puedes seguir así.

Aparto la vista del *fanfic* que estoy leyendo para observar a mi padre. Acaba de llegar a casa después de su jornada en el restaurante, por lo que aún está quitándose el abrigo. Lo apoya sobre el reposabrazos del sillón orejero y se sienta en él, justo frente a mí. Cruza las manos sobre el regazo.

—Sabes que te quiero y me encanta que estés aquí —continúa—, pero no puedes pasar día tras día en el sofá sin hacer nada.

Mi primer instinto es defenderme. No he hecho nada malo. Al contrario, he abandonado un concurso en el que nadie me quería. Cualquiera, y por cualquiera me refiero a mi madre, diría que estoy madurando. Tan solo llevo dos días en Londres, ¡dos! ¿He estado encerrada en mi habitación releyendo *Percy Jackson* como lo hacía para olvidarme del divorcio de mis padres? Sí, pero es un método sanísimo para lidiar con mis emociones, que le pregunten a cualquier terapeuta. *Al que hayas sobornado, porque otra cosa*.

Lo reconozco, he hecho gala de mi mayor virtud: rehuir de todo el mundo. Cuando por fin me he enfrentado al móvil, ha sido de forma penosa. Candy respondió a mi mensaje de despedida, tan preocupada que casi podía escuchar su voz a través de la pantalla, y yo me limité a responder con un *sticker* de gatitos. Cuando Kyle, después de varias horas, trató de llamarme, puse el teléfono en modo avión. Mi madre ha intentado contactar conmigo también en vano. Incluso Rebecca ha insistido, rogándome que hablemos para aclarar las cosas, quién sabe por qué. Mi mensaje, un «No tengo nada que hablar contigo, dejaste muy clara tu opinión hacia mí», trató de cortar de raíz. Por el momento, no me ha contestado.

Mi padre enarca una ceja y se inclina hacia mí.

—Gala, he hablado con tu madre.

Las palabras lapidarias. *Aquí yace Gala Hughes Rodríguez. Sus padres divorciados hablaron y no lo pudo soportar. Que descanse en paz*.

—¿Por qué? —replico, agitada.

—Porque si tu sueño es la escritura, adelante, te apoyaremos.

—Bueno, mamá lo dudo mucho… —gruño por lo bajo.

—Pues *yo* te apoyaré, me da igual lo que opine. —La dureza de su voz me pone en alerta. Mi padre es una persona serena, de sonrisas eternas—. Le he dejado bien claro que tu pasión no está en la enseñanza o lo que a ella se le ocurra, sino en escribir.

—Como si le fuera a parecer bien.

Él resopla.

—¿Y qué más da? —Frunzo el ceño—. Tienes veinticuatro años y toda la vida por delante. Lo que diga tu madre no es más que eso: palabras, y creo que tú de palabras sabes bastante. —Se ríe por lo bajo—. Se pueden tachar o borrar o modificar, como también puede hacerlo el rumbo que tomes en la vida.

Por un segundo, mi corazón deja de latir. Mi padre jamás me había hablado con tanta franqueza. A lo largo de mi vida, he tenido claro que me apoyaba en mi sueño, pero lo ha demostrado más con pequeños gestos: una libreta de regalo, acompañarme a ojear bibliotecas o librerías, interesarse por mis escritos con Kyle. Y, sin

embargo, lo que siempre me ha pesado han sido las crudas palabras de mi madre.

—No deberías desperdiciar una oportunidad como el retiro.

Hay otras palabras que mi padre no menciona. Unas que tienen nombre y apellido. *No deberías desperdiciar la oportunidad de estar con Kyle*. Vuelvo a la conversación que mantuve con Maude por teléfono, a sus ideas locas de que siempre ha sido nuestro momento. Regreso al miedo, porque es lo que me ha perseguido eternamente, pero esta vez lo miro a la cara. Esa sombra que hasta ahora no tenía forma se parece demasiado a mi propia cara.

—¿Es por los…? ¿Cómo lo llamáis vosotros? ¿*Haters*? ¿*Trolls*? —continúa papá—. Kyle me lo ha contado.

Me quedo inmóvil, incapaz de procesar lo que ha dicho.

—¿Kyle?

—Se ha pasado hoy por el restaurante —explica—. Me ha dicho que no quería forzarte a nada, pero que le gustaría hablar contigo. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero… —Suspira—. Ese chico te quiere de veras.

Se me encoge el corazón. Kyle también se ha ido del retiro a pesar de que le insistí en que no lo hiciera. Sus palabras resuenan en mi cabeza: «En realidad, Gala, siempre eres tú la que huyes, pero no estás dispuesta a verlo». De repente, se me olvida cómo respirar.

—¿Kyle ha vuelto? —repito, solo por asegurarme.

Mi padre asiente. El miedo, más que nunca, es lo que veo al otro lado del espejo.

Hui una primera vez porque Kyle se negó a enfrentarse a sus miedos, que no eran si no un eco de los míos. Hui una segunda porque yo tampoco quise enfrentarme a todo aquello que me asustaba. Siempre estoy huyendo, dejando a Kyle atrás por temor a que él me abandone primero. Eso me hizo perderlo en el pasado, lo que podría hacerme perderlo de nuevo, si es que no es demasiado tarde ya.

Pero él está aquí, en Londres, y no ha perdido la fe en mí. Dejo de verlo todo en rojo para, a través de la lluvia, distinguir el dorado del sol.

—Estaba en el restaurante, ¿dices?

—Sí, me imagino que…

No le doy tiempo a terminar, pues he salido disparada a calzarme y coger el abrigo. Me arden los pulmones mientras corro a la parada de metro y, sin siquiera haber tenido tiempo a recuperarme, echo a correr otra vez nada más salir del transporte público. La voz de Maude se me clava en las costillas. *Solo tú escribes tu historia*.

Por suerte, el restaurante de los padres de Kyle no queda demasiado lejos. Me planto frente a la puerta con el corazón en un puño, pero, en esta ocasión, dispuesta a enfrentarme a lo que sea con tal de conservar a mi mejor amigo. Incluso si eso supone enfrentarme a mí misma.

—Lo siento, estamos cerrando. —Kevin se queda momentáneamente callado en cuanto repara en mí—. ¿Gala?

Intento calmarme con la mano en el pecho. Tomo respiraciones profundas hasta que por fin se acompasan.

—¿Está Kyle?

—Se acaba de ir. No esperaba…

—¿A casa? —le corto—. ¿Hace cuánto que se fue?

Kevin mira su reloj de pulsera.

—Hará cinco minutos. Estás a tiempo de alcanzarle.

—¡Genial, nos vemos!

No oigo su respuesta, tan solo el tintineo de la campanita de la puerta al abrirla. Si todo sale bien, ya habrá más ocasiones de conversar con el hermano mayor de Kyle.

La casa de los Walker se encuentra bastante cerca del restaurante, por lo que si acelero el paso podré interceptar a Kyle por el camino. No hay tiempo que perder, necesito que sepa lo que siento antes de que sea demasiado tarde. De repente, un par de gotas comienzan a caer.

—¿Puede dejar de llover en este dichoso país? —protesto sin dejar de correr.

A lo lejos distingo el cabello de Kyle. Hago un último esfuerzo, a punto del colapso, y lo agarro del brazo para detenerlo. El chico abre los ojos con asombro, aunque no se atreve a hablar. Creo que, después de todo, me toca a mí.

—Lo siento.

Dos palabras tan sencillas, pero que encierran un mundo.

—Me equivoqué, sé que lo hice mal. En el pasado y en el presente —digo, acelerada—. Nunca debí autopublicar el libro sin tu permiso, ni aunque fuera un regalo. Tuve que escucharte desde el principio. Solo pensé en mí, fui una auténtica egoísta. Quería demostrarle a mi madre que podíamos vivir de nuestros sueños.

La mano de Kyle se posa en mi hombro.

—Yo también lo siento.

—No, déjame terminar —le interrumpo—. Entiendo que en su día quisieras priorizar otras cosas y también entiendo que ahora sí te veas preparado para presentarte al concurso. Todos tenemos nuestros tiempos. A mí también me da miedo, mucho más que hace dos años, pero ahora estoy segura de que quiero estar contigo, con novela o sin ella. Quiero ser tu mejor amiga. —Un «y algo más» se me queda atorado en la garganta—. Quiero escribir de madrugada a tu lado y que me cuentes la historia de cada constelación. Quiero volver a recorrer Londres contigo y enseñarte Madrid o cualquier sitio que queramos descubrir. Quiero leer en el callejón detrás del restaurante porque «estáis siempre en el medio». —Imito la voz de su padre—. O poner *kpop* y cantarlo como gatos atropellados. Quiero un millón de años contigo, Kyle, y quiero empezarlos ahora mismo.

La intensidad de la lluvia es cada vez mayor, pero ninguno nos movemos ni un ápice. Permito que las gotas me empapen la piel con un efecto purificador. *Di algo. Di que me perdonas. Dímelo*.

—Yo también lo siento —repite—. Me arrepiento de cosas que dije, pero sobre todo me arrepiento de no haber ido detrás de ti ese día.

—Fue mi culpa —rebato.

—Fue de ambos. Los dos podríamos haber actuado mejor, pero, como tú dices, teníamos miedo. Eso tan solo nos hace humanos.

En sus ojos veo una intensidad abrumadora, una demostración de que no se va a ir a ningún lado. El pelo comienza a pegarse a mi cara debido a la lluvia y Kyle me coloca un mechón tras la oreja. Entonces, no se me queda ningún «y algo más» atorado en la garganta, porque lo veo clarísimo. En verdad, siempre lo he visto.

—Te quiero, Kyle. Debería habértelo dicho mucho antes, porque te quiero desde el primer instante en el que te vi, cuando me regalaste a Alitas. —Me doy cuenta de que estoy llorando cuando se me escapa un sollozo—. Te quiero tanto que, a pesar de ser escritora, no encuentro las palabras para definirlo. Tendríamos que escribir una infinidad de novelas hasta conseguir captar una milésima de lo que siento por ti. Quiero hacer las cosas bien a partir de ahora, si me lo permites. Nada de huir.

—Nada de huir —coincide con una media sonrisa—. Yo también te quiero, Gala, más de lo que me cabe en el pecho.

Se inclina con una lentitud desesperante mientras entreabre sus labios. Veo las gotas resbalar por su rostro a cámara lenta, el vuelo de sus pestañas cuando cierra los ojos. Tiro de él para terminar con esta tortura cuanto antes. Al besarlo, todos mis miedos desaparecen.

Capítulo 43
Kyle

Estos últimos días me han hecho sentir más en casa que nunca. No son las calles de Londres ni su familiar olor a lluvia. Tampoco es el restaurante de mis padres o la calidez de las conversaciones con mis hermanos. Sé que he vuelto a mi hogar cuando giro ligeramente la cabeza y me topo con Gala ensimismada con nuestro libro.

Desde que nos reconciliamos hemos estado viéndonos casi a diario y, aunque hayamos dejado todo esto del retiro atrás, no hemos podido evitar volver a hacer lo que nos llena para paliar el cosquilleo en los dedos. Nos queda tan solo un capítulo para terminar con lo que empezamos. Parece mentira que estemos a punto de conseguirlo. Independientemente de haber perdido el premio, ambos sabemos que hemos ganado por el simple hecho de estar juntos.

—¿Quieres leer lo que llevo? —pregunta Gala, sacándome de mis pensamientos.

—¿Ya lo has acabado?

—Casi. —Sonríe.

Me tiende su ordenador portátil a la par que yo me acomodo en la cama. La luz dorada del atardecer que entra por la ventana hace que los tonos fríos de su habitación luzcan completamente diferentes. Siempre me ha gustado la decoración de su cuarto. Cuando era pequeño solía venir aquí para jugar mientras nuestros padres pasaban la tarde. Se podría decir que incluso me he criado entre estas cuatro paredes.

Comienzo a leer lo que lleva escrito con lentitud. La relación entre Jack y Eleanor va sobre ruedas. Me llena de orgullo ver cómo los personajes han sido capaces de afrontar cualquier adversidad, se han apoyado en cada momento difícil y han terminado confesando sus sentimientos de la mejor forma posible. Justo como Gala y yo.

Me considero fan de los finales estremecedores, de esos que te hacen agarrar el libro con fuerza y querer reconstruir sus partes rotas. Me gusta sufrir después de una buena historia, creo que hace

que su lectura merezca la pena. Aunque he de admitir que con este proyecto estoy siendo consciente de la importancia de los desenlaces simples pero bonitos al mismo tiempo. El hecho de que nos hayamos basado en nosotros para escribir este libro hace que ansíe que la historia acabe mejor de lo que nadie nunca podría imaginar.

—Está genial, Gala —le digo antes de devolverle el ordenador—. Es perfecto.

—¿Estás llorando? —Ella enarca una ceja, divertida.

No es hasta que lo menciona que me doy cuenta. Mis ojos se aguan por la emoción de estar a punto de terminar el libro juntos. La mezcla de sentimientos de estas últimas semanas también consiguen que mi corazón se ablande. Gala y yo nos hemos recuperado de nuevo, nuestra relación ha dado un paso más y hemos conocido a personas maravillosas por el camino. Todavía pienso en Candy, Tom y todos nuestros demás compañeros que continúan en Bibury en busca de un hueco en el mundo de la literatura. Hemos hecho varias videollamadas con Candy y Naisha nos ha escrito en más de una ocasión, pero no es lo mismo. Incluso seguimos recibiendo comentarios por redes sociales, y eso que Rebecca ya no ha subido más vídeos hablando del retiro desde la última vez que la vimos. Es como si casi nada hubiera cambiado salvo por el ínfimo detalle de que ya no estamos ahí con ellos.

Mañana tienen que entregar sus obras. Si tuviera que ganar alguien, me gustaría que fuese Candy. Estoy seguro de que su brillo traspasará fronteras. No obstante, sigo anclado en la idea de que podríamos haberlo intentado. ¿Quién sabe si hubiéramos triunfado? El libro es bueno, y no lo digo porque seamos los autores. Casaría perfectamente con los intereses de los lectores y la editorial. Pero no voy a presionar a Gala. Si ella no se ve preparada para publicar nada, no seré yo quién la obligue. Me basta con volver a crear magia con ella.

—Es probable —admito con un hilo de voz—. Estoy muy orgulloso de nosotros, ¿sabes? Haber terminado otra obra es todo un logro.

—Yo también lo estoy —añade ella—. Además, creo que el final es justo como tenía que ser: con Eleanor y Jack juntos. Después de

todo lo que han pasado, se lo merecen.

Deduzco que no solo se refiere a ellos por la manera en que me mira. La infinitud de sus pupilas habla por sí sola.

—Este es solo el principio —apunto, dándole a entender que yo tampoco estoy hablando del libro—. Me gusta pensar que después del epílogo la historia sigue su curso. Me imagino a los personajes continuando con su vida, teniendo una rutina justo como la tenemos nosotros. Porque las historias no tienen por qué acabar en la última página, ¿no? Siempre hay algo más allá.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy seguro de que nuestros protagonistas tienen mucha felicidad por delante —explico—. Al igual que nosotros.

Ella curva los labios en respuesta y vuelve a centrarse en la escritura. Mientras tanto, yo me limito a observarla. Sus dedos se mueven al son de sus ideas. Su ceño se frunce en cada letra y no deja de teclear en ningún momento. Es la viva imagen de lo mágico, de lo hechizante.

—¿Qué te gustaría hacer con él cuando por fin lo acabemos? —me atrevo a preguntar—. Podríamos imprimir dos copias para tenerlo en físico.

Gala carraspea y deja de centrar su atención en la pantalla para mirarme de nuevo. Ya no veo miedo en sus ojos, pero sí un atisbo de inquietud.

—No lo sé —musita.

—La decisión es tuya. —Cojo su mano para acariciar sus nudillos —. Es un libro maravilloso, estoy seguro de que en algún momento verá la luz, pero siempre y cuando tú estés preparada.

—No quiero equivocarme.

—Lo que anhelas nunca es un error.

Gala desvía la mirada desde nuestra obra hasta mí sucesivamente. Sé lo que se le está pasando por la cabeza. Conozco todas sus dudas porque son las que yo mismo tuve en un pasado. No voy a presionarla en ningún momento. Quiero que sea ella la que dé el paso.

—Es que… —Se muerde el labio inferior antes de decir nada más —. La otra noche estuve hablando con Candy por teléfono y…

—¿Y? —la insto a continuar.

—He comprendido que nuestro libro merece ser leído. Puede que me esté lanzando al abismo sin paracaídas y con una mochila llena de miedos, incluso es probable que ya sea tarde —prosigue—. Ni siquiera Naisha sabe si es posible lo que tengo en mente. Pero, Kyle… ¿Qué te parece si volvemos a intentarlo?

—¿A qué te refieres?

—A volver —responde, esta vez con confianza—. A plantarnos mañana en el retiro para entregar nuestro manuscrito acabado y presentarlo al concurso. Me da igual que nos digan que no o que opinen mal de nosotros, no pienso volver a dejar escapar una oportunidad así. Todo aquello que me asusta no debe ser razón para limitarme, ¿no crees?

Me quedo mudo ante su petición. Lo único que puedo hacer es acercarme a ella con cuidado y besarla como nunca lo he hecho. Sus labios me reciben con sorpresa, aunque no tardan en corresponderme. No tengo otra forma de expresar lo que siento ahora mismo, lo que creo que está por venir.

—Esta es la Gala que conozco —digo entre besos—. Valiente, fuerte y decidida.

—¿Eso es un sí? —responde acompañada de una pequeña risa.

—Por supuesto, mi amor. No me cabe duda de que vamos a conseguirlo.

…

Bart nos recoge de casa de Gala a las siete de la mañana del día siguiente. Ella lo llamó para pedirle un último favor, esta vez de verdad. Él respondió encantado y aquí estamos. Acostumbrado a coger dos trenes para ir a Bibury, el viaje en coche se me hace bastante corto comparado con los anteriores. Siento el corazón desbocado y los dedos temblar.

No hemos avisado a nadie, ni siquiera a Candy. Si bien es cierto que le comentamos a Naisha pinceladas con respecto a nuestra idea de volver, la becaria tampoco está completamente enterada. No estamos seguros de cómo vamos a hacerlo. Esto es una completa locura, pero de locuras se vive. El hombre nunca habría podido ser capaz de volar si se hubiera conformado con caminar.

Cuando llegamos, Bart nos despide con una sonrisa y con la esperanza de volver a encontrarnos. Se me ocurre que podríamos llevarle una caja de bombones por todas las veces que nos ha ayudado, aunque sea para agradecerle que siempre haya estado allí. Quizá me coma un par de bombones de la caja, le diré que se han extraviado… Justo como él hizo que nos perdiéramos en mitad del pueblo.

El sol de Bibury calienta mi piel. El verde de los árboles se aviva a mis ojos y el recuerdo de cómo se ven las constelaciones desde aquí cuando anochece me cura hasta el alma. Respiro hondo cuando entiendo que es justo donde debemos estar. Ya no importan las peleas, todas esas veces que nos hemos confundido o aquellas en las que no hemos creído tomar el camino correcto. Por primera vez, Gala y yo estamos de acuerdo en algo con respecto a nuestro futuro y no pensamos desaprovechar tal oportunidad.

Entrelazo nuestras manos antes de entrar al gran jardín que nos recibe como quien se reencuentra con un antiguo amigo. Nadie está fuera, por lo que suponemos que están ultimando los detalles que faltan para dar por concluidos sus libros. Aprieto sus dedos instintivamente por el nerviosismo.

—Otra vez aquí —comenta, igual de nerviosa que yo—. Aún estamos a tiempo de echarnos atrás.

—Ni de coña.

Cuando llegué aquí por primera vez pensé que nunca sería capaz de escapar de Gala Hughes. Ahora he comprobado que es cierto y no me importa en absoluto. Nunca podría olvidar su mirada como la miel, esos labios suaves perfectamente creados para encajar con los míos y ese corazón tan puro que le late en mitad del pecho. Tampoco sería capaz de ignorar lo que me hace sentir. Kyle Walker es el mismo con o sin Gala, pero no me cabe duda de que ella lo realza para ser mejor.

Justo aquí, en este jardín que ha visto desde lo peor de nosotros hasta nuestros sentimientos más puros, me doy cuenta de cuán afortunado soy. Por primera vez en mucho tiempo puedo decir que somos *valientes.* Valientes por volver, valientes por estar. Pero sobre todo, valientes por permitirnos ser.

Vuelvo a juntar nuestros labios.

Capítulo 44
Gala

La cara de nuestros compañeros al vernos no tiene precio. Candy es la primera en reaccionar, corriendo a abrazarnos con efusividad. A Frank, en cambio, se le desencaja la mandíbula. Si pensaba que se había librado de nosotros, la lleva clara. Gala y Kyle tienen mucha guerra que dar, que eso se me da de maravilla. Por su parte, Maude, Tom y Dennis se alegran de vernos, mientras que Rebecca nos observa con recelo sin participar.

—Lo que yo decía, esto es una telenovela más que un concurso serio —es el primer comentario de Naisha. Después, su gesto se suaviza y nos abraza—. Me alegro de que hayáis vuelto.

La casa está tal y como la dejamos hace unos días. El canto de los pájaros suena como una melodía de bienvenida, transportándome a las semanas de desconexión que pasé en este lugar. Todavía hay libros de Candy adornando cada rincón o cigarrillos apagados en el cenicero del porche, cortesía de Dennis. Maude sigue en su sillón, tapada con una manta y con *La abadía de Northanger* entre manos, y nos sonríe con la sabiduría de la edad. Le guiño un ojo, pues le debo más de lo que nunca creería.

—¿No es un poco injusto que puedan presentarse al concurso cuando ambos se han ido antes de tiempo? —interviene Frank.

Kyle me aprieta la mano y doy gracias, porque si no ya le estaría tirando de ese bigote ridículo que tiene.

—Gala y Kyle tienen tanto derecho como vosotros —responde Naisha con seriedad—. Y creo que nadie podría criticar a Gala por marcharse después de los comentarios que recibió en redes. Y no solo eso, sino también de algunos de sus compañeros.

Rebecca agacha la cabeza, consciente de hacia quién va el comentario. En realidad, no parece molesta con la situación, tan solo inusualmente triste. No trató de contactarme más desde que le pedí que no lo hiciera y tampoco compartió más contenido para redes sociales sobre el retiro. Creo que ha perdido bastantes seguidores

desde entonces. Hoy viste sencilla, tan solo un vestido ligero y unas sandalias, nada de maquillaje.

—Vamos, que ya sabemos quién va a ganar —replica Frank—. Todo porque la señorita tiene contactos.

—Se acabó. Una palabra más y te marchas. No pienso volver a repetir que no está enchufada. —La voz de Naisha sale una octava más aguda de lo habitual, pero lo achaco a la frustración—. Si alguien está en contra de que Gala y Kyle participen, puede coger la puerta e irse.

Ninguno de los presentes se atreve a contestar. Naisha concluye la discusión con un leve asentimiento.

—Bien, entonces dadme vuestros manuscritos para que los envíe a la editorial.

La becaria se sienta frente al ordenador de Tom, quien se lo ha cedido, e inserta un *pen drive*. Uno a uno le compartimos nuestras creaciones en silencio. Estoy tan nerviosa que solo quiero que termine este momento, y sé que no soy la única. Nos miramos con inquietud a sabiendas de que solo uno conseguirá el tan ansiado premio.

Cuando Naisha apaga el portátil, todo ese miedo desaparece. A pesar de los malentendidos y las discusiones, todos nosotros nos llevamos un pedacito del retiro. De aquí a unos meses recordaré con diversión cómo Bart nos perdió por Bibury. En un año por estas fechas cerraré los ojos y veré un cielo plagado de estrellas con el sonido de los grillos como acompañamiento. Dentro de cinco años iré a la presentación de alguno de los libros de mis compañeros. En diez años —quizá con un par de novelas publicadas— me acordaré de las noches de juegos, las risas constantes, las canciones de madrugada, los sueños de la juventud.

…

Un mes después, Blissbridge nos escribe para volver a reunirnos en la casa del retiro. Me he pasado el resto del verano en casa de mi padre, ayudando en el restaurante y, sobre todo, escribiendo. Escribiendo tantísimo que no sé cómo todavía me quedan palabras. Kyle y yo seguimos teniendo esa chispa —la buena, no la de los

incendios— y las ideas llueven constantemente. Entre beso y beso, sangramos tinta.

Hemos quedado con Candy en la estación para ir todos juntos. En cuanto nos ve, nos saluda con vehemencia y nos pone al día de sus vivencias, aunque solemos hablar casi cada día. Nos habla sobre cómo está haciendo un curso de organizadora de eventos para compaginarlo con su trabajo de niñera, así podrá apoyar económicamente a su madre. Sobre todo, nos aborda con constantes fotos de su querido Pumpkin, el conejo con más mala leche que he visto nunca.

Durante el trayecto evitamos hablar de lo evidente. Aunque no queremos hacernos ilusiones, todos albergamos la esperanza de ganar el concurso. Lo cierto es que podría ser cualquiera. En cualquier caso, me contento con haber tenido esta experiencia que me ha unido a Kyle como jamás me habría imaginado y me ha hecho reencontrarme con la escritura. Me llevo no solo al chico de mis sueños, sino amistades para toda la vida.

Somos los segundos en llegar después de Maude. Nuestros antiguos compañeros se nos van uniendo poco a poco y, para no perder costumbres, Naisha es la última. Aparece con las gafas de sol sobre el pelo y un piercing recién hecho en la nariz.

—¿Cómo van esos nervios? —nos saluda.

En esta ocasión no viene sola, sino que un hombre alto con el cabello engominado la acompaña. Nos lo presenta como Mike Geller, uno de los editores de Blissbridge que se encargará de la novela del ganador. Eso me pone mucho más nerviosa y aprieto el brazo de Kyle con angustia. Por suerte, él está ahí para responderme con caricias.

Entre abrazos, besos y charlas, Naisha consigue reunirnos a todos en el salón. La tensión se palma en el ambiente, como si fuéramos desconocidos. Rebecca se ha sentado en la esquina más alejada, con la tez pálida y los labios fruncidos. Para mi desgracia, no han parado de salirme sugerencias para que la siga en Instagram o me han saltado anuncios de su colaboración con una marca de pintalabios. Mala hierba nunca muere. Y, aún así, desde aquel día no ha parado de perder seguidores.

—Como os decían en el correo, retransmitiremos la noticia a través de un directo de Instagram —explica la becaria—. Asumo que ninguno tenéis problema con ello, ¿no?

Todos sacudimos la cabeza a la vez. Naisha nos comenta brevemente cómo funcionará la cosa. Por suerte, solo saldrán Mike y ella en el directo hasta que anuncien al ganador. Una vez presentado, este contará la trama de su novela y hará el paripé de dar las gracias y demás. Algo rápido, sencillo.

Naisha inicia el directo y mi corazón da un vuelco. Entrelazo los dedos con los de Kyle. Él me dedica una mirada rápida, pero alentadora. Pase lo que pase, este es el comienzo de *nosotros*. Uno mi mano con la de Candy, quien hace lo mismo con Maude y al final terminamos todos unidos en un semicírculo. Todos menos, por supuesto, Rebecca.

—Ha pasado ya un mes desde que nuestros chicos enviaron sus manuscritos a la editorial —anuncia Naisha tras una breve presentación—. Todos han trabajado muy duro para llegar a donde están hoy. No hay duda de que se han dejado la piel en sus historias y cada una de ellas es única. Sin embargo, Blissbridge solo puede escoger un ganador y en esta ocasión es…

La Tierra deja de girar por un segundo eterno.

Para la Gala de veintidós años este momento lo habría supuesto todo. O ganas o te hundes.

Para la Gala de veinticuatro tan solo es el principio.

—Rebecca Johnson.

Me desinflo. Esa pequeña posibilidad de ganar se extingue. Todas las miradas recaen en Rebecca, quien, al contrario de lo que podría suponer, apenas reacciona. Se frota las manos con un nerviosismo poco común en ella, esquivando los ojos del resto.

—Enhorabuena —la felicita Naisha con una sonrisa demasiado forzada—. Como muchos sabréis, Rebecca es una conocida creadora de contenido…

Desconecto completamente de la retahíla de halagos hacia la *influencer*. Me muevo a cámara lenta, como si se tratara de una película. Observo a Kyle con los ojos bañados en lágrimas, la expresión complaciente de Candy que parece encerrar mucho más,

el disgusto de Tom, el ceño fruncido de Frank, la apatía de Dennis, la débil sonrisa de Maude. Con el corazón encogido, me vuelvo hacia el sofá donde ahora Rebecca acompaña a Naisha.

—Cuéntanos, ¿cómo surgió tu novela? —dice la becaria con tono mecánico, como si lo hubiera ensayado hasta la saciedad.

Rebecca toma aire. Cuento los segundos que pasan hasta que habla. En ella no distingo nada de la mujer confiada y atrevida que creía conocer.

—Gracias por concederme esta oportunidad —musita—. Ha sido todo un honor…

Sus ojos se posan en mí apenas una décima de segundo, aunque percibo su duda. Luego mira a Kyle y aprieta los labios. Naisha mantiene su sonrisa poco creíble y le dice a la audiencia que deben de ser los nervios, pero yo sé que no tiene nada que ver con eso.

—No puedo aceptar este premio —anuncia Rebecca.

Naisha se sorprende tanto que no es capaz de responder. Al otro lado del sofá, Mike murmura un «¿cómo?». Todos intercambiamos miradas anonadadas.

—Obviamente me lo va a ofrecer a mí —dice Frank por lo bajo.

—No me puedo creer que ella de entre todos diga que no puede aceptarlo —añade Dennis.

—No me lo merezco —prosigue la *influencer*—. Mi anterior libro ni siquiera lo escribí yo, aunque no creo que eso sorprenda a nadie. Solo estoy en este concurso porque soy incapaz de aceptar la realidad: ya no importo. Y, si ya no importo, ya no genero. —Se encoge de hombros—. Me lo habéis dejado muy claro en redes. Primero con Candy y Kyle. —Ambos se tensan—. Luego con Kyle y Gala. Sin mover un dedo, han conseguido despertar más en vosotros que yo con horas de preparación de contenido, de maquillarme hasta ocultar cada arruga, de editar hasta pasada la madrugada… Queréis naturalidad y ahora mismo, creo que ya no sé qué significa eso, no para mí.

Rebecca vuelve a fijarse en mí. Muevo los labios para articular las palabras «¿Qué haces?». En realidad, no necesito respuesta. Lo tensa que se ponía cuando hablábamos de los seguidores, lo

desesperada que estaba por poner el foco en ella y desestimar a los demás… La verdad ha estado siempre delante de nuestras narices.

—Durante mi estancia en el retiro he conocido a escritores que de verdad se merecen este premio —continúa—. Mi momento de brillar pasó hace mucho y he tenido todo un mes para darme cuenta de ello. He hecho cosas de las que me arrepiento, porque si los comentarios que ha recibido Gala son parecidos a los que me han llegado durante estas semanas… —Cierra los ojos unos segundos y espira—. En fin, la vida es así. No puedo vivir eternamente a la sombra de mi hermana. Quizá termine encontrando mi auténtico camino en algún momento pero, por ahora, hay otras personas que sí lo tienen muy claro.

Naisha tira del brazo de Rebecca, pero ella se zafa de su agarre. Mike, quien sigue sin dar crédito, le pide que corte el directo. Sin embargo, Rebecca se hace con el móvil antes de que eso ocurra.

—Quiero que sepáis que nadie ha enchufado a Gala en el concurso, fui yo la que filtró esa información falsa. Ella está aquí por sus méritos. —Me sonríe con sinceridad—. Y muy pronto os daréis cuenta, porque quiero ceder mi premio a dos grandes escritores: Gala Hughes y Kyle Walker.

Mike le quita el teléfono de las manos y termina el directo. Está hecho una furia.

—¡Eso no es lo que acordamos! —le espeta a Rebecca.

—Olvídate de eso, ya no quiero tener nada que ver.

—A ver que me aclare, ¿qué está pasando? —intervengo.

—¡Nada! —exclama el editor.

—La editorial contactó conmigo para publicar mi siguiente libro, pero para conseguir enganchar a la gente decidimos hacerlo a través de un concurso —explica Rebecca—. Sé que te acusé de estar enchufada, como también insistí para que Candy subiera ese poema que sabía que tenía erratas o alboroté las redes con mil dramas estúpidos. —Entorna la mirada, con sus pestañas larguísimas cayendo sobre los pómulos—. Lo siento.

Me pongo en pie, todavía intentando asimilar todo lo que está diciendo.

—¿Me acusaste sabiendo que tú eras la verdadera enchufada?

Su silencio habla por ella, aunque, por mucho que me pese, su arrepentimiento parece genuino. Todo lo genuino que puede ser para Rebecca Johnson, claro. No sé si estoy más enfadada o sorprendida. Lo que sí sé es que Frank no cabe en sí de la furia. Se mete entre nosotras y empieza a soltar todo tipo de insultos, por lo que Naisha se ve obligada a separarlos.

—¿Entonces ya sabías que te iban a escoger a ti? —pregunta Dennis.

Antes de escuchar la respuesta, me giro hacia Naisha, una persona a la que considero una amiga.

—¿*Tú* lo sabías?

Ella duda, pero termina asintiendo. Me paso una mano por el cabello, angustiada. Hay demasiados pensamientos cruzando mi mente, todos tratando de hacerse eco a través de la tempestad. A mi lado, Kyle ha empalidecido y no se atreve a pronunciar palabra.

—Lo supe después de que subiera tu vídeo borracha —susurra avergonzada—. Debería haber hecho algo, yo… Lo siento, no sé ni qué decir. Tenía la posibilidad de que me hicieran un contrato indefinido al acabar el verano y necesitaba de veras este trabajo. No lo justifica, lo sé, pero…

Apoyo una mano en su brazo. A pesar de todo, Naisha siempre ha estado ahí para defenderme.

—Está bien, lo entiendo.

O puedo llegar a entenderlo. Sus ojos marrones están llenos de duda. Me veo reflejada en ellos, esa Gala asustada contra la que lucho cada día. Supongo que todos estamos perdidos, de eso se trata la vida. Incluso la misma Rebecca, la persona que supuestamente lo tiene todo, lo está.

—¿Qué va a pasar entonces? —interrumpe Candy—. Porque yo sí que creo que deberían ganar Gala y Kyle.

—¡Sí, hombre! —replica Frank.

—Yo también lo creo. —Maude alza la mano.

—¡Y yo! —se une Tom—. Lo siento por dudar de ti, Gala.

—Bueno, si no voy a ganar yo, supongo que no me importa que lo hagáis vosotros. Os lo merecéis después de todo el curro —coincide Dennis.

Veo cómo Kyle se sonroja ligeramente y se lo agradece. Yo tan solo puedo contemplarlos con asombro.

—Ni de broma, teníamos un acuerdo —dice Mike.

—Ahora todo el mundo sabe que Rebecca les ha cedido el premio —contesta Naisha—. Si sale a la luz ese acuerdo y aún encima no publicamos a Gala y Kyle se va a liar una buena.

Doy un paso al frente, porque si gano, no quiero que sea así.

—Naisha, ¿tú has leído los manuscritos? —Asiente—. Si no hubiera sido por Rebecca, ¿tendríamos posibilidades de ganar?

Mike se masajea el puente de la nariz. La cabeza me da vueltas, mareada con tanta información. Cuando Kyle me toma de la mano vuelve a convertirse en mi ancla. *Él es real, no se va a ir.* Yo *no me voy a ir*.

—Sí —responde la becaria.

—¡Eso da igual! —interviene Mike, pero Rebecca se le adelanta.

—Mirad. —La *influencer* les enseña su móvil a los dos empleados de la editorial—. No podéis parar esto.

Los ojos del editor escanean la pantalla con atención. Tras unos minutos de silencio, suelta:

—Lo ha visto todo el mundo.

Arrugo la frente, confusa. Rebecca me muestra el aparato, donde tiene abierto Twitter. Hay un montón de comentarios que hablan de lo fuerte que es la situación y hay otros tantos que nos apoyan a Kyle y a mí.

«Yo siempre supe que Gala no mentía».

«Gala y Kyle son LA pareja del retiro, no acepto discusión».

«Gala nos ha dado los mejores momentos del retiro y os cebasteis con ella».

«Que Rebecca les haya dado el premio dice mucho. Gala y Kyle se lo merecen de verdad».

«Necesito que publiquen a Gala y Kyle sí o sí».

—¿Qué…? —Intento encontrar las palabras adecuadas—. ¿Qué quiere decir esto?

—Les gustamos —dice Kyle entre sorprendido y entusiasmado.

Mike y Naisha intercambian una mirada.

—Supongo que esto significa que sois los ganadores del concurso —anuncia Mike y casi puedo ver el símbolo de la libra en sus ojos.

Todo son sonrisas, gritos de emoción, saltos. Nos enredamos en abrazos para celebrarlo. Giro y giro y giro. Dennis me sube por los aires. Candy no para de repetirme que lo hemos conseguido. Maude me susurra al oído que siempre ha sido nuestro momento. Sigo dando vueltas. Kyle brilla con tanta intensidad que me deslumbra. Lo beso por toda la cara. Veo destellos aquí y allí sin ser plenamente consciente de lo que está pasando.

Porque está pasando.

Hemos ganado.

Epílogo
Kyle

Dicen que todos y cada uno de nosotros hemos venido a este mundo por una razón. Hay personas cuyo propósito es crear, otras cuyo cometido se limita al disfrute y existen algunas que aún no lo han encontrado.

Hace un tiempo llegué a pensar que mi sueño de ser escritor no era más que una ilusión. Perdí a mi compañera de aventuras, las ganas de inventar historias y la pasión por lo que era capaz de hacer. Me quedé estancado en lo que quería ser y no era. Menos mal que eso fue hace ya bastante tiempo.

Quizá fue la necesidad que tenía de volver a sentir el cosquilleo en mis dedos o puede que fuera por el simple hecho de volver a experimentar algo parecido. De lo que sí estoy seguro es de que aquel retiro cambió mi vida para siempre: recuperé a la persona que me hizo creer que la magia existe de verdad, descubrí que uno mismo puede brillar con la misma fuerza que una estrella y volví a reconducir mi camino.

Así que sí, todos tenemos una razón por la que estar aquí. La mía siempre será escribir.

Desvío la atención desde mis pensamientos hasta la librería a la que estamos a punto de entrar. Parece mentira que, después de tantos años entrando como lector, esta vez sea para presentar nuestro primer libro. Gracias a la oportunidad que Rebecca nos brindó hace unos cuantos meses, Gala y yo hemos podido cumplir nuestro sueño.

Ha sido una época de cambios. Nos hemos volcado en el libro como si nos fuera la vida en ello. Naisha, al haber conseguido el tan merecido ascenso tras esforzarse tanto por ello, ha editado la novela. Ha sido un trabajo a tres, uno que aún no me creo que se haya materializado después de tanto. Estoy tan orgulloso de nosotros que el sentimiento no me cabe en el pecho. A diferencia de aquel pasado que tanto nos atormentó, ambos hemos sido partícipes de la edición y decisiones con respecto a la historia. No se ha dado

un paso si uno no estaba de acuerdo y si hemos avanzado siempre ha sido de la mano. A la par.

—Creo que me va a dar un infarto —comenta Gala antes de cruzar el umbral de la puerta.

El sol ilumina Londres con fuerza. La ciudad brilla con nosotros. Nuestro hogar se alegra de vernos crecer.

Acuno su rostro entre mis manos y sonrío al mirarla. Está casi tan nerviosa como yo. Sus pestañas parecen temblar, pero sus labios no pueden evitar curvarse en todo momento.

—Estamos juntos, todo irá bien.

—¿No hay demasiada gente ahí dentro?

Observo el panorama con detenimiento. Tras los cristales del lugar pueden verse el sinfín de personas que han venido a vernos, entre ellos nuestros familiares, amigos y compañeros de retiro. Que mis padres estén ahí después de que Kevin me obligara a hablar con ellos es lo mejor que podría haberme pasado. Ahora sé que no tengo que preocuparme por nada, que ellos me quieren sin necesidad de que destaque. Sin tener que renunciar a mis sueños. ¡Si hasta ha venido Frank, por Dios! También veo al señor Hughes, pero ni rastro de la madre de Gala. Es algo que la chica se esperaba, pero ya no le afecta igual que antes. Hablaron por teléfono hace unos días y su relación va mejorando poco a poco. Al menos le ha deseado suerte, así como también la ha felicitado por un logro como este. Sé lo mucho que necesitaba oír eso de su parte y, en cierto modo, creo que su madre lo está intentando. Solo espero que lo consiga.

Me fijo en un cartel de nuestro libro junto a una mesa alargada y aún me cuesta creer que es nuestro. Que nuestro sueño está justo delante de nosotros. La portada es perfecta, justo como la imaginamos. Es como si Noelle se hubiera metido en nuestra cabeza. De hecho, es lo que parece cuando se gira y nos sonríe. Tiene magia, eso seguro. Gabriel coincide conmigo al mirarla como si fuera una estrella fugaz.

Me acerco al cartel y lo acaricio con sutileza. Su tacto me recuerda que los sueños se cumplen y el olor de sus hojas me transporta a todas esas veces que tuve miedo. ¿Qué habría pasado

si no hubiera echado a volar? Posiblemente seguiría a salvo en tierra, sí, pero ello también habría supuesto no haber conocido nunca a las nubes.

He tocado el cielo, joder, y no puedo estar más orgulloso de mí mismo.

—Todos ellos están ahí por nosotros, Gala —contesto, completamente ensimismado debido a la situación—. Lo hemos conseguido.

—No podría haberlo hecho sin ti. —Ahora es ella la que acaricia mi mejilla con delicadeza.

Yo tampoco podría haberlo hecho sin ella. Pero tampoco podría haberlo hecho sin mí.

No llores, Kyle. No puedes salir ahí con los ojos rojos.

Tengo que mantener la compostura al menos hasta que terminemos el evento.

—¿Qué les dirías a nuestros yo del pasado? —pregunta la morena, supongo que para hacer tiempo y relajarnos.

—Es una pregunta difícil.

—¿Sabes lo que les diría yo? Que son más valientes de lo que piensan. Que van a conseguirlo cueste lo que cueste. Le diría al Kyle del pasado que sus miedos no son él. —Traga saliva para continuar —. Y a mí me diría que me merezco todo lo que está por venir.

Escondo un mechón de pelo tras su oreja y mi sonrisa se ensancha automáticamente ante sus palabras.

—Yo les diría que no necesitan ser nadie más. Kyle y Gala han conseguido lo que está a punto de suceder, además de todo lo que ya ha ocurrido. Somos válidos, mi amor. Somos todo aquello que soñamos ser.

Agradecimientos

Noa Hernández

Escribir para mí siempre ha sido algo solitario. Es por eso que, quizás, me costaba tanto ser constante con mi escritura. Pero todo cambió cuando empecé a escribir con Vir. Al principio fue una prueba, solo queríamos ver de lo que éramos capaces. Y míranos ahora, amiga, todo lo que hemos conseguido juntas. Todo aquello que soñamos ser y más. Así que, como no podía ser de otra manera, la primera persona a la que tengo que agradecer es a mi otra mitad en esta aventura. Gracias por devolverme la ilusión, lo que creamos juntas es magia.

Muchísimas gracias también a Alba, por aguantarme durante tantos años, por darles alas a mis sueños y confiar siempre en que alcanzaría mis metas. No sería quien soy sin ti. Gracias a Marta por ser la primera persona que leía mis fanfics cutres y por inspirar la pasión de Gala por Ateez. Mil gracias a Liz por interesarte tanto por lo que escribimos y querer a nuestros personajes como si fueran de carne y hueso. Muchas gracias también a Chiara por seguir el proceso de publicación de este libro con tanto entusiasmo.

No puedo no darle las gracias a mi familia, a la de sangre y a la que hace tanto tiempo que está en mi vida que es igual de importante. Gracias, gracias y mil gracias a mis padres, a mis abuelos, a todos los que me habéis visto crecer y quienes me habéis acogido en vuestra familia como una más. Y gracias a mi otra familia, a Julia y Vicky (¡Mi Vicky! ¡No puedo escribir sin mi Vicky!), por saber cuidarme tan bien lejos de casa y hacer que me ría hasta llorar. Sois simplemente lo mejor del mundo.

Gracias también a Laura por apoyarme incondicionalmente, por inspirarme y conseguir que me supere cada día. Te quiero un montón, montón. Para ser escritora, creo que no sabría explicarlo con palabras.

Muchísimas gracias también a Natalia por darle vida a nuestras creaciones, siempre consigues plasmarlo incluso mejor de lo que me imagino.

Por último, muchas gracias también a Romantic Ediciones por esta oportunidad, es todo un sueño. Y gracias a ti, que estás leyendo esto, por decidirte a escoger este libro de entre tantos otros. Como dijo María Patiño, no dejes de soñar.

Virginia Ruiz

A mi amiga, compañera y otra mitad literata. Noa, creo que ya no puedo soñar si no estás a mi lado. Esta historia refleja muy bien lo que ocurre cuando escribimos juntas: es mágico, hechizante e incluso a veces parece demasiado bueno como para ser real. Pero lo es, vaya si lo es. Es tan real como que acabamos de cumplir este primer sueño juntas, y tan cierto como que vamos a cumplir un sinfín más. A tu lado, sé que todo es posible. Gracias por haberme mostrado el camino que quiero tomar para el resto de mi vida, por haberme enseñado que la literatura es eso por lo que quiero luchar nada más levantarme cada mañana. Gracias, gracias, gracias. No podría haberlo hecho sin ti.

Gracias a mi madre, Virginia, por haberme dado la vida en todos los sentidos. Gracias por acompañarme siempre, por creer en mí incluso en esos momentos en los que se me hace imposible. Gracias por quererme tanto y tan bien, por desearme todo lo bueno. No sería la persona en la que me he convertido si no hubieras estado a mi lado, así como tampoco querría seguir creciendo si dejas de estarlo. Este libro y todos mis sueños son tuyos. Gracias a mi padre, Pedro, por haber sido mi brújula desde que nací. Por ser paciente, bueno y cuidadoso. Por habérmelo dado todo y más. No habría conseguido nada de esto si no fuera por el sinfín de oportunidades que me has dado, si no hubieras creído en mí desde el primer momento. Gracias a ti sé que puedo soñar sin miedo. Gracias a mi hermana, Natalia, por haberle dado color a todas mis historias, incluida esta. Por haber crecido conmigo, por haberme enseñado tanto. Ojalá tus sueños también se cumplan. Cada vez que sople una vela, cada vez que vea una estrella fugaz, pensaré en ellos.

Gracias a Julio, el amor de mi vida. No existen palabras en ninguna lengua para que pueda describir todo lo que siento por ti. Gracias por haber acogido a mi corazón, por haberlo guardado junto al tuyo y cuidarlo con todo ese cariño tan bonito que siempre me has demostrado. Gracias por ser mi compañero de vida, mi novio y mejor amigo. Te quiero de aquí a las estrellas, de aquí a las galaxias. El universo se queda pequeño en comparación a mis sentimientos por ti.

Gracias a Clau, por ser la mejor amiga que una podría pedir. Gracias por haberte interesado en mis libros, por haber tratado mis sueños como si fueran tuyos. No podría sin ti, no sería sin ti. Todo lo que haga, pase lo que pase, siempre te lo dedicaré. Gracias por tanto, espero estar a la altura de todo lo que haces por mí. De aquí a la luna, jamás me iré de tu lado. Gracias a Isa y Pau, por ser mis hermanas de otra sangre. Mis incondicionales. Me habéis enseñado que el arte tiene un sinfín de matices. Vuestra amistad es una de las cosas más preciadas que tengo a día de hoy, y daría todos mis sueños por poder cumplir los vuestros. Me habéis visto crecer y espero morir a vuestro lado. Sois el álbum de fotos al que siempre regresaré y esa canción que nunca dejaré de escuchar.

Gracias a Romantic Ediciones por habernos dado esta oportunidad, a Marta, por haber creído en nuestros sueños. Es un honor poder hacer este viaje de tu mano. Gracias por haberte implicado tanto en nuestra historia y por haber escuchado todas nuestras peticiones. Nos has hecho muy felices.

Gracias a ti, lector, por haber escogido Todo aquello que soñamos ser. Ojalá disfrutes leyendo esta historia tanto como nosotras disfrutamos escribiéndola. Sin ti, nada de esto sería posible. Soñad alto, tanto como las nubes, y saludad a unas cuantas estrellas fugaces de nuestra parte.

Y, por último, a Gala y Kyle. Nuestros protagonistas, tan únicos como ellos solos. Con sus más y sus menos, sus diálogos internos, decisiones incomprensibles, lágrimas, sonrisas, amor… Jamás pensé que el hecho de que aparecieran en nuestra cabeza podría lograr llevarnos a esto. Ahora son una parte de mí, de mi alma, y cada vez que escriba me acordaré de ellos. Porque en todos los cumpleaños

que me queden por celebrar, cuando sople una vela y cierre los ojos, desearé lo mismo que ellos.